



*Lágrimas
de arena*
mariah evans

Lectulandia

1643 - Mumbai, Imperio mogol.

Fynes Chapman, reputado comerciante de Londres, es escogido por la Corona británica para abrir una nueva vía en la Ruta de la Seda.

Fynes viaja junto a su hija, Katherine, con la Compañía Británica de las Indias Orientales. Allí, les espera Arthur Wyatt, coronel que les acompañará en la caravana hacia el Imperio chino. Arthur no esperaba a una mujer allí y, por esa razón, verá todos sus planes alterados. Pronto iniciarán un viaje plagado de adversidades.

Katherine guarda un secreto que la ha conducido hasta esa arriesgada expedición. El descubrimiento de este por parte de Arthur hará que la vea con distintos ojos.

Ante las noticias de una nueva invasión, Fynes y Arthur partirán para emprender unas fructíferas negociaciones con el imperio. Un ataque inesperado hará que Arthur deba volver solo al caravasar, descubriendo a su llegada que este ha sido arrasado y que han secuestrado a parte de sus hombres y a Katherine.

Sin un ejército ni nadie que lo ayude, dispuesto a darlo todo por la mujer que ama, afrontará en solitario una búsqueda tras las líneas enemigas y una huida a contrarreloj en plena conquista de un imperio, a sabiendas de que las fronteras con el Imperio mogol, su única vía de escape, se cerrarán para evitar una invasión.

Una arriesgada decisión, en uno de los lugares más remotos y peligrosos del mundo, cambiará el rumbo de sus vidas para siempre.

Una novela cargada de romance, aventuras y exotismo.

Lectulandia

Mariah Evans

Lágrimas de arena

ePub r1.0

Titivillus 08.12.2018

Título original: *Lágrimas de arena*
Mariah Evans, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Esta novela está dedicada con todo mi cariño a Tais Capella:

Nos conocemos desde hace muchos años y, aunque en algunos momentos el trabajo y las obligaciones nos han distanciado, siempre has estado ahí. Además, has sido un gran apoyo en momentos muy duros y difíciles. Sabes que aprecio todo lo que has hecho por mí estos días, pero no quería dejar pasar la ocasión de agradecértelo de esta forma.

Gracias por tu apoyo, tus llamadas, tus conversaciones... y sobre todo por estar a mi lado. Espero poder disfrutar de nuestra amistad durante muchos años más.

Un abrazo enorme.

Mariah

La valentía más grande del ser humano es mantenerse de pie aun cuando se esté cayendo a pedazos por dentro.

Proverbio chino

Prólogo

Rugió de dolor y apretó los dientes mientras se llevaba la mano a la espalda y se arrancaba la flecha. No pensaba morir a escasos metros de la salvación.

Cogió a Katherine por la cintura y la acercó a su pecho mientras las lágrimas le resbalaban por el rostro ante tal esfuerzo. No podía permitirlo, no podía dejar que los capturasen de nuevo. Necesitaba ponerla a salvo. Comenzó a arrastrarse mientras era consciente de que los soldados de Qing estaban cada vez más cerca. Él ni siquiera podía levantarse y Katherine permanecía inconsciente. No miró atrás, aunque podía escuchar los cascos de los caballos acercándose, el silbido de las flechas cruzando por encima de ellos para evitar que cruzasen la frontera.

La apoyó sobre su hombro y, haciendo un esfuerzo supremo, se puso en pie, cargando todo su peso y el de ella sobre la pierna buena. Dio unos cuantos pasos hacia la frontera, consciente de cada uno de ellos. Giró la cabeza mientras guardaba el equilibrio intentando poner un pie por delante del otro, mirándola a ella, buscando las fuerzas que necesitaba para superar aquellos escasos metros. Katherine tenía la cabeza hacia abajo, su cabello caía como una cascada y de su hombro brotaba un reguero de sangre.

No iba a dejarla morir allí; la salvaría, aunque aquello le costase la vida. Ella era la única razón por la que había permanecido en aquel lugar tan peligroso y apartado de todo, la única persona que le había devuelto las ganas de vivir, que le había hecho sonreír de nuevo. No lo permitiría. Tenía una promesa que cumplir y, aunque fuese lo último que hiciese, lo lograría. No le importaba morir si con ello la ponía a salvo.

Notó como otra flecha se le clavaba en la espalda y solo pudo elevar la mirada y gritar hacia el cielo mientras las rodillas no aguantaban el peso por el dolor y caía al suelo llevándose a Katherine con él.

Gimió mientras su respiración se aceleraba, mientras gritaba al notar como la flecha se abría paso entre sus costillas.

Se llevó la mano hasta la espalda y arrancó esa saeta también.

Pasó una mano ensangrentada por la mejilla de ella, apartando el cabello de su rostro, y durante unos segundos lloró. Había estado tan cerca, tanto... Se perdería una vida entera junto a ella, poder ver su sonrisa, sus chispeantes ojos azules...

La arrastró por el suelo y echó la vista atrás cuando una sombra llamó su atención. En ese momento, lo reconoció. Aquel era el soldado que los había apresado. Bajó de su camello mientras extraía la espada de su cinturón y se puso ante él.

Arthur apretó a Katherine más fuerte contra él. Al menos estaba inconsciente y no sentiría nada. Allí acababa todo. La abrazó más fuerte contra él, consciente de lo que ocurriría en los próximos segundos.

—Lo siento —susurró hacia ella.

6 meses antes **Noviembre de 1643 - Mumbai (colonia inglesa)** **Imperio mogol**

Katherine Chapman se apoyó contra el marco de la ventana mientras la brisa marina echaba sus cabellos rubios hacia atrás, meciéndolos. Hacía casi seis meses que había emprendido aquel viaje desde su querido Londres hasta la costa de Mumbai. Era la primera vez que viajaba y, aunque al principio había estado asustada, con el paso de los días se había acostumbrado. Ya le era indiferente el movimiento agresivo del enorme navío de tres puentes sobre las olas, ya no se preocupaba si veía un inmenso buque surcando los mares en la lejanía. Todo aquello había pasado, ahora solo estaban la calma y el dejarse llevar por el suave vaivén del oleaje.

El navío, un buque de línea, montaba al menos ciento veinte cañones. Estaban protegidos ante cualquier amenaza. La Compañía Británica de las Indias había sido muy amable al procurarles el transporte. Allí se encontraba a salvo, en las inmensas aguas repletas de piratas.

La Compañía Británica de las Indias, creada en 1599 por un grupo de empresarios con el objetivo de dedicarse al comercio con las Indias Orientales, había terminado con el monopolio que ejercía la Compañía Holandesa sobre el mercado de las especias.

A final del año 1600, la reina Isabel I de Inglaterra concedió la Carta Real a la Compañía Británica de las Indias Orientales por la cual se le daba el permiso exclusivo para ejercer el comercio durante quince años.

Su padre había comprado acciones de la compañía y se había convertido con ello en socio mayoritario, así que, aunque los ricos comerciantes y aristócratas poseían acciones de la Compañía, el gobierno inglés, que no tenía acciones, ejercía el control directo sobre esta. Las ganancias habían hecho que la corona, en concreto el rey Jaime I, fuese un firme protector de ella y aprobara un Decreto Real que les concedía el monopolio para el comercio con las Indias Orientales, pero dicha condición solo la mantendrían si los resultados de la empresa eran rentables durante tres años.

En 1610 se instaló la primera fábrica en Machilipatnam, en la bahía de Bengala. La exportación de seda, cerámica y algodón iba viento en popa. Las naves de la compañía comenzaron a emplear el puerto de Surat, situado en la costa oeste, en la desembocadura del río Tapti, en el mar Arábigo, como un lugar de tránsito y comercio.

Los ingleses habían salido victoriosos de la batalla de Swally, acontecida en la costa de Suvali los días 29 y 30 de noviembre de 1612, en la que se enfrentaron cuatro galeones de la Compañía Británica contra cuatro barcos y veintiséis barcas

portugueses sin armamento ninguno, y así ponían fin al monopolio portugués en la India y favorecían el crecimiento del colonialismo en aquella zona.

En el 1615 abrieron la primera oficina de la compañía en la zona. Fue justamente en esa época cuando el primer embajador inglés, Thomas Roe, llegó a la India. A partir de ahí, se habían expandido con numerosas colonias británicas tanto en Surat como en Agra, Ahmadabad y Broach.

Las relaciones establecidas con el emperador mogol habían sido fructíferas y el comercio del algodón, añil, seda y especias se había extendido y cada vez crecía más. Hacía poco menos de diez años, en 1634, el emperador mogol había ampliado su hospitalidad para con los británicos y había permitido el comercio en la región de Bengala. Gracias a estas buenas relaciones con el Imperio mogol, los británicos gozaban de libertad de tráfico y exportación libre de impuestos, así como de la posibilidad de comprar terrenos y levantar factorías y naves.

Ahora que el Imperio británico tenía el beneplácito del Imperio mogol, no quería quedarse solo ahí, ¿por qué no extenderse y mejorar las negociaciones con el Imperio chino? La mayoría de las telas y cerámicas se exportaban desde este último hasta la costa con el Imperio mogol, ¿por qué no negociar directamente con ellos?

Ese era el motivo de su viaje. Ahora, su padre debería abrir un nuevo mercado. Tras manejar un fructífero negocio y vestir con las mejores telas a casi toda la aristocracia de Londres, incluso a la realeza, Su Majestad había seleccionado a su padre para emprender aquel duro viaje y expandir el colonialismo inglés en aquellas tierras aún desconocidas. Había pasado de ser un afamado comerciante a convertirse en el embajador británico de una tierra prácticamente inexplorada.

Se apoyó sobre la madera del marco de la ventana mientras emitía un largo suspiro. Casi seis meses había durado la travesía en la que habían rodeado la costa de África y, ahora, se daba cuenta de que aquel viaje había merecido la pena; el paisaje era sobrecogedor. Ante ella vislumbraba siete islotes. Según le habían explicado durante la travesía, en cada una de estas pequeñas islas había una pequeña aldea. La intención de los británicos era agrupar los siete islotes que estaban en círculo y fusionarlos.

Aquella zona la habían colonizado los portugueses, pero desde 1626 los ingleses habían ocupado Mumbai e incendiado la casa de gobierno portuguesa antes de que estos fueran expulsados. Finalmente, el 23 de junio de hacía escasos dos años, en 1641, Portugal había cedido la soberanía del puerto y de Mumbai al rey de Inglaterra como parte del pacto matrimonial entre el rey Carlos II de Inglaterra y la infanta doña Catalina de Braganza.

Ahora, ellos disponían de unos fuertes asentamientos, controlaban sin problemas el mercado de la zona y hacían crecer la economía de su país.

Pero sabía que su viaje no había hecho más que comenzar. A partir de ahí iniciaría una ruta a través de un país exótico y, después, se adentrarían en el Imperio chino, un lugar totalmente inexplorado para ellos. Al menos, aquella zona.

Con veinticinco años recién cumplidos, se había criado desde pequeña bajo la disciplinada mano de una institutriz y de su cariñoso padre. Su madre había fallecido tras darla a luz. Su padre había sido un férreo trabajador, pero siempre había tenido unas horas al día para jugar con ella y salir a pasear.

Se giró y observó la pared de madera que la separaba del camarote de su padre, de donde provenían las voces de los lacayos que comenzaban a extraer los baúles para subirlos a cubierta. No habría insistido tanto en acompañarlo en aquel viaje si una sombra no se cerniese sobre él.

Un año antes de iniciar el viaje

Llovía desde hacía cuatro días, casi todas las calles de Londres se habían inundado. El sonido del trueno precedió al portazo que se produjo cuando la puerta principal de su enorme mansión se cerró, más motivada por el impulso del viento que por la mano de su padre.

Dejó de observar a través de la ventana, salió de su dormitorio y corrió por el pasillo, rumbo a las escaleras que la conducirían hasta la primera planta.

Su padre, Fynes Chapman, entregaba su capa empapada a la sirvienta y comenzaba a quitarse el abrigo. Tosió varias veces y recuperó el aliento mientras se llevaba la mano al pecho.

Las ansias de Katherine la hicieron situarse ante él y comenzar a interrogarlo incluso antes de que su padre se hubiese recuperado.

—¿Cómo ha ido todo? ¿Qué quería Su Majestad?

Su padre acabó de alisarse el traje y se pasó la mano por el cabello canoso, atado con un lazo en una pequeña cola.

—Deja que me caliente ante la chimenea, mi niña.

Ella asintió mientras lo acompañaba al enorme salón donde las llamas habían dotado a la estancia de luminosidad y una temperatura agradable.

—Estás empapado —pronunció ayudándolo a quitarse la chaqueta. Se la tendió a la sirvienta y facilitó que se sentara en un enorme sofá orejero—. Te prepararé una copa de brandi para que entres en calor.

Vertió media copa de aquel líquido color madera y se la tendió a su padre mientras se arrodillaba sobre la alfombra, al lado de la chimenea.

Dejó que su padre entrase en calor durante unos minutos, mientras daba pequeños sorbos a su copa y, al final, miró con una sonrisa a su hija, que esperaba con expectación.

—La reunión ha ido muy bien.

—¿Quiere que hagas más vestidos? —preguntó con ansiedad.

—No —respondió tras dar un sorbo—. Me ha encomendado una misión —dijo colocando una mano sobre el hombro de su hija, aunque luego suspiró y la miró fijamente a los ojos—. Aunque no creo que sea de tu agrado.

Ella lo miró intrigada.

—¿Que no sea de mi agrado? ¿Por qué?

Fynes depositó con cuidado la copa en la pequeña mesa que tenía al lado y se apoyó contra el respaldo, meditando la forma de explicarle a su hija lo que había ocurrido.

—Quiere que me encargue de unos asuntos en el extranjero.

—¿En el extranjero?

Fynes cruzó las manos por encima de su estómago y le sonrió a su hija.

—Quieren que me encargue de abrir una nueva vía de negocio en las Indias Orientales.

—¿En las Indias Orientales? ¿Allí?

—Sí, allí —respondió con una sonrisa.

Katherine se quedó unos segundos en silencio, meditando las palabras de su padre.

—¿Como embajador? —preguntó inquieta.

Fynes sonrió más, como si aquella palabra le agradase.

—Así es —le confirmó.

—¿Quieren que viajemos hasta allí? —preguntó sorprendida.

Fynes se quedó unos segundos en silencio, recapacitando la respuesta.

—Esta es una ocasión única. Su Majestad ha depositado una gran confianza en mí. Me siento halagado porque me haya seleccionado.

—Sí, claro, papá... pero ¿tendremos que ir a vivir a las Indias Orientales?

—La expedición durará cerca de tres años, quizá algo más. Piensa que solo llegar hasta allí son varios meses...

—Sí, ya... eso ya lo sé.

Fynes suspiró y volvió la mirada hacia su hija, esta vez con algo más de tristeza.

—Es un lugar peligroso para una mujer...

Ella se levantó con gestos tirantes.

—Entonces, ¿vas a rechazar el ofrecimiento de Su Majestad?

Fynes suspiró e hizo un gesto de fastidio.

—No puedo rechazar el ofrecimiento de Su Majestad.

—¿Y qué significa esa última frase?

Su padre se echó hacia delante, como si así quisiese dar más énfasis a sus palabras.

—Serán tres o cuatro años como mucho...

—No, no... Espera. —Le cortó—. ¿Vas a marcharte? ¿Vas a dejarme aquí? —preguntó con una mirada acusadora, haciendo que su padre agachase el rostro—. ¿Eso es lo que quieres decirme?

—Cariño, no puedo rechazar el ofrecimiento que me han hecho, no daría buena reputación al negocio...

—No puedes dejarme aquí —reafirmó ella.

Su padre se puso en pie con movimientos lentos, intentando que su hija se calmase. La cogió por los hombros de una forma delicada y la acercó a él.

—Tú eres lo más importante que tengo en la vida, Katherine. Este negocio nos reportará increíbles beneficios...

—No digas eso, papá —sollozó ella—. No puedes irte durante tres o cuatro años y dejarme aquí.

—Están los bailes, tus amigas... Todos cuidarán de ti.

—¡No! —gritó separándose de él.

¿Quedarse sola allí? Ciertamente era que tenía amigas, que siempre estaba entretenida con bailes o con sus clases de piano, pero su padre era lo único que tenía además de algunos parientes lejanos que acudían a verlos de vez en cuando, si bien su relación no era muy estrecha.

Lo miró con convicción y dio un paso hacia él.

—Iré contigo.

Su padre ladeó el rostro hacia un lado y suspiró.

—Sabes que eso no puede ser —pronunció antes de que otra tos le hiciese echarse hacia delante. Katherine se quedó clavada en el suelo sin demostrar debilidad ante sus palabras—. Tu lugar está aquí.

—Mi lugar está donde esté mi familia, y mi familia eres tú.

Aquellas palabras conmovieron a su padre, que modificó la mirada.

—Eso no puede ser —volvió a repetir con voz más calmada—. No voy a arrastrarte por medio mundo...

—Es lo que quiero —insistió con más vehemencia—. Quiero ir contigo.

Su padre le cogió una de las manos y la acarició.

—¿Qué tipo de padre sería si te llevase conmigo, si te arrancase de tu hogar, de tus conocidos, de tu vida? —Ella intentó apartar la mano de entre las suyas, pero Fynes no lo permitió y la sujetó con firmeza—. Tienes veinticuatro años, Katherine, aún te queda mucha vida por delante, por disfrutar. Pronto te casarás y tendrás tu propia familia...

—¿Por qué dices eso? —gritó arrebatándole la mano.

—Porque eso es lo que un padre quiere para sus hijos. Su felicidad.

—Mi felicidad está contigo —contraatacó.

Fynes suspiró y negó con el rostro sin siquiera atreverse a mirar a su hija.

—Lo siento, pero la decisión ya está tomada.

Ella iba a protestar otra vez, pero su padre se giró para dar un último sorbo a su brandi y, sin decir nada más, se alejó saliendo del salón.

—Voy a cambiarme de ropa.

Katherine se quedó totalmente estática mientras veía a su padre alejarse, con cientos de palabras en la boca que clamaban por salir, y conteniendo las lágrimas.

Los golpes en la puerta de su camarote la hicieron despertar de sus pensamientos.

—Señorita Chapman —pronunciaron abriendo la puerta de su camarote sin esperar a obtener respuesta.

El hombre era un poco más joven que su padre e iba vestido, al igual que todos los miembros de aquel buque, con el uniforme de la Compañía Británica de las Indias Orientales: calzones blancos y camisa ancha del mismo color, sin botones, acompañada de una chaqueta de color rojo con unos ribetes dorados en cuello, los hombros y las mangas. La mayoría de aquellos británicos no llevaban puesta la chaqueta del uniforme durante la travesía, aunque estaba claro que debían mantener una imagen de elegancia cuando llegaban a la costa de Mumbai.

—¿Tiene el equipaje preparado? —insistió el hombre.

—Sí, está todo listo —pronunció agachándose al lado de uno de sus baúles para asegurarse de que estaba cerrado.

En poco más de dos minutos, cuatro hombres arrastraban los dos arcones por el pasillo rumbo a las escaleras que los conducirían hasta la cubierta del barco.

Echó una última mirada a su camarote mientras alisaba la falda azul de su voluptuoso vestido. El camarote era muy austero, una simple cama, nada más, pero le había garantizado un lugar donde permanecer en calma, donde releer sus libros favoritos y poder disfrutar de intimidad. No necesitaba nada más.

Su padre cerró la puerta del camarote contiguo y se colocó frente a ella con una peculiar sonrisa.

—¿Todo bien? —preguntó mientras le ofrecía el brazo para conducirla por el pasillo.

Ella se cogió con una sonrisa. Su padre vestía muy elegante, un traje de color crema con un sombrero a conjunto.

—Sí, muy bien. Entusiasmada —respondió con una gran sonrisa.

—Eso está bien, pero recuerda el trato que hemos hecho.

Katherine se detuvo antes de subir por las escaleras. Miró a su padre con firmeza y asintió.

—Sí —respondió convencida.

En cubierta había un gran alboroto. Cientos de hombres arrastraban baúles, botes y sacos. Se apartó del camino de varios de ellos, que parecían no haber reparado en su presencia, y se giró para observar el paisaje.

No pudo evitar dar unos pasos hacia delante, impresionada. Aquel era el paisaje más espectacular y majestuoso que había visto nunca. Las palmeras se alzaban hacia el cielo sobre blancas arenas, las aguas turquesas y cristalinas permitían ver un fondo lleno de vida, con corales y bancos de peces.

En la costa, cientos de hombres esperaban junto a carros, entre las casetas de madera repartidas a lo largo de toda la costa.

Aquello iba a ser una experiencia única.

Su padre se puso a su lado; así permitía el paso de varios hombres que se dirigían a los botes para comenzar a cargar los baúles que llevarían a tierra.

—Cuánta gente —sonrió Katherine.

—Sí. —Se pasó una mano por la frente para quitar las gotas de sudor que caían, pues el calor era sofocante—. Menudo bochorno, y eso que es temprano.

Ella se giró hacia él con gesto preocupado.

—¿Estarás bien?

—Claro, claro... —Se apresuró a calmarla. Rodeó con un brazo sus hombros y la aproximó a él—. Todo saldrá estupendamente —pronunció con una sonrisa.

10 meses antes de iniciar el viaje

Ella rugió mientras rodeaba la mesa y se acercaba a su padre.

—¡No me parece justo! —gritó frente a él.

Fynes obvió aquel último comentario, inmerso en los documentos que tenía extendidos sobre la mesa de su despacho, situado en la segunda planta de su mansión.

—¡Papá! —gritó ella desesperada al ver que la ignoraba.

Fynes suspiró, se apoyó sobre su acolchado asiento y elevó el rostro hacia ella.

—¿Qué quieres? —preguntó con paciencia.

Ella dio un paso más haciendo que él alzase la cara.

—¿La tía Maggy? ¿En serio? —gritó. Fynes resopló—. ¿Vas a traer a la tía Maggy para que se quede conmigo mientras tú...?

—Para que te cuide —concretó.

Ella apretó los labios.

—No necesito que me cuiden. —Se señaló a sí misma—. Sé cuidarme solita. —Aquello despertó una sonrisa cargada de ternura en el rostro de su padre—. No... no me mires ni sonrías así —lo riñó.

—La tía Maggy cuidará de ti...

—¡No!

—Te acompañará a las reuniones sociales y...

—¡Pero si no la conozco! —gritó desesperada—. ¿Cuántas veces la he visto en mi vida? ¿Tres? ¿Cuatro? —Fynes se apoyó contra el respaldo de su asiento como si estuviese agotado de discutir cada día con su hija.

—Ella no tiene hijos... estará encantada de...

—¡Y por eso mismo! —volvió a atacar—. ¿Cómo pretendes que cuide de mí una mujer que nunca ha estado al cargo de...?

—Tú no le darás problemas —sonrió Fynes.

Aquello la hizo rugir de nuevo. Sí, siempre había sido buena hija; quizá si hubiese sido más rebelde ahora no se encontraría con aquel problema.

—Puedo darlos... —amenazó.

—Sí, claro, claro... —rio su padre mientras volvía la mirada a los documentos.

—¡Lo digo en serio! —gritó. Fynes suspiró mientras centraba toda la atención en la documentación. Katherine se quedó observándolo de brazos cruzados. Parecía que su padre hablaba en serio cuando decía que se marcharía durante unos años y ella se quedaría allí—. Así que es verdad... me abandonarás —susurró incrédula al ver la actitud de su padre.

—Yo no te abandono —respondió con voz calmada—. Voy a trabajar.

—¿Y por qué no puedo acompañarte? —gimió de nuevo—. No te molestaré, ni siquiera te enterarás de que estoy ahí contigo.

—Cariño —dijo volviendo la mirada hacia ella—. Ya te lo he dicho cientos de veces, una expedición no es un lugar apropiado para una mujer. Es peligroso.

—Pero viajarás con la Compañía Británica de las Indias Orientales. —Luego señaló los documentos—. Su Majestad te procurará una caravana y parte de un ejército para que te acompañen en el trayecto... ¿por qué va a ser peligroso? Iremos protegidos. Además, no es peligroso, solo es diferente. —Y se cruzó de brazos.

Fynes la miró unos segundos.

—Ya, claro... Su Majestad me brinda un ejército porque el viaje es diferente... —ironizó su padre.

Fynes se pasó el pañuelo de tela por la frente para secar las gotas de sudor. Se giró y observó a su hija, que miraba maravillada la costa. A medida que se acercaban a la orilla, era más consciente de la cantidad de personas que caminaban sobre la arena.

Podía distinguir perfectamente a los nativos de la zona, sus ropas coloridas, su tono de piel más oscuro. Las mujeres paseaban sobre la arena descalzas, con largos vestidos de colores y velos que se extendían desde su frente y les tapaban los hombros y parte del brazo. Algunas de estas mujeres llevaban sobre la cabeza cestas de mimbre cargadas de fruta y pescado.

Se sujetó más fuerte a la barca mientras sobrepasaban unas olas y nada más llegar a la orilla uno de los hombres la ayudó a bajar. Fue consciente en ese momento de que la mayoría de los hombres, mujeres y niños que se encontraban allí centraban la mirada en ella. Se sujetó con fuerza el sombrero que llevaba, pues el sol amenazaba con quemar su blanca piel, y dio unos pasos sobre la arena, con bastante dificultad.

—¿Necesita ayuda, señorita? —preguntó uno de los marineros al verla caminar de esa forma.

Katherine se sujetó el vestido con las dos manos y negó con una sonrisa de autosuficiencia.

—No, gracias. Puedo sola —pronunció mientras se alejaba de la orilla.

—Puede esperar bajo las palmeras. El sol luce con fuerza —explicó el hombre mientras iba al encuentro de la barca que llevaba el equipaje.

Aunque le costase caminar sobre la arena con aquel voluptuoso vestido, el volver a notar tierra firme bajo los pies fue una magnífica sensación.

Llegó hasta el tronco de una palmera y se apoyó. Su padre se había quedado al lado de los marineros para supervisar el trabajo que hacían. Se entretuvo mirando la inmensa playa. Durante su travesía ya le habían dicho que aquello era como un paraíso, aunque el calor era sofocante.

Se quedó observando a las mujeres vestidas con aquellas túnicas coloridas y sintió cierta envidia. Daba la sensación de que estaban mucho más cómodas que ella

y más frescas.

Su mirada voló hasta un grupo de hombres que caminaban acelerados por la playa. Por sus uniformes sabía que eran británicos. Cuando esos hombres arrastraron sus baúles hacia las palmeras, supo que era la guardia que se les había asignado para su expedición.

Uno de ellos se colocó frente a su padre, totalmente firme.

—¿Señor Chapman?

Fynes elevó la mirada y asintió. Se puso erguido y le tendió la mano. Un chico de gran altura, con unos enormes ojos azul grisáceo, lo observaba. Iba vestido con el uniforme de la compañía en perfecto estado.

—Sí.

—Soy el coronel Arthur Wyatt. —Fynes enarcó una ceja y luego miró al resto de los hombres que lo acompañaban. Parecía un chico joven, demasiado joven como para desempeñar un cargo militar así—. Han llegado tres semanas tarde —pronunció tras estrecharle la mano, adoptando de nuevo una postura erguida, con las dos manos tras la espalda.

—Tuvimos que rodear una tormenta, supongo que eso nos retrasó. Lo lamento.

El coronel giró el rostro hacia los baúles que arrastraban los marineros.

—¿Todo esto es suyo? —preguntó sorprendido por el excesivo equipaje.

—Sí.

—Lo acompañaremos al cuartel para que descanse y mañana iniciaremos el trayecto.

—Yo... yo pensaba que descansaríamos un par de días antes de... —pronunció mientras lo seguía sobre la arena.

Arthur se dirigió hacia las palmeras.

—Como he dicho, llegan tres semanas tarde. Mi misión es escoltarlo hasta la ciudad de Dunhuang o Pekín, según las negociaciones, y le aseguro que es una travesía larga. No podemos permitirnos más retraso. Partiremos mañana al alba.

Fynes iba a responder cuando la tos le hizo detenerse para recuperar el aliento. Arthur se giró y lo observó fijamente hasta que Fynes recuperó la compostura.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —respondió—. No tiene importancia.

Arthur asintió antes de girarse y seguir caminando sobre la arena hacia las palmeras. Algo entonces llamó su atención, aunque no descendió el ritmo hasta llegar a la sombra. No pronunció nada, simplemente se quedó observando a la muchacha que permanecía en actitud tímida, con el rostro hacia abajo, a poco más de un metro de él.

La mirada de Arthur se dirigió directamente hacia Fynes.

—¿Viene acompañado? —preguntó tirante.

—Coronel Wyatt, ella es mi hija, Katherine Chapman.

Arthur lo miró sin comprender y luego giró el rostro hacia sus hombres, los cuales aún arrastraban todos aquellos baúles. Ahora comprendía ciertas cosas.

Arthur miró de nuevo a la muchacha. Tenía una tez blanquecina, ensartada por los ojos más azules que jamás había visto. Sus rizos rubios caían de un moño que llevaba recogido en la nuca.

—Disculpe —dijo mirando directamente hacia Fynes—, pero me informaron de que usted viajaba solo.

Fynes medio sonrió mientras buscaba en su bolsillo un documento y se lo tendía.

—Pues no es así.

Arthur tomó el documento expedido con el sello real, con movimientos tensos, y lo leyó mientras miraba de reojo a la muchacha. El documento se había expedido hacía seis meses y llevaba la rúbrica y el sello reales. La carta de recomendación portaba dos nombres: Fynes Chapman y Katherine Chapman. Arthur elevó la mirada lentamente, sin dar crédito a lo que leía. Ella seguía cabizbaja mientras Fynes permanecía sonriente, como si la alegría por pisar tierra firme aún lo embargase.

—¿Por qué sonríe? —preguntó ladeando el rostro, doblando el documento. El tono que empleó hizo que ambos alzasen la mirada hacia él. Arthur la señaló directamente a ella—. Ella no va a venir, embárguela de nuevo.

Katherine abrió los ojos asombrada y dio un paso hacia él, molesta por sus modales.

—¿Disculpe? —preguntó elevando el tono—. El documento es válido, lleva el sello de Su Majest...

—Sé perfectamente qué sello lleva —lo interrumpió dando un paso también hacia ella—, pero eso para mí no significa nada.

—¿Qué? —gritó ella.

—Su Majestad se encuentra en Gran Bretaña, no aquí. Aquí mando yo.

—¿Va a desobedecer las órdenes de Su Majestad? —preguntó indignada—. No me he pasado seis meses en un barco para que ahora usted me diga que tengo que embarcar de nuevo. Vengo a acompañar a mi padre en misión diplomática.

Arthur dio un paso más y se encaró a ella.

—¿Sabe adónde nos dirigimos, señorita Chapman? No es un recorrido agradable, y mucho menos para una señorita como usted —pronunció elevando el tono de voz, como si no estuviese acostumbrado a que le llevasen la contraria—. Le recomiendo que vuelva a subirse en uno de los botes y se dirija al buque.

Ella se cruzó de brazos y lo observó fijamente.

—Pues lo siento, pero no voy a aceptar su recomendación.

Arthur miró directamente a Fynes, el cual se pasaba de nuevo el pañuelo por la frente.

—¿Sabe lo que está haciendo? —preguntó como si estuviese ofendido—. Es un largo trayecto, tardaremos meses en llegar. Es un lugar peligroso para una mujer.

—No me asusto fácilmente, coronel —interrumpió ella.

Aquella respuesta le hizo ladear el rostro en dirección a ella, con la mandíbula apretada.

Fynes se quedó observando al joven, que pese a su juventud parecía haberse ganado el puesto de coronel por méritos propios, pues el tono de voz que empleaba daba a entender que allí el único que estaba al mando era él.

Katherine aguantó la mirada del coronel. No había peleado y luchado tanto para que ahora un hombre al que acababa de conocer decidiese que tras seis meses de travesía debía embarcar de vuelta a casa. Nada la echaría atrás.

El coronel la estudió durante varios segundos.

—Descansarán esta noche en el fuerte y mañana mismo usted embarcará.

Tal y como dijo aquello les dio la espalda para dirigirse junto al resto de sus hombres, sin permitir que ella o su padre replicasen. Aquel hombre no le gustaba; había pensado que con aquel documento no tendría problemas, pero parecía que el coronel Wyatt no iba a ponérselo nada fácil. Ese coronel podía reprocharle todo lo que quisiese, pero lo cierto es que tenía el consentimiento de la familia real y contaba con su beneplácito, así que él debería tragarse su orgullo y aceptar las nuevas circunstancias por mucho que le costase.

—Señor Chapman —dijo un oficial a su lado, y al momento la miró a ella—. Señorita Chapman —pronunció con un leve ademán en el rostro a modo de cortesía—. Si nos acompañan, los conduciremos hasta el fuerte donde podrán descansar el resto del día.

Su padre le tendió el brazo para ayudarla a caminar sobre la arena y siguieron al oficial mientras los demás hombres llevaban sus baúles hasta un pequeño carruaje.

Que lo matasen si eso era un cuartel. Aquello era un verdadero desastre, aunque sabía que a partir de ese momento era lo que le esperaba durante los siguientes meses de travesía. Apartó la cortina que servía a modo de entrada de su tienda y observó a decenas de soldados de la compañía vigilando aquel cuartel improvisado.

A pocos metros de la playa, tras las palmeras, había decenas de pequeñas casetas de tela. Al menos, allí podía cobijarse del implacable sol.

Miró sus baúles y fue hacia donde sabía que estaban sus vestidos. Lo primero era darse un baño y cambiarse de ropa para estar más fresca.

Escogió un vestido de color crema de tirante ancho y salió al exterior. Debía de haber algún lugar donde poder lavarse y refrescarse.

Se quedó observando a todos aquellos hombres hasta que su mirada coincidió con la de su padre, que, en ese momento, hablaba con un oficial y señalaba las pertenencias que tenía guardadas en su propia caseta. Fynes asintió y miró a su hija antes de que el oficial se alejase.

Suponía que su padre podría informarse de dónde podía darse un baño. Avanzó hasta él con la mirada intrigada cuando se detuvo al chocar con alguien sin querer.

—Disculpe —pronunció dando un paso atrás, aunque cuando se alejó se dio cuenta de que aquel hombre no era otro que el coronel Wyatt—. O no... —ironizó mientras sujetaba el vestido contra su pecho.

El coronel también parecía ensimismado en sus pensamientos, porque puso la espalda firme al reconocer a la persona contra la que había chocado. Se quedó observándola fijamente sin pronunciar palabra, como si la presencia de ella lo importunase.

—Disculpe, coronel..., pero me gustaría darme un baño. ¿Dónde puedo...?

—Puede dárselo mañana en el buque, señorita Chapman —contestó antes de continuar su camino.

Si no se tratase de un coronel y no supiese que de él dependían la seguridad de su padre y la de ella misma, le habría arrojado su vestido a la cabeza. A esa cabezota de coronel.

—Será maleducado —susurró mientras proseguía su marcha hacia la tienda de su padre, desviando una mirada enfurecida hacia la espalda cada vez más lejana del coronel.

Llegó hasta la caseta y echó la cortina a un lado. Fynes había abierto su baúl y comenzaba a sacar ropa. Se giró sorprendido, aunque sonrió en cuanto vio a su hija. Volvió a girarse y siguió extrayendo ropa del baúl, libros y documentos.

—¿Qué haces? —preguntó.

Fynes suspiró.

—Un oficial ha venido a hablar conmigo. Me ha pedido que meta lo imprescindible en una alforja.

Ella pestañeó varias veces.

—¿Solo una?

—Sí.

Asintió y se giró para salir de la tienda.

—Eh, eh, Katherine... —dijo llamando su atención, haciendo que se detuviese antes de salir—. ¿Adónde vas?

—Solo se puede llevar una alforja, ¿no? —Su padre asintió—. Bien, pues voy a sacar de mis baúles los vestidos más cómodos que tenga y a guardarlos. Así ahorraremos espacio.

Fynes la cogió de la mano.

—Oye, he pensado en lo que el coronel Wyatt ha dicho...

—No —lo cortó ella—. No es lo que me prometiste.

—Cariño, ese hombre tiene razón.

—¿En qué tiene razón? ¿En que es un viaje arriesgado? Eso ya lo sabíamos los dos y aun así llegamos a un acuerdo.

Su padre le dio palmaditas en la mano intentando que se relajase.

—Quizá ni yo mismo era consciente del peligro que entrañaba este viaje.

—No empieces de nuevo —le cortó—. No pienso irme, no pienso dejarte solo. Hazte a la idea, papá. No me importa lo que ese coronel diga, ni siquiera lo que tú digas. —Se señaló a sí misma mientras se le empañaban los ojos—. Un trato es un trato.

Su padre suspiró y se giró hacia el baúl para vaciarlo más aún.

—Trae solo cinco vestidos, una capa y un par de botas. Deberás lavarlos tú misma durante el trayecto —explicó, aunque su tono de voz sonó bastante apagado, como si le costase pronunciar aquello.

Katherine no lo dudó. Salió disparada hacia su tienda atravesando el pequeño descampado y apartándose del camino de los soldados. Sí, sabía que en cierto modo su padre y el coronel tenían razón, pero si no lo hacía, si no emprendía aquel viaje junto a su padre, se arrepentiría el resto de su vida.

Mientras caminaba, no pudo evitar echar una mirada cargada de odio hacia aquella espalda que seguía dando órdenes a sus oficiales.

El coronel Wyatt tuvo que notar su mirada, porque se giró hacia ella cruzado de brazos y coincidieron un instante ambas miradas antes de que Katherine se introdujese en su tienda.

Abrió el primero de los baúles y extrajo todos los vestidos con movimientos enfadados, nerviosos e incluso agresivos, y los arrojó sobre la manta que haría las veces de cama aquella noche.

Notó que toda la ira y el enfado que había sentido aquellos últimos meses se juntaban en aquel preciso momento, y estallaban en una explosión de tristeza e

indignación.

Echó unos cuantos vestidos más fuera del baúl, con desesperación, y se arrodilló en el suelo intentando controlar las lágrimas. Aquello no era justo, nada de todo lo que estaba ocurriéndole en aquel último año lo era. El único consuelo que le quedaba era estar con su padre.

8 meses antes de iniciar el viaje

Su padre volvió a sorber la sopa mientras observaba de reojo a su hija y a su prima Maggy, que había llegado hacía dos días a su hogar.

Katherine se había mostrado impasible desde la llegada. No le había dirigido la palabra a ninguno de los dos.

Sabía que su hija al final lo comprendería, que aceptaría el quedarse allí. Solo bastaba que comenzase la época de bailes para que el enfado le desapareciese, pero lo cierto era que hasta ese momento la situación estaba siendo muy tensa.

La tía Maggy, tal y como se había obligado a llamarla, aunque realmente era la prima de su padre, acabó su plato de sopa y elevó levemente la mano para que el sirviente lo retirase.

—Estaba riquísimo. Felicite a la cocinera de mi parte —pronunció, aunque con un tono de voz altanero. Desvió la mirada hacia la joven, que permanecía frente a ella, e intentó entablar conversación otra vez—. Katherine, querida, mañana me gustaría dar un paseo por la ciudad, apuesto a que podrías enseñarme muchos lugares preciosos.

Ella alzó la mirada un segundo y miró de reojo a su padre. Sabía que él quería que ambas se llevaran bien. La tía Maggy no le caía mal, parecía buena persona, aunque sus gestos y costumbres eran demasiados refinados para su gusto y dotados de arrogancia.

—La verdad, tía Maggy, agradezco tu interés, pero preferiría quedarme en casa ensayando con el piano, o bien con mi padre.

—Katherine —la riñó su padre en un susurro.

Maggy se removió incómoda en la silla. Aquella muchacha no se lo ponía nada fácil.

—Entiendo que quieras estar con tu padre —pronunció con una sonrisa tierna Maggy—. Ya tendremos tiempo de dar paseos —dijo mientras se ponía en pie—. Si me disculpáis, aún estoy cansada de mi viaje —Fynes asintió, furioso con el comportamiento de su hija—, iré a mi habitación a descansar. —Se separó levemente de la mesa y volvió a sonreír hacia los dos—. Buenas noches.

—Buenas noches —susurró Katherine mientras acababa su plato de sopa sin siquiera mirarla, aunque pudo notar de nuevo como su padre volvía a echarle una de aquellas miradas enfurecidas.

Aquello se confirmó cuando la tía Maggy abandonó la estancia y cerró la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Fynes volcando toda su atención en ella.

Ella lo miró directamente.

—No estoy haciendo nada. —Se quejó por el tono de voz que usaba su padre—. ¿Es obligatorio que la acompañe a dar un paseo? —Elevó la voz—. Prefiero pasar el tiempo que me queda contigo. Tú te marcharás, ¿tan difícil es de comprender?

Su padre suspiró y volvió a bajar la mirada hacia su plato.

—Creo que os iría bien pasar tiempo juntas.

—Y lo vamos a pasar... no me queda otro remedio —rugió.

Su padre la señaló.

—Baja ese tono, jovencita. Esa no es la educación que te he dado...

Katherine se puso en pie enfadada.

—No, tienes razón. La educación y los valores que me has dado han sido una mentira —gritó haciendo que su padre se pusiese en pie—. Siempre me has dicho que lo más importante en esta vida es la familia, estar cerca de tus seres queridos mientras puedas. Pero tú... te marcharás. Voy a cumplir veinticinco años en una semana y, cuando te marches, no volveremos a vernos hasta que haya cumplido los veintiocho como mínimo. ¿Te parece justo para mí? ¿De verdad lo crees así?

Su padre resopló.

—Yo no he dicho que me parezca justo, pero sí me parece lo más correcto —apuntó.

—¿Lo más correcto para quién? ¿Para ti?

—No, ¡para ti! —gritó su padre, aunque al momento intentó calmarse y apretó los labios. Su hija lo observó petrificada, pues hasta entonces su padre no había elevado la voz en ningún momento—. Debes comprender que este viaje puede solucionarnos la vida. Lo siento, Katherine, para mí es más difícil de lo que piensas. Tú eres lo único que me queda de tu madre, pero no puedo permitir que corras algún riesgo...

Ella se separó de la mesa.

—No recurras a eso, papá; no recurras a mamá —lo acusó con voz pausada—. A ella la perdiste porque no tenías más remedio, a mí me perderás por voluntad propia.

Acto seguido, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, con lágrimas en los ojos.

—Katherine, espera... —intentó detenerla su padre—. No te marches.

Sabía que no era justo para su hija; él era la única familia que tenía, pero ¿qué representaban tres años si luego podía darle a su hija una vida en la que jamás le faltase de nada? Ciertamente era que no podían quejarse, que disponían de una muy buena posición económica, pero la empresa no iba tan bien como aparentaba ante ella.

Su hija aún era muy joven y tenía mucha vida por delante. Debía casarse con un hombre y sabía que un fuerte patrimonio o la promesa de este harían que su futuro enlace fuera más ventajoso. Debía hacer ese sacrificio, por mucho que le doliese alejarse de lo que más quería en el mundo. En ese momento sus pulmones se colapsaron y le provocaron una agobiante sensación de ahogo.

Gimió mientras se agachaba intentando recuperar el aliento, mientras una tos cargada de mucosidad le hacía contorsionarse hacia delante.

Katherine se detuvo al lado de la puerta y se giró para observarlo.

Su padre tosía con fuerza, prácticamente sin poder respirar.

—¿Papá? —gritó asustada al ver como su padre se apoyaba en la mesa para guardar el equilibrio. Corrió hacia él aterrorizada y lo cogió del brazo mientras ponía una mano sobre su pecho—. Papá, ¿qué te pasa? —Lloró desesperada al ver que su padre cada vez se inclinaba más sobre el suelo, como si no pudiese aguantar su peso—. ¡Un médico! ¡Tía Maggy! —gritó desesperada mientras se arrodillaba junto a su padre, que no dejaba de toser—. ¡Avisad a un médico! —volvió a gritar mientras acariciaba el cabello de su padre, intentando calmarlo antes de que hubiera perdido la consciencia en el suelo.

Katherine se secó las lágrimas ante aquellos recuerdos. Se obligó a permanecer quieta en el interior de aquella tienda improvisada cerca de la playa, donde el calor cada vez era más asfixiante.

Observó con ternura todos los vestidos que había lanzado contra el suelo. Su padre había confeccionado cada uno de ellos.

Paseó la mano sobre la tela de uno de sus vestidos y no pudo evitar que los recuerdos la asaltasen: cada uno de aquellos vestidos era especial y tenía una historia.

Secó una lágrima y, justo cuando iba a levantarse, su padre entró y se quedó totalmente inmóvil al verla en aquella posición tan vulnerable. Había sido consciente de su cambio de humor desde aquella mañana, desde que el coronel le había ordenado que por su propia seguridad volviese a embarcar en el buque. Sabía que razón no le faltaba a ese coronel. Se había dirigido a aquella caseta para decirle que lo más sensato era obedecer las órdenes, pero verla totalmente abatida volvió a bloquearlo y a hacerle sentir la culpabilidad que lo había llevado a arrastrar con él a su hija hasta allí, hasta aquel lugar remoto del mundo.

—Katherine —susurró arrodillándose frente a ella.

Ella hizo un puchero y miró a su padre. Se acercó a él y lo abrazó. Su padre la acogió entre los brazos como si fuese una niña pequeña mientras un suspiro salía de lo más profundo de su ser.

—No permitas que me aparten de ti —sollozó contra su pecho—, por favor.

Su padre le acarició la mejilla y le besó la frente intentando calmarla.

—Shhhh... —dijo acunándola—. No tienes que ponerte así, tranquila. No lo permitiré —pronunció mientras su hija se abrazaba a él con más fuerza.

El coronel Arthur Wyatt salió de su tienda tras pasarse la navaja por la barba de cinco días. Avanzó hasta la hoguera encendida en el centro del campamento, donde cocinaban el arroz especiado. Observó el cielo estrellado mientras sorteaba a sus oficiales. Ni siquiera el resplandor que emanaba de las llamas mitigaba la claridad de la luna y las estrellas.

Se sentó cerca de su primer oficial, Patrick, y este le pasó un cuenco repleto con la cena.

—Gracias —pronunció mientras lo cogía.

Echó la vista atrás para observar la caravana preparada que partiría al día siguiente. Había seleccionado a sus mejores hombres para aquel viaje. Sabía que sería duro, aunque confiaba en poder llevar a cabo su misión sin problemas.

Los marwari eran los caballos típicos de la zona, caballos parecidos al árabe, muy valientes y veloces. La primera vez que los había visto se había sorprendido, pues tenían una característica diferente a los caballos que montaba en Gran Bretaña: destacaban por presentar unas orejas relativamente largas y giradas hacia dentro, con las puntas en contacto. Al principio le había resultado cómico, luego, tras cabalgarlos por las llanuras, se había maravillado de la vigorosidad de aquellos animales de temperamento difícil.

—¿Está todo preparado? —preguntó volviendo su atención a su oficial de primera.

—Sí, coronel —pronunció este tras tragar—. Solo falta cargar el baúl del viejo —dijo señalando la caseta del señor Chapman.

Arthur miró de reojo a su compañero, pero no dijo nada ante ese comentario despectivo. Miró con atención la caseta y pudo intuir la silueta de Fynes y de su hija, pues debían de tener la lámpara de aceite encendida en el interior.

—¿Te ha dicho algo el señor Chapman a lo largo del día?

Patrick depositó el cuenco vacío en la tierra y negó.

—No; antes le he informado, tal y como me pediste, de que redujese su equipaje a una sola alforja. Supongo que lleva todo el día entretenido con eso —respondió sin darle más importancia. Luego se acercó un poco más a él—. ¿Y la muchacha?

—¿Qué pasa con la muchacha?

Patrick se encogió de hombros.

—Los hombres dicen que va a acompañarnos en el trayecto —susurró.

Arthur depositó el cuenco en el suelo; automáticamente, echó miradas furtivas a unos cuantos hombres que cenaban y mantenían distendidas conversaciones.

—¿Es cierto? —insistió Patrick.

Arthur se llevó la mano a los ojos, se los frotó y directamente se puso en pie.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó sin mirarlo, clavando la mirada fijamente en la cabaña donde se reflejaban las sombras de las dos siluetas.

Patrick se encogió de hombros mientras observaba el cuenco lleno de su coronel.

—Nadie en concreto, solo comentan. Dicen que la muchacha ha estado vaciando baúles junto a su padre. ¿No te lo vas a acabar?

Arthur avanzó con paso decidido hacia la caseta mientras señalaba a su amigo.

—Ni se te ocurra tocarlo —le advirtió. Patrick no respondió, pero puso las manos en alto en señal de que así sería.

Avanzó con paso firme, se situó frente a la tela que cubría la caseta y, sin pronunciar palabra, desplazó a un lado la fina cortina, lentamente, llamando la atención de ambos.

Katherine se quedó estática mientras cogía de la mano de su padre una botella y este se limpiaba la boca con una servilleta.

—Coronel Wyatt —pronunció Fynes sin salir de su asombro—. ¿Ocurre algo?

Katherine cogió el tapón de la botella que había depositado sobre el baúl y la tapó sin apartar la mirada de él. El destello de la lámpara de aceite hacía que sus ojos grisáceos se oscureciesen; aun así, seguían destacando con aquella camisa blanca y el mechón de cabello castaño que le caía sobre la frente.

Arthur entró a paso lento y se puso firme, y entrelazó las manos tras la espalda.

—Señor Chapman —dijo mirándolo. Luego torció el rostro hacia ella y lo bajó sutilmente para saludarla—. Señorita Chapman. —Ambos se encontraban petrificados, sin saber qué hacer ante la intrusión—. Señor Chapman —pronunció fijando la vista en él—. ¿Podría hablar un segundo con usted? A solas —remarcó las últimas palabras sin centrar la mirada en ella.

Fynes miró de reojo a su hija, que apretaba con fuerza la botella en las manos.

—Claro, por supuesto —dijo poniendo una mano en el hombro de ella. Katherine suspiró y se giró un segundo hacia su padre, no muy segura—. Luego seguimos —pronuncio con ternura.

Katherine depositó la botella en el suelo. Aun así, miró fijamente al coronel y lo retó antes de salir de la tienda. No era tonta, sabía de lo que iba a hablarse en su ausencia.

Arthur esperó a que ella saliese. Una vez que estuvieron solos, relajó la postura y se cruzó de brazos, observándolo todo. Miró la botella que había depositado Katherine en el suelo y dio un paso hacia ella.

—¿Le gusta el coñac? —preguntó volviendo su atención hacia él.

Fynes recogió la botella del suelo y la depositó sobre el baúl.

—Está mezclado con miel —le explicó—. Me ayuda con la tos.

Arthur lo contempló fijamente. Chasqueó la lengua como si la situación lo incomodase y dio unos pasos para acercarse; obviamente, lo que quería decirle iba a hacerlo en un tono más bajo que el que empleaba en ese momento.

—¿Ha hablado con su hija? —preguntó directamente.

Fynes pestañeó varias veces; no esperaba una pregunta tan directa, aunque sabía a lo que se refería.

—Verá, coronel... —pronunció dando unos pasos hacia él—, mi hija es una mujer de férreas ideas, muy testaruda. —Aquella respuesta hizo que Arthur lo retase con la mirada—. La carta de Su Majestad especifica los dos nombres. —Arthur no modificó el gesto, no se movió un ápice mientras lo escuchaba—. Sé que sus intenciones son buenas y, aunque no me gusta su negativa, la entiendo. Solo pretende protegerla...

—Esto no es Londres, señor Chapman —pronunció lentamente.

—Sí, lo sé —reaccionó rápidamente.

—Ella tiene que volver —ordenó.

Fynes apretó los labios y paseó la mirada durante unos segundos por la tienda, como si evaluase de nuevo la situación.

—Le repito —comenzó de nuevo—. La carta de Su Majestad nos autoriza tanto a mi hija como a mí...

—¡No me importa lo que autorice esa carta! Aquí el responsable al mando soy yo —pronunció elevando el tono, imponiendo autoridad. Aquello hizo que Fynes alzase el rostro hacia él, asustado—. ¿Es que no se da cuenta? ¿Es que acaso quiere arrastrar a su hija a un lugar que seguramente acabará matándola? —preguntó incrédulo.

—Coronel —pronunció con voz lenta—, como bien dice, usted es quien da las órdenes aquí, pero también usted está bajo el mando de Su Majestad. ¿Va a desobedecer? —preguntó ladeando el rostro hacia él—. Dígame... —pronunció en un tono más bajo—, ¿debemos abandonar esta misión? ¿Debo escribir a Su Majestad para decirle que nos hemos visto obligados a volver a Londres porque el coronel al cargo de la expedición...?

Arthur dio unos pasos hacia atrás asombrado por la respuesta de aquel hombre.

—Por Dios, está loco —susurró mirándolo de los pies a la cabeza—. Es su hija —continuó absorto por la respuesta.

—Es una enviada de Su Majestad para cumplir esta misión —puntualizó Fynes. Se giró, cogió la botella de nuevo y le quitó el tapón—. Ella se viene.

Arthur lo miró indignado. ¿Cómo podía un padre permanecer impasible ante aquello?

—No sabe lo que está haciendo —pronunció antes de salir de la tienda indignado, aunque se vio obligado a detenerse cuando chocó directamente contra Katherine, que esperaba a unos metros de la tienda.

Ella lo miró. Incluso en aquella oscuridad, rota por la tenue luz que emanaba de la hoguera cercana, pudo intuir sus ojos llorosos. Se mantuvo observándola unos segundos. Aquella joven no sabía a lo que se enfrentaba, a los peligros a los que se expondría en aquel viaje. No supo si sentir pena o indignación ante aquello. Ya era difícil para un hombre sobrevivir en aquellas tierras y aquella mujer se veía tan joven,

inexperta y delicada que, durante unos segundos, sintió deseos de cogerla del brazo y arrastrarla él mismo hacia el navío que permanecía anclado en la orilla.

Dio un paso atrás, sin apartar la mirada de aquellos ojos azules acusadores, y, sin decir nada más, se alejó de la caseta con grandes zancadas, sin siquiera girarse.

Katherine lo vio alejarse. Había escuchado toda la conversación y había tenido que contenerse para no entrar con cada palabra que pronunciaba.

Lo vio sentarse junto a la hoguera y coger un recipiente con comida. Finalmente, ella entró en la tienda.

Fynes volvía a beber un trago de su botella. Se acercó a él y se la cogió.

—¿Estás bien? —preguntó, cerrándola con el tapón al notar un ligero temblor en las manos de su padre.

Fynes asintió y alzó los ojos hacia su hija. Se la veía tan hermosa, tan delicada...

Cogió la mano de su hija y la acarició.

—Katherine...

—No, papá —le cortó con convencimiento—. Ya lo hemos hablado cientos de veces. No dudaré en enviar la carta. —Él chasqueó la lengua y resopló mientras le soltaba la mano y se volvía hacia su cama improvisada—. Es mi decisión —le recordó—. Quiero estar aquí, contigo.

Fynes miró con ternura a su hija.

—Está bien —susurró dándose por vencido. Ya estaba cansado de discutir.

Ella fue hasta él y besó su mejilla.

—Acuéstate y descansa, mañana tenemos un largo viaje por delante —pronunció acompañándolo hasta la cama.

Katherine sopló para apagar la llama que bailaba sobre el aceite, depositó la botella con miel y coñac cerca de su padre, por si la necesitaba, y salió de la caseta.

No pudo evitar abrazarse a sí misma y elevar la mirada al cielo estrellado. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si todo aquello era un error?

Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no echarse a llorar allí mismo. Inspiró varias veces y caminó con paso apresurado hacia su tienda, situada frente a la de su padre. No pudo evitar girar el rostro hacia la hoguera rodeada por todos aquellos oficiales que acababan su cena, aunque unos ojos destacaron entre todos los demás. Arthur no apartaba la mirada de ella mientras se dirigía hacia su caseta.

Entró en ella y fue directamente a uno de los baúles que había vaciado. Se arrodilló ante él, colocó una pequeña lámpara de aceite a su lado para iluminarse y sacó una pequeña cajita de madera.

Había varios documentos en su interior, documentos de la empresa de su padre. Se mordió el labio mientras lo revolvía todo y extrajo un pequeño sobre.

Sabía que aquello no era justo, pero la impotencia era tal que se había obligado a hacer cosas detestables. No se arrepentía de ello, pues gracias a lo que contenía aquel sobre había logrado su cometido y no separarse de su padre.

Sabía que su padre dudaba constantemente si enviarla de nuevo a Londres, y más con el coronel pidiéndolo a gritos. Aquel era su pasaje para poder continuar allí.

Iba a abrir el sobre para leerlo de nuevo cuando escuchó que varios soldados pasaban frente a su tienda.

Suspiró y guardó el sobre en el baúl. No pensaba usar aquel documento, nunca había querido, pero si hacía falta usaría ese recurso como amenaza para quedarse.

El doctor llevaba más de una hora encerrado en la habitación junto a su padre. Tras recuperar el sentido, lo habían subido a la habitación entre tres lacayos y tumbado en la cama a la espera de que el médico llegase.

Por suerte, no había tardado más de un cuarto de hora.

Aquella última hora había sido agonizante. No podía quitarse de la mente el recuerdo de su padre tosiendo sin cesar, ahogándose... cómo se había llevado la mano al pecho mientras sufría una agonía y finalmente perdía el sentido.

Se había tirado sobre él mientras lloraba y gritaba asustada.

—¡Papá! —gritó mientras lo zarandeaba y le golpeaba el rostro intentando que recuperase el sentido—. Papá, ¿qué te pasa? Despierta... despierta...

Pocos segundos después los mayordomos habían llegado, la habían apartado de su padre y lo habían ayudado.

Su tía Maggy había llegado al salón movida por sus gritos y la había abrazado mientras ella temblaba y gritaba hacia su padre.

Solo había logrado calmarse levemente tras ver que abría los ojos poco a poco.

Lo primero que había hecho Fynes era mirar confundido a los mayordomos, que intentaban reanimarlo, como si no se ubicase o no tuviese idea de lo que había ocurrido. Pocos segundos después, había ladeado el cuello para mirar directamente a su hija, aún sin comprender nada.

Katherine se había soltado de su tía y se había arrodillado al lado de su padre; le había cogido la mano mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Ahora, a cada minuto que pasaba, la situación era más insostenible. Volvió a mirar hacia el recibidor de la planta alta, hacia esa puerta cerrada de la habitación donde se encontraba su padre junto al doctor.

Su tía Maggy seguía sentada en la pequeña butaca, con la espalda totalmente recta y las manos reposando sobre la falda azul marino.

En cuanto Katherine escuchó que la puerta se abría, se cogió el vestido con las manos y subió acelerada las escaleras, saltando los escalones de dos en dos. Su tía se levantó con calma y siguió a su sobrina, aunque con un porte mucho más elegante que ella.

Llegó hasta el doctor cuando este cerraba la puerta con sigilo. Era un hombre de edad avanzada o, al menos, eso pensaba ella, pues su rostro estaba surcado por varias arrugas y en su cabeza comenzaba a faltar el cabello. Aun así, sus facciones no

habían perdido aquella ternura que lo había caracterizado desde que lo conocía, desde bien pequeña.

El doctor dio unos pasos hacia delante y tendió la mano hacia Katherine, que se dirigía despavorida hacia él. Cogió su mano de inmediato y detectó que la joven estaba sobrepasada por la situación y nerviosa en extremo.

—¿Cómo está? —sollozó ella.

El doctor tragó saliva y desvió la mirada hacia la tía Maggy, que en ese momento acababa de ascender el último escalón y se dirigía hacia ellos con lentitud. Esperó a que se situase al lado de su sobrina, mientras Katherine esperaba frente a él, sujetando su mano con fuerza, desesperada por escuchar sus palabras.

Volvió la mirada hacia ella y suspiró.

—Ahora está muy débil... —susurró el doctor.

Katherine sorbió por la nariz y asintió con rapidez.

—¿Se pondrá bien pronto? —preguntó con urgencia.

El doctor se quedó contemplándola durante unos segundos y luego volvió la mirada hacia su tía un segundo, como si le costase dar cierta información. Apretó los labios y esta vez arrastró a Katherine con delicadeza hacia el otro lado del pasillo, distanciándola de la puerta. Su tía Maggy avanzó junto a ellos con gesto preocupado, pero, de nuevo, el doctor volvió a dirigirse a la muchacha.

—¿Cuánto hace que tiene esos ataques de tos? —preguntó sin soltar su mano.

Katherine parpadeó varias veces recordando, aunque su nerviosismo era tal que le costaba ordenar las ideas.

—Hará medio año... creo... —Volvió la vista hacia él—. ¿Por qué?

El médico suspiró, volvió a mirar a Maggy y luego a Katherine.

—Tu padre está muy enfermo...

—¿Qué... qué le ocurre? —preguntó seria.

Suspiró y durante unos segundos se quedó pensativo, intentando buscar las palabras más adecuadas.

—Sus pulmones se secan —acabó diciendo.

Katherine irguió la espalda y se quedó en *shock* durante unos segundos, como si no comprendiese aquello.

—¿Qué significa eso?

El doctor suspiró y miró a la muchacha con tristeza. No hizo falta que dijese nada más, pues aquella mirada cargada de dolor lo decía todo.

Katherine comenzó a negar de forma desesperada.

—No, no... no puede ser. Tiene que ponerse bien... —comenzó a temblar.

El médico soltó su mano y dejó las suyas reposar sobre los hombros de la joven, intentando calmarla.

—Escucha, hay remedios que pueden ayudarlo. —Aquello llamó la atención de ella, que lo escuchó atenta—. Puede hacer vapores... —sugirió—, o el coñac con miel... que aclarará su garganta.

Ella asintió directamente y miró hacia la puerta.

—Pero... ¿así mejorará? ¿Se pondrá bien? —volvió a insistir, negándose a aceptar la mirada dolida del doctor.

—Kath —dijo el doctor usando su nombre de pila—, eso no lo curará —susurró con delicadeza—, pero lo ayudará a llevarlo mejor. —Inspiró y colocó el rostro ante el de la muchacha mientras llevaba una mano a su mejilla—. Lamento decírtelo, pero... no va a mejorar.

Katherine se quedó mirando aquellos ojos marrones sin parpadear, totalmente en *shock*.

—Katherine, ¿me entiendes? —preguntó el médico preocupado al ver la expresión de la joven. Volvió a pasar la mano por su mejilla obligándola a que centrara los ojos en los suyos—. Katherine, escúchame... —dijo con ternura.

—No, no... —reaccionó intentando apartarse de él, aunque el médico intentó sujetarla. En ese momento su tía también colocaba una mano en su hombro intentando tranquilizarla, pero se apartó de ellos con un salto—. ¡No me toques! —gritó hacia Maggy, totalmente enfurecida.

Dejó caer los brazos y comenzó a llorar desconsolada, sin ocultar sus lágrimas.

La tía Maggy se quedó observándola con dolor, intentando controlar también sus propias emociones. Se recompuso y miró al doctor.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

El médico volvió la mirada hacia Katherine, que ni siquiera se tapaba el rostro mientras lloraba. Tragó saliva y apartó la mirada de ellas con dolor.

—No lo sé. Cinco años como mucho, siempre y cuando siga las recomendaciones.

El lamento de Katherine se hizo más fuerte y esta vez sí se llevó las manos hacia el rostro, para cubrirlo. Su tía la observó y, pese a que ella se había apartado en un principio, rehusando su contacto, se acercó a ella.

Esta vez Katherine no se distanció. Colocó el rostro en su pecho, desconsolada mientras los gritos de dolor salían de lo más profundo de su ser.

Su padre era todo lo que tenía, todo lo que había amado en su vida.

—Lo siento mucho —susurró el doctor.

Katherine ni siquiera levantó el rostro del pecho de su tía. Maggy asintió mientras pasaba la mano sobre los rizos rubios de su sobrina, intentando calmarla.

—Que haga vahos varias veces a la semana, incluso a diario si es posible... y que tome coñac con miel con moderación. Le irá bien.

—Muchas gracias —indicó Maggy con la voz rota.

El doctor pasó a su lado con el rostro apenado. Katherine había sido su paciente desde pequeña, siempre la había tratado.

—Volveré dentro de dos días para ver cómo se encuentra. Que guarde reposo hasta entonces.

No pudo evitar acariciar su espalda en un gesto cariñoso cuando pasó a su lado, pero aquel gesto llamó la atención de Katherine, que dejó el pecho de su tía, aunque no se distanció de ella.

—Doctor... —dijo mientras sorbía por la nariz. Él se giró antes de bajar las escaleras—. ¿Él lo sabe?

Supo a lo que se refería.

—No —respondió mirando la puerta cerrada de la habitación.

—No se lo diga, por favor —sollozó ella—. Así estará más tranquilo.

Se quedó contemplándola durante unos segundos y, finalmente, asintió. No dijo nada más, simplemente bajó las escaleras y se dirigió a la puerta de salida.

Se quedó unos segundos más junto al pecho de su tía, que no dejaba de abrazarla con fuerza. Finalmente, se separó de ella mientras se pasaba las manos por las mejillas. En ese momento, detectó que Maggy se apartaba los rizos del rostro con suavidad y delicadeza.

La observó un segundo. Maggy tenía los ojos llorosos, como si fuese a romper a llorar en cualquier momento. Aquella última semana había huido de su presencia, incluso le había dado malas contestaciones. En ese momento se sintió agradecida de tenerla allí. Cogió la mano de su tía y la apretó, agradeciéndole de aquella forma su compañía. Maggy le apretó también la mano, comprendiendo lo que su sobrina quería decirle con aquel gesto, y le sonrió de forma amarga y tierna a partes iguales.

—Voy a verlo —dijo Katherine mientras se soltaba.

Maggy asintió y miró hacia abajo, donde varios mayordomos iban asomándose.

—De acuerdo —acabó diciendo—. Iré a preparar unas botellas de coñac con miel para que pueda tomar cuando lo necesite.

Katherine agradeció aquel gesto y se encaminó hacia la puerta de la habitación de su padre mientras su tía bajaba las escaleras.

Se quedó cerca de un minuto frente a la puerta, sin atreverse a abrirla. ¿Cómo iba a poder mantenerse serena ante la presencia de su padre? Se pasó la mano por los ojos intentando frenar el llanto, consciente de que le sería imposible mantener la compostura ante él después de lo que el doctor le había explicado.

Prefería que su padre no lo supiese. Como decía el médico, aquello no tenía solución, simplemente podía ayudarlo para que lo llevara lo mejor posible. ¿Para qué iba a darle aquella noticia? ¿No le causaría más dolor el saberlo? ¿Más preocupación? Justo era eso lo que le había causado el último ataque. Debía intentar que estuviese lo más sereno posible, sin preocupaciones.

Se pasó las manos por las mejillas intentando borrar la huella de las lágrimas que las habían surcado y abrió la puerta.

Su padre permanecía tumbado sobre la cama. El doctor había puesto bajo su cabeza varias almohadas que lo mantenían incorporado.

Aunque su rostro estaba excesivamente pálido, no dudó en sonreír a su hija cuando la vio entrar por la puerta.

Aquella imagen se quedó impregnada en la retina de Katherine; pese a su malestar, a su palidez... siempre tenía una sonrisa tierna para ella, una sonrisa que contenía tanto amor que era incapaz de explicarse con palabras.

Cerró la puerta con cuidado, sin apartar la mirada de su padre, que en ese momento extrajo el brazo de debajo de la sábana y tendió la mano hacia ella.

Katherine se acercó a la cama y se sentó sobre la colcha, al lado de su padre, que sujetó su mano de inmediato, aunque su gesto se volvió preocupado cuando vio el rostro de su hija.

Pasó una mano por su mejilla y notó que aún estaba húmeda.

—¿Has estado llorando? —preguntó su padre con delicadeza.

Ella asintió mientras apretaba los labios, intentando contener el llanto.

—Me he asustado —sollozó sin poder aguantarlo más.

—Eh, eh... shhhh... —dijo su padre incorporándose para abrazarla—. No te preocupes, estoy bien —pronunció mientras la internaba entre sus brazos. Katherine apoyó la frente en su hombro durante unos segundos, sintiéndose reconfortada y protegida entre los brazos de su padre—. No ha sido nada —dijo separándose ya de ella para mirarla directamente a los ojos—. Debo abrigarme más cuando salga —indicó con una sonrisa tranquilizadora.

Ella asintió sin saber qué decir y acarició la mano de su padre, que se mantenía en su mejilla.

—El médico me ha dicho que te irá bien hacer vahos y beber coñac con miel.

—Pues haré vahos y beberé coñac con miel —apuntó con una sonrisa. Se apoyó de nuevo sobre las almohadas y ladeó el rostro—. Debo ponerme bien pronto... o Su Majestad se enfadará —dijo esta vez intentando picar a su hija, pues su rostro estaba totalmente alicaído.

Lejos de molestarla, aquel comentario le produjo tristeza. Se quedó mirando fijamente a su padre y cogió su mano de nuevo.

—¿Te hace ilusión ir? —preguntó con voz serena.

Su padre comenzó a reír.

—Pues sí debes de haberte asustado para no comenzar a gritarme ahora... —bromeó.

—Papá —se quejó ella mientras apretaba más su mano. La acarició y volvió a centrar la mirada en él, esperando una respuesta.

—¿Quieres saber la verdad? —preguntó más divertido—. Me considero un privilegiado porque Su Majestad confíe en mí para ser embajador. No quiero dejarte —dijo apretando su mano—, pero... eso puede garantizarte un buen futuro y...

—No digas más eso, papá —lo interrumpió ella con voz triste. Inspiró y miró a su padre con ternura.

Él le sonrió.

—Pocos son los hombres que pueden ir a esos lugares para explorarlos —rio—. ¿Sabes? —suspiró y cogió una cadena que llevaba colgada del cuello—, le hice una

promesa a tu madre. Cuando nos hiciésemos mayores, la llevaría a ver lugares remotos, lejos de todos los que conocíamos... —Miró a su hija con tristeza—, y aunque tu madre ya no esté... siempre va conmigo allá donde yo vaya.

Katherine tragó saliva y asintió conmovida por aquellas palabras. Se quedó observando a su padre sujetando la cadena que había sido de su madre y que jamás se quitaba. Había tenido una vida dura, había perdido a su esposa, una mujer a la que había amado profundamente; de hecho, jamás lo había visto con otra mujer, ni siquiera había hecho el intento el hecho de buscar pareja. Había tenido que vivir siempre con aquella pérdida y criar él solo a una hija a la que había querido, cuidado y protegido con locura.

Katherine iba a hablar cuando su padre tosió de nuevo, aunque esta vez se calmó rápido.

—¿Estás bien? —preguntó alarmada.

Aunque no respondió, afirmó efusivamente mientras inspiraba con fuerza, como si le faltase el aire en aquel momento.

—Pediré que te preparen unos vapores —dijo mientras se levantaba de la cama.

No le había sido fácil conciliar el sueño. Pese a que la temperatura era mucho más elevada que en Gran Bretaña, por la noche le había hecho falta echarse una manta. A duras penas durmió un par de horas. Sabía que aquel iba a ser un viaje duro, incluso el coronel designado para garantizar su protección estaba en contra de que ella los acompañase.

¿Tan difícil era comprender que ella debía estar allí? Por eso mismo había forzado a su padre a conseguir la rúbrica de Su Majestad y su nombre. De aquella forma, que ella se encontrase allí sería un mandato real. Ningún coronel u oficial se atrevería a desobedecer las órdenes de Su Majestad, aunque estaba claro que el coronel Wyatt era un hombre con más carácter del que ella hubiese podido imaginar.

Despertó asustada. Los modales no eran la principal característica de los coroneles ni de los oficiales británicos en las Indias Orientales.

—Señorita Chapman —pronunció una voz grave desde fuera de la tienda. Ella se incorporó de inmediato y se pasó la mano repetidas veces por el cabello—. Partimos en breve. Prepárese.

Lo primero que hizo fue quitarse la larga camisa que había usado aquella noche. La dobló y se puso el vestido de color crema. Era un vestido excesivamente elegante para aquella zona, aunque también era el más fresco que tenía.

Se abrochó incorrectamente los botones del escote y se asomó tras la cortina. Comenzaba a amanecer en aquel momento. El campamento estaba casi en silencio. Al lado de la hoguera, varios hombres preparaban los caballos. En ese momento se dio cuenta de que los hombres no estaban cogiendo los baúles para cargarlos, sino que directamente y con muy malas formas abrían el baúl de su padre y comenzaban a introducir lo que había en el interior en las alforjas de los animales.

Se removió inquieta. Necesitaba una alforja para guardar los vestidos que había seleccionado. Se sorprendió cuando, a sus pies, encontró una tirada en el suelo. Se agachó y elevó la mirada hacia los hombres. Pudo reconocer al coronel de espaldas a ella y se imaginó que él había sido el amable caballero que la había despertado desde fuera de su tienda con un grito y había arrojado la alforja al suelo.

Se introdujo en la tienda y guardó los siete vestidos y la capa que había seleccionado, algunos utensilios de higiene personal y un espejo de mano.

Se quedó observando los dos baúles con el resto de sus vestidos, sus medias, sus libros... ¿Qué iban a hacer con ellos? Sintió lástima por tener que dejarlos allí, pero en ese momento no tenía tiempo que perder. Abrió el baúl y buscó el sobre. No dudó en cogerlo y meterlo en la alforja. No podía dejarlo allí. Si todo aquello iba a quedarse en el campamento, no podía arriesgarse a que alguno de aquellos oficiales

examinase su contenido. No tenía pensado usarlo ni enviar el sobre, pero la información que contenía era sensible y era mejor que no cayese en malas manos.

Acabó de anudarse correctamente el vestido y cogió la alforja entre los brazos.

Cuando salió al exterior, se percató de que uno de los oficiales ayudaba a su padre a cargar la alforja sobre el caballo. ¿Iba a montar a caballo?

Se quedó extasiada observándolo hasta que unos pasos acelerados y firmes la distrajeran. El coronel Wyatt se acercaba con su impecable uniforme y cara de pocos amigos.

Sin decir nada, cogió la alforja de sus manos y la abrió.

—¡Eh! —se quejó ella—. ¿Ni un buenos días?

—¿Cuántos vestidos lleva?

—Siete. —Luego señaló hacia dentro de su caseta—. He dejado el resto en los baúles. ¿Qué harán sus hombres con los vestidos y los libros que he dejado?

Wyatt ignoró su comentario y se arrodilló en el suelo, depositando la alforja sobre el barro.

—Con tres vestidos le basta.

—¿Tres? —gritó ella.

El coronel elevó el rostro totalmente impasible.

—Sabe lavar, ¿no? —preguntó, dejando la alforja en el suelo y poniéndose firme de nuevo—. Solo tres, señorita Chapman —repitió dando un paso hacia atrás para permitir que ella revisase la alforja. Katherine resopló—. Si no está de acuerdo, puede volver al barco y partirá hacia Londres esta misma tarde —siguió enarcando una ceja hacia ella, cruzado de brazos.

Katherine se arrodilló en la tierra y extrajo los vestidos, que contempló embobada.

—Vamos, decídase —pronunció con impaciencia.

Ella lo miró francamente molesta.

—Si me hubiese informado de esto ayer ya lo tendría preparado —le recriminó.

—Si usted hubiese seguido mi consejo y fuera a tomar el barco tal y como le he recomendado, no tendría este problema.

Se agachó y revisó los vestidos él mismo ante la inquieta mirada de ella.

—Este, este y este —dijo cogiéndolos él mismo y volviendo a meterlos en la alforja.

—¿Y la capa? —preguntó rápidamente.

Arthur suspiró.

—Está bien —dijo cogiéndosela de las manos e introduciéndola. Se puso en pie sujetando la alforja bajo un brazo y antes incluso de que ella acabase de incorporarse la cogió por un brazo y la acercó a él—. Verá, aunque no estoy nada de acuerdo con que usted nos acompañe y sé que va a retrasarme en mi misión...

—Yo no voy a retrasarlo —lo cortó molesta en un susurro.

—No tengo otro remedio que cargar con usted...

—¿Cargar? —preguntó molesta.

—Así que escúcheme bien, señorita Chapman, porque solo se lo diré una vez —pronunció acercándose excesivamente y haciéndola chocar contra su pecho, gesto que la intimidó e hizo que intentara separarse, aunque sin conseguirlo—. Hará todo lo que le ordene, sin rechistar. —Ella iba a hablar, pero la mirada enfurecida de él hizo que se mantuviese en silencio—. No voy a detener la caravana cada vez que usted lo desee ni cuando esté cansada. Usted... se adaptará a nuestro ritmo, no nosotros al suyo, ¿comprende? —Ella apretó los labios y asintió—. Tampoco voy a estar pendiente de usted, aquí cada uno se administra y sobrevive como mejor puede. Usted ha decidido venir por voluntad propia, obviando mi recomendación, así que no tendrá ningún trato preferencial.

Ella se soltó de su brazo, enfadada por sus palabras, y dio un paso atrás.

—Yo no le he pedido ningún trato especial.

Se quedó observándola unos segundos.

—Está bien, recuerde estas palabras durante todo el trayecto. —Se giró y dio unos pasos en dirección a sus hombres—. Por los libros no se preocupe... tampoco por los vestidos; no creo que mis hombres los usen.

Se acercó a uno de los caballos y colocó la alforja sobre su lomo. Se giró, observando a Katherine, que aún permanecía quieta en el mismo sitio.

—Su caballo. —Señaló poniendo la mano sobre el lomo marrón oscuro—. Vamos —ordenó mientras se acercaba a sus oficiales.

Katherine suspiró y se dirigió al caballo. Su padre se encontraba ya sentado sobre el suyo e hizo que se acercara con paso lento hacia donde ella se encontraba.

Se situó frente al caballo y lo observó. Era alto, muy alto. Jamás había montado.

—Espera, te ayudaré... —pronunció su padre, que empezó a pasar la pierna por encima del lomo para bajar.

—No —le cortó ella—. Puedo yo sola —dijo subiendo el pie hasta el estribo. Aquel vestido no le permitía mucha movilidad. Si no tenía bastante con que era la primera vez que iba a montar, el hecho de llevar aquellas ropas aún le dificultaba mucho más su cometido.

—¿Segura? —insistió Fynes.

—Segura —pronunció con el pie sobre el estribo, intentando alcanzar la montura para subirse. Giró la cabeza para observar como el coronel Wyatt subía de un salto sobre su caballo y acto seguido lo giraba para observarla con un gesto un tanto desesperado—. Será egocéntrico... —susurró antes de dar un salto y conseguir agarrarse a la montura. Hizo impulso con la pierna sobre el estribo y saltó hacia arriba, aunque el impulso fue tan potente que casi hizo que cayese por el otro lado del caballo. Al menos, logró mantener el equilibrio y no caer. Se medio tumbó sobre el lomo del animal, que parecía algo nervioso por su torpeza y daba pasos hacia delante y hacia atrás.

—Ya, tranquilo, tranquilo... —susurró nerviosa mientras se acomodaba sobre este. Iba a pasar una de las piernas al otro lado del caballo cuando se dio cuenta de que su vestido no se lo permitía; si se sentaba a horcajadas, debería subirse el vestido prácticamente hasta la cintura. Aquella posición iba a ser incómoda y difícil de mantener una vez que el caballo comenzase a avanzar.

Sujetó en una mano la correa y en la otra se sujetó a la silla de montar; así al menos se aseguraría de no caer.

Arthur y uno de sus oficiales la miraban asombrados, sin pestañear, aunque el gesto de él no le gustó nada. Aunque aún no era pleno día, pudo entrever como el coronel resoplaba y negaba con la cabeza repetidas veces.

Sí, aquel viaje iba a ser muy largo.

Su padre se situó al lado y tiró de la correa de ella.

—Sujétala con las dos manos —le indicó.

Ella lo miró enfadada.

—Nunca me enseñaste a montar a caballo.

—Nunca pensé que fueras a necesitarlo —contestó en el mismo tono. Luego se armó de paciencia—. Vamos, pon la espalda recta y mantén la correa tirante; te ayudará a mantener el equilibrio.

Ella asintió escuchando atentamente las indicaciones.

—Bien, partimos, señores y... señorita —escuchó que pronunciaba el coronel—. No nos detendremos hasta llegar a Kukin Tana^[1].

Dicho esto, espoleó su caballo y comenzó a avanzar. Cuando el caballo de Katherine inició su camino, no pudo evitar ponerse en tensión y emitir un grito que hizo que Arthur echase la vista atrás unos segundos.

Katherine suspiró. Aquello iba a ser difícil. Solo esperaba que la ciudad no estuviese lejos. Miró a su padre, que había iniciado la marcha a su lado.

—¿A cuánto se encuentra la ciudad?

Un oficial se situó a su lado con una leve sonrisa.

—A una hora, aunque depende del ritmo que llevemos —apuntó con una sonrisa. Miró al cielo y arrugó la frente al observar las espesas nubes que aparecían en el horizonte—, y del tiempo.

Katherine miró al horizonte, donde en ese momento fue consciente de las esponjosas nubes negras que se dirigían hacia ellos.

Tragó saliva y no pudo evitar echar la vista al frente. El coronel Arthur Wyatt iba el primero en la formación, seguido de varios de sus hombres; a continuación iban ellos dos y, por detrás, el resto de la caravana.

Se mordió el labio y miró a su padre, que observaba el paisaje.

—Es muy distinto a Londres —susurró ella.

Fynes se giró hacia su hija con una tierna sonrisa. Sí, estaba disfrutando del paisaje.

—A tu madre le encantaría —escuchó que susurraba antes de internarse en sus pensamientos.

La tormenta los había sorprendido a la media hora de iniciar el trayecto. Había comenzado con una lluvia fina, casi imperceptible, pero poco a poco había cobrado intensidad y los calaba hasta los huesos. La temperatura, en cuestión de diez minutos, había descendido más de diez grados.

Se sujetó con fuerza a las correas del caballo mientras este patinaba levemente al pasar sobre un charco. La tierra se había convertido en barro y dificultaba el trote de los animales, que habían aminorado la marcha.

Miró a su padre preocupada, aquel cambio de temperatura no le favorecía en nada. Lo vio toser, pero se relajó cuando vio que lo controlaba y volvía a respirar con normalidad.

—Papá —dijo girándose hacia él—. El coñac con miel, ¿dónde está?

Su padre se giró directamente hacia los hombres que los seguían por detrás.

—Lo llevan en unas alforjas más atrás —le indicó.

Katherine miró atrás. Diez hombres los seguían, todos con su uniforme de la Compañía Británica de las Indias Orientales empapado, aunque el casco que llevaban les permitía tener la cabeza seca.

—Disculpe... —dijo llamando la atención de uno de los oficiales. El oficial la miró con interés—. Mi padre ha cargado unas botellas en una de las alforjas que...

—No te preocupes, Kath —interrumpió su padre.

Ella lo miró escamada, pero lo ignoró y volvió su atención hacia el oficial.

—Necesitaría una de las botellas, por favor —acabó su frase.

El oficial miró atrás y luego volvió su atención hacia ella, aunque echó la espalda hacia delante para controlar el inicio de la caravana.

—Lo siento, señorita Chapman, pero no podemos detenernos ahora. El coronel ha ordenado que vayamos directos hasta...

—Necesito esa botella —suplicó.

Su padre volvió a llamar su atención.

—Estoy bien, además... no tardaremos mucho en llegar.

Katherine resopló y volvió la atención hacia el oficial.

—¿Cuánto falta para Kukin Tana? —preguntó preocupada.

El oficial miró a su compañero.

—Llegaremos en breve —fue lo único que respondió.

Suspiró y volvió la mirada hacia su padre, que cabalgaba con normalidad sobre el caballo. Ver sus ropas empapadas y su rostro blanquecino la desesperó, pues aunque su padre en ese momento no tuviese un ataque de tos, sabía a lo que se exponía. Se giró de nuevo hacia el oficial.

—¿Cuánto rato pasaremos en esa ciudad?

El oficial la miró con una sonrisa y luego desvió la mirada hacia su compañero, que también sonreía.

—¿Ciudad? —ironizó.

—Eso es todo menos una ciudad, señorita —continuó el compañero del oficial con desdén—. Aprovecharemos para cargar suministros y saldremos mañana.

Ella lo miró con interés.

—¿Mañana? ¿Pasaremos la noche ahí?

—Sí, señorita —acabó diciendo el primero de los hombres.

Aquello la calmó un poco. En cuanto llegasen, buscaría un lugar caliente donde hacer que su padre entrara en calor y pudiera cambiarse de ropa.

Asintió y volvió la vista al frente mientras se apartaba los mechones de cabello que se adherían al rostro.

La vegetación se había vuelto más espesa a medida que se alejaban de la ciudad de Mumbai. Al principio, solo se trataba de arbustos sobre tierra y fango; ahora, las palmeras y los árboles los rodeaban.

No pasaron más de quince minutos antes de que viesen la ciudad de Kukin Tana aparecer entre la maleza. Los oficiales tenían razón: aquello no era una ciudad.

Era un poblado pobre, con pequeñas casas construidas a base de madera y barro. No pudo evitar fijarse en las mujeres, niños y personas mayores que se asomaban a las puertas y ventanas de aquellas frágiles casas cuando pasaban ante ellos.

Los niños vestían con camisas largas, sin importarles quedar empapados bajo la lluvia. Debían de estar acostumbrados, ya que varios salieron corriendo del interior de sus casas para observar a los recién llegados. Sin ánimo de disimularlo, sonrió cuando varios niños corrieron hacia su caballo exaltados, lo tocaron y salieron corriendo de nuevo.

En cuanto la caravana se detuvo, vio que se encontraban en el centro de aquella pequeña aldea. Los oficiales bajaron de sus caballos y cayeron sobre el barro y los charcos, lo que provocó los quejidos de varios de ellos al notar las botas empapadas.

Se quedó sobre el caballo sin saber cómo bajar de él. Miró hacia abajo; había mucho barro, demasiado, y tuvo serias dudas de poder descabalgarse sin acabar resbalando.

De reojo, pudo ver que el coronel Wyatt caminaba por el barro con fuerza, dejándose las botas y los pantalones totalmente manchados de barro. Su mirada coincidió con la de ella, aún sobre el caballo, indecisa sobre cómo dar el salto para bajarse, pero no se acercó.

Katherine pudo detectar el claro reto en su mirada. No iba a recibir ayuda ni de él ni de ninguno de sus hombres. Ya se lo había dejado muy claro antes de iniciar la travesía.

Sin pensarlo más, se arrojó al suelo. Logró no resbalar apoyándose en el caballo, pero notó como sus botas se humedecían y el vestido se manchaba de barro hasta la mitad de la falda.

Resopló y elevó la mirada de nuevo hacia el coronel, que la miraba mientras se dirigía a una de las casas. No dijo nada, ni siquiera hizo un gesto hacia ella. Subió los

pequeños escalones y entró en una de aquellas pequeñas casas acompañado de varios oficiales más.

En ese momento su padre apareció a su lado.

—Has bajado.

Ella se giró hacia él mientras volvía a apartarse las gotas de lluvia del rostro. Tampoco daba la impresión de que fuese a dejar de llover.

—Sí. —Dio un paso hacia atrás distanciándose del caballo y cerró los ojos con fuerza al notar sus botas caladas de agua. Miró a su padre e intentó sonreírle—. Será mejor que busquemos refugio.

6

La casa era muy pequeña. Uno de los oficiales los había conducido hasta allí. Una vez que hubieron encendido el fuego, los dejaron solos.

Katherine había puesto una silla al lado de la chimenea y había sentado a su padre.

—Enseguida vengo —dijo mientras iba hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Fynes.

Katherine abrió la puerta y se asomó. No dejaba de llover. Miró hacia el cielo encapotado y recorrió el suelo enfangado con la vista. Varios oficiales corrían por aquella calle con las alforjas en las manos. ¿Dónde estaban sus caballos?

Se asomó un poco más y vio cómo varios oficiales ataban los caballos a los postes de unas casas.

—Voy a buscar las alforjas —informó antes de cerrar la puerta para que no se escapase el calor.

Se cogió el vestido con las dos manos y comenzó a caminar sobre el barro resbaladizo, sorteando lo más rápido que podía los charcos, intentando no caer.

Varios oficiales corrían en su dirección sujetándose el casco sobre la cabeza.

—Disculpe, oficial —preguntó deteniéndose, aunque el oficial no lo hizo—. ¿Dónde están nuestros caballos?

El oficial pasó a su lado y señaló unos metros más allá. No dijo nada más, solo siguió corriendo hacia el lugar que le había sido asignado.

Katherine resopló y se pasó la mano por los ojos para quitarse las gotas de lluvia que se le acumulaban en las pestañas. Estaba claro que nadie iba a ayudarla. Tampoco le hacía falta, ya se valía ella sola.

Cargar la alforja de su padre y la suya fue una tarea complicada, pues pesaban lo suyo.

Resopló y dio el primer paso para volver a la casa que le habían asignado cuando su mirada coincidió directamente con la del coronel Wyatt. Se quedó paralizada un segundo mientras la lluvia caía sobre ella e intentaba mantener el equilibrio sobre el barro.

Arthur fue en su dirección, pero no se acercó, sino que pasó por su lado mientras la miraba de arriba abajo sin enlentecer el ritmo de sus pasos.

—Si hubiese esperado un poco, le habríamos llevado el equipaje —indicó sin dejar de caminar, aunque parecía bastante irritado por el comportamiento de ella.

—No me hace falta su ayuda, ya se lo dije —pronunció de malas formas.

Arthur resopló por su comentario y siguió corriendo hacia una de las casas, ignorándola finalmente.

—¿Dónde están los carruajes? Se habían solicitado cinco y solo hay dos —gritó entrando por la puerta de la casa.

¿Cinco carruajes?

Suspiró y echó la vista al frente. Caminó con lentitud entre los oficiales, que iban de un lado a otro sin siquiera mirarla; estaba claro que tenían cosas más importantes que hacer que ayudar a una mujer.

Llegó hasta la puerta de la casa y la golpeó varias veces con el pie, ya que tenía las manos ocupadas sujetando las alforjas sobre los hombros.

—Papá, ¡abre! —gritó.

Segundos después, la puerta se abrió y Fynes la miró asombrado.

—Por Dios, Katherine... —dijo cogiéndole directamente una de las alforjas.

Las depositaron sobre la mesa y las abrieron de inmediato; pudieron comprobar que la ropa estaba más o menos seca.

—¿Qué hacen los oficiales? —preguntó Fynes acercándose a la ventana.

—Están preparando la caravana para mañana. Creo que tienen algún problema con los carruajes. —Depositó la botella de ron con miel sobre la mesa y llamó la atención de su padre—. Papá, da un trago.

Fynes se giró y fue hacia ella.

—No me hace falta ahora, estoy bien. El calor me ha sentado estupendamente —dijo acercándose a la chimenea.

Ella se quedó mirándolo. Era cierto, en ese momento no tenía mal color de cara.

Sacó la ropa de su padre y le arrojó una camisa y unos pantalones.

—Toma, quítate esa ropa, está empapada.

El padre observó la ropa que le tendía y miró a su hija enarcando una ceja.

—Tú también deberías cambiarte de ropa —propuso.

Ella se miró el vestido y chasqueó la lengua, luego miró también los pantalones que su padre llevaba, cubiertos de barro.

—Sí, y tendría que lavarla antes de que el barro se endurezca. —Miró por toda la habitación y al final encontró lo que buscaba. Fue directa hacia un cubo de madera y lo cogió.

—¿Qué haces? —preguntó su padre al verla dirigirse hacia la puerta de nuevo.

—Necesito agua para lavar la ropa —explicó abriendo la puerta de la casa. Dio unos pasos al frente, empapándose de nuevo, y dejó el cubo sobre una roca. Se giró y sonrió a su padre mientras el aguacero caía sobre ella—. En pocos minutos estará lleno.

El resto del día lo pasaron frente al fuego. A media tarde había dejado de llover con tanta fuerza y, aunque el cielo seguía encapotado, ya solo caía una ligera llovizna.

No habían recibido ninguna visita en todo ese tiempo, solo la de una mujer de la zona que les había acercado una bandeja con unas tortas de pan especiado.

Tras cenar y dejarlo todo listo para el día siguiente, fueron hacia los dos camastros, uno a cada lado de la pequeña casa consistente en una sola habitación.

Iba a tumbarse cuando unos golpes en la puerta se lo impidieron, aunque se sorprendió cuando su padre se adelantó a ella y abrió la puerta.

Se sentó sobre la cama e inclinó la espalda hacia delante para ver a Wyatt bajo el marco de la puerta.

—Coronel Wyatt —dijo su padre instándolo con el brazo a que entrase—. Pase. Pase.

—No hace falta, será un momento —contestó quitándose el casco. Su mirada voló directamente hacia Katherine, que ni siquiera se puso en pie para recibirlo, sino que lo fusiló con la mirada—. Veo que ya han cenado —dijo volviendo su atención hacia Fynes.

—Así es. Nos disponíamos a descansar ahora.

El muchacho asintió.

—Mañana partiremos a las siete de la mañana. Deberán estar preparados antes... —Luego miró de reojo a Katherine—. Sobre las seis y media vendrá uno de mis oficiales a buscar su equipaje —pronunció señalando con un ligero movimiento de cabeza las alforjas.

—Lo estaremos —dijo Fynes—. Muchas gracias.

El coronel inclinó la cabeza hacia Fynes y luego hacia Katherine.

—Que descansen.

Tan pronto como dijo aquello, se marchó.

Katherine se quedó mirando a su padre mientras cerraba la puerta.

—Es un fanfarrón —susurró más para sí misma que para su padre, mientras se tumbaba.

—Solo hace su trabajo —contestó Fynes mientras se sentaba sobre la dura tabla de madera en la que habían puesto una manta a modo de colchón.

—Tampoco le pasaría nada si fuese un poco más amable —protestó ella.

—Supongo que no —dijo mientras se giraba también hacia la pared—. Buenas noches.

—Buenas noches, papá —pronunció ella mientras cerraba los ojos.

No pasaron más de cinco minutos antes de que el cansancio se apoderase de todo su cuerpo y cayese en un profundo sueño.

Pasaban seis minutos de las seis y media de la mañana cuando, tal y como les había informado el coronel Wyatt, uno de sus oficiales, que esperaba fuera con los dos caballos, había llamado a su puerta. Les había ayudado a colocar las alforjas sobre los animales y se había marchado hacia la caravana.

La gran mayoría de los oficiales que caminaban por la calle lo hacía con antorchas, pues aún no era pleno día y, a esa hora, ya podía intuir que en aquella jornada también les esperaban lluvias como las del día anterior.

Katherine rodeó el caballo y observó la caravana. Por lo visto, al final habían conseguido los tres enormes carruajes. Tres de ellos contaban con una lona lo que

portaban, seguramente comida y ropa. Los otros tres tenían un toldo e iban repletos de cajas.

Katherine supo lo que había en su interior en el momento en que uno de los oficiales se subió a uno de los carruajes, abrió la caja de madera y vio cómo sacaban unas cuantas armas y se las entregaban a los nativos de allí.

¿Les daban pistolas a los nativos? Aquello la dejó conmovida.

Reconoció a uno de los oficiales al pasar por su lado.

—Disculpe, oficial... —interrumpió su paso.

El oficial se detuvo y la miró molesto con la interrupción; parecía que tenía prisa.

—Dígame, señorita —respondió intentando mantener sus modales. Al menos ese chico se esforzaba, no como otros.

—He visto que alguno de sus compañeros está repartiendo armas entre los nativos de la zona... —dijo sorprendida.

En ese momento, el oficial se apartó para dejar paso al coronel Wyatt, que con toda seguridad había escuchado sus palabras.

—Señorita Chapman, ¿algún problema? —preguntó directamente hacia ella mientras se aseguraba de que las alforjas estuviesen bien sujetas. Luego miró a su oficial—. Patrick, ve a tu puesto —ordenó.

Katherine se acercó un poco más, indignada por el comportamiento de aquel hombre.

—Sí, coronel. Sus hombres están repartiendo armas entre los nativos.

Él se giró para contemplar la escena. Era cierto, en ese momento tres oficiales de los veinte que iban a acompañarlos en la caravana repartían pistolas entre un grupo de hombres de aquella zona.

Movió la alforja de un lado a otro para asegurarse de que estaba bien sujeta y se giró hacia ella.

—Soy consciente de ello —pronunció. Dio un paso al frente y miró a una parte del pelotón—. ¿Han cargado las tiendas de campaña?

—Sí, señor —respondió desde el otro lado de la calle uno de sus hombres.

Katherine dio unos pasos, indignada, hacia él.

—¿Por qué? —preguntó.

Él se giró mientras controlaba la situación.

—¿Por qué, qué? —preguntó sin prestarle atención, aunque se giró cuando Fynes se acercó a su caballo. Arthur dio un paso hacia él, pero se quedó quieto al comprobar que el padre de Katherine subía al caballo sin ningún problema, muy al contrario que ella, que el día anterior había tenido grandes dificultades para montar el suyo.

—Las armas —repitió alzando la voz—. ¿Por qué se las dan? ¿No cree que es peligroso?

Arthur se dignó finalmente a mirarla, aunque no esbozó ninguna sonrisa en los labios.

—Señorita Chapman, se les dan las armas precisamente para garantizar su seguridad.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Mi seguridad?

Arthur inspiró más fuerte y la cogió del brazo para acercarla al caballo. Aquel gesto la molestó en cierto modo, pero no se quejó por ello; estaba más intrigada por la respuesta.

La colocó de espaldas al caballo y la miró de frente.

—Nos acompañarán en la caravana hasta que abandonemos la zona del Imperio mogol —contestó él—. Ellos conocen el idioma más que yo y saben mejor los caminos que debemos tomar. Créame, es mejor que vayan armados.

—¿Por qué dice eso? —preguntó asustada.

Él se quedó contemplándola.

—Ya le dije que era mejor que no viniese, pero usted insistió —pronunció con un sutil gesto de enfado.

Dicho esto, la cogió por la cintura, la aupó hasta el lomo del caballo y la acomodó en él.

Aquel gesto la dejó paralizada. Se miraron durante unos segundos y finalmente Wyatt se giró sin pronunciar nada más.

Sabía que el Imperio mogol avalaba las colonias inglesas y favorecía el comercio con Inglaterra, pero el hecho de que se requiriesen más hombres para la caravana y sobre todo para asegurar la protección de esta la asustó un poco.

Era un lugar casi inexplorado y no sabían a qué atenerse, pero el coronel parecía saber de lo que hablaba.

Iba ensimismada en sus pensamientos cuando su caballo, sin previo aviso, se puso en movimiento siguiendo a los de delante.

Por detrás, los oficiales de la Compañía Británica de las Indias Orientales se mezclaban con los nativos de la zona, vestidos con túnicas de diversos colores y turbantes que tapaban su cabello. Debía de haber otros veinte y, en medio de ellos, los cinco carruajes con las provisiones y todo lo necesario para subsistir los siguientes días.

Uno de los oficiales, bastante joven, incrementó su paso y la adelantó.

—Oficial —dijo llamando su atención—. Disculpe, pero ¿adónde nos dirigimos?

—A Gulshanabad^[2].

Ella pestañeó varias veces. No había escuchado aquel nombre en su vida.

—¿Está lejos?

—A unos tres días a caballo, señorita —respondió sin borrar su sonrisa.

Ella asintió y se puso erguida sobre el caballo, clavando la mirada en la espalda del coronel, que encabezaba la expedición.

¿Tres días? Miró hacia los lados y comprobó que su padre se situaba a su vera.

En ese momento, una gota de lluvia le cayó sobre la frente. Resopló y se echó la capa por encima y la capucha de forma correcta. Solo esperaba que ese no fuese el clima que imperase en todo su viaje.

Estaba agotada. Llevaban todo el día cabalgando. El ritmo solía ser lento, aunque cuando una llanura aparecía ante ellos aceleraban el paso. En algunos momentos le había costado mantenerse sobre el caballo, pero tras todo un día montando iba adquiriendo más confianza.

Se habían detenido únicamente en dos ocasiones. La primera para comer y la segunda cuando el sol comenzaba a descender por el horizonte. Su padre había sacado su reloj de bolsillo. Eran las seis y media de la tarde.

Se pasó la mano por el cabello para apartarse un rizo rubio de la frente y estiró la falda. Aquel vestido era mucho más cómodo que el del día anterior, pues le permitía colocar una pierna a cada lado del caballo. Su padre la había mirado desafiante cuando adoptó una postura masculina, pero ella lo había zanjado rápidamente:

—Bastante me cuesta mantener el equilibrio sobre él.

No dudó en salir disparada hacia el bosque cuando Wyatt anunció que solo permanecerían allí quince minutos, lo justo para estirar las piernas. ¿Iba a ser cada día así durante el resto de su travesía?

Miró a ambos lados para comprobar que algunos de los oficiales también caminaban por el bosque. Acabó de colocarse la falda y avanzó entre la maleza. Aquello era espectacular. Los colores eran vivos, las palmeras se entremezclaban con los árboles y creaban sobre ellos una capa de hojas verdes casi impenetrable para la luz. Jamás habría imaginado que aquel lugar fuese tan mágico y sabía que su viaje no había hecho más que comenzar.

Pasó sobre una piedra viendo ya entre los árboles la caravana que esperaba cuando la sorprendió un grito.

Se giró asustada mientras el murmullo que le llegaba del pelotón, a pocos metros de ella, se callaba y escuchaba asustado.

Otro grito le hizo dar un brinco y buscar al causante de aquello. Al momento, varios oficiales y el coronel se adentraron en el bosque.

—¡Ahhhhhhh! ¡Ayuda! —gritó una voz desgarradora.

Se giró hacia el interior de la maleza, de donde provenía aquella voz, totalmente estática, mientras los oficiales pasaban a su lado corriendo en dirección a aquellos gritos.

Iba a dar un paso al frente cuando alguien la cogió del brazo y la echó hacia atrás.

—Vaya a la caravana. ¡Ahora! —gritó Wyatt mientras la empujaba levemente.

Dicho esto, salió corriendo hacia aquellos gritos que expresaban un intenso dolor.

Se llevó la mano al corazón y notó que latía con celeridad, y, desobedeciendo las órdenes que había recibido, dio un paso al frente movida por la curiosidad.

Observó que varios oficiales y el coronel llegaban a un punto y automáticamente comenzaban a mirar hacia la tierra asustados.

—¡Cuidado! —reconoció la voz del coronel—. Puede haber más.

—¡Sacadlo de aquí! —gritó uno de los oficiales.

Varios de los compañeros se echaron encima del oficial que gritaba, intentando sujetarlo y calmarlo.

Arthur se agachó para tratar de que su amigo se tranquilizase.

—Patrick, Patrick... —dijo poniéndole las manos en los hombros—. Tranquilo, estamos aquí.

Luego llevó las manos hasta las de su amigo, con las que se cubría el rostro mientras gritaba.

—Déjame ver... —susurró intentando calmarlo.

—¡No puedo! —gritó Patrick.

—Déjame —insistió.

Llevó las manos hasta las suyas y las separó de su rostro. Al momento, apretó los labios, nervioso al ver el rostro de su amigo.

No podía abrir los ojos. El veneno había hecho reacción muy pronto, pues tenía los párpados inflamados y muy rojos.

—Una cobra escupidora... —pronunció mientras se ponía en pie, confirmando lo que ya antes había sospechado—. Llévalo a la caravana. ¡Ya! —gritó de los nervios al ver el sufrimiento de su amigo—. Echadle agua fría.

Patrick gimió mientras intentaba cubrirse el rostro con las manos, como si así pudiese mitigar el dolor, pero Arthur se las apartó de inmediato.

—No te toques... —suplicó— o extenderás más el veneno.

Patrick comenzaba a palidecer por el dolor.

—¡Me arden los ojos! —gritó mientras sus compañeros lo guiaban lo más rápido que podían entre la maleza, evitando que cayese—. ¿Arthur? —preguntó asustado—. ¡Arthur!

—Tranquilo, tranquilo... estoy aquí —respondió mientras igualaba su paso y colocaba una mano en su hombro, para reconfortarlo.

Los oficiales le hicieron rodear los troncos de una palmera mientras lo arrastraban.

—¿Voy a quedarme ciego? —preguntó asustado.

—No vas a quedarte ciego —reaccionó rápidamente con voz firme. Se adelantó unos pasos mirando hacia la caravana—. ¡Abrid un barril de agua! ¡Abridlo! —gritó desgarrándose la voz mientras volvía la mirada hacia su amigo. En ese momento no se cubría la cara con las manos y la reacción cada vez se hacía más patente; la zona alrededor de los ojos, parte de la frente y la nariz se inflamaba e irritaba cada vez más.

Volvió la vista al frente cuando se encontró a Katherine mirando asustada a Patrick. Arthur miró directamente la tierra que ella pisaba, buscando algún reptil más.

—¿No le he dicho que vaya a la caravana? —gritó de los nervios al verla petrificada en medio del bosque—. ¡Obedezca!

Aquel grito fue el que la hizo despertar de su aturdimiento. Echó una última mirada preocupada a Patrick y corrió hacia la caravana.

—¡Y cuidado por dónde pisa! —Escuchó que le gritaba el coronel metros más atrás.

Nada más salir al camino de tierra, echó la vista al cielo. Comenzaba a llover otra vez. Se echó la capucha sobre el cabello mientras se acercaba a su padre, que tenía la mirada clavada en Patrick. Llegaron hasta uno de los carruajes, lo sentaron y comenzaron a echarle agua sobre los ojos mientras gritaba.

—¡Me quema! —se quejó.

—Tranquilo, tranquilo... —intentó calmarlo Arthur mientras uno de los nativos no dejaba de echarle agua sobre los ojos. Se acercó más y puso una mano sobre el hombro de él—. Intenta abrirlos.

Patrick negó directamente.

—No puedo —sollozó.

—¡Inténtalo! —Patrick volvió a negar—. Patrick... —dijo Arthur—, hay que hacerlo o corres el riesgo de quedarte ciego. Abre los ojos —ordenó.

Katherine se quedó al lado de su padre, sin moverse ni acercarse al carruaje, para no entorpecer.

Patrick sollozó, apretó los labios e intentó abrirlos. Aquel era el dolor más intenso que jamás había sentido; era como si los ojos se le hubiesen transformado en lava y se agitasen en sus cuencas oculares.

No pudo evitar gritar mientras se forzaba a abrirlos.

Arthur quitó el cuenco de la mano del nativo con el que le arrojaba el agua y volvió a introducirlo para llenarlo. Puso una mano en el hombro de su amigo y lo animó.

—Mira hacia arriba y mantén los ojos abiertos.

Patrick apretó los dientes ante tal sufrimiento. No pudo evitar gritar de desesperación cuando Arthur le echó agua sobre los ojos. Comenzaba a tenerlos ensangrentados y sabía que debía intentar quitar todo el veneno que pudiese antes de que penetrase en su organismo del todo. Sabía que debía de estar sufriendo un infierno, pero si no lo hacía sería mucho peor.

Echó varias veces agua sobre los ojos entreabiertos de Patrick hasta que uno de los nativos le instó con la mano a que se detuviese ya.

Dejó caer el cuenco sobre el barril de agua y colocó una mano sobre el hombro de su amigo, intentando reconfortarlo.

—Te pondrás bien, ya verás.

Patrick ni siquiera podía hablar. A duras penas podía controlar su respiración. Arthur miró a su alrededor, a todos los oficiales, que los rodeaban con cara de espanto. No le gustó el hecho de que todos permaneciesen observándolo.

—Volved a vuestros puestos —les ordenó a todos.

Se giró hacia su amigo y lo ayudó a sentarse y a apoyarse en el carruaje.

—Quédate aquí —dijo acercándose—. Descansa. Intenta dormir un poco. No te frotes los ojos y no los abras hasta que vuelva.

Arthur se separó, pero Patrick lo cogió del brazo.

—Lo siento, coronel —dijo finalmente.

Arthur le dio unos golpes amistosos en la espalda.

—Podría haberle pasado a cualquiera. Tú solo recupérate —acabó con tono amistoso.

Patrick colocó durante un momento la mano sobre la de su amigo y asintió agradecido.

—Nos vamos ya —dijo hacia el resto de la comitiva. Miró al nativo y señaló con el rostro a Patrick—. Cada cierto tiempo, échale agua fría.

El nativo asintió y Arthur se dirigió al inicio de la caravana, pasando entre todos los oficiales. Cuando llegó a la altura de Fynes y Katherine, no giró la cabeza hacia ellos; se encontraba totalmente inmerso en sus pensamientos, aunque solo al pasar al lado de ella la miró de reojo un breve instante.

Había escuchado durante el inicio de la noche los lamentos de Patrick de vez en cuando. Se había negado a girarse cuando lo había escuchado gritar; sabía lo que debían de estar haciéndole, echarle agua fría constantemente sobre los perjudicados ojos.

Hasta aquel momento solo había sido consciente de la majestuosidad del paisaje, de su belleza... Ahora se daba cuenta de que no era solo eso: era un terreno inexplorado, desconocido y peligroso para todo aquel que no hubiese vivido allí.

Hacía más de una hora que era noche cerrada. Habían decidido encender antorchas. Aún no comprendía por qué, pese a ser de noche, se negaban a detener la caravana, pero finalmente lo entendió. La lluvia que los había acompañado durante gran parte de la mañana y alguna hora de la tarde había embarrado todo el terreno dificultando su marcha. En aquel momento, ante ella, se presentaba un terreno llano, rodeado de montañas y árboles. El lugar era idóneo para descansar si no fuese porque la tierra estaba muy húmeda.

Los oficiales hacían su trabajo con agilidad; suponía que debían de estar acostumbrados a montar y desmontar campamentos con celeridad, pues en menos de media hora había decenas de pequeñas tiendas de campaña compuestas por telas blancas sujetas por dos palos, uno en cada extremo, y los extremos de la tela clavados al suelo. Eran sencillas, pero les permitirían cobijarse de la lluvia si comenzaba de nuevo.

Eran extremadamente pequeñas, individuales, y solo se podía entrar de rodillas y dispuesto a tumbarse.

Siguió caminando por el descampado, intentando estirar las piernas, pues notaba los músculos agarrotados tras tantas horas de marcha.

Se giró cuando escuchó que su padre comenzaba a toser de nuevo. Fue hacia la alforja y le tendió la botella de coñac y miel.

—Toma —dijo mientras se sentaba a su lado, rodeando una de las hogueras que habían encendido—. Bebe un poco —dijo quitándole el corcho.

Fynes la aceptó y dio un sorbo. Cerró los ojos y dejó que la bebida le quemase la garganta hasta llegar al estómago.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada cuando otro ataque de tos lo sorprendió. Fynes recuperó el aliento y dio otro sorbo. Cerró la botella colocando el corcho y se la pasó a su hija.

—Mejor ahora. —Se pasó la mano por la frente y miró hacia las ollas que habían puesto sobre las hogueras—. Y con bastante hambre —acabó sonriente.

Ella le devolvió la sonrisa. Que tuviese hambre era un buen síntoma. El médico se lo había dejado muy claro en una de las visitas que había mantenido a solas con él, antes de emprender el viaje. Mientras no perdiese el apetito, estaría bien.

—¿Quieres que te prepare unos vapores? Te irán bien para dormir —propuso ella.

—No, estoy bien —dijo dando unos golpecitos en la mano de su hija para que se calmase—. El coñac me ha sentado bien. Prefiero reservar los vapores para más adelante.

Tras cenar un buen plato de arroz, aunque demasiado especiado para su gusto, su padre se dirigió a la caseta que le había sido asignada. Los habían puesto cerca de una hoguera, lo que le permitiría tener luz en todo momento. No le gustaba nada dormir en medio de tanta maleza, menos cuando había visto lo que le había ocurrido a uno de los oficiales, y aunque todos iban armados, no acababa de sentirse protegida.

—Las diez de la noche —señaló su padre guardando el reloj de bolsillo en su pantalón—. Creo que nunca me había ido a dormir tan pronto.

—Tampoco habíamos pasado todo el día a lomos de un caballo —bromeó ella mientras echaba la tela que hacía de puerta de entrada a la pequeña tienda de campaña. Se agachó y ayudó a su padre a arrodillarse y entrar en ella. Se le notaba agotado. Depositó la botella de coñac en un lateral de la pequeña tienda y sonrió hacia su padre mientras este se recostaba sobre las mantas que habían colocado en el suelo para cobijarlo de la humedad—. Han dicho que mañana a las siete y media debemos estar preparados. Avísame si me quedo dormida —bromeó.

—¿Dormida tú? —ironizó su padre—. Creo que más bien será al revés —respondió mientras se tumbaba del todo y buscaba una posición cómoda.

Aquel comentario le hizo gracia y sonrió.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches.

Dejó caer la cortina que cerraba la pequeña tienda y se levantó. Un largo suspiro salió de sus labios. Llevaba todo el día preocupada por su padre; no solo por las

numerosas horas a trote, sino por el clima. Aun así, su padre parecía encantado de encontrarse allí.

El campamento ocupaba un cuarto del descampado. Aunque se notaba bastante cansada, aún no tenía ganas de dormir, necesitaba relajarse. En ese momento no llovía, aunque la mayor parte de aquella zona estaba embarrada.

Miró de un lado a otro. La mayoría alimentaba a los caballos, otros se aseguraban de que el cargamento que llevaban en los carruajes estuviese intacto... Su mirada chocó directamente con Patrick. Se encontraba recostado sobre el tronco de un árbol. Movía la cabeza de un lado a otro, con los ojos cerrados, como si así pudiese adivinar qué hacían sus compañeros.

Fue directamente hacia él. En aquel momento, parecía que no sentía tanto dolor, aunque a medida que se acercaba se dio cuenta de la gravedad de sus heridas. Tenía toda la zona de los párpados y las cejas muy inflamada e irritada.

Patrick tuvo que escuchar sus pasos cercanos, porque se giró hacia ella.

—Hola —dijo colocándose frente a él.

Patrick se sorprendió cuando reconoció la voz femenina.

—¿Señorita Chapman?

—Me basta con que me llame Katherine —susurró tímida. Aunque Patrick no sonrió, simplemente se mantenía quieto—. ¿Cómo se encuentra? —preguntó sentándose a su lado.

El hombre se quedó unos segundos en silencio.

—Creo que es obvio —respondió, aunque su tono de voz no sonó desagradable—. El dolor ahora es menor, pero sigue doliendo.

Ella lo observó. Podía intuir, con la luz de las llamas, que la piel comenzaba a agrietarse por la tirantez de la inflamación.

—Disculpe que se lo pregunte, pero ¿cómo se lo hizo?

Aquella pregunta sí le hizo sonreír y volvió la cabeza al frente, hacia las llamas. En ese momento pudo detectar que el oficial parecía relajarse con aquella conversación.

—Una cobra escupidora. —Resopló y volvió la cabeza hacia ella, aunque sin abrir los ojos—. Son muy comunes aquí. Se consideran sagradas... yo solo pienso que es un maldito animal que debería desaparecer. —Luego se removió incómodo—. Disculpe, no era mi intención...

—No, no... —lo alentó ella colocando una mano en su brazo—. No se preocupe. Y ¿escupe el veneno? —preguntó intrigada—. Nunca lo había escuchado.

—Lo hace, puede hacerlo a una distancia de hasta tres metros —explicó—. Siempre atacan a los ojos para así neutralizar a sus enemigos. —Se acercó a ella y esta vez sonrió—. Si ve alguna, aléjese. Es un consejo, se lo digo por experiencia...

—Lo haré —reaccionó rápidamente—. ¿Y tardará mucho tiempo antes de recuperarse?

—El veneno es muy potente. —Tragó saliva y apretó los labios—. He visto a compañeros quedarse ciegos de por vida. Otros, con suerte, recuperan la vista. —Hubo un silencio y se giró hacia ella—. Si me hubiese mordido, estaría muerto, así que aún debo dar gracias.

Ella se quedó observándolo.

—Seguro que se recupera —intentó animarlo.

—Eso espero... —pronunció, esta vez girando la cabeza en dirección a la hoguera—. Debe tener cuidado —continuó—. Esto es muy diferente a su ciudad.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Esta vez sonrió divertido, parecía que al menos su conversación lo distraía.

—Llegué hace poco menos de un año.

—¿Y no tiene familia? ¿Una esposa que lo espere?

—Oh, no, no... —rio—. Si la tuviese, créame que no estaría aquí —bromeó.

Ambos volvieron la mirada al frente al escuchar unos pasos cercanos, aunque solo Katherine elevó la vista para contemplar el semblante serio del coronel Wyatt.

Patrick permanecía quieto, como si intentase averiguar a quién tenía delante.

Arthur se arrodilló ante Patrick controlando su rostro, intentando valorar la gravedad de sus heridas.

—¿Has comido? —preguntó directamente.

Patrick sonrió al reconocer la voz de su amigo.

—Sí, un compañero me ha ayudado. Me he puesto ciego.

—¿En serio? ¿Tenías que hacer esa broma?

Arthur miró a Katherine durante unos segundos.

—Será mejor que vaya a descansar, señorita Chapman; mañana nos espera un día igual que este o más duro.

Ella lo miró con sorna.

—Lo cierto es que aún no tengo sueño —dijo mirando a todos los oficiales que paseaban por la zona.

Arthur se quedó estudiándola fijamente, como si no le gustase su respuesta.

—Ya, pero el oficial debe descansar lo máximo posible —acabó diciendo enfurecido.

Ella miró de reojo a Patrick y apretó los labios mientras asentía.

—Bueno, al menos estaba distraído —intervino Patrick divertido.

Arthur se puso en pie, cogió a su amigo del brazo y lo ayudó a levantarse. Luego miró hacia la tienda que había al lado, preparada ya para que Patrick durmiese.

Volvió la mirada hacia ella.

—Vaya a descansar —ordenó mientras conducía a su amigo. Cogió la mano de él y lo situó ante la tienda—. Aquí está.

—Sí, ya la veo —dijo Patrick agachándose para entrar. Arthur resopló ante tal respuesta.

Katherine se quedó a unos metros. ¿Por qué tenía ese carácter tan huraño? Desde el momento en que había pisado aquel lugar no había tenido ni una palabra amable con ella; al contrario, solo malas palabras y despotismo.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó a su amigo mientras este gateaba al interior de la tienda.

—No —respondió Patrick tumbándose.

Arthur se quedó contemplándolo. Patrick había sido uno de sus hombres de confianza desde el principio. Era un buen chico, lo consideraba uno de sus mejores hombres y había llegado a entablar una gran amistad con él.

—Si necesitas algo, no dudes en avisarme.

—Descuida, lo haré —respondió el otro.

No hubo más palabras por parte de Arthur hacia él. Se puso en pie y echó la cortina para darle la suficiente intimidad para que pudiese dormir, aunque cuando se giró ensombreció el rostro al encontrarse a Katherine plantada ante él a pocos metros.

Dio unos pasos hacia ella.

—¿No le he ordenado que vaya a descansar? —preguntó enarcando una ceja.

Katherine no se movió; al contrario, se puso totalmente erguida.

—¿Por qué se comporta así conmigo? —preguntó directamente.

Arthur se quedó contemplándola fijamente, aunque no permitió que ningún gesto de sorpresa por la pregunta apareciese en su rostro.

—Ya sé que usted no quiere que esté aquí —continuó ella con voz firme—, pero eso no le da derecho a hablarme así ni a comportarse conmigo de esta forma.

En ese momento, Arthur avanzó hasta colocarse justo enfrente de ella. Katherine titubeó un poco, pues su semblante imponía respeto, pero consiguió mantenerse firme.

—¿Y cómo querría usted que me comportara? ¿Más amable? —preguntó retóricamente—. Creo que aún no es consciente del peligro que entraña esta zona del mundo. Usted piensa que esto es un simple paseo por...

—Yo no pienso eso —le cortó—. Sé muy bien dónde estoy.

—¿Sí? ¿De verdad? —ironizó—. Verá, señorita Chapman —dijo cogiéndola del brazo, aunque ella se apartó de inmediato, lo que hizo que él la mirase más irritado—: existe un alto riesgo de que muchos de nosotros no volvamos a nuestro hogar tras la expedición, y eso también la incluye a usted. —Ella lo miró fijamente—. Mi misión es asegurarme de que todos logren sobrevivir, procurar su seguridad ante todo y su bienestar, y, créame, me es muy difícil poder hacerlo con usted aquí.

Aquello la enfureció.

—¿Y qué he hecho yo para merecerme tal desprecio? —preguntó a la defensiva—. Durante estos tres días he aguantado igual que sus hombres, no he retrasado ni un minuto la expedición, no he necesitado ayuda de ningún oficial ni de usted. Puedo valerme por mí misma —se defendió.

Arthur respiró hondo intentando calmarse.

—¿Sabe adónde nos dirigimos? —preguntó echándose casi sobre ella. En ese momento Katherine dio un paso atrás y esta vez él la sujetó por el brazo y la acercó, obligándola a colocarse frente a él, a pocos centímetros de su rostro. Estaba claro que era un hombre de carácter—. Creo que no. Ya no son solo los peligros que podamos encontrar por el camino, las zonas que tendremos que atravesar... eso no es lo que más me preocupa. ¿Ha oído hablar de los emperadores Ming? Apuesto a que no —respondió él mismo—. Yo tengo el honor de conocer a algunos de sus funcionarios en la frontera. Verá, cuando lleguemos al Imperio chino, las cosas empeorarán... ¿Sabe cómo tratan a sus mujeres? —preguntó enfurecido. Se quedaron mirando fijamente—. La ilustraré un poco. —Ella se removió intentando soltarse de su brazo, pues no le gustaba por dónde estaba conduciendo la conversación—. Sus tradiciones distan bastante de las cristianas. A las niñas, desde los siete años, les vendan los pies, les parten los dedos y se los deforman..., pero solo de esta forma lograrán, cuando lleguen a la edad adulta, encontrar un marido ventajoso. —Luego sonrió de forma irónica—. Dicen que una mujer que soporta ese dolor sabrá someterse a su marido como es debido. —Katherine se quedó quieta escuchándolo; ya ni siquiera intentó huir de la mano que la sujetaba—. La venta de mujeres e hijas es algo común. Ellos consideran a la mujer propiedad de sus maridos o padres, y, lo más importante, consideran que una mujer debe ahorcarse tras la muerte de su marido para conservar su pureza. Ahora, piense, ¿cómo cree que reaccionarán unos hombres cuya fortuna y posición económica se miden por el número de concubinas que tienen? Usted es una mujer de tez blanca, ojos azules y cabello rubio. ¿Cómo cree que reaccionarán o se comportarán cuando la vean? Usted no tiene ni idea.

Katherine tragó saliva y finalmente se soltó de su mano y dio un paso atrás.

—¿Y yo qué culpa tengo de eso? —preguntó impresionada—. No se me informó y, aun así, la reina dio su consentimiento a...

—Por supuesto que no se le informó. Por eso mismo unas de mis primeras palabras para usted y su padre fueron que aquí mandaba yo, puesto que la reina que ha dado su consentimiento a este viaje no conoce realmente la cultura de este lugar. Solo ve sedas bonitas, vasijas preciosas, cerámica de un valor incalculable..., pero nadie, excepto los que estamos aquí, sabe realmente lo que hay, cómo es su mundo y lo peligroso que es para una mujer como usted. ¿Lo entiende, señorita Chapman? —preguntó acercándose a ella de nuevo con un gesto intransigente—. Usted me supone un problema aquí.

Ella puso la espalda recta.

—Es así como me ve... como un problema.

—Aquí, sí —dijo con contundencia—. En Gran Bretaña no lo sería, créame. Pero como le he dicho, tengo una misión que cumplir y esta tierra es más hostil de lo que imagina. Aquí maltratan y venden a sus mujeres, ¿qué hará si se acerca un funcionario del Imperio chino para llevarla con él? —Ella apretó los labios—. Ya se lo digo yo: nada —respondió—. No hará nada. Tendré que hacerlo yo —acabó con

voz grave—. Y no le miento cuando le digo que su presencia aquí va a traerme muchos problemas. Pero usted siga preguntándose por qué no soy amable, por qué me comporto de esta forma... quizá lo haga porque aún mantenga la esperanza de que usted y su padre tengan la suficiente cordura como para dar marcha atrás y que la lleven de vuelta hasta el próximo navío rumbo a Gran Bretaña.

Ella lo miró con furia. Comprendía a qué se refería el coronel, sabía que en cierto modo lo que pretendía era protegerla, pero todo lo que narraba eran meras suposiciones: podía pasar esto... podía pasar lo otro... Lo que sí era cierto era que su padre estaba muy enfermo y cada día que pasaba significaba estar más cerca de la muerte. Eso era un hecho, no una suposición. Tuvo deseos de llorar en aquel momento. Lo único que ella deseaba era poder pasar aquellos últimos meses, días u horas en compañía de su padre. No había luchado tanto para ahora rendirse. ¿Cómo se sentiría si se marchase? ¿Cómo podría abandonar a su padre sabiendo que seguramente no volvería a verlo con vida?

—Eso no va a ocurrir —pronunció ella con voz firme—. Hágase a la idea.

—Lo suponía —dijo él acercándose de nuevo de forma amenazante—, lo cual sigue indicándome que ninguno de los dos tiene cabeza, ni usted por querer permanecer aquí ni su padre por consentírselo.

—¿Consentírmelo? —gritó realmente enfurecida—. Vengo en misión diplomática para ayudar a mi padre en las negociaciones...

Arthur comenzó a reír y la interrumpió.

—¿En misión diplomática? ¿Para ayudar a su padre en las negociaciones? —preguntó sonriendo, incrédulo ante lo que escuchaba—. ¿Qué parte de lo que le he explicado no ha entendido? ¿Aún sigue pensando de verdad que va a poder ayudar en unas negociaciones a su padre en este país?

—Sí cuando la corona británica me avala —respondió directamente.

Arthur volvió a reír cada vez más sorprendido por las respuestas de la joven. Se quedó observándola e inclinó la cabeza hacia ella.

—Cada vez me sorprende más, señorita Chapman. La creía más inteligente, pensaba que tras narrarle todo lo que...

—¿Más inteligente? —preguntó tirante.

En ese momento, Arthur borró la sonrisa del rostro.

—Sí, usted se empecina en quedarse en este lugar y aún no sé para qué. No podrá negociar, no podrá ni siquiera asomar la cabeza...

—Usted no tiene derecho a decidir sobre esto.

—¿Ah, no? —preguntó cada vez más enfadado.

—No. —Notaba que cada vez le hervía más la sangre—. Usted tiene superiores. Y sus superiores le ordenan que yo esté aquí.

—Sí, y eso es lo único que la salva de que no la haya llevado ya a ese buque rumbo a Inglaterra. Pero el hecho de que yo esté subordinado a la corona no implica que esté de acuerdo con todas las decisiones que toma. Y dado que veo que ha sido

una decisión no meditada suficientemente por esta, esperaba que usted misma fuese la que se alejase de todo este peligro.

Ella lo miró fijamente.

—Usted tiene una misión igual que yo. Ambos tenemos el suficiente honor como para cumplirla.

—¿Honor? Lo suyo no lo describiría como honor, sino como temeridad.

Ella se acercó más.

—Piense lo que quiera, me trae sin cuidado —dijo desafiante.

—No le traerá tan sin cuidado cuando se queja de mi comportamiento —respondió él.

Ambos se quedaron mirando fijamente, retándose.

Katherine sabía que no eran malas las intenciones del coronel, pero todo aquello podría explicárselo sin esa prepotencia ni altanería. Aquello era lo que detestaba de ese hombre.

Se quedó observando sus ojos grises. Sabía que no conseguiría nada, que aquel hombre no se dejaba amedrentar como otros.

—¿Sabe, coronel? Admiro su sentido de la responsabilidad, entiendo que esto lo dice por mi bienestar... de verdad que se lo agradezco. —Luego se acercó más y elevó el rostro—. Pero tal y como le he dicho, eso no es excusa para el comportamiento que usted tiene hacia mí. No olvide... —dijo, esta vez con tono serio; sabía que debía imponerse, no aparentar debilidad—, quién me envía aquí.

Arthur pestañeó varias veces, pero lejos de acobardarse ante aquel comentario, le sonrió de forma irónica.

—No he dejado de pensar en ello desde que puso por primera vez su pie en la arena blanca de aquella playa. —Puso las manos tras la espalda y adoptó una postura erguida—. Y usted tampoco olvide que soy el coronel al mando y que la seguridad de todos... y la suya propia —remarcó—, están en mis manos. —Se giró sin esperar respuesta, iniciando la marcha hacia su tienda, situada al otro lado de una de las hogueras que iluminaban el campamento—. Vaya a descansar, lo va a necesitar.

Katherine apretó los labios mientras lo veía alejarse. Notó los músculos en tensión. Había intentado ganarse el respeto de aquel hombre, pero lo único que había conseguido era enfurecerlo más por su mera presencia allí.

Resopló y dio unos pasos apresurados hacia su tienda, sin ser consciente de que Arthur la observaba desde el otro lado, a través de las llamas que bailoteaban y dotaban de una anaranjada luz a aquel paraje.

Se tiró sobre la manta y, sin poder controlar más sus emociones, se puso las dos manos sobre el rostro sin tratar de reprimir el llanto. Si él supiese lo que realmente ocurría... el dolor que sentía, que la única causa por la que se exponía a acompañar a su padre era por la dolencia que este sufría...

Sabía que había sido una insensata, que lo que debería haber hecho era hablar con su padre y explicarle lo que sucedía, pero... ¿cómo decirle todo aquello?

En las sucesivas visitas del doctor este había sido claro con ella. Su enfermedad no tenía remedio, no existía una cura... Lo único que debía hacer era ser feliz junto a él el tiempo que le quedase a su lado.

No podía quitarle la ilusión a su padre ni prohibirle aquel viaje. Aún se le ponía la piel de gallina al recordar las palabras de él tras recobrar el sentido la primera vez que se desmayó. «¿Sabes? —Suspiró—. Le hice una promesa a tu madre: cuando nos hiciésemos mayores, la llevaría a ver lugares remotos, lejos de todo lo que conocíamos. —Miró a su hija con tristeza—. Y, aunque tu madre no esté, siempre va conmigo allá donde yo vaya».

Aquella era la promesa que Fynes le había hecho a su mujer.

No podía confesarle lo que ocurría, no podía obligarlo a quedarse en casa. Tal y como había dicho el médico, apenas sabían a ciencia cierta el tiempo que le quedaba.

Se pasó la mano por la mejilla y se secó una lágrima mientras escuchaba a los oficiales pasar al lado de la tienda.

Quizá no fuera lo más correcto, pero era lo que había decidido. Siempre se había considerado buena hija, pero sabía que en el momento en que había tomado aquella decisión no lo había sido.

3 meses antes de iniciar el viaje

Bajó a toda prisa las escaleras. En ese momento coincidió con su tía Maggy en el rellano, frente a la puerta.

—Ya me encargo yo —pronunció Katherine mientras corría hacia la enorme puerta de madera.

La tía Maggy asintió con una sonrisa y dio media vuelta para dirigirse a la cocina.

—La comida estará en breve —informó.

—De acuerdo —contestó Katherine abriendo la puerta de la entrada.

Un hombre de mediana edad esperaba ante ella. Reconoció su rostro, aunque no había hablado nunca con él ni conocía su nombre. Sabía que era uno de los hombres que trabajaban con su padre.

—Buenos días, ¿qué desea? —preguntó con una afable sonrisa.

—Buenos días, tú debes de ser Katherine —dijo.

—Sí.

—¿Podría hablar con tu padre?

Katherine se mordió el labio y echó su vista atrás, hacia la planta superior donde su padre aún seguía reunido con el médico. Aquellas últimas semanas su padre se había encontrado bien, aunque no se quitaba de encima aquella maldita tos. Todo había ido estupendamente hasta hacía dos días, cuando su padre había vuelto a tener otra de sus crisis, aunque esta no había sido tan grave como la primera y no había llegado a perder el conocimiento.

—Se encuentra reunido —mintió—. Pero si lo desea puedo dejarle un recado de su parte.

—Oh, no, no... —indicó colocando ante él su maletín y rebuscando algo en su interior—. Soy Charles Evanson, el abogado de tu padre.

—Encantada.

—Me... —siguió rebuscando en el maletín—, me pidió unos datos sobre la empresa. Ah, aquí está —dijo extrayendo un sobre. Se lo tendió y esta vez puso cara de circunstancias, lo que la dejó intranquila—. Si no le importa, ¿podría entregarle el sobre? Y dígame que se ponga en contacto conmigo lo antes posible. Tengo... —dijo cerrando su maletín y sujetándolo ya por el asa con la mano— tengo que partir hacia Oxford esta misma tarde por unos asuntos familiares, pero el lunes de la semana que viene estaré de vuelta. Por favor, que venga a verme lo antes posible al despacho.

La forma en que pronunció aquellas palabras no le gustó nada, denotaban una urgencia y un nerviosismo implícitos.

—Claro, se lo diré —respondió sujetando el sobre.

Charles se despidió y bajó los escalones del porche de su lujosa vivienda para dirigirse a un carruaje que esperaba unos metros por delante.

Cerró la puerta, intranquila. Había visto varias veces a aquel hombre en compañía de su padre. Se quedó observando el sobre que le había entregado. Su mirada voló hacia el pasillo, de donde venían las voces de las doncellas y de su tía Maggy, que ultimaban los detalles de la comida que en breve se serviría.

Avanzó hasta las escaleras y miró de nuevo la puerta cerrada del dormitorio de su padre, donde hacía más de media hora que el médico lo examinaba.

Cuando llegó al rellano, torció directamente por el pasillo y se dirigió al despacho.

Era un despacho espacioso y lujoso, acorde con la posición económica que tenían. Los muebles de madera oscura destacaban sobre la alfombra verde escarlata, a conjunto con las cortinas.

Se dirigió a la mesa y depositó el sobre, aunque de nuevo sintió una intranquilidad que hacía tiempo que no sentía. Echó la vista atrás para comprobar que la puerta del dormitorio de su padre aún se mantenía cerrada y giró sobre sí misma observando todo el despacho.

Cientos de documentos se encontraban sobre las estanterías y la mesa. El taller donde su padre confeccionaba los vestidos para la alta sociedad se encontraba en una de las calles más céntricas de Londres, un enorme local donde más de veinte costureras y modistas trabajaban para él, pero la parte económica y toda la documentación la guardaban allí.

Se quedó observando de nuevo el sobre. El abogado se mostró bastante nervioso al entregarlo. Su padre había tenido que faltar algunos días al taller por su delicado estado de salud, pero intentaba acudir asiduamente para controlar que todo fuese bien. ¿Habría ocurrido algo?

Cogió el sobre dubitativa y fue hacia la ventana. Lo colocó ante ella intentando ver a contraluz. Nada, el papel del sobre era opaco.

Resopló y, sin pensarlo más, lo abrió. Jamás se había interesado por los asuntos de trabajo ni por el negocio, pero en ese momento, tras detectar el nerviosismo del abogado, necesitaba saber si todo iba bien.

Abrió el sobre con sumo cuidado y extrajo el documento: parecía un balance de los últimos veinticuatro meses. Se quedó observando las cifras económicas escritas al lado de cada mes y notó que el corazón se le aceleraba. La cifra cada vez era menor. No lo comprendía muy bien, pero todo se basaba en sumar los ingresos generados durante el mes y restarles los gastos. La cifra que resultaba de aquella operación llevaba en negativo los diez últimos meses.

¿Qué ocurría con la empresa? ¿No iba bien? Y si así era, ¿por qué no le había explicado nada su padre?

Giró la hoja para seguir leyendo. Detallaba numerosas empresas a las que se les debían grandes sumas de dinero. ¿Tenían deudas?

No supo cómo reaccionar ante aquello. ¿Cómo era posible que aquello estuviese ocurriendo si la propia reina lo había elegido a él como embajador en las Indias Orientales para conseguir unos fructíferos negocios?

Dio un brinco hacia atrás cuando escuchó que la puerta se abría.

Dobló el documento y lo guardó en el grueso cinturón de su vestido.

Se alisó la falda y se pasó la mano por el cabello intentando recomponerse.

Intentó aparentar normalidad mientras salía del despacho de su padre y se dirigía al doctor, que en ese momento cerraba la puerta.

—Kath —pronunció el doctor con una sonrisa.

Ella le sonrió, aunque detectó que el labio inferior le temblaba. Supo que el médico se había dado cuenta de aquel temblor porque la miró con ternura, aunque obviamente no sabía cuál era la causa de su nerviosismo.

—¿Cómo se encuentra?

Inspiró y la alejó un poco de la puerta.

—Está vistiéndose ahora —susurró mientras se dirigía hacia la puerta—. ¿Toma el coñac y hace vapores?

—Cada día —indicó mientras bajaban el primer escalón.

El doctor asintió.

—Parece que la enfermedad se ha estancado. La bebida y los vapores hacen que sus pulmones se expandan y su garganta se suavice. —Aquello hizo que ella sonriese; eran buenas noticias—. Katherine —reaccionó al ver el atisbo de esperanza nacer en los ojos de la joven—, aun así tu padre sigue muy enfermo. Debe cuidarse.

—Pero quizá mejore y se ponga bien.

El doctor suspiró.

—La enfermedad no tiene cura —pronunció con cuidado—, pero de momento lo estáis haciendo muy bien —dijo llegando al rellano y acercándose a la puerta—. Que guarde un par de días más de reposo y después que vuelva poco a poco a la rutina.

Ella asintió mientras él abría la puerta y comenzaba a salir, pero detuvo al doctor colocando una mano sobre su brazo.

—¿Le ha dicho algo mi padre sobre un viaje que tiene programado?

Aquello hizo despertar una sonrisa en el rostro del médico.

—Oh, y tanto que lo ha mencionado. No deja de hablar de ello —pronunció divertido—. Está muy ilusionado con el viaje.

Ella se mordió el labio y lo miró preocupada.

—Pero... ¿es bueno que viaje?

El médico comprendió su preocupación.

—Katherine, ni yo mismo sé cómo va a evolucionar la enfermedad ni cuánto tiempo le queda... —admitió con un susurro—. Por ahora, se muestra más o menos estable. Hace su vida normal, excepto cuando sufre los ataques. Mientras no se agote excesivamente y siga mis indicaciones, todo irá bien. Ahora bien, ni yo mismo sé cómo progresará la enfermedad. —Chasqueó la lengua mientras la observaba—. Tengo pacientes con la misma enfermedad que tu padre... —Aquello hizo que ella parpadeara varias veces, mirándolo intrigada—, algunos han fallecido, pero otros... llevan más de cinco años con la enfermedad y se encuentra bien —pronunció al final. Ella asintió mientras colocaba una mano sobre la suya en agradecimiento por sus últimas palabras. El médico se acercó más, como si fuese a susurrarle una confidencia—. No hay razón para que no pueda disfrutar de la vida; al fin y al cabo, a todos nos llegará la hora —puntualizó—, pero en ese momento es cuando nos plantearemos realmente si la hemos aprovechado bien y la hemos disfrutado. —Apretó su hombro en señal de cariño—. Aprovecha todo el tiempo que puedas con tu padre. Eso te hará feliz a ti... y a él.

Ella asintió mientras él apartaba la mano y salía ya por el portal.

—Gracias, doctor —dijo ella asomándose a la puerta.

—Nos vemos en dos días —contestó.

Cerró la puerta y se apoyó contra ella mientras dejaba que su mirada volase hasta aquella puerta cerrada en la segunda planta. Sabía que el médico tenía razón; aprovecharía cada segundo con su padre para así ser feliz y, ante todo, hacerlo feliz a él.

Se pasó de nuevo la mano sobre la mejilla para secarse las lágrimas.

Aquella era la decisión más difícil que había tenido que tomar en su vida. Por mucho que tuviese que agotarse, cargar alforjas, cabalgar bajo la lluvia o soportar a coroneles engraidos, no se arrepentía de ello. Aunque la táctica que había usado con su padre para que la llevase con él no era la más correcta, sabía que era lo que debía hacer. No se arrepentía de ello hasta ese momento y dudaba que pudiese hacerlo alguna vez en su vida, pues justamente aquello era lo que le permitía estar cerca de él.

Durante los dos días siguientes no había vuelto a cruzar palabra con el coronel. De hecho, cuando lo veía lo evitaba y se alejaba. Prefería no volver a enfrentarse a él; en definitiva, sabía que en parte tenía razón y que de él dependía su protección. Lo mejor era ignorarlo. Se había centrado totalmente en su padre, para eso mismo había emprendido aquel viaje.

Llevaban dos días sin dejar de trotar y ahora, al fin, parecía que habían llegado a la ubicación donde pasarían el resto de la tarde y toda la noche.

La temperatura seguía siendo elevada, excepto cuando llovía y los grados descendían en picado. Por suerte, aunque en ese momento estaba nublado, llevaba un par de horas sin llover, lo cual agradecía, sobre todo por su padre, que desde hacía más de una hora tenía ataques de tos. Aunque no eran muy fuertes, sabía que aquello podía desembocar en algo peor.

Fue hacia la cabaña de su padre, al lado de la que él permanecía sentado en una banqueta, y le tendió la botella de coñac. Esta vez no la rechazó. Dio un buen trago e inspiró profundamente.

Katherine se arrodilló frente a él y lo observó asustada.

—¿Estás bien?

Su padre la miró mientras depositaba la botella en la tierra.

El campamento estaba montado como cada noche, aunque ese día, por suerte, habían llegado a su destino bien pronto tras siete horas a caballo. Sobre las dos del mediodía, el campamento había empezado a montarse.

—Sí, pero esta maldita lluvia me cala hasta los huesos.

—¿Quieres descansar un poco?

—No —dijo levantándose.

—Papá —se quejó ella.

—Estoy bien —volvió a repetir.

—De acuerdo. Iré a ver si puedo ayudar en algo.

Caminó por el descampado mirando a ambos lados. Los caballos estaban al otro lado, rodeados de cubos con comida y agua. La mayoría de los soldados permanecían sentados en la tierra o bien sobre alguna banqueta, charlando animadamente.

Fue atravesándolo hasta que vio aparecer a Arthur por el otro lado del descampado, charlando animadamente con Patrick. Lo conducía hacia uno de los carruajes. Aunque, después de tres días, aún seguía sin poder abrir los ojos, iba haciéndolo de forma esporádica y parecía que no había perdido del todo la vista. Confiaba en que poco a poco fuese mejorando.

Cuando Arthur miró en su dirección, ella se giró directamente, sin esperar a que su mirada coincidiera con la de él. Caminó con los músculos en tensión hasta que le

llamó la atención que un par de soldados llegasen mojados de arriba abajo. ¿Había un río o un lago cerca?

—Disculpen —dijo cortándoles el paso. Ambos oficiales la miraron de soslayo; estaba claro que Arthur no era el único que pensaba que ella no debía estar allí—. Veo que van mojados...

—Ve bien, señorita —respondió uno de ellos.

—¿Hay algún lago o río por aquí?

El oficial le señaló con la cabeza hacia atrás.

—Sí, hay un río a unos diez minutos a pie...

—Proviene de una cascada, los mogoles la llaman Someshwar —continuó el compañero mientras se pasaba la mano por el cabello, haciendo que varias gotas salpicasen hacia los lados.

—La verdad —continuó el otro oficial—, no sé por qué el coronel se ha empeñado en acampar aquí, habría preferido la ciudad.

Ella pestañeó varias veces.

—¿La ciudad? —preguntó curiosa.

Los dos oficiales la miraron con una sonrisa de superioridad.

—Gulshanabad —continuó el mismo—. La ciudad está a poco más de una hora de aquí.

—¿Y no vamos a ir? —preguntó de nuevo.

Los dos volvieron a sonreírle.

—No, señorita —contestó el otro oficial—. La hemos rodeado y avanzado un poco más.

—Ah... —dijo agachando la cabeza—. Y... ¿cuándo llegaremos al próximo pueblo?

Los dos se miraron de reojo.

—Me parece que el coronel rodeará las poblaciones hasta llegar a Agra.

Ella asintió.

—¿Está muy lejos?

—Entre veinte y treinta días —Katherine se quedó totalmente estática—, depende del ritmo que llevemos —pronunció tras encogerse de hombros.

Ambos se quedaron mirando a la muchacha, pues parecía haberse quedado en *shock*.

¿De veinte a treinta días? Pensaba que irían parando en algunas poblaciones de vez en cuando y así podrían dormir más cómodos, o bien darse un baño.

—¿Está bien? —preguntó uno de los oficiales.

Maldito fuese el coronel, al menos podría haberla informado.

—Sí, claro —respondió de forma afable—. Gracias por la información —dijo acelerando el paso hacia el bosque, sin decirles nada más a los oficiales.

Mientras atravesaba el descampado hacia el bosque, realmente enfurecida, no pudo evitar echar la vista a un lado, donde pudo ver al coronel Wyatt manteniendo

una agradable conversación con su amigo Patrick.

Debería tener más consideración con ella y con su padre e informarlos sobre la ruta que tomaban.

No iba a quejarse, no iba a decir nada al respecto, pues sabía que si se quejaba él ganaría. Se había hecho a la idea de que entre esa noche o el día siguiente llegarían a una ciudad y su padre podría descansar más cómodo, pero no, ahora Arthur había decidido cambiar la ruta.

Rodeó varios árboles en dirección a donde los oficiales le habían indicado que se encontraba el río. Puesto que no iba a poder contar con un baño en condiciones en los próximos días, se lo daría en ese momento. Estaba harta de echarse agua por el cuerpo.

Se giró observando que se alejaba un poco del campamento, aunque pudo ver como algunos oficiales caminaban en su dirección y la miraban confundidos, como si no esperasen encontrarla internada en el bosque.

Siguió caminando varios minutos más hasta que escuchó el suave murmullo del agua, que fue cobrando intensidad a medida que avanzaba.

No esperaba aquello. El lugar era de una belleza espectacular. El río era más ancho de lo que esperaba y entre las bravas aguas había enormes piedras redondeadas. El caudal bajaba con fuerza.

Miró de un lado a otro. Aquella zona estaba alejada y no había tantos oficiales, si bien pudo intuir varias siluetas de ellos, a varios metros, caminando por la orilla del río.

Resopló. Si al menos estuviese sola podría bañarse tal y como deseaba, pero no se fiaba de que no fuera a aparecer de repente algún oficial por la zona.

Fue hasta la orilla, caminando con cuidado sobre las rocas resbaladizas, y se sentó sobre una a observar el paisaje. Era sobrecogedor. Lugares así no existían en Gran Bretaña.

El agua bajaba con fuerza, con rápidos que seguramente, si se metía un poco hacia el interior, la arrastrarían. Las corrientes agitadas pasaban sobre las rocas que sobresalían de entre las aguas.

Cerró los ojos y alzó la cabeza hacia el cielo. Pese a que estaba nublado, el ambiente era bochornoso.

La melancolía se apoderó de nuevo de ella. Se encontraba en la otra punta del mundo, en una zona desconocida y extraña, acompañando a su padre enfermo en lo que seguramente sería su último viaje, junto con unos oficiales y un coronel que detestaban su presencia.

Sabía que su viaje duraría mucho tiempo, pero no esperaba que fuese tan duro. Nadie le había explicado en realidad cuáles eran las condiciones en las que iba a viajar.

Abrió los ojos y se quedó mirando el río unos segundos.

Decidió que lo mejor sería dar media vuelta; de todas formas, no podía asearse en aquel lugar o la corriente la arrastraría. Tan solo debía preguntar a alguno de los oficiales dónde podía darse un baño y seguro que la informaban. Al menos, ellos eran más amables que el coronel y siempre respondían a sus preguntas con educación.

Se puso en pie cogiendo su vestido para no tropezar, se giró y, en ese momento, se topó con el pecho de un hombre que la cogió corriendo por el brazo e impidió que cayese.

Apretó los labios en cuanto su mirada coincidió con aquellos ojos inquisidores.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Arthur directamente.

Ella se soltó de inmediato y lo rodeó para caminar sobre la piedra hasta la orilla.

No dijo nada, simplemente dio un pequeño salto y cayó a tierra mientras sujetaba aún su vestido.

—Señorita Chapman —pronunció Arthur con voz queda, lo que hizo que Katherine se detuviese de espaldas a él y suspirase. Lo que menos deseaba era tener que vérselas de nuevo con él.

Escuchó sus pasos acelerados tras ella hasta que la alcanzó y se colocó a su lado.

—No debería andar por estos bosques sola —dijo, aunque esta vez moduló más la voz y no sonó tan autoritaria.

Ella lo miró de reajo.

—No estoy sola. Por si no se ha fijado, hay decenas de sus oficiales por el bosque.

Arthur se cruzó de brazos ante ella.

—La próxima vez, avise a alguno de mis oficiales o a mí mismo. —Apretó los labios de nuevo y miró de reajo hacia los lados—. Por aquí hay animales peligrosos.

Ella asintió y finalmente se volvió hacia él.

—De acuerdo, así lo haré. ¿Puedo irme ya? —preguntó de forma irónica, dado que estaba cortándole el paso.

Arthur estuvo a punto de poner los ojos en blanco y se echó a un lado para dejarla pasar. No dudó un segundo en iniciar una marcha apresurada, sujetando el vestido con las dos manos para no tropezar, bordeando los árboles y las palmeras, aunque se sorprendió cuando se giró y vio que Arthur la seguía de cerca.

—No me siga —pronunció de mal humor mientras volvía la vista al frente—. Sé el camino de vuelta.

—No sea tan engreída, mujer —bromeó mientras miraba hacia los lados para controlar la zona—. Yo también me dirijo al campamento.

Aquel comentario hizo que se girase de nuevo y su mirada coincidiese con la de él. Era un hombre extremadamente alto y corpulento, digno de ser un coronel. Sus ojos grises destacaban con su cabello castaño oscuro. Si no fuese por aquel horrible carácter, admitiría que era un hombre atractivo.

—Vigile por dónde pisa —le recordó desde atrás. Aquello le hizo bajar la mirada al suelo—. En esta zona hay cobras.

Ella se giró mientras seguía avanzando.

—¿Escupidoras? —preguntó.

Arthur ladeó la cabeza mientras saltaba por encima de una raíz.

—¿Las conoce?

—El oficial Patrick me explicó lo ocurrido. Me dijo que se trataba de ese tipo de cobra, que lanza el veneno hacia los ojos.

—Veo que la puso al día sobre la fauna del lugar, lo cual me hace preguntarme por qué sale sola al bosque.

Katherine se detuvo en seco y se giró. Arthur estaba más cerca de lo que esperaba.

Retrocedió un paso atrás para elevar la mirada.

—Dos de sus oficiales me han informado de que había un río. He venido hasta aquí y he pensado en darme un baño, pero me ha sido imposible; el caudal es muy fuerte.

Esta vez Arthur pestañeó varias veces y una sonrisa irónica le recorrió el rostro.

—Ya —dijo cogiéndola del brazo para avanzar de nuevo—. No es muy aconsejable bañarse en estos ríos. —Ella lo miró extrañada—. Hay cocodrilos.

Ella resopló y volvió a soltarse de su brazo para adelantarse.

—Pues me gustaría poder bañarme —dijo al final—. Sus oficiales me informaron de que esta noche o mañana llegaríamos a Gulshanabad, una ciudad, pero no es así.

—He preferido rodearla, iremos más rápido. Aún nos quedan suficientes provisiones como para llegar a Agra, y el retraso que tuvisteis con el barco nos hace tener que acelerar la marcha para recuperar el tiempo perdido.

—Pero Agra está a veinte días —continuó, recelosa.

Arthur suspiró como si se armase de paciencia.

—Ya le dije que no era lugar para una...

Katherine se giró antes de que acabase su frase.

—Basta —gruñó—. Ni se le ocurra decir eso. Lo único que le pido es que me informe de cuál es la ruta que vamos a seguir para hacerme una idea.

Arthur miró hacia los lados y saludó con un movimiento de barbilla a un oficial que pasaba cerca, en dirección al río.

—De acuerdo —dijo volviendo la atención hacia ella, colocando los brazos tras la espalda—. Nos dirigimos hacia Agra, allí pasaremos unas noches. Después, nos encaminaremos hacia Nueva Delhi, donde permaneceremos también varias noches y donde tendremos que negociar la entrada al Imperio chino.

—¿Negociar? —preguntó ella.

—Sí, negociar. Ya le dije que conozco a unos funcionarios en la frontera, pero aun así siempre hay que dar algo a cambio.

Aquello la extrañó.

—¿Algo como qué?

Arthur suspiró.

—De eso me encargo yo —respondió con voz firme—. Tras unos días en Nueva Delhi, iniciaremos el viaje hacia el Imperio chino.

—¿Cuánto nos va a llevar? —preguntó directamente.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el Imperio chino —respondió con rapidez.

—Desde aquí, teniendo en cuenta que permaneceremos algunos días en algunas ciudades, sobre un mes y medio. —Aquello hizo que Katherine suspirase—. ¿No le parece correcto?

Ella apretó los labios y lo miró fijamente. Oh, no, ni hablar, no iba a darle ese placer.

—No, al contrario, me entusiasma la idea, coronel. Siempre he sido amante de las aventuras y de lo desconocido —sonrió finalmente.

—Me alegro —respondió él con el mismo cinismo—. Entonces estoy seguro de que disfrutará mucho del viaje. —Esta vez fue él quien avanzó y la rodeó—. Tras pasar la frontera, nos esperan unos tres meses aproximadamente hasta llegar a nuestro destino.

Arthur siguió avanzando, aunque a paso lento, mientras ella se quedaba paralizada observando su espalda y tragando saliva. Desde luego, si lo que pretendía era hacer que se sintiera incómoda, estaba consiguiéndolo a base de bien.

—Aunque me veo en la obligación de decirle que el terreno no será tan fácil como el que atravesamos ahora.

Katherine resopló y avanzó tras él.

—No va a asustarme, coronel.

—No pretendo asustarla, usted me ha pedido información —contestó sin volverse hacia atrás.

Katherine iba a responder justo cuando el campamento apareció ante ellos.

Se puso al lado de él y buscó a su padre. Fynes se encontraba sentado y tosiendo.

Katherine suspiró. Aquello llamó la atención de Arthur. Se giró para observarla. Tenía un perfil hermoso, tierno. De no ser por su carácter y su lengua viperina, sería una belleza.

Se fijó en el rumbo de aquella mirada preocupada que desprendían sus ojos azules y coincidió con la figura de su padre, que, en ese momento, se encontraba encorvado hacia delante tosiendo de una forma que no podía reprimir.

Ya lo había escuchado toser varias veces.

—¿Su padre se encuentra bien? —preguntó directamente, sin apartar la mirada de su rostro.

Supo que Katherine dudó en responder unos segundos, pues su mirada parecía perdida.

—Sí —dijo volviéndose hacia él con una leve sonrisa.

—Lo he escuchado toser bastante estos días. —Y, por primera vez, Katherine detectó algo de preocupación en su voz, lo cual la dejó aturdida.

Su mirada coincidió unos segundos con sus ojos, que no dejaban de explorarla como si así pudiese leer sus pensamientos.

—Es un resfriado —contestó ella.

Arthur recorrió su rostro, como si así pudiese adivinar qué pensaba, aunque finalmente asintió y aceptó aquella contestación.

Sin decir nada más, se giró y fue en dirección a su padre, que esbozó una sonrisa cuando la vio aparecer entre todos los oficiales.

Volvió la mirada hacia un lado. El paisaje era sobrecogedor. Se encontraban en medio de un camino de tierra y, a cada lado, hermosas explanadas con cultivos. Los hombres, en su mayoría, trabajaban la tierra con palas y sembraban la nueva cosecha. Las explanadas acababan en unas montañas redondeadas repletas de vegetación, donde podía identificar cientos de palmeras que le daban al ambiente un aire más tropical.

Se habían detenido en medio de aquel valle, donde en ese momento los hombres y mujeres autóctonos se encontraban trabajando la tierra.

Volvió la mirada hacia el otro lado, donde Arthur, junto a uno de sus oficiales y otro de los mogoles que lo acompañaban en la caravana, hablaban con un hombre de la zona.

—*Nirdeshon ke lie bahut-bahut dhanyavaad.* —Escuchó que decía Arthur. Se quedó contemplándolo. Ya le había insinuado anteriormente que conocía un poco el idioma, pero le sorprendió verlo hablar con tanta fluidez—. *Main isakee prashansa karata hoon.*

Los últimos días no habían intercambiado muchas palabras. Lo prefería así; de esa forma evitaba algún encontronazo con él, pero aquello no evitaba que la mirada del coronel volase hacia ellos de vez en cuando, sobre todo cuando su padre sufría algún ataque de tos.

Despertó de sus pensamientos cuando Arthur pasó por su lado sin mediar palabra y se dirigió a uno de sus oficiales.

—Vamos por buen camino —dijo indicándole con el brazo hacia delante—. Dhule está a una media hora de aquí. —Elevó más la voz para que el resto de sus hombres lo escuchasen—. Seguimos —ordenó.

Llegó hasta su caballo marrón oscuro y subió de un salto.

La caravana volvió a avanzar entre las praderas y poco después se internó de nuevo en el bosque tropical.

—Es precioso —dijo Katherine girándose hacia su padre, que iba tras ella, aunque tuvo que mover la mano delante de su cara cuando notó que los insectos se acercaban—. Qué pesados —se quejó agitando la mano ante ella.

Tal y como había escuchado, una media hora después y tras atravesar parte de un bosque, llegaron a un pequeño poblado. Era bastante más pequeño que el primero que

habían visitado. A duras penas habría más de treinta casas, todas construidas de piedra y barro.

Nada más detener la caravana, Arthur bajó del caballo.

Katherine se removió inquieta y miró hacia atrás. Ningún hombre más bajaba.

Volvió la vista al frente mientras Arthur se dirigía a las primeras casas del poblado, aunque se sorprendió cuando un hombre salió de una de ellas, se quedó mirándolo y comenzó a sonreír.

—Arthur —dijo con un marcado acento.

—Nandim —respondió Arthur con una sonrisa. El hombre iba vestido con una túnica azul cielo que hacía destacar más su tez morena y su cabello negro. Llegó hasta él y se abrazaron durante unos segundos; luego, Nandim cogió al coronel por los hombros y le plantó un beso en cada mejilla—. Qué alegría verte —pronunció Arthur en urdu.

—Veo que tu acento mejora —prosiguió el otro con una gran sonrisa.

—Intento practicar cuanto puedo —respondió. Luego se giró y miró hacia la caravana—. Nos dirigimos hacia Nueva Delhi. He pensado que, si no te importa, podríamos pasar una noche aquí.

—Claro, sed bienvenidos. —Nandim se quedó observando la caravana—. ¿Cuántos sois? —preguntó esta vez en inglés.

Arthur agradeció el cambio de idioma, pues aún le costaba hilar las frases en urdu.

—Veinte soldados de la compañía y veinte amigos tuyos que nos acompañan —explicó Arthur mientras ambos se acercaban a la caravana—. También nos acompañan el embajador y su hija.

Nandim volvió a asentir mientras los miraba a todos, aunque se quedó observando unos segundos de más a Katherine.

—De acuerdo —dijo volviéndose hacia su amigo—. Prepararemos una cena para esta noche. Mi esposa y mis hijos se alegrarán de verte.

—¿Cuántos tienes ya? —bromeó.

—Cinco y uno en camino —sonrió.

Arthur se puso las manos en la cintura y arqueó una ceja hacia él.

—¿Otro?

Nandim sonrió.

—Soy un buen esposo —susurró.

Katherine removió la olla mientras observaba asustada a su padre. La apartó del fuego y la depositó en la tierra de aquella humilde casita. Por suerte, aquella noche dormirían bajo techo y no en aquellas pequeñas tiendas.

Ayudó a su padre a arrodillarse ante la pequeña olla y le hizo reclinarsse sobre los vapores mientras lo cubría con su capa, para que inhalase.

—Vamos, papá —sollozó arrodillándose a su lado, poniendo una mano en su espalda.

Habían pasado bien parte de la tarde, incluso habían dormido un poco sobre unas tablas de madera donde habían puesto unas mantas, pero la tos de su padre la había despertado.

Comenzaba a anochecer cuando la tos se había hecho tan intensa que amenazaba a su padre con hacerle perder el sentido.

—Respira con tranquilidad... —lo animó mientras intentaba controlarle el temblor—. Pronto pasará, pronto pasará... —siguió mientras acariciaba la espalda de su padre, que se contorsionaba.

Fynes volvió a toser con más fuerza esta vez, mas poco a poco fue calmándose. Hacía días que no sufría un ataque como aquel.

Tras diez minutos de vapores, Fynes se quitó la capa de encima y se sentó en el suelo mientras se llevaba una mano a las costillas, totalmente agotado y dolorido.

Katherine le acercó la botella de coñac y él le dio un buen trago.

Se arrodilló junto a su padre, que tenía el cabello empapado por el vapor.

—¿Estás mejor? —preguntó.

Fynes no habló, simplemente asintió, intentando aún recuperar el aliento.

—De acuerdo —contestó ella poniéndose en pie. Cogió la olla y arrojó el contenido fuera de la casa.

Cuando volvió a entrar, su padre se había levantado y permanecía sentado en la cama.

Se quedó observándolo. Desde que el médico la había informado de su enfermedad, su padre había adelgazado, pero ella también. La preocupación y los nervios la mantenían en un estado de continua ansiedad, y si a eso le sumábamos aquella última semana, casi seguro que habría perdido unos cuantos kilos más.

Su padre alzó la mirada y se llevó la mano al pecho, luego respiró profundamente.

—Estoy mucho mejor —pronunció intentando calmarla—. Los vapores son milagrosos.

Ella se mordió el labio, asintió y cerró la puerta. Fue hacia el fuego encendido en un lateral de la casa, donde habían construido una pequeña chimenea con piedras, y depositó la olla.

—Katherine... —susurró su padre, pues veía que los gestos de su hija eran tensos y preocupados— estoy bien, no te preocupes...

—No, no lo estás —sollozó ella dándole la espalda. Suspiró y cerró los ojos con fuerza, intentando controlar las lágrimas. Hizo acopio de todo el valor que pudo reunir en aquel momento y se giró hacia su padre, intentando recobrar la compostura. Él no se merecía aquello. Siempre había sido un buen hombre, lo único que había hecho en su vida era cuidarla, protegerla, darle todo lo que necesitase... él era todo lo que tenía, ¿qué haría cuando le faltase?

—Sí lo estoy —dijo levantándose poco a poco.

—Por favor, siéntate —reaccionó avanzando rápida hacia él.

—Kath —dijo su padre de una forma cariñosa, cogiendo la mano de su hija, que se situaba frente a él. En ese momento, se dio cuenta de que tenía los ojos llorosos—. No me pasa nada —insistió—. Sabes que siempre me han afectado mucho los cambios de temperatura y desde que cogí ese resfriado no he acabado de curarme... —dijo mientras acariciaba su mano—. Mejoraré en cuanto lleguemos al Imperio chino, ya verás.

Ella lo miró intrigada.

—¿Al Imperio chino? ¿Por qué?

—Dicen que el clima es más seco. —Resopló—. Es esta maldita humedad, la lluvia...

Ella suspiró y asintió mientras se soltaba de su mano.

Puede que lo que su padre decía fuese cierto. Londres tenía un clima similar al que tenían allí. Era extraña la semana en que no llovía, aunque era bastante más frío. Por el contrario, la zona que habían visitado del Imperio mogol tenía un clima más caluroso, aunque también más húmedo. Tal vez sí le fuese bien un clima más seco.

Ella hizo un gesto inseguro; iba a volver a hablar cuando llamaron a la puerta.

—Descansa un poco, por favor —pronunció mientras su padre se sentaba en la cama otra vez.

Se dirigió a la puerta y abrió. Una brisa fresca hizo que sus cabellos rubios volasen hacia atrás.

Lo primero que vio fue aquellos enormes ojos grises observándola. Arthur esperaba en la puerta con una postura erguida, junto a dos oficiales más. Los tres iban debidamente vestidos con su uniforme, incluida la chaqueta roja.

Katherine los miró extrañada.

—Señorita Chapman —pronunció Arthur tras un cordial saludo que consistía en bajar levemente la cabeza—. El señor Nandim me ha insistido en que os invite a cenar esta noche a su casa.

Aquello la pilló de improviso.

—¿A cenar?

—Sí —respondió directamente—. Los ha invitado a usted y su padre, a mis dos oficiales al mando y a mí.

Katherine miró a sus dos oficiales y no pudo evitar sonreír cuando reconoció a Patrick.

—Oficial —dijo saliendo al portal—, qué alegría verlo. ¿Está ya más recuperado? —preguntó sonriente.

Los tres hombres la miraron asombrados por su comportamiento. Arthur no pudo evitar sentir que se le ponía el vello de punta al observar aquel gesto. Era la primera vez que la veía sonreír y, sin duda, era la sonrisa más tierna que había visto en su vida.

—Gracias, señorita Chapman. —Luego descendió la voz al susurro, ante la mirada fija de Arthur—. Aún siguen escociéndome los ojos, pero he recuperado la visión. Durante la noche me molestan menos.

—Me alegro mucho. Tiene mucho mejor aspecto.

Patrick asintió agradecido.

Katherine giró el rostro hacia Arthur, que esperaba una respuesta.

—Dígale al señor...

—Nandim —le recordó Arthur.

—Sí, Nandim, que agradezco mucho su ofrecimiento, pero... —dio un paso más hacia ellos y echó la vista atrás un momento— mi padre no se encuentra bien, y preferiría que...

En ese momento, la puerta se abrió sin previo aviso, haciendo que los cuatro volvieran la vista al frente. Fynes permanecía de pie. Dio unos pasos hacia su hija y colocó una mano en el hombro de ella.

—Mi hija se preocupa demasiado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Arthur directamente.

—Sí, estoy perfectamente.

Katherine apretó los labios mientras expulsaba el aire con fuerza por la nariz, hecho que no dejó indiferente a Arthur. No era tonto. Había visto al señor Chapman toser varias veces y hacía un rato lo había escuchado de nuevo. Siempre lo veía con aquella botella de coñac y miel, y sabía justamente para lo que servía. Ayudaba a suavizar la garganta y a reducir la mucosidad. Igualmente prefirió no decir nada.

—No creo que sea buena idea que... —susurró ella.

—Tonterías —interrumpió su padre volviendo la atención hacia el coronel—. Dígale al señor Nandim que aceptamos encantados su ofrecimiento.

Arthur se quedó observando a Katherine, que no parecía muy conforme con la decisión de su padre. Detectó de inmediato cierto aire de preocupación en el rostro de ella.

Miró de nuevo hacia Fynes y asintió.

—De acuerdo. La cena se servirá en diez minutos. Los esperamos aquí —contestó Arthur.

Fynes entró directamente. Lo cierto era que tal y como decía su padre, los vapores hacían milagros, pero aunque en ese momento se encontrase mejor, cualquier médico le habría pedido que guardase reposo unas horas para recuperarse.

Katherine se giró para observar a su padre entrar y dirigirse a la mesa para abrir su alforja; parecía realmente emocionado por poder compartir la cena con los lugareños de la zona.

Suspiró y miró a los oficiales antes de entrar. Los tres se habían distanciados unos pasos, aunque Arthur elevó la mirada hacia ella, una mirada intrigada.

Entró en la pequeña casita consistente en una sola habitación y entornó la puerta. Fue directamente hacia su padre y se colocó a su lado.

—Papá —susurró ella—, no sé si es buena idea. Has tenido un ataque de tos muy fuerte. Será mejor que descanses y ya mañana...

—Ya te lo he dicho —insistió Fynes—, me encuentro perfectamente. Además, me apetece mucho cenar con los lugareños. Quizá puedan indicarnos dónde encontrar las mejores telas, cómo negociar con el Imperio chino...

—Papá —cortó poniendo una mano en su brazo—. Yo... —Tragó saliva sin saber bien qué decir.

Fynes se quedó observando a su hija; tenía una mirada triste, realmente compungida.

Colocó una mano en su mejilla y se acercó para besarle la frente.

—¿Qué haría yo sin ti? ¿Sin mi pequeña Kath? —pronunció estrechándola. Ella se abrazó mientras intentaba controlar las lágrimas que clamaban por brotarle de los ojos. Se separó de ella y la miró con una sonrisa—. Todo irá bien, cariño —dijo su padre con una sonrisa tranquilizadora—. Ahora vamos a disfrutar de una buena cena. Me apetece mucho —dijo con una sonrisa.

¿Cómo negarle aquello? Se quedó observando aquellos hermosos ojos azules y asintió, esta vez con una sonrisa.

—De acuerdo.

Los dos oficiales y el coronel los esperaban a unos metros de la pequeña casa.

Lo primero que hizo Katherine fue mirar hacia el cielo. Gran parte de este estaba cubierto, pero en algunas zonas se intuían unos claros donde comenzaban a verse las estrellas brillar.

Fynes se dirigió hacia los tres hombres.

—Bien, coronel Wyatt —dijo Fynes mirándolo—, ¿quién es el señor Nandim?

Arthur se situó a su lado y le indicó con un movimiento que caminase por aquella calle. Los dos oficiales se pusieron a su lado mientras Katherine caminaba por detrás, observando el poblado.

Todas las casas a cada lado de aquella estrecha calle eran iguales, pequeñas, de una sola planta y construidas a base de barro y piedras.

—Es el dirigente de este poblado.

—¿Como un alcalde? —pregunto Fynes.

—Sí, algo parecido. —Miró al frente y le indicó que siguiese por una de las calles a la derecha—. El emperador del Imperio mogol escoge a sus dirigentes en cada poblado; él es uno de ellos. Es el encargado de recoger los tributos anuales en la población, uno de sus hombres de confianza. —Lo miró y le indicó con el brazo la dirección que debía seguir—. El actual emperador, Shah Jahan, tiene en gran estima a la corona británica. Hace unos años expulsó a los portugueses de Bengala, acusándolos de piratería, y nos dio plenas competencias para poder usar los puertos marítimos que usaban los portugueses y mejorar el comercio con Europa.

—Entiendo.

—Él podrá facilitarnos, sin ninguna duda, un mejor viaje hasta Nueva Delhi, y será mucho más fácil negociar la entrada en el Imperio chino si está de nuestra parte.

—Veo que Nandim es un hombre importante.

Arthur asintió.

—Lo es. —Luego le sonrió mientras echaba la vista atrás para mirar a Katherine, a unos pasos por detrás de ellos. Aún tenía la mirada preocupada y se encontraba cabizbaja, inmersa en sus pensamientos. Volvió la atención hacia su padre—. Estos últimos años hemos conseguido muchos logros gracias a él.

—¿Son amigos? —preguntó Fynes en confianza.

Aquella pregunta hizo que Arthur sonriese.

—Sí, podría decirse así. Cuando llegué a Mumbai él fue unos de los primeros hombres con los que hablé. Hicimos muchas reuniones y, al final, acabó enseñándome su lengua para facilitar mi labor. —Lo miró y sonrió débilmente—. Son buena gente.

Fynes sonrió entusiasmado y miró al frente observando el poblado. Arthur volvió a echar la vista atrás, pues Katherine no pronunciaba palabra alguna.

—George, ¿por qué no pones al corriente al señor Chapman de las últimas negociaciones que hemos mantenido? Ya va siendo hora —pronunció con una sonrisa hacia Fynes, que pareció encantando con aquello.

—Claro —indicó el oficial situándose al lado de Fynes—. Verá, tras darnos la competencia para operar en el puerto de Mumbai, comenzamos a hacer pequeñas incursiones hacia el interior del Imperio...

Arthur enlenteció el paso para permitir que Patrick se adelantase e interviniese en la conversación junto a George y Fynes.

Disminuyó su velocidad hasta que se situó al lado de Katherine, que lo miró de reojo, aunque su mirada se transformó en intriga cuando Arthur la cogió del brazo haciendo que enlenteciera también su marcha para procurarles una mayor distancia con el grupo que iba por delante.

—¿Qué hace? —preguntó nerviosa, pues su padre y los dos oficiales seguían el mismo ritmo, adelantándose sin esperarlos, ajenos al hecho de que ellos dos se quedaban un poco rezagados.

—Solo quiero hablar —pronunció con voz suave. Cuando Arthur decidió que ya había suficiente distancia para hablar con calma, la soltó del brazo, sin abandonar el paso ni moverse de su lado. La miró preocupado, escudriñándola durante varios segundos—. ¿Hay algo que quiera explicarme o deba saber?

Ella tragó saliva mientras volvía la mirada hacia la espalda alejada de su padre. Sabía a lo que se refería y estaba claro que Arthur no intuía mal. Ella misma había sido consciente de la mirada inquieta de él al observar a su padre y escuchar los comentarios de ella.

Se colocó la capa, nerviosa, y volvió a observarlo de reojo.

—No —susurró.

—¿Segura? —insistió, a lo que ella apretó los labios. ¿Qué podía hacer? No podía decir nada, su padre y ella eran enviados de la corona británica para cumplir una misión, para iniciar unas negociaciones con el Imperio chino.

—Sí.

Arthur volvió a cogerla del brazo, aunque con delicadeza, obligándola a que lo mirase. Estaba claro que ella no le explicaba toda la verdad.

—¿Qué le ocurre a su padre?

Ella inspiró intentando mantenerse calmada. Se giró para hacerle frente. Habría sido tan fácil gritarle o iniciar una pelea para poder evadir el tema, pero lo único que hacía Arthur era mirarla con angustia.

Tuvo que forzarse a clavar la mirada en la espalda de su padre.

—Es un resfriado mal curado —susurró.

Katherine pudo ver a Arthur chasquear la lengua y volver la mirada al frente también.

Siguieron caminando unos segundos hasta que él volvió a intervenir.

—¿Lo que bebe su padre es coñac con miel? —preguntó. Ella no respondió, solo se limitó a asentir mientras se abrazaba a sí misma—. Debería tomar tulsí.

—¿Qué es eso?

Por primera vez dirigió una leve sonrisa hacia ella, como si se encontrase cómodo en aquel momento.

—Es una de las hierbas sagradas de la zona. Aquí se usa mucho para la tos y los resfriados. Al poco de llegar aquí, enfermé, un resfriado —confesó—, pero esa infusión me fue muy bien.

Ella asintió agradecida.

—¿Dónde puedo encontrarla?

En ese momento se dio cuenta de que los dos oficiales y su padre se habían detenido ante una puerta y se giraban para observarlos.

—Se la conseguiré —prometió. Volvió la vista al frente, hacia Fynes y sus compañeros, y se echaron a un lado para dejarles paso. Llamó varias veces a la puerta y al momento se pudo escuchar un griterío de niños que corrían felices.

Nandim abrió mientras cogía a uno de sus pequeños por la cintura y lo elevaba, al tiempo que con el otro brazo retenía a una pequeña niña de unos tres años.

Todos sonrieron al ver la escena.

—*Ab tak* —dijo girándose hacia el resto de los pequeños que corrían hacia él, ansiosos por ver de quién se trataba, aunque los pequeños se quedaron quietos obedeciendo al padre—. *Neeja. Bachchon ke adheen.*

Una hermosa mujer joven, de cabello largo y negro recogido en una trenza, se acercó a los dos pequeños que el padre retenía y los cogió a cada uno por un brazo; luego, los alejó de la puerta. En cuanto se puso de perfil, pudieron ver su pronunciado vientre. Debía de estar por lo menos embarazada de seis meses.

Nandim los miró a todos tímidamente.

—Perdonad, los pequeños acaban de cenar, pero pronto se irán a la cama —dijo en un perfecto inglés—. Pasad —les ofreció abriendo más la puerta e indicándoles con el brazo que entrasen.

Hacía días que no cenaba tan bien. La mayoría de las noches comían algo de arroz o verduras, o alguna sopa demasiado especiada para su gusto, pero aquella noche había cenado pollo con una especia a la que llamaban *curry*, unas tortas de pan pasadas por el fuego llamadas *rotis*, arroz un poco picante y *chapati*, una deliciosa tortilla india con verduras.

Había quedado totalmente saciada y parecía que su padre también, dado que permanecía apoyado contra el respaldo de la silla, con las manos sobre el estómago.

La cena trascurrió de forma agradable. Una vez que la madre acostó a los niños y corrió la cortina para tener algo de intimidad, se habían sentado a la mesa.

Nandim la presidía. Ella se había sentado en un lateral, junto a la hermosa esposa de Nandim, Neeja, y al otro lado, su padre.

Frente a ella se encontraba Arthur, que se había sentado entre sus dos oficiales y que durante toda la cena no se había dignado a dirigirle una sola mirada, pues permanecía totalmente abstraído en el mapa que había puesto Nandim sobre la mesa.

Ahora tomaban un delicioso té mientras observaban aquel papel sucio con un dibujo realizado con cenizas.

Arthur se incorporó sobre la mesa y señaló un punto.

—Quiero entrar al Imperio chino por aquí.

Nandim se incorporó para visualizar bien el lugar que señalaba.

—Es buen punto para entrar, mucho mejor que por aquí. —Señaló un poco más a su derecha—. Evitarás las montañas más altas. —Nandim miró fijamente a Arthur—. Necesitarás hablar en Nueva Delhi con la guardia; lo mejor sería que uno de ellos te acompañase en el trayecto para facilitar el acceso, por si hubiese problemas.

—¿Lo harían?

Nandim se encogió de hombros.

—Depende de lo que puedas ofrecerles.

Arthur le sonrió de forma engreída.

—Lo de siempre. Oro y plata.

Katherine lo miró de reojo. Recordó que ya le había dicho que de las negociaciones para entrar al Imperio chino se encargaba él.

—¿Cuánto has traído?

—El suficiente como para pagar nuestra entrada al Imperio y que uno de sus funcionarios nos acompañe —acabó sonriente. Katherine lo escudriñó con la mirada. ¿Sería cierto? ¿Llevaban grandes cantidades de oro y plata?— La corona británica negoció directamente con Japón —explicó a su amigo—, en Deshima.

—El único lugar donde se permite negociar a los europeos con Japón —apuntó Nandim; luego lo miró intrigado—. Pensaba que Deshima era el emplazamiento de la

VOC^[3]. Los holandeses hace un par de años que traen bastante oro y plata de Japón.

—Hay que buscar salida a todo —continuó Arthur—. Los únicos que poseen oro y plata en Europa son los portugueses y los españoles, que lo traen de Sudamérica.

—Pero a los portugueses hace tiempo que no los veo por aquí.

—Tu emperador los expulsó. Los acusó de piratería —remarcó—. De ahí que podamos usar sus puertos sin problemas. —Luego se encogió de hombros—. Una competencia menos —susurró hacia su amigo.

—Ya, bueno, los holandeses os llevan ventaja —bromeó de nuevo—. Por lo que sé, controlan el comercio de Ceilán.

—Sí, ya han dejado un poco de lado el mercado de la canela. Se expanden. —Chasqueó la lengua—. Ahora les interesan la porcelana y la seda.

—Y los misioneros... —continuó divertido su amigo.

Aquello lo intrigó.

—¿Misioneros? —preguntó Arthur intrigado.

Nandim se encogió de hombros.

—Aquí no nos ha visitado ninguno aún, pero dicen que un grupo de hombres intentan inculcar su fe en Ceilán y que en breve llegarán a estas tierras.

Arthur resopló y miró a sus compañeros, bastante decepcionado con la idea. Luego miró fijamente al frente y, durante unos segundos, se quedó observando aquellos enormes ojos azules que lo miraban intrigada.

Pestañeó varias veces y volvió la atención hacia su amigo, intentando distraerse de Katherine.

—¿Sabes si ha comerciado el Imperio mogol con los holandeses últimamente?

Nandim negó con la cabeza.

—No, por eso se han hecho con el control de Ceilán a la fuerza. Nuestro emperador mogol no olvida lo que hicieron en Yakarta, y nosotros, tampoco. No les abriremos el negocio a las buenas, de ahí que comercien directamente con China.

Aquellas palabras dejaron intrigada a Katherine, que miró a su padre y se acercó a él para preguntarle, pero este la disuadió con un movimiento de mano para que se mantuviese callada, pues estaba realmente interesado en la conversación.

—Puedes estar tranquilo —continuó Nandim divertido—. No encontrarás holandeses por la zona.

Arthur sonrió, igual que el resto de los oficiales.

—Eso me tranquiliza —apuntó. Tomó aire y miró a su amigo con interés—. Tú tienes buenos contactos, eres una de las manos derechas del emperador mogol... me iría muy bien que me ayudases a entrar en el Imperio e iniciar las negociaciones con ellos.

Nandim comenzó a reír y lo señaló con la mano.

—Sí, y no olvides que también soy un experto negociante —bromeó—, así que vamos a hablar de negocios. —Ladeó el rostro con una sonrisa—. Si te acompaño

hasta la frontera y consigo tu entrada y la de toda tu caravana al Imperio chino, ¿qué ganaré yo a cambio?

Arthur lo miró seriamente y durante unos segundos miró de reojo a Fynes.

—No quiero que me acompañes solo hasta la frontera —pronunció, esta vez serio—. Necesito que me acompañes en toda la expedición, que hagas de interlocutor con el emperador Ming. Además, yo nunca he cruzado la frontera, no conozco el terreno ni el idioma.

Nandim inspiró y se tomó todo el tiempo del mundo.

—Eso te va a salir caro.

Arthur se echó sobre la mesa ante la mirada atenta de todos los presentes.

—De acuerdo, pues hablemos de negocios. —Ladeó el rostro hacia un lado—. Si me acompañas y conseguimos negociaciones fructíferas para que el Imperio Ming nos abra el mercado, hablaré con la corona británica para hacerte el responsable de la ruta en el Imperio mogol.

—Me gusta la idea —pronunció.

—Además, un uno por ciento de todo lo que consigamos se le cederá al Imperio mogol como pago por acompañarnos, hacer traducciones, mantener vigilada la ruta...

—Ese porcentaje me parece poco —contraatacó directamente.

—Durante los tres primeros años, un uno por ciento —reaccionó directamente—. Necesitamos asegurarnos de que la nueva ruta será rentable. A partir del tercer año de negociación con el Imperio chino, si el negocio prospera, se incrementará a un cinco por ciento. Después del quinto año, evaluaremos la situación y abriremos una nueva negociación.

Nandim se quedó mirándolo y suspiró.

—Me sería mucho más fácil negociar con los portugueses u holandeses, no me caen tan bien —bromeó, lo cual hizo que Arthur sonriese.

—Podría ofrecerle esto a cualquier funcionario del Imperio mogol, pero confío en ti —pronunció Arthur.

Ambos se miraron hasta que Nandim acabó soltando una carcajada.

—¿Cómo no vas a confiar en mí? Yo te enseñé durante el primer año aquí. No habrías sobrevivido aquí si no fuese por mí.

—Tienes toda la razón —confirmó Arthur—, por eso quiero que seas tú.

Nandim suspiró y asintió.

—De acuerdo, haremos una cosa: no tengo capacidad para decidir sobre los porcentajes, pero —lo señaló con el dedo—, os acompañaré a Agra y hablaré con mi emperador, Shah Jahan. Si él lo aprueba, continuaré mi viaje junto a vosotros hasta el Imperio chino y os ayudaré.

Arthur cogió directamente el vaso con té y lo elevó.

—Por los nuevos negocios —propuso un brindis.

Todos elevaron sus pequeños cuencos rellenos de aquella bebida humeante y repitieron la frase. Dieron un sorbo y depositaron el cuenco sobre la mesa de nuevo.

—No brindes tan rápido, primero hay que llegar. —Luego miró fijamente a Katherine, lo cual llamó la atención de Arthur, que se quedó observándolo. Estaba claro que también había reparado en que ella sería un problema. Suspiró y volvió la atención hacia Arthur—. Esta zona es bastante tranquila, pero para llegar a Agra debemos pasar cerca de la zona de Orchha. —Apretó los labios y miró de reojo de nuevo a Katherine, que se puso más nerviosa—. El heredero de Orchha subió hace pocos meses al trono y mantenía una política que no gustaba a mi señor, movido sobre todo por presiones religiosas. —Volvió la atención hacia Arthur, que lo miraba sorprendido por aquella noticia—. Deberías salir más a menudo de tu colonia en Mumbai. Mi emperador, Shah Jahan, ha asolado la ciudad de Orchha y los supervivientes se han sometido, pero se rumorea que hay un clan familiar, los Bundela, que quieren atacar y sublevarse. No es una zona muy segura ahora. —Luego lo miró fijamente y cambió de idioma al urdu, lo cual los sorprendió a todos, incluso a Arthur—. ¿Por qué nos acompaña una mujer?

Katherine no comprendió lo que decía, pero intuyó que se refería a ella, dado que Arthur la miró de reojo, aunque intentó aparentar normalidad.

—Ella es una enviada de la corona británica. Son las órdenes que he recibido —contestó en el mismo idioma.

Aquellas palabras hicieron que Nandim sonriese.

—Tú y las órdenes que hay que obedecer. No es un lugar seguro para una mujer.

Arthurladeó el rostro.

—Por lo que cuentas, no es un lugar seguro para nadie. ¿Podemos rodearlo?

—En un principio había pensado que la mejor ruta sería pasar por Orchha, pero podemos desviarnos y llegar a Agra atravesando Shivpuri. Apenas nos retrasaría y evitaríamos así el centro del conflicto.

—No me importa retrasarme unos días. Me importa más la seguridad —reaccionó rápidamente.

—También podríamos rodear toda la zona, pero nos llevaría más de treinta días.

Arthur resopló al comprender aquellas palabras y se quedó pensativo. Ambos sabían que no podían permitirse un mes más de retraso e, igualmente, el conflicto podía extenderse por todo el Imperio mogol. Al menos sabía que aquella zona estaba más o menos subordinada y que el emperador los acogería. Estaba claro que el emperador mogol, Shah Jahan, estaba decidido a abrir la puerta a la economía, y qué mejor forma que abrir su país al comercio con Gran Bretaña. Con ellos ya existía una próspera relación en cuanto a la ruta de las especias, y aquella había comportado grandes riquezas para el Imperio mogol... ¿por qué no permitirlo y cobrar mediante aranceles las telas que procediesen del Imperio chino? No debería encargarse de nada, solo de mantener su pueblo a raya. Ningún funcionario o habitante del imperio se atrevería a enfrentarse con un soldado de la corona británica o toda la ira del emperador caería sobre el que osase hacerlo.

Katherine miraba asombrada a los dos hombres; sabía por las miradas de reojo de Arthur que aquella conversación tenía algo que ver con ella. Tuvo que contenerse de preguntar, pues parecía que Arthur hablaba con bastante vehemencia, como si defendiese una postura. Solo esperaba que no la dejase atrás.

—Supongo que al menos esa zona estará más controlada que otras —susurró en el idioma nativo de allí.

—Así es —respondió Nandim—, pero por mucho que nos desviemos por Shivpuri, no puedo asegurarte que no nos encontremos con alguna sublevación. No me hago responsable de ella —pronunció directamente.

Arthur se irguió y la miró fijamente. En ese momento, Katherine no tuvo ninguna duda sobre de qué versaba la conversación.

—Yo me hago responsable de ella —acabó pronunciando.

Aquello motivó una sonrisa en el rostro de Nandim, aunque Arthur no imitó a su amigo.

—Bien —dijo Nandim volviendo a hablar en inglés—, ¿cuándo partimos hacia Agra?

Arthur respondió con los dientes apretados.

—Mañana mismo.

En ese momento, Nandim se giró hacia Katherine y, sin apartar la mirada de aquellos ojos azules que lo observaban intrigados, habló de nuevo en su idioma natal hacia Arthur.

—Será mejor que la mujer se atavíe con ropas menos vistosas. Llama demasiado la atención.

Aquella noche durmió a pierna suelta y logró conciliar el sueño durante 6 horas seguidas. Días atrás, cada vez que escuchaba un pequeño ruido, su subconsciente reaccionaba y la ponía en alerta para observar a su padre. Aquel último ataque de tos la había dejado exhausta psicológicamente.

Se despertó sobre las cinco y media de la madrugada, cuando aún era plena noche, pero ya no volvió a dormirse. Una hora y media después, y con su padre ya preparado, llamaron a la puerta.

—Disculpe, señor Chapman —dijo uno de los oficiales al que aún no conocían—. Me mandan a que le traiga esto a su hija. —Y directamente le tendió unas telas envueltas con otras telas.

El oficial no esperó a que dijese nada, simplemente se alejó rumbo a la caravana.

Katherine se había sorprendido cuando su padre había colocado el paquete envuelto y lo había abierto. Era un vestido sencillo, de una tela fina de un color azul cielo. No llevaba muchos adornos, simplemente unos hilos dorados en la parte baja de la falda, en las mangas y en el cuello.

—Fíjate en la seda —susurró su padre mientras la tocaba.

Ella pasó la mano sobre esta.

—Es muy suave.

—Y vaporosa —sonrió a su hija mientras comprobaba la caída—. Es excepcional.

—Imagina los vestidos que podrías hacer con esta tela —pronunció divertida mientras lo desdoblaba para ponerlo frente a ella. El vestido iba acompañado de un cinturón grueso en color dorado, un fino velo y unos finos pantalones. Sin duda, iría mucho más cómoda.

No tardó más de diez minutos en vestirse con aquellas ropas. Se sentía mucho más ágil. Tras más de cinco horas a caballo por un terreno bastante más abrupto que el de días anteriores, agradecía infinitamente llevar aquellas ropas.

Los oficiales se extrañaron al verla vestida de esa forma, pero ninguno de ellos dijo nada al respecto. Tampoco Arthur hizo gesto alguno al verla aparecer vestida así.

Para cuando el sol comenzó a esconderse en el horizonte, ya se habían detenido y habían vuelto a montar el campamento.

Fynes pasó mejor tarde que en días previos, pues el tiempo les había dado una tregua y el sol había lucido con fuerza, excepto en algún intervalo corto de tiempo. Aunque la tos persistía, aquel día la había sobrellevado mejor.

Sonrió a su padre mientras colocaba la botella de coñac con miel en el lateral de la tienda de campaña y volvió a salir de rodillas.

—Que descanses, papá —susurró ella.

Su padre le sonrió mientras la veía gatear hacia atrás hasta salir de la tienda. Cuando bajó la cortina que ofrecía la intimidad suficiente a su padre para su descanso, llenó los pulmones de aire y lo exhaló poco a poco.

Estaba realmente agotada. Miró a la tienda de campaña que había a pocos metros de ella y se pasó la mano por la nuca para masajearse.

Se dirigió a ella con paso lento mientras recorría toda la zona con la mirada. Iba a entrar cuando la voz de Arthur la detuvo.

—Señorita Chapman —indicó acercándose.

Katherine se giró y esperó a que él llegase a su lado. Arthur vestía solo con los pantalones claros, las botas y la camisa por fuera. Caminó hacia ella con paso firme, aunque sin perder de vista a todos sus oficiales, girando el cuello hacia el bosque cercano, como si se mantuviese alerta todo el rato. Se colocó ante ella y le tendió la mano directamente, sin esperar contestación por su parte.

—Lo que le prometí —pronunció. En su palma reposaba un pequeño paquete.

Lo miró sin comprender.

—¿Qué es?

—Tulsi. —Deshizo con la mano libre el pequeño nudo con el que se sostenía la tela y la abrió. Había varios brotes de una planta. Las hojas verdes se entremezclaban con las moradas y algunas flores en un tono liláceo—. Ayuda con la tos. Es muy buen remedio.

Se quedó observándolo durante unos segundos. Recordaba que le había dicho que le conseguiría la planta medicinal, pero no esperaba que fuese a hacerlo realmente.

De hecho, lo había olvidado por completo. Arthur se mantenía frente a ella, sin bajar la mano.

Apretó los labios sin saber cómo reaccionar. Durante unos segundos recordó las peleas verbales que habían tenido en sus primeros encuentros. Quizá, después de todo, no fuese tan mal hombre. Una inmensa gratitud se reflejó en sus ojos.

—Gracias —respondió mientras cogía lo que le ofrecía.

Arthur asintió.

—Tiene que esperar a que la hoja esté un poco más seca. Supongo que en un par de días podrá triturarla y hervirla. Tras colarla, su padre puede tomarla. —Katherine se mordió el labio mientras cogía con las dos manos el pequeño envoltorio y se lo colocaba a la altura del estómago—. Le irá bien, aunque el sabor es un poco amargo —acabó sonriendo débilmente, lo que hizo que ella se quedase observando sus labios.

Se dio cuenta de que sus facciones denotaban calma, muy al contrario que en días anteriores. Era como si todos sus músculos se relajasen.

—Se lo agradezco mucho, de verdad —susurró. Luego sonrió débilmente y miró hacia los oficiales que paseaban a su lado, sin saber cómo reaccionar ante la cercanía del coronel. Pensaba que le daría aquello y se marcharía, pero no, Arthur seguía plantado ante ella mirándola fijamente. Se giró hacia él sin centrar la mirada—. ¿Cuánto tardaremos en llegar a Agra?

Arthur colocó las manos en la cintura y adoptó una posición informal.

—Unos veinte días más o menos, pero antes pasaremos por Shivpuri.

Ella asintió y recordó la conversación de la noche anterior, donde Nandim le había ofrecido aquella vía alternativa para evitar una zona que permanecía en conflicto.

—Su amigo habló ayer de Orchha. ¿Hay una especie de guerra en esa zona?

Arthur chasqueó la lengua mientras miraba a sus compañeros, algunos de ellos se dirigían ya a sus tiendas individuales para pasar la noche.

—Había —enfaticó—. El emperador disolvió la revuelta. —Luego la miró e inclinó el rostro—. Tal y como la informé al principio, no es un lugar seguro para una mujer —le recordó—. Podemos encontrarnos con intrusiones o levantamientos, y créame, no le gustará estar cerca.

Aquello la hizo pestañear varias veces.

—¿Ha estado en alguna?

Arthur sonrió.

—¿Usted qué cree? —preguntó esta vez divertido.

—Ya —respondió ella también con una sonrisa, como si con aquella pregunta solventase su duda. Se quedó unos segundos callada, pues él no se movía de su lado y la observaba de reojo. Parecía querer buscar conversación y ella no iba a defraudarlo; era mucho mejor tenerlo de su parte que en contra—. Ayer hubo una cosa que me llamó la atención, se hizo referencia a Yakarta...

—En mil seiscientos veinte, los holandeses expulsaron o asesinaron a casi toda la población nativa de las islas Banda para establecer plantaciones de clavo y nuez moscada —respondió directamente—. Fue una masacre. —Katherine lo miraba impresionada por la explicación. Arthur se puso firme, se colocó las manos a la espalda y dio un paso al frente para ponerse ante ella, muy cerca—. Verá, señorita Chapman: la zona que... —dijo mirando hacia los lados, controlando a sus hombres — la zona que vamos a atravesar dentro de un par de días es bastante conflictiva en estos momentos. Llevamos armas y todo lo necesario para hacerles frente, pero solo somos cuarenta hombres frente a lo que puede ser una multitud. —Katherine tragó saliva ante lo que decía—. No creo que nos causen problemas, pero sí existe la opción de encontrarnos insurrectos en el camino...

—¿Qué quiere decirme con eso? —preguntó confundida.

—Que se mantenga siempre cerca de nosotros.

—¿Y no lo hago?

Arthur inspiró como si se armase de paciencia.

—El otro día usted salió a dar un paseo por el bosque hasta el río y hay varias veces, cuando detenemos la caravana, que se distancia del camino junto a su padre o sola. —Katherine resopló por aquel comentario. ¿La vigilaba en todo momento?—. A partir de ahora deberá ir siempre acompañada.

Ella lo miró sin dar crédito.

—¿Acompañada?

—Por su seguridad.

Lo miró durante unos segundos. Aunque no le gustaba nada la idea, la preocupaba más el conflicto que había en la zona que poder gozar de un poco de intimidad.

Suspiró y asintió débilmente, pero la reacción de él le hizo alzar la mirada con lentitud. Arthur ladeaba el rostro buscando sus ojos, su mirada. Cuando la encontró, no pudo evitar tragar saliva. Sus ojos entre una mezcla de gris y azul la observaban fijamente.

—No es por gusto, Katherine —dijo por primera vez su nombre—. Pero en serio le digo que me preocupa bastante su seguridad en este país —susurró.

Se quedó unos segundos consternada por aquellas palabras, por la forma en que las había pronunciado. Qué diferente parecía de aquellas primeras conversaciones en las que se había impuesto de forma autoritaria; ahora, su tono tenía un matiz de dulzura y preocupación.

—De acuerdo —respondió al final.

Arthur la miró confundido por el hecho de que ella no replicase. Debía de estar asustada o, al menos, ser más consciente del peligro que los acechaba.

—Vaya a descansar, señorita Chapman. Mañana hay que madrugar.

Ella volvió a asentir y dio un paso atrás para distanciarse un poco de él, puesto que Arthur no había retrocedido en ningún momento.

—Buenas noches —se despidió antes de girarse y dar los últimos pasos hacia su tienda.

Arthur no se movió del lugar hasta que la observó gatear al interior. Desde que la había visto en aquella playa había sido consciente de su belleza, pero con el paso de los días también se había dado cuenta de la fortaleza de aquella mujer.

Se giró y se dirigió hacia el fuego donde Nandim explicaba la situación actual del Imperio mogol a muchos de sus oficiales. Todos se callaron cuando Arthur se puso frente a ellos.

—Seguiremos con la misma ronda de vigilancia. Cada dos horas, cambio de turno. ¿Quiénes hacen el turno esta noche? —preguntó hacia los oficiales.

Los días pasaban y el cansancio cada vez iba apoderándose más de su cuerpo.

Catorce días después de abandonar Dhule y de dormir en las tablas de madera que acomodaban en las pequeñas tiendas de campaña, la espalda le dolía horrores.

Se irguió intentando relajar los músculos de las cervicales, mientras el caballo proseguía su paso lento sobre el barrizal que se había formado por las lluvias de los días anteriores.

El ambiente entre los oficiales del pelotón había cambiado drásticamente. Había detectado como las armas entre los oficiales aumentaban y, desde hacía varios días ya, cada uno de los miembros de aquella caravana llevaba un mosquete^[4] en las manos.

Aquello no le había dado seguridad; al contrario, la había puesto más nerviosa, pues tal y como Arthur le había indicado, debían aproximarse ya a la zona de Shivpuri, especialmente conflictiva hasta pocas semanas antes.

Cuando comenzó a anochecer se acercaron a una enorme ciudad, pero hasta ese momento la espesa vegetación no la dejaba ver.

Se echó a un lado sobre el caballo para intentar ver con más claridad entre los oficiales que tenía por delante y los altos árboles.

Sin duda, debía haber muchas antorchas encendidas, porque la claridad que emitía la ciudad era significativa. Tenía ganas de verla y, sobre todo, de poder dormir una noche sobre un colchón más cómodo que el que debía improvisar sobre la tabla de madera y la manta.

La tos de su padre la distrajo un segundo y se echó hacia atrás. Fynes apenas había tosido un poco por la mañana, pero desde hacía un par de horas la tos era más frecuente.

—¿Estás bien? —preguntó hacia él.

Su padre se llevó la mano al pecho, dejó de toser y guardó unos segundos de silencio para recuperar el aliento.

—Muy bien. No es nada.

Aquel gesto tranquilizó a su hija.

—En cuanto paremos, te prepararé una infusión —prometió.

Con el paso de los días, la hierba medicinal que Arthur le había entregado se había secado y adoptado colores más oscuros. Esa noche probaría a hacer la infusión según las indicaciones que Arthur le había dado días atrás.

En ese momento echó la mirada hacia delante cuando notó que la caravana se detenía.

Se movió de un lado a otro arqueando la espalda para observar mejor, y en ese momento se quedó maravillada. Tras los árboles y una pequeña llanura que tenía por delante, le pareció intuir una muralla.

Iba a girarse para informar a su padre, pero la mirada intranquila de Arthur mientras se acercaba la detuvo. Sin decir nada, la cogió del brazo.

—Baje —ordenó.

—¿Qué hace? —se quejó ella mientras intentaba soltarse de su mano.

Arthur suspiró como si se le agotase la paciencia y directamente tiró del brazo hacia abajo haciendo que ella perdiese el equilibrio sobre el caballo y cayese.

Por suerte, ahí estaba él para cogerla de inmediato y ponerla firme sobre el barro, aunque con poca delicadeza.

—¿Qué está haciendo? —gritó ella intentando soltarse, enfadada por lo que él hacía—. ¿Se ha vuelto loco?

—¡Coronel! —le llamó la atención Fynes desde detrás, asombrado por su actitud.

—Vaya hacia una de las carretas techadas y permanezca ahí —informó mientras tiraba de ella.

—¡Eh! —gritó Katherine mientras comenzaba a arrastrarla—. ¡Suélteme! ¿A qué viene esto? —gritó desesperada ante la falta de información y el rudo comportamiento de Arthur.

En ese momento, tras rodear varios árboles, pudo ver lo que tenía ante ella, lo cual la dejó petrificada.

Era una ciudad pequeña y, entre todas las pobres casas, una construcción destacaba. Con la luz que emanaba de la ciudad, producida por centenares de antorchas, pudo observar un enorme palacio que terminaba en tres enormes cúpulas redondeadas rematadas con unas puntas afiladas hacia el cielo.

Pero aquello no fue lo que más le llamó la atención: ante una de las primeras casas permanecía mucha gente rodeando una gran hoguera, todos ajenos al hecho de que eran observados, con toda su atención hacia las llamas, que consumían un cuerpo sobre unos troncos de madera.

Katherine intentó detenerse, pasmada ante aquella imagen.

—¿Qué hacen? —preguntó mientras Wyatt seguía arrastrándola. Volvió la mirada hacia él. Arthur ni se dignaba a mirarla; simplemente mantenía la mirada clavada en la carreta situada varios metros por delante, hacia donde la conducía—. ¿Es un entierro?

En ese momento, pudo escuchar a todos los reunidos alrededor de la hoguera decir una palabra sin cesar.

—*Sati... sati* —dijeron casi todos a la vez—. ¡*Sati!*

Aquella palabra la sorprendió, pero más aún el gruñido que emitió Arthur al escucharla.

—¡*Sati!* —volvieron a gritar aquellas personas.

Ella volcó todo el interés de nuevo en el coronel.

—¿Qué significa eso? —preguntó acelerada.

Arthur la soltó justo frente a la parte trasera del carruaje y se colocó por delante.

—¿Qué ocurre? —gritó Katherine—. ¿A qué viene esto? —Arthur la ignoró mientras miraba hacia atrás para controlar a sus oficiales; muchos de ellos apartaban la mirada de la hoguera con desagrado.

—Patrick —dijo Arthur hacia su compañero. Este lo miró con un gesto cargado de furia, lo cual sorprendió bastante a Katherine. Estaba claro que estaba ocurriendo algo de lo que ella no era consciente—. Ve con Nandim y solicita asilo esta noche en la ciudad. Si no fuese posible, informa de que acamparemos afuera o donde ellos ordenen. Explica nuestra ruta y cometido.

—Sí, coronel —pronunció directamente mientras hacía girar su caballo para ir en busca de Nandim.

—¿Va a explicarme qué está ocurriendo aquí? —volvió a insistir Katherine al ver como la ignoraba.

Arthur se giró mientras suspiraba y centró los ojos directamente en los suyos mientras colocaba las manos en su cintura. Katherine arqueó una ceja.

—Es mejor que no lo sepa.

Acto seguido, la subió directamente a la carreta. Katherine perdió el equilibrio unos segundos, cayó de rodillas y tuvo que poner las manos sobre la madera para no caer hacia un lado.

Lo miró con odio, aunque aquello no le afectó al coronel lo más mínimo. Iba a volver a reprimirlo cuando un grito hizo que se le helara la sangre. Se le paralizó el corazón y fue incapaz siquiera de respirar. El grito denotaba un dolor extremo, agonizante, que se entremezclaba con el cántico repetitivo de la palabra *sati* ante todos los que observaban.

Miró asustada a Arthur.

—¿Qué... qué ocurre? —balbució esta vez con voz trémula, casi rozando el susurro.

Un nuevo grito desgarrador hizo que apretase los dientes y se llevase las manos a los oídos, incapaz de escuchar aquello al comprender el sufrimiento y dolor que comportaba. Cuando el grito acabó, volvió a mirarlo con intensidad.

Arthur permanecía frente a ella, con un brazo a cada lado de la carreta. En ese momento, se dio cuenta de que se sujetaba a ella con fuerza, marcando los nudillos como si aquello también lo afectase a él.

Se concentró en sus ojos. Arthur la miraba con los ojos fijos y los músculos extremadamente tensos. Apretó los labios y suspiró. Directamente cogió un mosquete, se aseguró de que estuviese cargado y alzó el brazo para coger con la mano libre la parte de la tela que cubría la entrada a la carreta.

—No salga de aquí ni se asome hasta que yo se lo diga —ordenó—. ¿Me ha entendido?

Katherine tragó saliva. Sabía que algo grave estaba ocurriendo; ya no era solo el hecho de que la escondiese en aquella carreta o que hubiese cogido el arma, era la actitud de él. No se caracterizaba por tener muchos gestos amables y estaba claro que en esos momentos estaba en tensión. ¿Podía ser que hubiera una revuelta? ¿Que esas personas que se encontraban allí fuesen a atacarlos?

—¿Me ha entendido? —repitió con un grito ansioso.

—Sí —respondió directamente.

Arthur bajó la tela y cubrió la entrada de la carreta, ocultando así todo lo que había en el interior: cajas llenas de alimentos, ropas, fusiles y a ella misma.

Se arrinconó entre las cajas y se rodeó las piernas con los brazos, temblando, mientras la multitud no dejaba de entonar aquella palabra, *sati*^[5]. Aquella era la primera vez que sentía verdadero terror al estar allí; aun sin comprender la situación, algo le decía que era peor que nada que pudiera imaginar.

Arthur se quedó custodiando la entrada de tela blanca de la carreta, con el corazón encogido e intentando templar los nervios. Sabía lo que había ocurrido, de quién provenían aquellos gritos. Cerró fuerte los ojos e intentó calmar la respiración. De nada serviría intentar detenerlo, pues sabía que solo conseguiría armar un alboroto y la mujer saldría peor parada, pues seguramente sería torturada antes de tener que arrojarle a aquella hoguera para morir junto a su fallecido esposo.

No se consideraba una buena persona. Durante muchos años había combatido en el ejército británico, había disparado su mosquete y su pistola contra decenas de personas, había sido el causante de muchas muertes, pero aquello sobrepasaba su entendimiento. La primera vez que lo vio se quedó en *shock* durante días, sin poder articular palabra ante la crueldad de aquel rito, ante el recuerdo de ver que la propia familia de ella, una mujer de apenas diecinueve años, la obligaba a lanzarse a la hoguera. Aquel recuerdo lo consumió durante meses. Aquel desprecio hacia la vida lo había dejado totalmente consternado.

Por esa misma razón, en un pasado, había decidido abandonar su puesto en el ejército británico de tierra y se había enrolado en esta nueva misión en la Compañía Británica de las Indias Orientales. Su mente voló durante unos segundos varios años atrás, mientras sostenía entre los brazos el cuerpo de una mujer sin vida, una mujer que durante un breve período de tiempo había sido su esperanza y su luz. Y, aunque breve, había conseguido marcarlo tan a fuego que había condicionado su vida.

Apartó aquella imagen de su mente y se obligó a estar atento a su alrededor, consciente de que se encontraban en un territorio que hasta hacía poco había sido considerado hostil.

No se apartó de la carreta mientras las miradas indignadas de todos sus hombres se cruzaban, miradas de desagrado entre muchos de ellos, de estupefacción en otros tantos al presenciar el rito por primera vez. Lo peor de todo era que, por muchos ritos de este tipo que presenciase, jamás podría acostumbrarse a verlos. Eran demasiado impactantes.

Al menos, Katherine no se movió de allí ni se le ocurrió asomarse siquiera. Después de más de media hora esperando, Patrick apareció junto a Nandim. Se acercó hasta ellos con paso firme, sujetando aún su arma en la mano.

—¿Y bien? —le preguntó directamente a Nandim.

—El rajá nos deja alojarnos esta noche.

Arthur asintió y le hizo un movimiento de cabeza a Patrick para que fuese a informar a sus compañeros.

En cuanto Patrick se alejó, Arthur se acercó a Nandim.

—¿Te ha pedido algo a cambio? —preguntó intrigado.

—Nada. —Luego arqueó la espalda para acercarse a su amigo y susurrarle esta vez—. Ya te expliqué que hubo una revuelta hace pocos días aquí cerca, en Orchha. El emperador arrasó con todo, incluido el anterior rajá de la ciudad, y ha designado él mismo a un sustituto. —Luego sonrió abiertamente—. Y, como ya sabes, mi emperador es amigo de los británicos. Este rajá no va a exponerse a que mi emperador lo destituya. Es un honor para él poder alojar a los británicos.

Arthur se pasó la mano por el cabello mientras resoplaba más tranquilo tras las palabras de Nandim.

—De acuerdo. Si vuelves a verlo, dale las gracias de mi parte.

—Ya lo he hecho —respondió mientras se erguía sobre el caballo. Dio unos golpes con el pie al caballo para ordenarle que avanzase—. Sin mí estarías perdido, amigo.

—No voy a discutirte eso. Llevas toda la razón —dijo dándole la espalda, dirigiéndose a la carreta.

Corrió levemente la cortina y observó el interior. Katherine permanecía arrinconada entre dos cajas. Si no hubiera sabido que ella estaba allí, no la habría visto, pues entre lo encogida que estaba y la poca luminosidad que atravesaba la gruesa tela de la capota no se veía casi nada.

Aquella imagen lo conmovió. Se la veía tan delicada... y aquel lugar era tan peligroso para ella... Habría hecho bien en volver a Londres cuando tuvo oportunidad.

—Señorita Chapman —susurró intentando calmarla—, ya no hay peligro. —Ella elevó la mirada hacia él—. Aun así, preferiría que se mantuviese aquí y permaneciera escondida hasta que nos establezcamos.

Ella asintió sin decir nada más.

—¿Está bien? —preguntó preocupado.

—Sí —respondió. Tragó saliva y volvió a acurrucarse, como si estuviese agotada.

Decidió no insistir. Katherine era una mujer muy inteligente y sabía que debía intuir lo que ocurría.

Se quedó observándola unos segundos, tan pequeña, en aquella posición tan vulnerable, y se obligó a bajar la cortina de nuevo para ocultarla.

Sabía que el rajá intentaría atenderlos lo mejor posible y que ella no sufriría daño alguno allí. Aquella idea lo relajó, pues durante aquellas últimas horas había barajado la opción de que aquella zona aún continuase en conflicto y se viesen obligados a abrir fuego para defenderse y abrirse paso por aquella ciudad.

Se dirigió directamente a su caballo y se subió de un salto.

—Sígueme, iremos hasta la zona que me ha indicado para que podamos descansar —informó Nandim.

Iniciaron una marcha lenta. No pudo evitar mirar a la carreta donde ella permanecía escondida. Tragó saliva y se obligó a mirar a su amigo mientras avanzaban, y salieron finalmente del frondoso bosque.

—El emperador viene aquí algunos veranos para huir del calor. En estas tierras el clima no es tan sofocante. Además —dijo divertido esta vez—, hay muchos elefantes. A los reyes y emperadores les gusta salir a cazarlos.

Aquello sorprendió a Arthur.

—¿Cazar elefantes?

Nandim se encogió de hombros.

—Los divierte —contestó como si no comprendiese aquella afición.

La ciudad de Shivpuri estaba bastante poblada en comparación con el resto de las aldeas y los pueblos que habían atravesado los días anteriores, aunque estaba claro que casi toda la población se encontraba en el entierro, pues no había casi nadie por las calles. O eso, o estaban ya durmiendo.

Las casas, en este caso de piedra y de varias alturas, se encontraban a cada lado de unas anchas calles.

—Por aquí —dijo mostrando el camino a la derecha.

En ese momento, Arthur pudo ver que unas vacas se encontraban reposando en las esquinas de las calles, apaciblemente. Algunas de ellas rumiaban las hierbas que los habitantes habían dejado frente a ellas para que se alimentasen.

—Hay muchas vacas... —indicó Arthur mientras hacía que su caballo rodease una de ellas, pues esta ni se inmutaba.

—Cuando los demonios contaminaron la tierra y los humanos no podían habitarla, la madre tierra se presentó al Señor Supremo en forma de vaca y pidió la salvación de sus hijos, los humanos. —Arthur se limitó a escucharlo mientras seguían avanzando por las calles—. Una vaca es un animal que alimenta con su leche a todos sin tener en cuenta si ha tenido crías o no. Se la venera... como fuente de alimento y como símbolo de vida, y jamás... —señaló a su amigo— jamás debe ser matada. Matar a una vaca es tan grave como matar a un brahmán.

Arthur se giró un segundo para controlar a una de las vacas que había alzado la cabeza y observaba estupefacta la larga caravana. Debían de estar acostumbradas a que los hombres se acercasen, porque seguían a lo suyo, sin más.

—¿Qué es un brahmán?

—Es lo que vosotros llamaríais sacerdote o misionero, pero de castas superiores.

Arthur lo miró confundido, pero no dijo nada al respecto.

—En Gopastami, se las baña y decora en el templo, y se dan ofrendas para que su vida continúe.

—¿Es una fiesta? —preguntó volviendo a prestar interés ante su explicación.

—Sí, ocurre en el octavo día de la quincena brillante, en el mes de Kartikka.

—¿Y eso cuándo es? —preguntó arrugando la frente.

Aquella pregunta divirtió a su compañero, ya que Arthur no parecía comprender nada de lo que explicaba.

—Faltan más de treinta días. —Luego lo miró con una sonrisa de autosuficiencia—. Ese día es cuando Krishna entró en la edad *pauganda* y fue iniciado como pastor de vacas. Normalmente es a los seis años. Hay varias etapas en la vida de un niño —explicó—. Los primeros cinco años de vida se denominan *kumara*; los siguientes cinco, *pauganda*, y al cumplir los once años se inicia la edad *kisore*. Pero Krishna, al ser un niño extraordinario, cuando cumplió los siete años entró en la edad *kisore*. Era más maduro que cualquier niño.

—Ya veo —pronunció sin mucho interés. Se giró y controló la carreta donde Katherine permanecía oculta. Volvió el interés hacia su amigo y le sonrió—. Es interesante —acabó diciendo.

—Disfrutarías del Gopastami. Es un día festivo.

—Seguro que sí.

—Aunque no creo que estemos ya aquí. Con suerte, habremos llegado al Imperio chino.

Arthur asintió y se dedicó a observar el poblado. La primera vez que se adentró en el Imperio mogol, hacía poco menos de un año, había logrado llegar hasta Agra. Aquel camino lo había hecho, aunque se habían desviado por Orchha y esa parte del territorio no la había explorado. Recordaba Orchha como una ciudad mucho más esplendorosa, aunque esta, por lo que le había explicado Nandim, era la residencia de los emperadores en verano, así que suponía que debía de tener alguna zona más lujosa, aunque desde allí no pudiese apreciarse.

Tras avanzar toda una calle, llegaron a una plaza que, aunque no muy grande, les permitiría acampar aquella noche. En ese momento se dio cuenta, gracias a la luz de las antorchas que iluminaban las calles, de que ante ellos se elevaba un enorme templo.

Se quedó observándolo unos segundos.

Ante él había unos jardines muy bien conservados. El templo, aunque no muy grande, resaltaba por su blancura en la oscuridad. Podía apostar que con la luz del día el paisaje sería espectacular.

—Podemos acampar aquí —indicó Nandim.

—Informa a los hombres.

Bajó del caballo y se encaminó directamente a la carreta. Mientras se acercaba, fue consciente de que Fynes lo observaba fijamente; seguro que no estaba de acuerdo

con el trato que le había dado a su hija, pero era lo que debía hacer. No podía arriesgarse a encontrarse con un grupo sublevado y sabía de sobra que una mujer así destacaría entre todos ellos.

No le dijo nada, ni un gesto de arrepentimiento. Llegó hasta la carreta y alzó la cortina. Katherine permanecía en la misma postura vulnerable. Apretó los labios y suspiró durante unos segundos sin apartar la mirada de su pequeño cuerpo.

—Aquí estaremos a salvo —fue lo primero que dijo. Katherine elevó la mirada hacia él—. Montaremos el campamento y la avisaré cuando pueda salir.

Ella asintió, pero esta vez sí se movió, gateó hacia él ante la atenta mirada del coronel y se situó enfrente. Lo primero que hizo Katherine fue buscar a su padre. Se encontraba varios metros por detrás, bajando de su caballo. Volvió la atención hacia Arthur, que no se había movido de su lado y que la observaba intrigado, esperando que ella dijese algo.

—¿Qué ha ocurrido? —susurró.

Arthur tragó saliva y durante unos segundos Katherine pudo detectar que desviaba la mirada de ella, no muy seguro de la respuesta que debía darle.

—Aquí, señorita Chapman, las costumbres son muy diferentes...

—¿Han matado a alguien? —preguntó con miedo.

Arthur la miró fijamente y asintió. Aunque no era de su agrado explicar aquello, tampoco quería mentirle o endulzarle la realidad de lo que allí ocurría.

—El *sati* es un ritual de esta zona. —Endureció la mirada—. Cuando el esposo muere y es incinerado, la viuda se lanza a las llamas para morir con él.

Katherine bajó la mirada. Sospechaba que había ocurrido algo así, pues los gritos eran desgarradores.

—Es... horrible —susurró en estado de *shock*.

Arthur volvió a asentir. La miró de reojo mientras controlaba a sus hombres, que comenzaban a montar el campamento bajo las órdenes de Nandim y Patrick.

—Ya le dije que este no era lugar para una mujer —pronunció, y directamente volvió la mirada hacia ella.

Aquella frase hizo que Katherine lo mirase con dureza. ¿Aquello era lo único que iba a decir?

Se quedaron mirándose unos segundos hasta que Arthur volvió a desviar la mirada de ella y la fijó en Fynes, que se acercaba lentamente.

—Permanezca aquí hasta que la avise —ordenó separándose unos pasos de la carreta.

—¿No ha dicho que ya no hay peligro?

Arthur se giró hacia ella sin dejar de avanzar.

—Hágalo —volvió a ordenar.

Sin decir nada más, se perdió entre el resto de los hombres.

Fynes llegó hasta ella. Tenía la mirada perdida, consternada. Katherine cogió la mano de su padre, que en ese momento estaba fría pese al calor que reinaba.

—¿Estás bien? —Su padre asintió directamente, inmerso en sus pensamientos. Estaba claro que había presenciado aquel rito y que lo había dejado totalmente aturdido—. Papá, lo has visto, ¿verdad?

Su padre elevó la mirada hacia ella y en ese momento fue consciente de que tenía los ojos llorosos. Fynes volvió a asentir.

Katherine lo rodeó por los hombros y lo abrazó.

—Lo siento —susurró.

Su padre se separó de ella y pasó una mano por su cabello rubio, acariciándolo.

—Es mejor que no lo hayas visto, Katherine —susurró.

—Lo sé.

La infusión de hierbas medicinales le había ido muy bien a su padre. Al final del día había tenido otro ataque, pero este se había calmado con la ingesta de la bebida caliente. Lo mejor de todo era que podría conseguir mucho más si lo necesitaba, dado que el tulsí era originario de esa tierra. Sin lugar a dudas, era mucho mejor que el coñac con miel.

La luz de las antorchas de la ciudad no penetraba mucho entre la espesura de los árboles, así que podía divisar un mar de estrellas que iluminaban el cielo. Allí podían verse mucho mejor que en Londres.

Se quedó maravillada observándolo y recobró la calma tras los nervios de aquella tarde.

—¿No habíamos quedado en que no se alejaría de la caravana? —le preguntó Arthur mientras saltaba por encima de unas ramas caídas.

Iba con su rifle en la mano, controlando la zona mientras se acercaba a ella.

—Estoy aquí al lado —se quejó. Apretó los labios y miró hacia el campamento, que se encontraba a pocos metros de distancia; luego, lo escudriñó con la mirada—. ¿Está siguiéndome?

—Creo recordar que le dije que no se alejase y, si lo necesitaba, que fuese acompañada de un oficial o que me lo pidiese a mí —contestó sin responder a la pregunta. Se plantó delante de ella y sujetó el rifle, esta vez con las dos manos—. Y sí, estoy siguiéndola para protegerla —confirmó finalmente. Aquella respuesta hizo que Katherine enarcase una ceja hacia él—. ¿Ya ha acabado?

Ella suspiró. Lo cierto era que no tenía muchas ganas de discutir en ese momento. Tras lo ocurrido, agradecía el sentirse protegida.

No respondió, simplemente asintió.

—Pues al campamento —ordenó—, y la próxima vez... —continuó mientras comenzaba a avanzar, instándola a ella con un movimiento de cabeza a que lo siguiese— avíseme. Sea la hora que sea. —Ella caminó a su lado mientras rodeaba algunos árboles y saltaba sobre las piedras—. He visto que antes ha preparado la infusión de tulsí.

Katherine lo miró de reojo.

—Sí, parece que le ha ido bien.

—Me alegro.

Katherine se detuvo y miró directamente hacia su tienda.

—Que descanse —pronunció Arthur—. Buenas noches.

Comenzó a alejarse mientras ella se quedaba observando su espalda. Era un hombre alto, de complexión fuerte.

—Coronel —dijo ella mientras daba unos pasos en su dirección.

Arthur se detuvo y se giró. No pronunció nada, simplemente esperó a que ella siguiese hablando.

—Me dijo que el tulsi es de aquí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podría conseguir más? Con lo que me ha entregado solo tengo para cuatro o cinco infusiones. Me gustaría poder disponer de más cantidad.

Arthurladeó el rostro, confundido, y dio unos pasos hacia ella para acercarse.

—Me dijo que era un resfriado mal curado; con eso tendría suficiente si fuese cierto.

Aquella deducción hizo que ella irguiese la espalda.

—Lleva bastante tiempo así —improvisó—. Y prefiero que tome una infusión de hierbas en lugar de coñac con miel.

Arthur adoptó una postura más relajada apoyándose en el rifle y, por primera vez, sonrió de forma traviesa.

—Bueno... eso dependerá del día que haya tenido, ¿no cree? —bromeó.

Ella enarcó una ceja, más por el tomo bromista que había empleado en aquellas palabras que por la propia frase en sí.

—¿Puede conseguirme más o no? —preguntó con impaciencia.

Arthur desvió la mirada hacia el campamento, como si el hecho de que ella respondiese de aquella forma a una broma lo molestase.

—Si cuando acabe la que le entregué necesita más, puedo conseguirla.

—¿Dónde la consigue? —preguntó directamente.

Arthur se quedó unos segundos en silencio mientras la observaba.

—Se compra... —ella asintió y se mordió el labio. Arthur intuyó lo que pensaba — pero para comprarla hace falta dinero, cosa que usted no tiene —apuntó llevándose una mirada enfurecida por parte de ella—. También necesitaría dominar el idioma, cosa que tampoco sabe... —ella resopló— así que si lo que está pensando es en salir de compras como hace en Londres, me veo en la obligación de decirle que...

—Sí, ya lo sé —lo interrumpió—: es un sitio peligroso para una mujer —repitió su frase.

Él le sonrió otra vez de forma divertida.

—No iba a decirle eso, aunque también es cierto. Simplemente iba a decirle que a usted no se la venderían...

—¿Por?

—Porque es una mujer. —Y se encogió de hombros. Ella resopló—. Y, además, no es de aquí. Si necesita, yo se la traeré.

Se cruzó de brazos, indignada con la situación en la que se encontraba, pero al final asintió. De todas formas, no podía hacer otra cosa que no fuese esa. Esperaba que con las tomas de aquella infusión, más los vapores, su padre pudiese prevenir los ataques de tos.

—Vaya a descasar —dijo con más suavidad.

—De acuerdo. —Tragó saliva y miró a Arthur más calmada—. Buenas noches.

Se giró y fue hacia su tienda, aunque antes de llegar tuvo que detenerse cuando escuchó la voz de Arthur.

—Y si necesita alejarse, avise al oficial que se encuentre de guardia —le recordó.

Resopló por su insistencia y, sin decir nada más, se agachó y gateó al interior de la tienda.

Se tumbó sobre la manta que había extendida sobre la tabla de madera y se giró para observar su alforja.

El mes previo a que su padre le confirmase que Su Majestad había incluido su nombre en la carta, se había sentido pletórica de acompañarlo al viaje, no tanto por la aventura que iba a vivir, aquello perdía importancia cuando lo que estaba en juego era la vida de su padre, sino porque aquel viaje le permitiría cuidar de él, estar a su lado si se encontraba mal, atenderlo si fuese necesario.

Había tenido claro qué era lo que debía hacer desde el principio. Abrió la alforja e introdujo la mano en busca del sobre. Lo extrajo y lo observó. Al menos, la lluvia no había calado y el sobre se mantenía intacto, aunque un poco arrugado. Volvió a repetirse que hacía lo correcto, que ya nada de lo que hubiese hecho importaba. Lo importante era que estaba allí junto a él.

Cerró los ojos e intentó dormirse.

2 meses antes del inicio del viaje

Se quedó paralizada frente a la puerta del despacho de su padre, con la mano alzada, dispuesta a llamar, pero sin encontrar aún la fuerza suficiente para hacerlo.

Sabía que su padre estaba enfermo y que aquello que iba a decirle lo alteraría, pero ¿qué debía hacer entonces? ¿Quedarse impasible ante ello? ¿Dejar que su padre se fuese tan ricamente sabiendo que seguramente no volvería a verlo?

El médico no podía garantizar cuánto tiempo viviría, puede que meses, un año, cinco... no lo sabía y, por eso mismo, no podía dejar que se marchase solo. No podía permitirlo. ¿Qué tipo de hija sería? Por otro lado, ¿cómo privarlo de aquello? Sabía la ilusión que le hacía, que era todo lo que había esperado a lo largo de su vida, lo que le había prometido a su madre. Había tomado una decisión y no iba a doblegarse; iba a luchar por estar a su lado hasta su último suspiro.

Durante unos segundos, pese a lo macabro del plan, lo imaginó sin sentido sobre el suelo, ahogándose... No, su corazón no le permitía que él estuviese solo en esos momentos, que se encontrase rodeado de personas a las que no les importase. Ella cuidaría de él igual que él había cuidado de ella durante toda su vida.

Aquellos pensamientos le hicieron estrellar el puño contra la maciza puerta de madera. No esperó a que su padre contestase dándole permiso para entrar, sino que abrió la puerta y se quedó postrada bajo el marco de la puerta.

Fynes permanecía concentrado en varios documentos que rezaban sobre la mesa. Pese al caos que tenía, estaba segura de que había un orden que solo su padre era capaz de comprender.

Elevó la mirada hacia ella y le hizo un gesto con la mano para que entrase, aunque volvió a bajar la mirada hacia los documentos.

Katherine cerró la puerta y avanzó hasta la mesa. Sujetaba con dedos temblorosos el sobre en la mano.

«Hazlo Katherine —se animó a ella misma— o te arrepentirás el resto de tu vida». Su padre se llevó la mano al pantalón y extrajo su reloj de bolsillo redondeado, de plata, y lo miró con interés.

—Aún no es la hora de cenar —pronunció volviendo a los documentos.

Ella se sentó y se apoyó contra el respaldo.

—No vengo a buscarte para ir a cenar —pronunció con un ligero temblor. Carraspeó mientras se acomodaba en la silla intentando adoptar una postura que le hiciese parecer tranquila, segura de lo que iba a decir—, sino para hablar.

Su padre soltó un documento y abrió una de las carpetas buscando otro.

—Cariño, ¿no puede ser luego? Necesito acabar unas cosas.

Ella puso el sobre en la mesa, colocó la palma de la mano sobre él y se lo acercó.

—¿Qué es eso? —preguntó su padre dándole un rápido vistazo.

Ella tragó saliva y lo miró fijamente.

—Es una carta.

—Mañana por la mañana tengo que salir. ¿Necesitas que la lleve a algún lugar?

Suspiró y se armó de todo el valor que le fue posible.

—Es una carta dirigida a Su Majestad.

Su padre se quedó paralizado durante unos segundos.

—Kath, si es por lo del viaje...

—Lo sé todo, papá —le cortó.

Fynes pestañeó varias veces y elevó la mirada hacia su hija, sin comprender muy bien lo que quería decir. Le sonrió incrédulo e hizo como si nada.

—¿A qué te refieres? —preguntó mientras cogía una carpeta como si no les diese importancia a aquellas palabras, aunque Katherine podía intuir que sus movimientos eran más tensos.

—Sé que estamos al borde de la bancarrota.

Fynes se quedó paralizado sujetando la carpeta entre las manos. Apretó los labios y la depositó con cuidado sobre la mesa. Inspiró y, con movimientos lentos, se acomodó correctamente sobre el respaldo de la silla. Había captado totalmente su interés, pues la miraba fijamente, incrédulo.

—Sé lo que estás haciendo —prosiguió Katherine señalando todos los documentos sobre la mesa—. Sé que falsificas los ingresos y gastos de la empresa. — Su padre se llevó la mano a la frente y la pasó sobre esta agobiado, con un ligero temblor—. Tu abogado vino uno de los días que estabas en cama... —continuó

explicando mientras se sentaba al borde de la silla con la espalda totalmente erguida y las palmas de las manos sobre la falda, pues en ese momento, aunque intentaba aparentar seguridad, se notaba el corazón desbocado—, me dio un sobre de la compañía. Me dijo que era muy urgente que lo vieses y que fueses a hablar con él. —Fynes suspiró—. Sé que no tendría que haberlo hecho, pero estabas enfermo y pensé que podía ayudarte. Abrí el sobre —admitió—. Nunca me he encargado de la empresa, no sé cómo funciona..., pero no soy tonta.

—Sé que no lo eres —susurró él.

—El balance que el abogado trajo confirmaba que existen más pérdidas que ganancias. —Apretó los labios y respiró hondo para continuar—. Sin embargo, los balances que presentaste en la junta y los que le mostraste a Su Majestad el día que quedaste con ella —continuó señalando una de las carpetas que había en la estantería—, son diferentes. Hay más ingresos que gastos. —Su padre se removió incómodo, con un profundo sentimiento de culpabilidad recorriendo todo su ser. Aquello la destrozó. Puso una mano sobre la mesa, hacia él—. Papá... —susurró ella—, sé que lo que haces, cada una de tus acciones, las haces por mí, para cuidarme, para protegerme, para que nunca me falte de nada... —intentó calmarlo.

En ese momento, su padre la miró con gran arrepentimiento. Dudó durante unos segundos y finalmente asintió.

—Sé que esto no está bien —admitió señalando los documentos—. Lo siento, Katherine. Siento que hayas tenido que enterarte así —acabó con lágrimas en los ojos.

Ella negó, dándole a entender que no tenía que disculparse ante ella.

Fynes suspiró con fuerza e intentó recomponerse, pues en ese momento permanecía reclinado sobre el respaldo. Se enderezó e intentó calmar el temblor en su voz.

—Nos ha ganado terreno la alta costura francesa —admitió—. Las que eran mis clientas ahora prefieren un modisto francés. —Luego la miró sorprendido—. ¿Te lo puedes creer? —Ella hizo un gesto de desagrado. Su padre la miró e hizo un gesto tímido—. Tenía mucho género que los textiles y telares me habían entregado y que me permitían pagar a plazos. —Suspiró y volvió a apoyarse contra el respaldo, como si estuviese rendido—. Tenemos muchas deudas y las ventas que hacemos no permiten sufragar la deuda total acumulada. Lo siento, Katherine; lo siento muchísimo —volvió a repetir realmente arrepentido—. Por eso es tan importante este viaje, ¿lo entiendes? Además de conseguir telas de extrema belleza, nos dará la reputación necesaria para conseguir de nuevo fidelizar a la clientela.

Ella se quedó pensativa unos segundos.

—Lo entiendo, papá —susurró con la mirada fija en el sobre. Sabía que su padre no era mala persona, que lo hacía por sacar la empresa a flote y poder darle la vida que tanto deseaba. Juntó las manos sobre la falda, las unió y las apretó, por los nervios—. Pero ahora, vas a escucharme tú a mí.

Fynes se quedó mirándola fijamente. El tono de su hija había sonado autoritario.

—El sobre que tienes ante ti contiene una carta dirigida a Su Majestad donde se relata todo lo que has hecho, entre otras cosas alterar datos para conseguir la posición de embajador. —Su padre la miraba impresionado—. No existe solo esta carta. La he copiado varias veces. —Suspiró y, para sorpresa de ella y contrariamente a lo que había pensado, notó que los nervios disminuían; había estado mucho más nerviosa minutos antes que en aquel momento—. Te ofrezco un trato —dijo directamente.

—¿Me estás chantajeando? —preguntó asombrado.

—Un trato —repitió ella con más contundencia. No podía permitirse flaquear en aquel momento—. Iré contigo al viaje... —Fynes resopló— o enviaré la carta —acabó ella.

En ese momento detectó una mirada de enfado en su padre; jamás la había mirado así. Alargó la mano hacia el sobre y lo cogió. Lo abrió directamente con gestos furiosos y lo leyó con atención. Katherine permaneció en silencio mientras leía la carta que había preparado minuciosamente, consciente del gesto cada vez más asustado de su padre.

Dobló la carta y la colocó sobre la mesa con un golpe.

—¿Cómo te atreves a hacerme esto? —preguntó con tono irritado.

—No —dijo ella—. ¿Cómo te atreves tú a hacerme esto a mí? —preguntó elevando la voz—. ¡Me engañas durante años y ahora pretendes irte y dejarme sola y con una empresa que está en quiebra!

Aquello hizo que su padre volviese a rehuirle la mirada, arrepentido.

Estuvo a punto de saltar de la silla y correr para abrazarlo, de decirle palabras tranquilizadoras y confesarle que jamás enviaría esa carta tanto si aceptaba como si no, que no le importaba que hubiese jugado sucio aquella vez para conseguir un futuro para ella, que lo quería con todo su corazón y que aquello no cambiaría nunca pese a todo lo que hiciese, pero, lejos de eso, se contuvo.

—No sabes lo que me estás pidiendo... —susurró su padre.

—Lo sé perfectamente —respondió ella.

Fynes, desesperado, se apoyó contra la mesa y se acercó a su hija.

—Es un lugar peligroso, no podrás disfrutar de las comodidades que te proporciona Londres, tu hogar...

—¡Eso no me importa! —gritó. En ese momento intentó controlar un puchero—. Nada de eso me importa —susurró. Inspiró intentando calmarse, tratando de que las emociones no la dominasen, y elevó la mirada hacia él—. Solo quiero una respuesta, papá. ¿Me llevas contigo o no?

Cinco días después, la ciudad de Agra^[6] aparecía ante ellos. No habían pasado por el centro, la habían rodeado, ya que algunas de las calles por las que debían pasar eran bastante estrechas y seguramente quedaría encallada alguna de las carretas.

Sabía que se acercaban a la ciudad antes de verla, pues el olor a especias en el ambiente era indescriptible.

Pese a que habían cruzado solo algunas de las calles del perímetro exterior de la ciudad, era consciente de que, a diferencia de las anteriores poblaciones y ciudades que habían cruzado, esta era inmensa. No dudaba al pensar que sería mucho más rica que otras ciudades, pero se vio obligada a apartar varias veces la mirada de alguna calle con la que se cruzaban, donde los cadáveres de animales esqueléticos permanecían tirados en el suelo, e incluso se sorprendió cuando vio que tres niños jugaban con un palo a golpear el cadáver de una vaca muerta en descomposición.

A medida que avanzaban hacia el interior, el ambiente se volvía cargado y el olor que desprendían algunas calles le hizo contener la respiración más de una vez. Durante los días que habían tardado en llegar hasta allí había pensado que sería una hermosa ciudad, pues era la capital del Imperio mogol, pero los alrededores destilaban una extrema pobreza.

Se quedó contemplando la construcción. Tenía pinta de ser un castillo. El lugar era realmente impresionante. Junto a la orilla del río Yamuna, con un intenso caudal, aquel enorme castillo de al menos sesenta metros de altura destacaba y brillaba. La luz se reflejaba en las paredes de mármol blanco y dotaba a aquel lugar de una pureza y belleza casi celestial.

Se giró para observar a Arthur junto a Nandim, que se había puesto a su lado y observaba también el edificio.

—Lo han levantado muy rápido —pronunció Arthur sorprendido.

—Unos dos años —contestó su amigo mientras entrecerraba los ojos ante el sol que les venía de frente.

—La última vez que lo vi solo tenía la base y comenzaban a levantarlo.

Katherine los miró con interés.

—¿Es un castillo? ¿Ahí vive el emperador?

Ambos se giraron hacia ella, Arthur con una medio sonrisa y Nandim con una ceja enarcada.

—Es un mausoleo, señorita Chapman —respondió Nandim, que se dirigió por primera vez a ella—. Lo mandó construir nuestro emperador en honor de su esposa favorita, Arjumand Bano Begum, o como nosotros la llamábamos, Mumtaz Mahal. Murió en el parto de su decimocuarta hija.

—¿Es un mausoleo en su honor? —preguntó fascinada.

—Sí. Nosotros llamamos a este lugar Taj Mahal por la difunta esposa del emperador.

Se giró para observarlo de nuevo, esta vez de otra forma.

—Es precioso —susurró sin apartar la mirada.

Aquel sitio era hipnótico, podría pasarse horas descubriendo aquel lugar. El bosque con unos intensos verdes, la belleza del mausoleo, el río azul pasando por detrás... Todo era calma, paz.

Gimió y apartó la mirada del río cuando le pareció intuir la figura de un animal flotando sobre las aguas. Arthur la contempló con una ceja enarcada y miró hacia el lugar que ella observaba. Directamente chasqueó la lengua y apartó también la mirada de este, y sonrió de forma irónica a Katherine.

—Es impresionante —susurró Fynes, que se había acercado conduciendo su caballo a paso lento y se había colocado entre Arthur y Katherine—. Majestuoso.

—Los cimientos del mausoleo se rellenaron con escombros para reducir las filtraciones del río. Con tanta humedad en esta zona, era posible que se filtrase —explicó Nandim.

—Hace unos nueve meses estuve aquí —informó Arthur—. Pasé un par de noches en Agra. Construyeron unos colosales andamios de ladrillo por fuera y por dentro de los muros —señaló el lugar—. Cuando estuviera construido debían quitarse. —Luego sonrió hacia ella como si le divirtiese explicar aquello—. El emperador, Shah Jahan, decretó que cualquiera de los campesinos o habitantes de Agra podía llevarse ladrillos de los andamios. Al día siguiente no había ni uno solo y los obreros se habían librado de una enorme tarea.

Aquello hizo sonreír a Fynes y a su hija mientras volvían la atención hacia la construcción.

—¿Y cómo trajeron esos enormes bloques de mármol hasta aquí? —preguntó Fynes con curiosidad.

Arthur señaló hacia la ciudad que tenían por detrás.

—Se construyó una rampa de tierra desde Agra.

—¿Desde la ciudad? —preguntó Fynes impresionado.

—Sí, para traer los materiales —continuó Arthur, que miraba a Fynes con una sonrisa. Aunque no había hablado mucho con él, le parecía un buen hombre y siempre estaba deseoso por conocer la historia del lugar y sus curiosidades—. Una rampa de unos quince kilómetros. —Miró a su alrededor—. La verdad es que destrozaron la zona —miró a su amigo que se encogió de hombros—, pero lo han dejado muy llano.

—Los obreros solo tuvieron que retirar la tierra —contestó Nandim.

Arthur volvió a mirar a Fynes e hizo que su caballo se acercase al de él.

—Construyeron unas carretas especiales para transportar los enormes bloques de mármol. Necesitaban de veinte a treinta bueyes para cada una de ellas. —Señaló

hacia el mausoleo ante la mirada también interesada de Katherine, que escuchaba atenta—. Construyeron un sistema de poleas sobre vigas y postes de madera.

—El problema real fue traer los materiales hasta aquí, no la construcción en sí —acabó Nandim—. Y aún no está acabado.

—Sí, esas torres están a medio construir.

—Los cuatro minarettes —continuó Nandim—. Solo tienen uno acabado...

—Al ritmo que llevan, en nuestro viaje de vuelta los veremos acabados —bromeó Arthur, lo que hizo que Nandim sonriese ante aquel comentario.

Nandim miró a Fynes y señaló hacia delante.

—No son solo los minarettes. Lo que tenéis ante vosotros es el mausoleo, pero tras la construcción de los minarettes quieren construir en el mismo complejo una mezquita, el *jawab* y el fuerte de acceso.

—¿Cuánto tardaran en construirlo?

—Han tardado poco más de un año para levantar el mausoleo y parte de los minarettes —siguió Nandim—. No creo que tarden mucho más para el resto de las construcciones.

Se giró y sonrió también a Fynes.

Arthur miró a todos sus hombres que iban por detrás. Se volvió hacia Nandim y les indicó con un movimiento de cabeza que lo siguiesen.

—Tú indicas —ordenó—. ¿Hacia dónde debemos dirigirnos?

Nandim asintió.

—Iremos al fuerte. Los holandeses consiguieron permiso del emperador para alojarse allí antes de ser expulsados. Supongo que nos dará alojamiento.

Fynes miró su reloj de bolsillo. Las cuatro de la tarde. Adelantó su caballo y se acercó a Arthur, dejando un poco por detrás a su hija, que seguía maravillada mirando el paisaje.

—Coronel —pronunció Fynes situándose a su lado. Arthur lo miró—. ¿Está muy lejos el fuerte?

—A una media hora de aquí.

Fynes asintió.

—Aprovechando que hemos llegado pronto y que contamos con unas horas de luz, me gustaría dar un paseo por la ciudad. —Aquello hizo que Arthur enarcase una ceja—. Sé que la negociación es con el Imperio chino, pero como embajador de Gran Bretaña, supongo que a Su Majestad no le desagradaría que me informase sobre las telas del lugar. —Luego miró a un grupo de mujeres que lavaban las ropas en la orilla del río, vestidas con unas túnicas de vivos colores—. Nunca está de más.

Nandim sonrió ante aquel comentario.

—Seguro que al emperador le agrada la propuesta —intervino Nandim ante la atenta mirada de Arthur.

El coronel se quedó unos segundos pensativo y posteriormente miró a Fynes con una leve sonrisa.

—Permaneceremos dos noches aquí...

—¿Dos noches? —preguntó asombrado.

Nandim volvió a intervenir.

—Debemos negociar con el emperador la entrada al Imperio chino, la escolta y el porcentaje por abrir la nueva ruta a través de su imperio.

Fynes asintió compulsivamente.

—Entiendo.

—Pero supongo que será de agradecer que ante el emperador exponga que también está interesado en el mercado local... —apuntó Arthur—. Convocaremos una audiencia con el emperador y cuando sepamos a qué hora se nos requiere, le informaré. Sobre lo de ir a explorar la ciudad... —continuó mirando hacia atrás— me parece bien, pero iré acompañado de unos cuantos hombres.

—De acuerdo —respondió con una gran sonrisa. Se giró y observó a su hija—. ¿Y mi hija? —preguntó.

Arthur se giró para observarla unos segundos.

—¿Qué ocurre con ella?

—¿Puede acompañarme?

Arthur miró al frente y suspiró. Apretó los labios indeciso y miró a Nandim, el cual le respondió encogiéndose de hombros.

—Agra es una ciudad segura para los británicos —indicó Nandim.

—De acuerdo —dijo Arthur—, pero siempre junto a una escolta.

Fynes sonrió directamente.

—Sí, sí... gracias —dijo con una gran sonrisa.

Aquel gesto le hizo gracia a Arthur, pues el hombre parecía ansioso y cargado de vitalidad.

—No me las dé —continuó—, simplemente manténganse junto a mis hombres. —Luego volvió a girarse para mirar a Katherine. Esta vez chocó con su mirada azulada. Sus rizos rubios le caían sobre el pecho. Se había puesto un velo azul por encima de los rizos, lo cual hacía que sus enormes ojos destacasen todavía más. En realidad era una belleza, llamaría extremadamente la atención en aquellas calles, aunque tampoco podía encerrarla o mantenerla prisionera y, como había dicho su amigo Nandim, los británicos eran bien recibidos en la capital del Imperio mogol—. Pero tenga cuidado con su hija...

—¿Con mi hija? ¿Por qué?

Arthur hizo un gesto gracioso con el rostro y ladeó su cabeza hacia él mientras enarcaba una ceja.

—Es bastante escurridiza —apuntó mientras recordaba las veces que la había encontrado alejada de la caravana.

Esta vez fue Fynes quien enarcó una ceja y se encogió de hombros.

—Pues como todas las mujeres, coronel —respondió.

Aquel comentario despertó una sonrisa de complicidad en Arthur.

Media hora después, habían llegado al fuerte de Agra, o como ellos lo llamaban, Lal Qila, una enorme construcción amurallada que encerraba en su interior varios palacios y edificios señoriales. Construida con piedra arenisca, de un color rojizo, también era comúnmente conocido como el Fuerte Rojo de Agra.

Habían detenido la caravana antes de llegar al enorme puente, construido también en piedra arenisca y que cruzaba el ancho foso con el que protegían el palacio amurallado.

Arthur y Nandim llevaban casi una hora tras las murallas. Según Patrick, habían ido a negociar el alojamiento y a solicitar audiencia con el emperador.

El puente que atravesaba el foso, bañado por las aguas del río Yamuna, era ancho; sin embargo, la puerta que había en su centro era más estrecha y obligaba a que si venía un grupo tuviesen que formar una fila y organizarse para entrar. Tras la puerta de aquella enorme muralla se elevaban unos altos torreones redondeados. Aunque tenía un toque mogol por los grabados en las paredes y las formas puntiagudas, aquel fuerte no tenía nada que ver con la anterior arquitectura que había apreciado, al menos desde allí fuera. Suponía que por dentro sería diferente, pero aquella construcción era totalmente distinta a los templos o mausoleos que habían visto. Si no fuese porque sabía que estaba muy lejos de casa, viendo aquello podía pasar por una construcción europea.

Patrick señaló hacia la puerta de la muralla.

—Una vez que se cruza la puerta Amar Singh, a mano derecha hay un palacio al que llaman Jahangiri Mahal; en él hay un exquisito salón de mármol blanco con techos que contienen hermosas pinturas, y dos pabellones dorados impresionantes.

—¿Se puede ver? —preguntó Fynes encantado.

Patrick se encogió de hombros.

—Supongo que no habrá problema. Yo lo vi.

—¿Cómo puede recordar esas palabras? —preguntó Katherine.

Patrick se encogió de hombros mientras sonreía.

—Llevo un año viviendo en Mumbai. Agra es la capital. Son nombres que se repiten mucho y al final acabas memorizándolos.

Ella asintió.

—¿Conoce el idioma?

—No, señora. Recuerdo solo algunas palabras —respondió avergonzado—. El coronel lo habla mejor.

Iba a contestar cuando la voz de Arthur los sorprendió. Se dirigía hacia ellos acompañado de Nandim, con paso firme.

No pudo evitar quedarse impresionada al verlo. Esta vez vestía su uniforme impecable, la chaqueta roja le llegaba hasta la cadera, sobre un chaleco azul y camisa blanca a, conjunto con los pantalones.

—Nos alojaremos aquí —informó. Luego miró a Fynes—. Tenemos audiencia esta noche, cenaremos con él.

—¿Cenar? —Arthur sonrió y miró a su amigo Nandim—. Ya sabía yo que era bueno que nos acompañases.

Nandim asintió ante su elogio y miró a Fynes.

—Esta noche, a las siete.

Fynes cogió su reloj de bolsillo, nervioso, y miró la hora.

—Son las cinco pasadas —pronunció con urgencia, a lo que ambos sonrieron.

—Así que el paseo por la ciudad deberá esperar a mañana —confirmó Arthur.

—Claro, claro... —reaccionó rápidamente mientras guardaba su reloj.

—¿Paseo? —preguntó Katherine bajando de un salto de la carreta y acercándose.

La mirada de Arthur voló hasta ella, aunque se quedó observándola varios segundos antes de reaccionar. Iba a contestar cuando Fynes interrumpió.

—Mañana iremos a ver el comercio de la zona. —Señaló el vestido que llevaba—. Hay muy buenas telas aquí.

Ella sonrió entusiasmada con lo que explicaba. No había nada que le apeteciese más que caminar por aquella exótica ciudad.

—¿Podré acompañarte? —Y cuando lo preguntó volvió directamente la mirada hacia el coronel.

Arthur asintió.

—Siempre que no se separe de mis hombres, podrá ir —puntualizó. Ella sonrió hacia su padre—. Bien, vamos... Patrick —dijo ya separándose de ellos. Patrick lo siguió con urgencia—, que los hombres lleven las carretas al interior. Nandim —llamó la atención de su amigo, que se encontraba aún al lado de Fynes y Katherine—. Encárgate de ellos, que se instalen y que el señor Chapman se prepare para la cena.

Katherine volvió la mirada hacia Nandim y pestañeó varias veces. ¿Solo el señor Chapman?

—Disculpe —pronunció llamando la atención de Nandim, el cual se giró antes de llegar a su caballo—, ¿no estoy invitada a la cena?

—Es mejor así —contestó sin darle más importancia. Subió de un salto al caballo y les indicó a los dos que montasen en los suyos. Uno de los oficiales cercanos a ella la ayudó a subir al caballo y Nandim se puso a su lado—. Vamos, os llevaré a cada uno a vuestros aposentos.

Nada más pasar la puerta de la fortaleza se encontraba un enorme palacete, el cual ya tenía más toques exóticos con molduras redondeadas y puntiagudas.

Los jardines eran preciosos, perfectamente decorados con figuras de elefantes con varias patas o en posición vertical. Las flores de varios colores se alternaban y, seguramente, si se observaran desde arriba crearían un precioso dibujo. Pese a que la muralla estaba construida con piedra arenisca que la dotaba de un tono rojizo, el interior era en su mayor parte de mármol blanco.

Tras cruzar los inmensos jardines y dejar atrás el palacio de Jahangiri Mahal, siguieron adelante. Era mucho más espacioso y enorme de lo que había imaginado.

Pasaron por varios palacetes y templos, y se maravillaron con cada uno de ellos.

Qué diferente era aquella ciudad amurallada, donde la majestuosidad y el esplendor eran un derroche constante, de las calles que se encontraban a pocos metros de ellos.

Tras varios minutos atravesando jardines y pasando frente a templos, llegaron a un ancho pasillo de mármol. El jardín se encontraba en medio de un edificio en forma de U, de dos plantas, de un blanco puro y con el tejado de color rojizo, de la misma piedra que la fortaleza.

Se fijó en cada característica de aquella construcción: sus formas ovaladas, los grabados de la piedra. Era un lugar sumamente trabajado.

Se podía acceder a la planta superior a través de unas escaleras en cada lateral, aunque todo el edificio estaba comunicado por balcones techados donde podía intuirse que había bancos para sentarse y relajarse mientras se disfrutaba de la vista de unos hermosos jardines.

En ese momento fue consciente de que en la planta superior del lado izquierdo y frente a ella había varios hombres que vestían uniformes. Llevaban un chaleco de color naranja con ribetes dorados a conjunto con su turbante, y unos pantalones blancos holgados, aunque lo que más llamó su atención fue que del cinturón colgaban dos enormes sables. Sin duda, se trataba de la guardia de palacio, pues como bien sabía el emperador vivía allí.

Nandim bajó del caballo y la ayudó a descabalgár.

—Los hombres, a la izquierda —señaló a Fynes—. Las mujeres, a la derecha. — Directamente comenzó a caminar hacia la escalera de ese lado, aunque se giró cuando se dio cuenta de que ella no lo seguía—. Vamos —la animó—, primero usted. La acompañaré a sus aposentos.

Subieron las escaleras. Nandim llevaba un ritmo vertiginoso. Cuando ascendió y llegó a la segunda planta, se fijó en lo inmenso de aquellos jardines; desde allí podía disfrutar mucho más de ellos. Mientras avanzaba, no pudo evitar fijarse al otro lado, donde varios hombres la seguían con la mirada. Nandim se giró para observarla y se aseguró de que se mantenía cerca.

—No se preocupe por los hombres, no pueden pasar a este lado. Hombres. — Señaló al lado izquierdo—. Mujeres —remarcó.

Ella asintió mientras avanzaban.

Nandim se detuvo ante una de las puertas y extrajo una llave de su bolsillo. La introdujo en la cerradura y abrió. Directamente le tendió la llave.

—Su habitación —dijo mientras le indicaba que entrase.

Entró temerosa, mirando de un lado a otro, sin saber qué sería lo que se encontraría.

No era especialmente lujosa, dado que aquellas serían las habitaciones de los invitados y, por las cuentas que echaba, solo en aquella construcción debía de haber de cincuenta a sesenta habitaciones.

La habitación era de color blanco. El suelo estaba immaculado, podía ver el reflejo de su rostro en él. En medio había una cama individual no muy ancha, aunque el colchón parecía esponjoso. Seguramente lo habrían relleno con plumas de aves.

A su lado tenía un pequeño tocador acompañado de una banqueta y, al otro extremo, junto a la ventana, un pequeño armario. El techo tenía unos tonos turquesas, aunque la pintura había sido esparcida de tal forma que parecía querer imitar al aguamarina. El sitio era acogedor, le gustaba. No le importaría quedarse allí varios días más.

Fue hacia la ventana para ver el paisaje cuando Nandim entró en el interior del cuarto. Fue directo hacia el tocador y abrió un pequeño cajón. Directamente extrajo un candil^[7] y se lo mostró.

—Pediré a los oficiales que le traigan el equipaje, aceite y mecha para que pueda iluminarse.

—Gracias —reaccionó dando unos pasos hacia él.

—Supongo que alguna mujer le traerá la cena o bien le pedirán su compañía.

—¿Mi compañía? —preguntó sorprendida.

—Los mogoles somos... ¿Cómo lo llaman ustedes? Hospitalarios. —Ella se mordió el labio, tímida—. Descanse.

Miró su espalda y durante unos segundos entró en pánico. ¿Iban a dejarla sola?

—Espere —reaccionó desesperada. Nandim se giró sorprendido por el tono de la muchacha—. Ammm... ¿Puedo salir de aquí?

Nandim la miró extrañado.

—¿Adónde quiere ir? —preguntó como si no comprendiese.

—A dar un paseo... por el jardín —respondió rápidamente.

—Claro, los jardines son para disfrutarlos. Puede pasear por aquí, pero no salga al exterior —Tal cual dijo aquello volvió a girarse para acercarse a la puerta.

—Espere... —volvió a decir ella.

Nandim pestañeó varias veces antes de girarse, cada vez más consternado.

—¿Sí?

Ella se acercó mientras se frotaba las manos con nerviosismo.

—Y si, tal y como usted dice, vienen a buscarme unas mujeres para cenar... ¿Cómo las entenderé? ¿Cómo hablaré con ellas?

Nandim se quedó observándola fijamente, gesto que asustó un poco a Katherine, aunque luego sonrió como si aquello lo divirtiese. Dio un paso hasta colocarse frente a ella y puso la mano ante una Katherine sorprendida.

—Escuche bien —dijo indicándole con un dedo—. Hola se dice *namaste*. —Elevó otro dedo—. *Dinar* significa cena y... —y alzó un tercero— gracias es *dhanyavaad*.

Ella lo miró confundida.

—¿Qué? —acabó preguntando incrédula.

—*Namaste, dinar y dhanyavaad*. Con estas tres palabras se apañará bien.

Dicho esto, salió de la habitación y dejó a una Katherine totalmente abatida.

—*Namaste, dinar y dhanyavaad* —susurró intentando memorizar aquellas palabras, aunque a buen seguro las habría olvidado en unos pocos minutos—. *Namaste, dinar y dhanyavaad* —repitió de nuevo.

Cuando escuchó la voz de su padre, corrió hacia la puerta y se asomó. Nandim lo conducía también por la segunda planta, pero al otro lado. Al menos, aquellos pasillos en paralelo se unían. Nandim le indicó a su padre que entrase en una de las últimas habitaciones al final de aquel largo pasillo.

Los soldados comenzaban a entrar en el recinto. Los mogoles que se habían unido a la expedición siguieron al frente sin entrar al recinto, pues en esa zona no había suficientes habitaciones para todos los hombres.

Pese a que la noche comenzaba a llegar, pudo ver la alta figura de Arthur entre todos ellos, dirigiéndolos. Aquellos últimos días había sido más agradable. Tal vez simplemente necesitase acostumbrarse a su presencia allí.

Se giró cuando escuchó los pasos cercanos de alguien. Una mujer joven, de extremada belleza, se acercó a ella. Su tez morena contrastaba con su cabello negro, que formaba una larga trenza que le llegaba hasta la cintura. Sus ojos enormes eran negros. Llevaba una túnica verde esmeralda que realzaba su figura y hacía destacar su tez morena.

Llegó hasta ella e inclinó la espalda en señal de saludo, consciente seguramente de que no entendía su idioma. Katherine la imitó con una sonrisa.

La mujer se colocó de lado y le indicó con un movimiento de brazo que la siguiese. Katherine miró directamente hacia la habitación de su padre. Tenía la puerta cerrada, seguro que estaba aseándose y vistiéndose para acudir ante el emperador. Directamente se fijó en todos los oficiales que estaban en el jardín, buscando a Arthur o a Nandim.

La mujer volvió a indicarle que la siguiese.

Katherine señaló a los oficiales y luego a su habitación.

—Equipaje —pronunció muy lentamente.

La mujer rio y negó con el rostro, luego hizo un gesto divertido con las manos mientras hablaba de forma incomprensible hacia ella.

—No entiendo nada —susurró Katherine con una medio sonrisa. Se encogió de hombros y extendió los brazos hacia ella—. *¿Dinar?*

La mujer abrió los ojos divertida y negó de nuevo.

—*¿Dinar? Nahin, nahin...*

—*¿Nahin? ¿Es «no»?* —preguntó ella.

Volvió a insistirle con una gran sonrisa, haciendo gestos para que la siguiese. Miró de nuevo hacia el pelotón sin encontrar a ningún conocido y suspiró. Nandim había dicho que eran gente hospitalaria. Apretó los labios y asintió.

—De acuerdo —afirmó mientras cerraba la puerta y la mujer incrementaba más su sonrisa y sus gestos, en un afán por hacerse entender.

Arthur volvió a elevar la mirada hacia su amigo mientras hacía la traducción. Los tres habían sido puntuales. A las seis y media se habían reunido en el jardín y habían seguido a Nandim a donde este les indicaba, pues él conocía a la perfección el fuerte de Agra^[8].

El emperador Shah Jahan se había retrasado más de media hora por asuntos personales, así que los nervios de Fynes se habían incrementado hasta tal punto que, durante los últimos minutos de espera, se había levantado y había paseado nervioso ante Arthur y Nandim.

Se habían vestido con sus mejores galas. Fynes se había puesto un traje de color crema; Nandim, su túnica azul marino, a conjunto con su turbante, y un cinturón ancho de color blanco que colgaba con unos finos flecos. Arthur se había puesto su traje militar de gala. Su chaqueta roja sobre el chaleco azul y la camisa blanca, pero esta vez los pantalones eran de color azul marino, igual que el chaleco. Había limpiado a conciencia sus botas negras y las llevaba por fuera del pantalón.

Tras su entrada, Nandim se había encargado de presentarlos. Shah Jahan se había mantenido callado, sobre su trono, en actitud vigilante hacia los dos recién llegados.

Había escuchado hablar mucho de él, pero no lo esperaba con aquel aspecto. Debía de rondar los cincuenta años, su tez morena y sus ojos negros destacaban, y se recogía el cabello blanco con un enorme turbante rojo y dorado. Lo había imaginado más alto y robusto, pues esa era la imagen que había creado en su mente del emperador mogol. Sin embargo, Shah Jahan no debía de medir más de metro setenta y era de complejión delgada, aunque las voluptuosas ropas que llevaban intentasen darle una apariencia más recia.

Vestía una larga túnica dorada casi hasta los pies, adornada con hilos de oro y estampada en las mangas y el cuello con dibujos de color rojo que se asemejaban a las hojas de los árboles, como si estuviesen entrelazadas.

De su cuello colgaba un collar de oro macizo y en el centro, casi a la altura de su cintura, pendía un enorme rubí.

No pudo evitar recorrer el trono sobre el que estaba sentado. Elevado en una tabla, por encima de ellos, era el trono más impresionante que jamás hubiese visto. La base del asiento debía de medir un metro, lo suficiente como para poder subir a él sin necesidad de usar escalera alguna. El emperador se encontraba reclinado sobre unos almohadones, con las piernas estiradas. De esa base se elevaban doce columnas que sostenían el dosel, rodeadas de bellas hileras de perlas redondas y de gran calidad, cada una de las cuales debía pesar de 24 a 40 gramos. Además, tanto en la base del trono como en su dosel había numerosas gemas de distintos colores: dorados, rojos, verdes... pero una de aquellas piedras preciosas destacaba sobre todo lo demás.

Había escuchado hablar de su famoso Trono de Pavo Real y su diamante llamado Koo-i-Noor, considerado el diamante más grande del mundo, con ciento cuatro quilates. Obtenido por el príncipe Humayun al conquistar la parte sur del imperio, se lo entregó a su padre, el primer gran mogol, de nombre Bábar, quien lo hizo analizar antes de devolvérselo a su hijo como presente.

Según lo que había escuchado, el propio emperador había dicho que con aquel diamante *«podría alimentar al mundo durante dos días y medio»*.

Arthur había colocado en el suelo como regalo un pequeño cofre que contenía tres mil mohur de oro y dos mil rupias de plata, uno de los mayores regalos que había entregado la corona británica, aunque después de lo opulento de la sala, del trono e incluso del mismo traje del emperador, dudaba que pudiese sorprenderle semejante detalle. Aun así, el emperador se caracterizaba por su amabilidad y había aceptado de buen grado la ofrenda.

Poco después habían cenado los cuatro en una sala. Nandim hacía de interlocutor entre el emperador y los británicos. El ambiente se había vuelto más distendido y relajado.

La cena había sido digna de uno de los emperadores más importantes de aquella época.

La cena, como el emperador les había dicho con la ayuda de la traducción de su amigo, era para disfrutar. Después ya hablarían de negocios.

Tras cenar y tomar un té, el emperador se había puesto en pie y les había indicado que lo siguiesen.

—¿Adónde vamos? —preguntó Arthur a su amigo.

—A hablar de negocios —respondió Nandim.

Arthur caminó junto a Fynes por aquellos solemnes pasillos, iluminados por la luz que desprendían las lámparas de aceite. Algunas se encontraban en el suelo; otras permanecían colgadas de la pared o del techo, en unos anchos recipientes de bronce.

Incluso con aquella luz uno podía recrearse en la majestuosidad de aquel lugar, cargado de grabados en las paredes, en las que se creaban mediante relieves formas increíbles. Las pinturas que se encontraban en los pasillos y en el techo recreaban a los antecesores del emperador, concretamente a Babur, Humayun, Akbar y Jahangir, su padre.

Su abuelo, el emperador mogol Akbar, construyó el fuerte entre 1565 y 1573; posteriormente, en el interior de este, cada uno de sus sucesores había contribuido a la ampliación construyendo ellos mismos palacios y edificios, de ahí que hubiese tal cantidad de estilos arquitectónicos.

Salieron al exterior y caminaron por uno de los jardines, sin decir nada. El emperador iba en cabeza, seguido de Nandim y Arthur junto a Fynes.

Aunque fuese noche cerrada, el fuerte estaba totalmente iluminado, tanto en su interior como en los exteriores. Elevó la mirada. Aunque sobre ellos lucían las

estrellas, podía verse en el horizonte un frente nuboso que seguramente aquella noche descargaría otra tormenta.

Subieron los escalones de un porche y se introdujeron por un pasillo totalmente blanco. Aquel lugar era espectacular, la llama se reflejaba con tal claridad en el mármol del suelo que daba la impresión de que hubiese llamas sobre este. En ese momento, unas voces femeninas hicieron que Arthur y Fynes elevasen la mirada al frente, sin dejar de caminar. Aquello lo puso en tensión y miró de reojo a Fynes, el cual parecía bastante sorprendido. Dio unos pasos acelerados y cogió del brazo a su amigo para frenarlo un poco.

—No nos llevará a su harén, ¿verdad? —preguntó inquieto.

Nandim se soltó de su brazo con gesto sorprendido.

—¿Estás loco? Su harén es privado —contestó.

Aunque aquello no acabó de relajarlo, pues las voces femeninas cada vez se escuchaban con más intensidad. Por suerte, se calmó parcialmente cuando el emperador se detuvo frente a una puerta y la abrió.

Se trataba de un enorme y pomposo salón. El emperador entró y directamente se encaminó a uno de los enormes sofás acolchados distribuidos por toda la estancia.

Arthur entró tras Nandim e instó con un movimiento acelerado a Fynes a que entrase, pues el hombre parecía perdido.

Iba a cerrar la puerta cuando un hombre entró con una bandeja y varios vasos.

Aquello era como una sala de estar, pero mucho más lujosa y extravagante que las que había visitado en Londres. Las paredes parecían cubiertas de oro y, en alguna de ellas, colgaban telas brillantes de distintos colores, entrelazándose. Otra de las paredes, como era costumbre, estaba formada por un *yalis*. No era la primera vez que las veía, pero siempre se quedaba impresionado del trabajo arquitectónico de estas. Lo que llamaban *yalis* en su cultura eran unas preciosas mamparas de piedra perforadas haciendo dibujos y adornos, formando celosías. Las había visto ya en varios materiales, incluyendo la madera. Teniendo en cuenta el clima de la zona, aquel tipo de pared, aparte de resultar muy elegante, permitía el paso del aire y de la luz al interior de la habitación. Eran verdaderas obras de arte, muy trabajadas y cuidadas.

Había varios sofás distribuidos, algunos individuales, otros tenían el tamaño de una cama de matrimonio, recargados con decenas de cojines. Lo que más llamó su atención fue la enorme cama de matrimonio que había al final de la sala, cubierta con velos transparentes.

Cada uno de los objetos que allí había estaba escogido para realzar el esplendor y la riqueza del emperador.

El emperador les indicó que tomasen asiento mientras se recostaba en su enorme sofá y se ponía cómodo.

—*Tashrif laie y tashrif rekie*^[9] —dijo el emperador.

Los tres se sentaron frente a él. Arthur se sentó entre Nandim y Fynes en un asiento individual, aunque muy espacioso.

El sirviente ofreció un humeante té de hierbas en cuatro pequeños vasos de cerámica, los depositó sobre la mesa y se distanció luego al final de la sala, esperando recibir alguna orden más.

Arthur miró de reojo a su amigo y luego al emperador, que bebía el té con toda la calma del mundo.

Sabía que Shah Jahan prefería a los británicos antes que a los portugueses, holandeses y franceses, y que si jugaba bien sus cartas conseguiría un buen acuerdo. Se sentó en el borde del asiento, pues era tan sumamente acolchado y blando que se hundía hacia atrás.

—*El sfaadisht raitribhej* —pronunció ante la atenta mirada de Fynes.

Nandim se giró hacia él con una mirada extrañada.

—¿Qué dices?

Aquello lo descolocó en cierto modo.

—Pretendía ser amable, solo quería decirle que la cena estaba deliciosa.

—Necesitas más clases —le recriminó. Se giró hacia el emperador, que miraba fijamente a Arthur, sorprendido—. *Ek svaadisht raatribhoj*.

Shah Jahan sonrió ante el cumplido y elevó la taza de té hacia él en señal de aceptación. Arthur le devolvió el gesto y dio un trago.

Fynes permanecía en silencio, pero casi se atragantó cuando el emperador habló.

—Buen intento, coronel —dijo Shah Jahan con un acento mogol muy marcado.

Tanto Fynes como Arthur lo miraron fijamente.

—¿Habla mi idioma? —preguntó intrigado.

El emperador sonrió.

—Mejor que usted el mío —apuntó—. Es bueno escuchar siempre primero, cuando el resto no sabe que los comprendes.

Arthur rio ante aquello y acabó asintiendo. Shah Jahan elevó los brazos y dio un par de palmadas que hicieron que el mayordomo se moviese.

Se apoyó en el sofá y se relajó mientras una sonrisa se le dibujaba en el rostro al observar a su mayordomo. Este se acercó y depositó una botella transparente sobre la mesa. Shah Jahan la cogió y se la mostró a los invitados.

—Whisky escocés —rio, luego miró a su mayordomo mientras acercaba una pequeña mesa. Arthur se fijó en la larga pipa que había sobre ella. Al lado había una cajita dorada. El emperador dio unas cuantas órdenes más al mayordomo, que salió directamente del salón y los dejó solos—. Unos comerciantes británicos me lo trajeron como regalo hace dos años —explicó mientras señalaba la botella. La descorchó y olió el contenido mientras cerraba los ojos. Cogió tres pequeños vasos y los llenó. Cerró la botella y la depositó a su lado—. En la religión musulmana no se nos permite beber alcohol —explicó—. Disfrútenlo como si estuviesen en sus casas.

Arthur se quedó contemplando el líquido transparente mientras los recuerdos se apoderaban de su mente. Hacía tanto tiempo que había abandonado su tierra... Recordó cuando corría tan rápido como podía, apartando las ramas nevadas del bosque escocés, con la respiración entrecortada, con el corazón desbocado. Había intentado llegar a tiempo, salvarlos a todos, a ella, pero no lo había conseguido.

Se obligó a centrarse y a apartar aquellos recuerdos dolorosos de su mente. Hacía dos años que había decidido dejar el frente británico en Escocia para embarcarse en una nueva aventura que lo ayudase a superar la pérdida y el dolor que le había causado aquella guerra. Cogió el vaso con whisky y lo bebió de un trago.

Aquello sorprendió al emperador, que sonrió.

—¿Es bueno? —preguntó cogiendo la botella y rellenándose.

—Muy bueno, Majestad —respondió él.

—Bien, hablemos de negocios... —dijo mientras depositaba la botella sobre la mesa. Cogió la pequeña mesa que el mayordomo había colocado a su lado, la colocó frente a él y se puso la larga pipa sobre las rodillas. Cogió la cajita y, con una cuchara de plata, introdujo la hierba picada en la pipa. Miró a Fynes, que en ese momento daba un pequeño sorbo al whisky que le había servido, y lo señaló con la mano mientras introducía un poco más de hierba en la pipa de madera—. Usted, señor Chapman, es el representante de su país, su embajador... ¿qué más puede ofrecerme Gran Bretaña?

Cerró la cajita y se dedicó a aplastar la hierba con la cuchara.

Arthur miró de reojo a Fynes, el cual adoptaba una postura más formal.

—Majestad —pronunció Fynes con todo el respeto posible—, el Imperio mogol y el Imperio británico siempre han colaborado y se han enriquecido mutuamente. Ahora que holandeses, portugueses y franceses ya no colaboran con este imperio, nosotros queremos estrechar las relaciones. Si bien es cierto que nuestros amigos de Europa comercian con el Imperio chino, aunque sin pasar por su territorio. —En ese momento se quedó callado cuando la puerta se abrió y varias mujeres vestidas con ropas extravagantes se acercaron. Fynes tragó saliva al ser consciente de la poca ropa que llevaban. Simplemente una tela les cubría los pechos, sujeta por dos tirantes, y una falda de telas vaporosas les colgaba desde la cadera hasta los pies, mostrando sus piernas por los laterales. Se obligó a permanecer concentrado mientras escuchaba las voces de las jóvenes—. Nosotros no queremos eso. Nuestra majestad siente un gran aprecio por... —titubeó cuando una de las muchachas pasó por su lado y se arrodilló junto a Shah Jahan— por usted y el Imperio mogol, pues son muchos los años que llevamos colaborando. Por eso mismo, en agradecimiento a la ayuda que hemos recibido siempre, Su Majestad me ha pedido que le traslade este acuerdo.

Shah Jahan paseó la mano de forma cariñosa sobre el velo con el que la muchacha se cubría el cabello, y por la mejilla. Giró la cabeza y miró a Fynes.

—Siga —lo animó, pues Fynes se había quedado callado al notar la presencia de más mujeres tras él.

Arthur miró de reojo a Fynes y medio sonrió. ¿Estaba poniéndose nervioso con las mujeres?

—Ofrecemos abrir una ruta con el Imperio chino, pero a través de su territorio; es decir, atravesando el Imperio mogol. Dicha ruta se iniciaría en Mumbai y recorrería la misma ruta de las especias hasta la capital, Agra. Posteriormente, desde aquí se iniciaría una nueva ruta hasta Dunhuang, en el Imperio chino, para adquirir telas. Ambos colaboraríamos... —continuó mientras el emperador encendía su pipa y daba una calada ante las muchachas que se habían sentado a su alrededor y lo adulaban con la mirada. Alguna de ellas paseaba la mano de forma indecorosa por su pierna y su pecho. Dio un trago al whisky y lo acabó, ante la mirada asombrada de Arthur, que no dudó en coger la botella y mostrársela al emperador para pedirle permiso y llenarle el vaso, a lo que Shah Jahan asintió con una leve sonrisa al detectar el nerviosismo del hombre—. Usted nos garantizaría hombres que nos acompañasen en la ruta hasta Dunhuang y nuestras dos naciones colaborarían en la protección de los viajeros y en el transporte de las materias primas adquiridas. Por otro lado, nosotros ofreceríamos como pago un porcentaje de lo adquirido en el Imperio chino.

—¿De qué porcentaje estamos hablando? —preguntó el emperador mientras daba otra calada y le pasaba la pipa a Nandim.

En ese momento, Arthur captó aquel olor tan característico. Sabía que el opio se había puesto de moda tanto entre los residentes de Persia como entre los de la zona del Imperio mogol. La reina Isabel I, en 1606, ya había enviado barcos a esta zona para adquirir el opio más fino y transportarlo a Inglaterra. Sabía que la rápida expansión del islam había diseminado el opio hasta Malasia, en pastillas a las que marcaban con el sello *mash Allah*^[10].

—Es negociable —intervino Arthur—. Habíamos pensado que durante los tres primeros años, aparte de la competencia exclusiva en este territorio por parte del comercio británico, ofreceríamos un uno por ciento de todas las exportaciones que se realizasen tanto desde el Imperio chino como de las que adquiriésemos en territorio mogol. —Nandim dio un par de caladas, exhaló el humo por la boca y se reclinó contra el asiento. Extendió el brazo hacia Fynes para no interrumpir a Arthur. Fynes cogió la pipa mientras la miraba extrañado. ¿Pero qué hacía?—. Tras el tercer año de contrato y una vez que nos asegurásemos de que se ha creado una ruta segura, lo aumentaríamos al cinco por ciento. —En ese momento pudo observar como Fynes daba una calada, aunque al momento comenzó a toser. Arthur se giró hacia él mientras Fynes ya se calmaba y se llevaba la mano al pecho para recuperar al aliento. Se acercó levemente, con una mirada sorprendida—. Es opio —lo informó en un susurro, haciendo que Fynes lo mirase asombrado. Luego volvió toda su atención hacia el emperador, que se entretenía con las mujeres que lo rodeaban—. Tras el quinto año se renegociaría y se subiría la prima.

Pudo observar de reojo a Fynes dar otra calada y finalmente se giró hacia él asombrado. ¿Y repetía? ¿Fynes fumando opio?

No esperaba que Fynes aceptase fumar aquello. Tosió un par de veces y le pasó la pipa a Arthur. Él ya había fumado una vez, a su llegada, y no le había gustado nada, pero sabía que el rechazo no era plato de buen gusto del emperador, y más en unas negociaciones tan importantes. Se llevó la pipa a la boca y dio una corta calada.

—Me parece poco —dijo el emperador tras verlo exhalar el humo.

—Como he dicho al principio, es negociable —indicó Arthur en actitud cordial—. Busquemos un negocio que nos beneficie a los dos.

En ese momento se le fue un poco la cabeza. No estaba acostumbrado al opio. Los efectos de esta hierba fumada eran muy rápidos. Si quería mantenerse consciente y lúcido, más le valía que aquella pipa no cayese de nuevo en sus manos.

Shah Jahan se sentó correctamente en el asiento y miró a Fynes, el cual permanecía apoyado contra el respaldo.

—Propongo un diez por ciento. Al fin y al cabo, debemos mantener una ruta abierta y acompañaros en un viaje de casi dos meses hasta Dunhuang, sin contar con que esos hombres deberán ir equipados con alimentos, ropas..., y vuestros hombres, también. Necesitaréis llevar alimentos desde aquí o bien desde Delhi. Si aceptáis ese porcentaje, nosotros corremos con esos gastos.

Fynes pestañeó varias veces ante la mirada de Arthur. De acuerdo, a Fynes le afectaba mucho más el alcohol y el opio que a él. Arthur tomó la palabra de nuevo al darse cuenta de que Fynes se pensaba demasiado la respuesta.

En ese momento, el emperador tomó la pipa que Nandim le ofrecía y dio otra calada. Desde luego, solo con respirar el humo uno ya comenzaba a marearse.

—Creo que sería posible —apuntó Arthur—. Me parece un trato justo siempre y cuando vosotros corráis con los gastos de alimentación, vestimenta, armas y transporte de las caravanas —confirmó. Se giró hacia Fynes para observarlo de nuevo y pudo apreciar que le costaba mantener los ojos abiertos. En ese momento se dio cuenta de que el emperador volvía a llenar su vaso de whisky. Arthur apretó la mandíbula y sonrió algo forzado al emperador—. Aunque, si le parece bien, hoy hemos tenido un viaje muy largo; de hecho, llevamos muchos días de viaje. ¿Podríamos darle una respuesta mañana? —preguntó mientras observaba de reojo a Fynes, que se esforzaba en vano por abrir los ojos.

En ese momento, Nandim se echó hacia delante para observar a Fynes y sonrió hacia el emperador.

Aunque habló en su idioma natal, Arthur pudo comprender perfectamente que Nandim le decía al emperador que el inglés no aguantaba el opio, lo que hizo que el emperador riese como si la situación lo divirtiese.

Ante ese panorama, no sabía si porque la situación era divertida como tal o por efecto del opio, Arthur sintió ganas de soltar una carcajada al escuchar al emperador y a Nandim reír. Intentó controlarse apretando los dientes; aún tenía la suficiente cordura como para mantenerse sereno, aunque quedó claro que Fynes no, porque

comenzó a reír también, con bastante disimulo, como si intentase controlarse, pero sin conseguirlo.

El emperador asintió sin dejar de reír.

—Claro, descansad —pronunció con voz divertida—. Y si aceptáis el porcentaje, mañana mismo podemos preparar a mis hombres para que os acompañen.

Arthur asintió agradecido, no solo porque se mostrase tan alentado a ayudarlos y a llegar a un acuerdo que les garantizaría la exclusividad del mercado en aquel imperio, sino, ante todo, porque pudiesen marcharse a descansar.

Se levantó y, en ese momento, notó la mano de una mujer en el hombro. Se giró para observar unos ojos color miel mirarlo con lujuria, aunque por suerte pronto se apartó de él y se echó a los brazos de su emperador, que la recibió con los brazos abiertos.

Se giró hacia Fynes, que se ponía en pie muy despacio y parecía querer aguantarse la risa. Desde luego, menuda negociación con el emperador mogol.

—Buenas noches, majestad —se despidió Arthur.

—Espere, coronel... —pronunció haciendo que se detuviese al lado de Fynes— mi guardia personal me ha informado de que van acompañados de una mujer. — Aquello pilló desprevenido a Arthur, que asintió mientras Fynes se ponía a su lado, aguantando el equilibrio—. ¿Por qué no nos ha acompañado para cenar?

—Estaba agotada del largo viaje —improvisó Nandim.

—Se ha quedado descansando —confirmó la idea Arthur.

Shah Jahan miró a Fynes con una sonrisa.

—Es su hija, ¿verdad?

Fynes iba a contestar, pero Arthur se adelantó.

—Es mi esposa —mintió. No supo bien si dijo aquello por la influencia del opio o por protegerla, pero se llevó la mirada sorprendida y nada disimulada de Fynes—. Por eso Su Majestad le ha permitido venir.

—Oh, vaya —apuntó el emperador mientras daba otra calada a su pipa—. ¿Llevan mucho tiempo casados?

—Dos años —improvisó Arthur—, pero hace un año fui destinado aquí, emperador.

Shah Jahan abrazó a otra de las mujeres que se echaban sobre él y sonrió al coronel.

—Pues disfrute de la compañía, coronel —le propuso el emperador—. Estaré encantado de conocerla mañana. Disfrutaremos de un gran banquete para cenar.

Arthur asintió ante la mirada asombrada y caricaturesca de Fynes. Sin lugar a dudas, disimular no era parte de sus atributos.

—Podéis retiraros —se despidió el emperador.

—Buenas noches, Majestad. —Arthur se reclinó levemente, imitado por Fynes segundos después—. Muchas gracias por todo.

Se giró y se dirigió hacia la puerta seguido de Nandim y Fynes. Los tres se mantuvieron en silencio, aunque claro estaba que el vaso de whisky y el opio habían afectado a Fynes, al cual le costaba caminar. Arthur estuvo tentado varias veces de cogerlo del brazo para guiarlo, pero se resistió. Y luego estaba aquella sonrisilla traviesa que se había apoderado del embajador. A saber lo que debía estar pensando para estar tan feliz.

Caminaron hacia los aposentos mientras Arthur también intentaba mantenerse en pie. Sabía que los efectos del opio fumado eran rápidos: en uno o dos minutos comenzabas a notar los efectos y estos iban aumentando exponencialmente durante los siguientes minutos hasta alcanzar su máxima expresión en más o menos una hora. En realidad, los efectos del opio fumado duraban de una a tres horas, dependiendo de la persona.

Así que, si él se encontraba así, no quería ni saber cómo estaría Fynes.

—¿Crees que es un buen trato? —le preguntó a Fynes mientras cruzaban los jardines.

Fynes lo miró, pestañeó varias veces y sonrió hacia él como si fuese un niño pequeño feliz al recibir un regalo.

—¿Cuándo te casaste con mi hija? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

Aquella reacción le hizo enarcar una ceja a Arthur y suspiró. Ya le explicaría al día siguiente lo que había ocurrido, pues en esos momentos no parecía entender nada y, lo peor de todo, es que parecía darle igual.

Arthur puso una mano en la espalda de Fynes y la palmeó con complicidad.

Antes de entrar en su complejo, miró un segundo a Nandim, el cual los seguía.

—Espera, Nandim —le pidió Arthur. Puso una mano en el hombro de Fynes y lo obligó a mirarle—. Señor Chapman... ¿podrá llegar solo hasta su habitación?

—Claro —respondió divertido.

Arthur se quedó observándolo. Realmente no sabía si podría, pero el complejo estaba a pocos metros; solo debía encontrar la escalera, subir a la segunda planta y dar con su habitación.

—De acuerdo, descanse. Mañana no hay que madrugar. ¿Le parece bien si nos vemos a las nueve?

Esta vez no dijo nada, se limitó a asentir dócilmente.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Arthur —respondió, aunque se sorprendió cuando Fynes llevó la mano hasta su mejilla y la golpeó suavemente—. Eres buen muchacho, sí, un buen muchacho... —dijo apartándose.

Arthur arqueó la ceja mientras lo veía caminar con un poco de dificultad, y resopló. Al menos había podido salvar la negociación, incluso parecía que el emperador se había divertido con la actitud de él.

Se giró hacia Nandim, que miraba la espalda de Fynes alejarse hasta que giró la esquina y lo perdieron de vista.

Cuando volvió la mirada hacia Arthur este se frotaba los ojos, agotado.

—Aguantáis muy poco —se burló su amigo.

Suspiró y se puso las manos en la cintura intentando aguantar el equilibrio.

—¿Crees que es un buen trato? —le preguntó.

Su amigo se echó a reír.

—¿Y me lo preguntas a mí? —se burló. Arthur resopló—. A mí me lo parece.

—Ya, tienes razón, ¿y qué vas a decir tú? —pronunció con la cabeza agachada, cerrando los ojos. Elevó la mirada y se pasó la mano por el cabello—. ¿Puedes encargarte de conseguir unos hombres para que acompañen a los Chapman a la ciudad mañana por la mañana?

—Claro. No hay problema. ¿No vendrás?

—Iré a la ciudad, pero con otros hombres. Quiero abastecer la caravana y hace falta comprar mantas. No tengo tiempo para ponerme a ver telas —respondió mosqueado.

Nandim asintió y finalmente ladeó el rostro hacia él.

—¿Qué vas a hacer con la mujer?

Aquella pregunta hizo que Arthur lo mirase intrigado.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con la señorita Chapman?

—Tú sabrás; es tu mujer, no la mía. Mañana quiere conocerla el emperador.

Había un cierto matiz de burla en la respuesta de Nandim. Arthur resopló y se pasó la mano por la nuca.

—Ya sabía yo que me traería problemas —susurró más para sí mismo que para su amigo—. He dicho que es mi esposa, sí. La esposa de un coronel británico. No tiene por qué ocurrir nada...

Nandim chasqueó la lengua.

—Ya, pues asegúrate de que le queda bien claro a Fynes.

Arthur resopló.

—Mañana lo pondré al tanto. —Miró hacia el recinto donde pasarían las dos noches siguientes—. Pasa a recoger a los Chapman mañana a las nueve. Que sean al menos diez hombres.

—De acuerdo.

Arthur aceptó y caminó hacia la zona que tenía designada aquella noche junto al resto de los oficiales. Nandim dormiría en otra zona, bastante cercana, junto a los suyos.

—Que descanses —dijo Nandim.

Saltó de la cama y abrió la puerta de su habitación a toda prisa. Reconocería la tos de su padre en cualquier parte del mundo. Sabía que estaba de vuelta de la negociación con el emperador.

Aquella tarde, junto a las mujeres, se había permitido el lujo de relajarse. Aunque no había intercambiado palabra alguna con ellas, la habían hecho sentir como en casa. Había sido toda una sorpresa cuando la habían llevado a una habitación, ayudado a desnudarse y metido en un enorme barreño de madera. El agua estaba fresca. Durante los primeros segundos había notado como se le erizaba la piel, pero después todo había sido relajación y calma. Le habían lavado el cabello y el cuerpo, secado y perfumado. La habían sentado en un taburete y la habían peinado mientras intercambiaban risas y admiraban sus cabellos de color oro.

Suponía que una mujer de cabello rubio y ojos azules no debía de ser muy común en aquella parte del mundo.

La habían obsequiado con varias túnicas y velos de distintos colores.

Tras eso, habían cenado y, posteriormente, una de ellas, la misma que había ido a buscarla, la había acompañado a su habitación. Al regresar a su habitación alguien se había preocupado de encenderle la lámpara de aceite.

Tras eso se había echado en la cama esperando escuchar la voz de su padre.

Tenía razón, Fynes subía las escaleras muy lento, sujetándose con fuerza a la barandilla. Aquello la asustó. ¿Se encontraba mal? Corrió por el porche y giró a la izquierda para tomar el pasillo que empalmaba con la zona paralela, justo cuando su padre llegó al último escalón.

—Papá —susurró ella consciente del silencio que había en la zona y de que muchos oficiales ya estarían durmiendo. Fynes la miró asustado—. ¿Estás bien?

Subió el último escalón y se quedó contemplándola mientras se acercaba.

—En una nube. Namaste —dijo con una sonrisa.

—¿Pero qué dices? ¿Estás bien o no? —preguntó sorprendida.

Fynes parpadeó varias veces, confundido.

—¿Quién eres?

Katherine llegó hasta él y se colocó justo enfrente, mirándolo asombrada.

—¿Cómo que quién soy? ¡Soy tu hija! —respondió escamada.

En ese momento se fijó en que a Fynes le costaba centrar la mirada en ella, lo cual la puso sobre aviso.

—¿Te ocurre algo?

Fynes dio unos pasos atrás mientras reía.

—No te había reconocido... —dijo divertido—, pensaba, ¿y esta hermosa mujer?, ¿cómo sabe tan bien mi idioma? ¿O es que he aprendido urdu de repente? —bromeó.

Aquellos comentarios hicieron enarcar una ceja a Katherine—. Por cierto, ¿de dónde has sacado este vestido? —preguntó tocando su falda.

—Me lo han regalado, junto con dos vestidos más. —Luego palmeó la mano de su padre para apartarla de la falda, pues tocaba la tela fascinado—. Quitá, papá —ordenó. Se cruzó de brazos y lo miró fijamente—. ¿Has bebido?

Fynes se encogió de hombros mientras se giraba hacia su habitación intentando mantener el equilibrio.

—Solo un poco...

—¿Un poco? —ironizó ella mientras corría a su lado y se echaba el brazo de su padre sobre los hombros para ayudarlo a avanzar.

—Sí, un poco. Solo he tomado un vaso de whisky. —Luego rio y previó a su hija con una mirada traviesa—. Lo que me ha afectado es fumar opio.

—¿Qué? —gritó ella.

—Lo que me ha afectado es fumar opio —repitió como si su hija no lo hubiese comprendido por primera vez.

—Ya lo he entendido, no hace falta que lo repitas —contestó ofuscada—. ¿Cómo se te ocurre? —preguntó mientras lo conducía hasta su habitación y lo apoyaba en la pared. Automáticamente, su padre cerró los ojos—. Eh, no te duermas. —Le golpeó levemente en el brazo, pero su padre permanecía con los ojos cerrados y cada vez se le abría más la boca—. ¿Dónde tienes la llave? —Se quedó mirándolo—. ¡Papá! —volvió a golpearle el brazo, pero Fynes ni se inmutaba. Aquel comportamiento por parte de su padre la estaba desquiciando—. ¡Papá! —gritó, esta vez golpeándole la mejilla con la mano abierta.

En ese momento sí reaccionó, aunque tuvo que girarse y sujetarse a la pared para no perder el equilibrio.

—La llave de la habitación —repitió ella colocando la palma de la mano ante él.

Le costó un poco reaccionar, pero finalmente comprendió lo que su hija le pedía y le tendió la llave que llevaba en el bolsillo.

—Estate quieto... y no te duermas —le señaló mientras introducía la llave en la cerradura—. ¡Que no te duermas! —alzó el tono al ver que su padre cerraba los ojos de nuevo. Abrió la puerta, sacó la llave de la cerradura y volvió a golpearlo en el brazo para que abriese los ojos.

—Ah, qué mal genio tienes, hija —se quejó.

—¿De quién lo habré heredado?

—No será de mí —respondió con fastidio.

Katherine ignoró su comentario y volvió a colocar el brazo sobre sus hombros para ayudarlo a entrar. Por suerte, también tenía la lámpara de aceite encendida. Caminaron hasta la cama y antes de soltar a su padre sobre el colchón corrió la sábana. Luego dejó caer a su padre, que extendió los brazos a lo largo de la cama, en diagonal.

—Desde luego, papá, lo que hay que ver —pronunció molesta por su comportamiento. Se agachó y cogió la pierna que le colgaba del colchón y la colocó sobre este—. No te habrás puesto así con el emperador, ¿verdad?

—Ammmm... no me acuerdo.

Ella se quedó mirándolo fijamente.

—¿Cómo se te ocurre? —le recriminó, aunque Fynes resopló—. Vienes a hacer negocios con el Imperio mogol y el chino —le recordó mientras le sacaba los zapatos—. ¡En nombre de la corona británica! —puntualizó—. Y te pones a beber alcohol y a fumar opio.

—Me lo ofreció el emperador —se excusó—. ¿Qué iba a hacer? Era de mala educación rechazarlo...

—Tonterías —le cortó ella mientras le echaba la sábana por encima—. ¿Qué habría ocurrido si no lo hubieses aceptado? ¿Te habría cortado la cabeza?

—Pzzzzz...

Ella se cruzó de brazos ante él, expresando así su disconformidad.

—Es muy irresponsable por tu parte...

El suspiro de Fynes le cortó.

—Estabas más feliz hace dos años —dijo Fynes.

Ella lo miró extrañada, sin comprender a qué se refería.

—¿Dos años? —preguntó desquiciada—. ¿Y qué ocurrió hace dos años? ¿Se supone que tengo que acordarme?

—El día de tu boda —le recordó su padre.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Qué boda? —gritó extendiendo los brazos hacia él—. No me he casado, papá.

—Sí, sí te has casado —rio su padre, totalmente feliz—. Ibas preciosa.

Katherine resopló e hizo un gesto con la mano, obviando aquel último comentario.

—Ya he escuchado suficiente. Duérmete —ordenó mientras le daba la espalda y se alejaba hacia la puerta.

—¿De verdad que no lo recuerdas? Para mí es como si hubiese sido hoy... uno de los días más felices de mi...

Cerró la puerta con un portazo y tal y como lo hizo resopló. Jamás había visto a su padre en aquel estado.

Intentó calmarse y se dirigió al pasillo central para cruzar a su zona cuando se quedó totalmente paralizada. ¿De dónde salían aquellos guardias? Dos hombres, con su uniforme y un enorme sable colgado de su cinturón, permanecían en el pasillo.

Sabía que no ocurriría nada, que ella era una invitada del emperador, pero ver a aquellos enormes hombres con los sables afilados hizo que se le pusiera la piel de gallina. Intentó recomponerse del susto y avanzó hacia ellos aumentando el ritmo. El pasillo central no estaba tan iluminado como los anteriores, apenas unas lámparas de

aceite en el centro y un par a cada extremo, no como en el resto, donde a cada metro había una.

Iba a pasar al lado de los guardias cuando uno de ellos se interpuso en su camino con una sonrisa cargada de lujuria. Echó un paso atrás de inmediato, con la mirada asustada.

—*Tum kahaan ja rahe ho?*

Katherine miró directamente hacia el otro lado intentando controlar la situación. Pese a que el segundo guardia estaba unos metros por detrás del primero, miraba con una sonrisa hacia ellos.

Cogió su vestido y miró al primero atemorizada.

—No lo entiendo —intentó decir con toda la seguridad que podía.

Intentaba hablar con fuerza, que no viese que la intimidaban, pero lo cierto es que todo lo que le habían explicado sobre la cultura mogola y lo que había vivido aquellos últimos días le hacía ser consciente de que, allí, una mujer no tenía mucho valor.

—*Yah yahaan nahin hona chaahie* —pronunció el guardia acercándose, mientras extendía el brazo para cogerla.

En ese momento se le paralizó el corazón. Vio el reflejo de la llama de la lámpara de aceite en el sable, su mano extendida hacia ella para cogerla, aquella sonrisa perversa...

Sabía que como invitada del emperador y embajadora de la corona británica cualquier persona en su sano juicio no le haría daño, pues el emperador mogol protegía a los británicos en aquella zona, pero allí, casi a oscuras y totalmente sola en compañía de dos guardias que le triplicaban en tamaño, se puso en lo peor.

—*Chhodana hoga* —insistió el guardia mientras daba un paso en su dirección.

Katherine retrocedió mientras el cuerpo comenzaba a temblarle. Si no la dejaban pasar, volvería a la habitación de su padre y se escondería allí hasta que alguien fuese a ayudarla.

—*Yah nishiddh hai laan.* —Esta vez el guardia elevó el tono como si se le acabase la paciencia.

Katherine gimió mientras apretaba los puños. Se giró justo cuando se golpeó contra alguien. En ese momento entró en pánico. ¿La habían rodeado? No iba a dejarse atrapar así como así. Si hacía falta, lucharía y gritaría todo lo fuerte que pudiese hasta que alguien la ayudase. Sabía que decenas de oficiales británicos dormían en las habitaciones que tenía cerca y no dudarían en salir a defenderla.

El hombre contra el que acababa de chocar la sujetaba por los hombros. No dudó en pisar con fuerza el pie y removerse entre sus brazos.

—Ayyy —escuchó un quejido, aunque le sorprendió aquel tono de voz. Cuando elevó la mirada, los ojos grises de Arthur la miraban muy de cerca. Resopló y la puso con un movimiento un tanto brusco detrás de él. Suspiró y miró al guardia—. *Main khud ka dhyaan rakhoonga.*

El guardia miró durante unos segundos a Arthur y luego echó una mirada enfadada hacia ella.

—*Vah yahaan nahin ho sakatee* —dijo el guardia con un tono de voz grave.

Katherine dio un paso más atrás y se colocó tras la espalda de Arthur.

—*Mujhe yah pata hai. Mujhe kshama Karen* —respondió él, aunque con un tono más tranquilo.

Arthur suspiró y fue directamente hacia el guardia, ante la mirada sorprendida de Katherine, que en aquel momento se removía inquieta. No iría a pelearse con él, ¿verdad? Se dirigió en su dirección con gestos acelerados, se agachó y tocó el pie del guardia. Perdió un poco el equilibrio, hecho que llamó la atención de ella, y se quedó así unos segundos, hasta que finalmente el guardia dio un paso atrás.

El guardia asintió hacia el coronel mientras se echaba a un lado.

Katherine escuchó a Arthur resoplar y, antes de que ella pudiese reaccionar, él ya había llegado hasta ella y la cogía del brazo, tirando para alejarla.

—Eh —se quejó al ver los movimientos bruscos de él.

Arthur no dijo nada, comenzó a tirar de ella hacia el otro lado del pasillo, en dirección a la habitación de Katherine. No pudo evitar clavar la mirada en los guardias que la observaban atentos, con gestos furiosos.

—Suélteme —susurró ella intentando deshacerse de su mano—. ¿Qué ha hecho? ¿Le ha tocado un pie? —preguntó aún incrédula.

—Es la forma de pedir perdón. —Aunque luego se quedó pensativo y la miró enfadado—. Bueno, más bien de suplicar el perdón.

—¿Perdón? ¿Por mí? —preguntó aún asombrada.

Arthur la miró enfadado y, cuando llegaron a la esquina para avanzar por el pasillo de ella, la soltó.

Katherine se pasó la mano por la zona donde la había sujetado.

—Pues claro que por usted —respondió molesto—. ¿Qué estaba haciendo ahí? —preguntó con tono elevado señalando hacia el otro lado del pasillo—. Está prohibido. Ya se lo dijo Nandim. Esa parte es el *haram*, el recinto de los hombres —señaló hacia el otro lado—. Y este el *harén*, el de las mujeres —señaló su pasillo.

Ella se removió nerviosa.

—No sabía que estaba prohibido —reaccionó ella—. No soy adivina —se defendió.

Aquella respuesta lo puso más furioso. Seguramente, si no hubiese aparecido él en aquel momento, los guardias se habrían puesto furiosos con ella y la habrían tratado con brusquedad.

—Pues espero que le haya quedado bien claro ahora —remarcó él—. Usted no puede pasear libremente por algunas zonas del fuerte. Está prohibido para una mujer. Existe un rígido código de segregación en el palacio donde las mujeres no pueden mezclarse con los hombres.

—Ah, qué bien —ironizó ella—. ¿Y se supone que yo debo saber eso? Usted debería haberme informado —le recriminó—. Además, el problema lo tienen sus guardias —alzó más la voz—. No hace falta ser tan desconsiderado, si... —resopló—, me han asustado, no tenían por qué hacer eso.

—¿Guardias? —comenzó a reír—. Son eunucos, están precisamente aquí para vigilar a las mujeres de palacio, no le habrían hecho ningún daño. Están... —Y luego sonrió de forma cómica.

—¿Están qué?

—Castrados. —Y sonrió más aún—. No le habrían hecho nada, así que no dramatice tanto —acabó diciendo. Luego adoptó un tono de voz más serio y borró la sonrisa de la cara al explicarle aquello—. El problema es que usted ha transgredido las normas de palacio y ha entrado en una zona en la que no tiene derecho a entrar.

—¡Solo estaba ayudando a mi padre! —gritó molesta—. Ni siquiera podía subir las escaleras. —Señaló hacia ellas.

Arthur la miró fijamente y luego suspiró. Volvió a cogerla del brazo y la instó a avanzar hacia su habitación.

—Estaba borracho —continuó ella con mirada acusadora hacia Arthur—. Y ha fumado opio —le incriminó—. Apenas guardaba el equilibrio —siguió defendiéndose. Llegó hasta la puerta de su habitación y se soltó de nuevo de su brazo. Arthur colocó una mano en la pared y bajó la cabeza—. De hecho, al principio ni me ha reconocido... —Se señaló a sí misma, lo que hizo que Arthur la observara. Llevaba una bonita túnica amarilla que realzaba sus curvas. Cerró los ojos intentando centrarse mientras ella no dejaba de hablar—. No dejaba de decir tonterías... Que si me había casado, que si una boda preciosa...

En ese momento, Arthur prestó atención hacia ella de nuevo, sin dejar de estar apoyado contra la pared. Una sonrisa tímida y de circunstancias apareció en su rostro.

—Ya, bueno... eso quizá sea culpa mía... —admitió arrastrando un poco las palabras.

Katherine enarcó una ceja hacia él.

—¿Qué?

Se puso erguido intentando guardar el equilibrio y la señaló.

—Los guardias o los súbditos del emperador han debido de verla, porque el mismo emperador me ha preguntado por usted... —Ella lo miró sin comprender—. Le dije que era mi esposa —explicó con toda naturalidad.

Ella parpadeó varias veces y se cruzó de brazos.

—¿Que ha hecho qué? —preguntó impresionada.

Él abrió los brazos hacia ella.

—¿Y qué querías que hiciese, Katherine? —preguntó abandonando todo formalismo, con tono de voz irritado—. Ese hombre tiene un harén con más de seis mil mujeres. ¿Quieres formar parte de él?

—Eh, tampoco hay que pasarse —se quejó ella por esas palabras.

Arthur dio unos pasos intimidatorios hacia ella.

—Apuesto a que el emperador estaría encantado de tenerte en su cama. —Y acabó sonriendo con malicia—. Aunque dudo que eso fuese de tu agrado y del de tu padre.

—Será maleducado... —murmuró ella entre dientes.

Arthur resopló más fuerte y volvió a apoyarse de cara a la pared. Si no tenía suficiente con el opio, ahora Katherine mostraba su genio, justo cuando menos ganas tenía de discutir. Lo único que necesitaba era llegar a su cama, descansar y dejar que los efectos del opio se fuesen desvaneciendo. Sabía que en un par de horas como mucho no notaría nada, pero confiaba en estar ya plácidamente dormido para entonces.

Aquel gesto llamó la atención de Katherine, que se acercó con mirada inquieta y lo olfateó.

—Usted también ha fumado... —le recriminó. Arthur apretó los dientes y se quedó mirándola—. Me parece muy bien que haga usted lo que quiera, pero sabe que mi padre...

—Su padre ya es mayorcito para cuidarse solo —le cortó con un movimiento de mano.

Ella se exasperó.

—Usted ha escuchado sus ataques de tos —protestó, a lo que Arthur agachó la cabeza y cerró los ojos, como si se cargase de paciencia—. No debería...

—Oiga —dijo dando un paso hacia ella, furioso por el hecho de que le hiciese responsable—, ¿se da cuenta de lo que está diciendo? Su padre me dobla la edad. —Luego la miró de arriba abajo y dio un paso hacia ella mientras contemplaba su túnica amarilla. Era un vestido realmente precioso y hacía destacar mucho más su belleza y la ternura de sus rasgos. Estaba seguro de que si el emperador la veía se encariñaría con ella—. ¿La han perfumado? —preguntó con voz calmada, como si aquello fuese lo que importara en ese momento.

—Sí, y usted también necesitaría un buen perfume...

—¿Y dónde ha conseguido esas ropas? —preguntó como si fuese consciente de todo aquello en ese mismo instante.

—¿Dónde cree? —lo retó ella colocándose las manos en la cintura—. Las mujeres de este lugar son muy amables. Han venido a buscarme y me han bañado, peinado y regalado unos vestidos.

Arthur parpadeó varias veces.

—¿La han llevado a la habitación principal del harén?

—Pero ¿qué dice? —preguntó asustada—. Era una simple habitación con un barreño... —Arthur se llevó la mano al corazón y pareció soltar el aire que había aguantado—. ¿Pero qué le pasa? —preguntó desesperada.

Intentó calmarse y señaló hacia la habitación de Katherine.

—Vaya a descansar y procure no meterse en más líos —dijo directamente sin responder a su pregunta. Ella lo miró fijamente, como si lo retase—. Vamos —ordenó de nuevo, aunque con bastante paciencia—. Mañana a las nueve debe estar lista; pasarán a buscarla.

—¿Para qué?

—Su padre dijo que estaba interesado en ver el mercado de Agra y...

—Sí, es verdad... las telas —recordó ella inmersa en sus pensamientos.

—A las nueve y... —Miró hacia el lado donde había un banco de madera—, espere aquí sentada.

Ella apretó los labios.

—Nandim me ha dicho que podía pasear por los jardines.

Arthur resopló de nuevo, se le estaba agotando ya la paciencia.

—¿Por qué no obedece y listo? —Ella se cruzó de brazos—. ¿Sabe? Haga lo que quiera. Usted también es mayorcita para saber lo que le conviene —protestó girándose, dándose ya por vencido—. Será malcriada... consentida... —susurró por lo bajo mientras se alejaba de ella con paso apresurado.

Katherine estuvo a punto de recriminarle sus palabras. Aunque el coronel las había susurrado, lo había escuchado y entendido todo con total claridad.

Lo observó cruzar el pasillo con paso presto y tomar el paralelo. En ese momento fue consciente, aunque había oscuridad, de que la miraba fijamente mientras avanzaba hacia su habitación. Llegó y cerró la puerta tras de sí con un ligero portazo.

Arthur se había sorprendido cuando, al día siguiente, la había visto sentada en aquel banco tal y como le había pedido. Aquella mañana se había arrepentido de las últimas palabras que había pronunciado. Sabía perfectamente que ella las había escuchado.

Fynes y Katherine habían marchado hacia el centro de Agra junto a un pelotón de quince hombres, mientras Arthur, Nandim y el resto de los hombres se encargaban de dar el recado a uno de los hombres de confianza del emperador de que aceptaban el trato. Prácticamente no había mediado palabra con Fynes, lo suficiente como para saber si aceptaban el acuerdo y darse cuenta de que el padre de Katherine no dejaba de echar miradas furtivas a su hija, como si se sintiese intimidado ante el constante escrutinio al que los sometía a los dos.

Había pasado toda la mañana preparando la caravana para partir al día siguiente, se había encargado de los alimentos, de elegir a los soldados que el emperador le ofrecía y de conseguir armas.

Aquella noche, en la cena, acabarían de ultimar los detalles, y el emperador Shan Jahan les entregaría una carta que harían llegar al emperador Ming de China para abrir el comercio entre los dos imperios. Aquello iba a ser todo un logro a nivel económico para el Imperio británico, lo que reportaría muchos beneficios a la corona.

Tras finalizar los preparativos de la caravana, sopesó ir a Agra en busca de Arthur y Katherine, pero tras la discusión de la noche anterior con Katherine prefirió mantenerse al margen.

Con todo, salió de su habitación cuando escuchó que volvían de Agra. Katherine vestía una túnica de color rojo, junto a un velo que ocultaba parte de su cabello rubio. Se quedó viéndola caminar por los jardines desde la segunda planta. La observó mientras la veía subir hasta su pasillo y se sentaba en el banco. Era tan hermosa...

Arthur bajó las escaleras y saludó a Patrick con un movimiento de cabeza.

—¿Ha ido bien? —preguntó.

—Sí, coronel —respondió Patrick—. Todo en orden. Ningún problema.

Arthur asintió y le hizo un movimiento con la mano para que lo dejase a solas con Fynes. Fynes le parecía buen hombre. Al principio había pensado que era un insensato, pero a medida que lo conocía se daba cuenta de que era una gran persona.

—Veo que ha disfrutado de la excursión —apuntó Arthur con una leve sonrisa.

—Oh, es increíble. El bazar, las telas, las especias, el aroma que se respira... es impresionante, ojalá hubiese podido acompañarnos.

Arthur respondió a aquello con una sonrisa forzada.

—He tenido otros asuntos que atender. Debía tener lista la caravana para mañana.

—¿Y lo está? —preguntó con interés.

—Sí —respondió rápidamente. Se quedó observándolo y le hizo un gesto para indicarle que lo acompañase a su habitación—. Me gustaría hablar con usted, en privado.

—Claro, claro... —respondió Fynes mientras lo seguía.

Entraron a la habitación y Arthur cerró la puerta. En ese momento, Fynes comenzó a toser. Arthur se quedó observándolo hasta que poco a poco fue calmándose.

—¿Está bien? ¿Quiere agua?

Fynes volvió a toser mientras asentía. Aquella tos produjo en Arthur cierto malestar. Llenó el vaso que tenía con el agua de una jarra de cerámica que le habían llevado.

Justo cuando parecía que la tos remitía, comenzó de nuevo y con más intensidad. Arthur lo cogió del brazo y lo sentó directamente en la cama. Aquello no parecía un simple constipado mal curado, como Katherine quiso hacerle creer.

Comenzó a ponerse nervioso cuando la tos se incrementó. Iba a salir de la habitación para pedir ayuda cuando Fynes paró. Se quedó quieto frente a la puerta de la habitación, estudiándolo.

Fynes estiró el brazo hacia él para señalarle el agua. Arthur se la entregó enseguida y este dio un sorbo. Carraspeó y se llevó la mano al pecho, tratando de recuperar el aliento.

—Ya estoy mejor —susurró respirando profundamente.

Arthur se quedó mirándolo y le cogió el vaso de agua de la mano.

—¿Quiere que avise al médico?

Fynes negó.

—No, no hace falta. Son solo los ataques de tos; cuando se me pasan me encuentro perfectamente.

—¿Lo visitó algún médico en Londres?

Fynes elevó la mirada hacia él y sonrió.

—Por supuesto, varias veces... —Se encogió de hombros—. Llevo varios meses así. De vez en cuando me sorprenden estos ataques, pero ya ve que se pasan rápido.

Arthur tragó saliva, inquieto; aquella tos escondía algo más serio que un simple catarro.

—Estaría más tranquilo si lo visitase un médico...

Fynes rehusó su petición con un movimiento de mano.

—Estoy harto de médicos, muchacho. Sin embargo, sí me iría bien una de las infusiones que me preparó mi hija el otro día...

—¿Tulsi? —preguntó directamente.

—Sí, creo que dijo que se llamaba así. Es extraordinaria.

Arthur sonrió más tranquilo al ver que Fynes se recuperaba.

—Es una hierba medicinal de aquí. Es perfecta para la garganta y la respiración. Le pediré a su hija que le haga una infusión... —dijo dirigiéndose a la puerta, pero Fynes lo llamó antes de que abriese.

—No se preocupe, ahora iré yo en persona —dijo cogiendo de nuevo el vaso de agua de Arthur. Dio un sorbo y carraspeó—. ¿De qué quería hablarme?

Asintió y fue hacia él de nuevo.

—Verá, no sé si recuerda lo que ocurrió ayer...

Fynes rio y apartó la mirada avergonzado.

—Hacía tiempo que no me divertía tanto... —se sinceró, lo que hizo que Arthur lo mirase divertido—. Aunque está claro que lo que me divierte a mí no divierte a mi hija.

—De eso mismo quería hablarle —le señaló. Luego enarcó una ceja hacia él—. No sé si recuerda una parte de la conversación que hubo con el emperador en la que salió el tema de su hija...

—Y tanto que lo recuerdo —pronunció.

—Debe saber que el emperador, Shah Jahan, pese a que es un buen hombre con los británicos y un excelente negociador, tiene un harén con más de seis mil mujeres. El hecho de que su hija...

Fynes se levantó e hizo que guardase silencio con un movimiento de la mano.

—Comprendo la situación, coronel —pronunció directamente—. Y le agradezco que proteja a mi hija de esa forma. Sé que es su trabajo, su misión aquí, pero quiero que sepa que estoy profundamente agradecido por su intervención.

Arthur asintió y apartó la mirada de él. Fynes era un hombre razonable y agradecido; parecía comprender mejor la situación que su propia hija.

—Esta noche en la cena estará el emperador —observó cruzándose de brazos.

—Hablaré con mi hija —respondió dando unos pasos hacia él. Luego le sonrió con complicidad—. De veras que se lo agradezco mucho.

—No hay de qué —respondió.

Fynes se encogió de hombros.

—¿Quiere hablar de algo más? —Arthur se quedó pensativo y negó con la cabeza—. Bien... pues voy a pedirle a mi hija que me prepare una infusión —dijo abriendo ya la puerta— y a hablar con ella. —Luego hizo un gesto gracioso hacia Arthur para darle a entender que seguramente su hija no estaría de acuerdo y pondría el grito en el cielo—. Por cierto, ¿a qué hora es la cena?

—A las siete —informó.

Sacó el reloj de bolsillo y lo observó.

—Quedan cuatro horas. —Reaccionó pensativo. Luego miró a Arthur y le sonrió, giró el rostro hacia el pasillo que tenía enfrente y observó a su hija sentada en el banco—. Está claro que no está de acuerdo con mi comportamiento de ayer... —susurró su padre, y luego miró a Arthur con una sonrisa forzada, hecho que hizo gracia al coronel.

—Ni con el mío —pronunció mientras miraba también a Katherine.

—Deséeme suerte, coronel —bromeó Fynes mientras caminaba por el pasillo, sin siquiera girarse. Desde luego, con aquella mirada que lucía Katherine la iba a necesitar.

El salón era enorme. Ni los más prestigiosos de Londres podrían igualar la grandeza de aquel lugar. Katherine había sabido desde un inicio, sin que hiciese falta que nadie se lo dijese, quién era el emperador. Pese a su poca altura tenía un porte elegante, digno de un emperador. Vestido con una túnica de color verde atada a la cintura con un cinturón blanco, del mismo color que los pantalones que llevaba debajo, se había acercado a ellos con la mirada puesta en Katherine. Arthur no había dudado en presentarla de inmediato.

Katherine imaginó que el emperador sacaría el tema sobre su ficticio matrimonio, pero no fue así. Era como si todo el mundo confiase en la palabra del coronel y no la pusiese en duda. En las horas previas al banquete incluso había ideado una falsa historia sobre los dos. De nada había servido, pues todo el mundo los trataba como si fuesen un matrimonio consolidado.

Tras unas horas allí, se daba cuenta de que aquella ficción era lo mejor que podía haber hecho, pues todos los hombres que había en el enorme salón la observaban como si de un objeto se tratase.

El emperador junto a sus funcionarios de gobierno ya sumaban diez personas en el salón; además, se encontraban también allí los tenientes del ejército que el emperador había decidido que los acompañasen, concretamente dos, que junto a Nandim serían los encargados de guiar a la expedición hasta Dunhuang.

Habían comido de todo: verdura, quesos, algún plato de carne hervida, como el conejo o el ciervo, y hasta pescados. La mayoría de los alimentos estaban demasiado especiados para su gusto, pero agradecía llevarse a la boca algo que no fuese una sopa o algún trozo de carne chamuscada.

Katherine se había sentado entre Patrick y Arthur, nerviosa al principio al ver que era la única mujer allí, pues ni siquiera las mujeres de los hombres que estaban allí o del mismo emperador cenaban con ellos.

Arthur la miró de reojo; no había intercambiado palabra alguna con ella desde la última noche. Se quedó observando su hermoso perfil, aquellos enormes ojos azules, sus largas pestañas, su nariz respingona, sus mejillas sonrosadas, sus labios carnosos... y no pudo por menos que tragar saliva. Era una mujer preciosa y de gran valentía, eso no podía discutirlo. Se removió incómodo mientras soltaba la copa sobre la mesa y finalmente se decidió a entablar conversación.

—Esta tarde a su padre le ha dado un ataque de tos... —susurró, aunque con tono de voz preocupado. Aquel comentario hizo que ella lo mirase intrigada—. Cuando se ha recuperado le he ofrecido avisar a un médico, pero no ha querido. Me ha dicho que usted le prepararía una infusión. ¿La ha tomado?

Katherine se quedó observándolo y suavizó la mirada, pues el tono que había empleado no le recriminaba nada; al contrario, parecía realmente preocupado.

—Sí —susurró—. Le ha sentado muy bien.

Arthur asintió e iba a apartarse, pero decidió continuar en la misma posición.

—Creo que ayer no fui muy justo con usted —se sinceró, lo que hizo que ella ladease la cabeza a la izquierda—. Es cierto que no conoce las costumbres del lugar y que tampoco se le ha informado. Lamento si en algún momento la ofendí.

Se quedaron mirando fijamente hasta que ella asintió para aceptar sus disculpas.

—No se preocupe. Entiendo lo que hizo, sé que lo hace con buena intención.

Arthur sonrió más tranquilo y volvió a incorporarse en la silla. Katherine depositó la servilleta sobre la mesa y esta vez fue ella la que se acercó levemente a él.

—¿No va a venir ninguna mujer más?

—No. Las mujeres y los hombres suelen hacer vidas por separado. —Aquella información la desubicó. Ya le habían explicado que el palacio estaba dividido en dos zonas, la de los hombres y la de las mujeres, pero al menos deberían poder compartir la comida o la cena—. La dejan estar aquí porque anoche dije que era mi esposa. Saben que en la cultura británica una mujer acompaña a su marido a actos sociales y, por respeto a la corona británica y a los negocios que vamos a establecer con ellos, han accedido a que nos acompañe, como muestra de afecto —la informó. Katherine apartó la mirada de él y suspiró—. Debería estar agradecida, no es muy común —completó.

—Y lo estoy —afirmó ella—. Al menos hoy puedo salir de la habitación —dijo con ironía.

Arthur chasqueó la lengua mientras cogía un trozo de queso y se lo llevaba a la boca. Se giró hacia su amigo Nandim, sentado a su lado, que conversaba de forma distendida con Fynes.

Permaneció unos minutos más callada, observando con disimulo el enorme salón iluminado con decenas de lámparas de aceite. La mesa se encontraba en un lateral de la espaciosa habitación y, al otro lado, había una tarima y cientos de cojines y edredones, así como varios instrumentos que reposaban en el suelo.

Arthur se acercó de nuevo a ella para comentarle algo. Katherine lo miró de reojo.

—Fíjese en ese hombre, el cuarto comenzando por el final de la sala...

—¿El que viste de azul? —preguntó intrigada. Era un hombre bastante más alto que el emperador, con una barba bien perfilada y recortada. Parecía bastante joven en comparación con el resto de los hombres—. ¿Qué ocurre? —preguntó con curiosidad.

—Se trata de Todar Mal.

Katherine miró a Arthur con una sonrisa incrédula y volvió a mirar al hombre.

—No sé quién es —susurró.

Arthur se apoyó contra la silla con una leve sonrisa.

—Es el visir de economía del Imperio mogol. Lo que en Gran Bretaña llamaríamos ministro.

Ella parpadeó varias veces, sorprendida.

—¿Ese hombre dirige toda la economía de un imperio? —preguntó—. Parece muy joven.

Arthur se apoyó contra la mesa y le dio otro bocado al queso. Sonrió a Katherine y se acercó un poco más para mantener una conversación privada, aunque sabía que la mayoría de los hombres de allí no lo entenderían.

—Sí, y además lo hace muy bien. La última reforma que hizo fue unificar los estándares de medidas y pesos. También ha reorganizado el sistema tributario de todo el imperio y ha creado una nueva subdivisión administrativa muy eficiente. —Katherine lo miró fascinada, no por lo que le relataba, sino por el hecho de que Arthur le explicase todas aquellas cosas—. La economía del Imperio mogol se basa en el feudalismo y, sobre todo, en la agricultura. Pero, como comprenderá, un imperio como este no se sostiene solo de la agricultura. —Y directamente sonrió a Katherine; disfrutaba de poder explicarle todo aquello, pues la muchacha parecía entusiasmada con todas aquellas explicaciones, algo que sin duda había heredado de su padre—. La mayoría de las veces llenan sus arcas del saqueo de los reinos vecinos —bajó bastante el tono—. A todo esto deben sumarse las inversiones extranjeras, como en este caso la británica, y... el pago de los impuestos y las rentas de las aldeas, cuyas tierras pertenecen al emperador y que suelen ser de cuatro millones de monedas de cobre o bronce, los dams, o noventa y nueve millones de rupias de plata por año.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Nandim. —Lo señaló con un ligero movimiento de cabeza—. Él es uno de los nobles terratenientes que recaudan impuestos en las aldeas.

Katherine hizo memoria.

—Sí, recuerdo que la noche que fuimos a cenar con él nos explicó que era como un alcalde —bromeó.

—Más o menos —apuntó Arthur.

Se quedó pensativa, analizando la información que le había dado.

—Es mucho dinero el que recaudan al final de cada año; no me extraña que pueda permitirse tanto lujo pero... —Y se puso más seria, acercándose a él—. Esta mañana, cuando he ido a visitar el bazar, he visto mucha pobreza.

Arthur miró al frente un segundo y se inclinó un poco más sobre ella.

—No todo es lo que parece —apuntó—. Existe un superávit, hay más ingresos que deudas por pagar. Siempre hay grandes beneficios. Creo recordar, por lo que me explicó Nandim, que de los presupuestos que elaboran cada año solo un cinco por ciento se destinan a la casa real, un diez por ciento a la guardia real...

—¿A los eunucos? —bromeó.

Aquello hizo que Arthur la mirase divertido y que mostrara sus relucientes dientes blancos totalmente alineados.

—Sí, a ellos también —apuntó—. Un cincuenta por ciento para aparato militar... Sin embargo —continuó—, las escuelas son gratuitas.

Aquello pilló de improviso a Katherine.

—¿Gratuitas?

—Sí, todos los niños tienen derecho a estudiar, y no solo estudios primarios, también los avanzados... Y le aseguro que la enseñanza que pueda recibir un niño mogol es de la mejor del mundo. Aprenden lenguas como el árabe y el persa, y, ahora, con la colonización por parte de países europeos, se esfuerzan por aprender los idiomas para favorecer el comercio. Estudian desde gramática, retórica, a los grandes pensadores como Sócrates, Aristóteles, Platón, Galeno... Y todo esto suministrado por los *mulás*, *munshis* y *qadis*, es decir, clérigos, secretarios y jueces requeridos por la comunidad, que gozan de un buen prestigio. Estudian junto a los mejores doctores, filósofos, legisladores... Además, a lo que más ha contribuido este emperador es a la educación, pues ha construido desde el inicio de su reinado el doble de escuelas de las que había, y no solo duplicando las de estudios primarios, las *madradas*, sino también las *maktabas*, las de estudios avanzados. Incluso muchas veces alojan a alumnos como internos...

—¿Cuando son huérfanos?

—No hace falta que esa sea la causa. Pese a que se han duplicado las escuelas, a muchos de esos niños que quieren estudiar les queda a horas de su casa. Se dan subvenciones para que los niños puedan vivir en la escuela y se les da un lugar para dormir y alimentarse; así no tienen que hacer viajes de larga distancia cada día.

Ella asintió.

—Pues... no es un país tan cruel como lo pintaba —sonrió.

—Aún no he acabado. Le estoy hablando del sistema educativo musulmán... —la previno—, donde los alumnos solo son varones. Las únicas niñas que reciben alguna educación en su vida son las de la alta aristocracia o las prostitutas —acabó bromeando.

Ella chasqueó la lengua y le golpeó levemente el brazo al escuchar aquella última palabra, como si la importunase. Arthur la miró divertido por su gesto y se encogió de hombros.

—Es la verdad. —Se acercó de nuevo a ella y señaló hacia delante, cambiando de tema—. Ese hombre es Fatullah Firazi, lo conocí la primera vez que vine a Agra.

—¿Quién es? —preguntó emocionada.

—Es otro miembro del gabinete real, pero destaca por ser un gran filósofo.

—¿En qué gabinete real está? ¿En economía también?

Arthur iba a responder cuando el emperador se puso en pie. Todos guardaron silencio.

Shah Jahan los miró a todos y comenzó a hablar. Nandim se acercó a los dos para traducir.

—Está hablando de ti —señaló a Arthur, el cual lo miró confundido—, de tu preciosa esposa... —Arthur miró de reojo a Katherine— y del embajador británico.

—¿De mí? —preguntó Fynes asombrado.

—Dice que es un honor teneros aquí. Que hoy comienza una nueva era en la que las dos grandes potencias se unen para formar un mercado único... —Nandim se calló y miró directamente a Arthur—. Van a hacerte un presente.

Arthur arqueó una ceja.

En ese momento, los cuatro se giraron hacia el vasallo que se acercaba al emperador portando una prenda de ropa de gran belleza. El emperador miró directamente a Arthur y caminó hacia él. Se colocó enfrente y el coronel se puso directamente en pie.

—Por unos fructíferos negocios.

Arthur asintió y cogió la tela que le ofrecía.

—Muchas gracias. Es un honor.

Shah Jahan asintió ante el gesto del coronel y bajó la mirada hacia Katherine, que lo observaba sin comprender muy bien lo que ocurría.

—Mis mujeres me han informado de que le han regalado ropas...

Ella asintió sin saber muy bien cómo reaccionar. Acto seguido se puso en pie, pues creía que era lo correcto como muestra de respeto.

—Mandaré que le entreguen alguna prenda más para su comodidad en el viaje.

Ella asintió y se inclinó en señal de reverencia.

—Se lo agradezco.

El emperador los miró a los dos y luego sonrió a Fynes, que se puso en pie en cuanto Shah Jahan dio un paso en su dirección.

—A usted le regalo mi botella de whisky escocés.

—Es un honor recibirla de sus manos.

Aquel comentario divirtió al emperador, que se giró mientras alzaba la mano y señalaba a uno de sus vasallos, y se distanció de ellos para dirigirse a la zona de los almohadones, donde tomó asiento en el más grande. Todos los comensales se pusieron en pie y se dirigieron a la zona, y algunos se sentaron sobre los almohadones y cojines, y otros directamente en las alfombras, todos rodeando la tarima en alto.

Fynes se acercó para observar la bonita tela que le habían entregado a Arthur. Era de un color azul brillante, ricamente bordada creando flores amarillas, rosas y verdes. En las mangas y en el cuello tenía un precioso bordado en rojo. Jamás había visto una tela más hermosa que aquella.

—Es precioso. Muy buena tela, y el trabajo de bordado es exquisito —remarcó Fynes.

Nandim miró al embajador.

—Es un kaftán o manto de honor —explicó—. Es un gran honor recibirlo.

Arthur miró fijamente a Nandim sin sonreír, totalmente pensativo.

—Felicidades, coronel —pronunció un Fynes sonriente.

Arthur lo miró de reojo y esta vez sonrió.

—Gracias —dijo mirando alrededor. Sin decir nada más, fue hacia uno de los vasallos, le entregó el kaftán y le pidió que lo llevase a sus aposentos.

Cuando se colocó al lado de Katherine, ella lo miraba extrañada; no parecía muy contento por el regalo del emperador.

—Vayamos a sentarnos —indicó Nandim dirigiéndose a la zona de descanso, donde un hombre subía los escalones y se colocaba en medio de la tarima. Se giró hacia Fynes y explicó—. Se trata del poeta persa *Saadi*, uno de los favoritos del emperador.

Katherine caminaba junto a Arthur tras su padre y Nandim, que parecía que aquellas últimas horas durante la cena habían congeniado bastante bien.

Katherine se adelantó un poco.

—¿Vamos a escuchar poesía?

Nandim les indicó un almohadón para que se sentasen y él se sentó junto a Fynes sobre la alfombra persa.

—Una *mushaira*, un recital poético —explicó.

Katherine asintió mientras miraba al frente, al hombre que se arrodillaba sobre la tabla apoyando su trasero en los talones, con la espalda erguida y las dos manos sobre las piernas dobladas.

Se hizo el silencio y poco después comenzó a recitar o, al menos, eso intuía Katherine, ya que no entendía nada de lo que decían.

Miró de reojo a Arthur; permanecía bastante callado, había notado un brusco cambio de humor. Se acercó levemente y susurró.

—¿Va todo bien?

Él la miró de reojo y asintió, aunque detectó que no era sincero del todo.

Iba a insistirle cuando la interrumpieron los comentarios de todos los allí presentes.

—¡Wah, wha!^[11]

Katherine se giró para observar a la gente, que no dejaba de repetir aquella palabra mientras el poeta no dejaba de recitar unos versos con los ojos cerrados, concentrado en cada palabra que pronunciaba.

Muchos de los hombres agitaban las manos y la cabeza. Algunos de ellos permanecían con los ojos medio abiertos, expresando deleite al escuchar aquellas palabras.

Suspiró y se dedicó a permanecer callada.

Poco después, la música había comenzado a sonar. Cuatro hombres cogieron los instrumentos y empezaron a tocar. Los cuatro instrumentos los conocía, solo que a su parecer los habían adaptado a aquella cultura. Nandim le había explicado cómo se llamaba cada uno de ellos. El *sitar* era parecido a una guitarra; la tabla, a un tambor; el *shehnai* era un instrumento de viento similar a un oboe, y, el *swarmandal*, un arpa. Otro hombre vestido muy elegante con una camisa roja y unos bombachos blancos se había unido a la pequeña orquesta para cantar.

Tres bailarinas y dos bailarines se encontraban sobre la tarima danzando al son de la música. Las mujeres, ataviadas con un vestido de gasa verde, muy volátil, y un

velo en la cabeza del mismo color, y los hombres con una camisa holgada verde y los pantalones blancos, llamados *churidar*, llenos de pliegues.

Todos danzaban golpeando los pies contra la tarima, completando la música con los cascabeles que llevaban en los tobillos y las numerosas pulseras que chocaban en sus muñecas cuando elevaban los brazos, haciendo que sonasen al compás de la música, girando sobre sí mismos o bien elevando los brazos o agitándolos hacia un lado u otro.

El ambiente se había vuelto más distendido y todos conversaban mientras una música animada sonaba y los bailarines danzaban.

Arthur había permanecido callado durante todo el rato que había durado el recital de poesía y desde que había comenzado la danza, hacía diez minutos, seguía sin decir palabra.

Katherine se acercó cuando observó de reojo que adoptaba una postura más relajada, recostado en el almohadón sobre los brazos, hacia atrás y estirando las piernas.

—¿Son cascabeles?

Despertó de un sueño y durante unos segundos pareció desubicado.

—*Ghungrus*, aquí se llaman así. Son los cascabeles que usan para el baile. —Se incorporó sobre el almohadón—. El baile se llama *kathak*, el cantante narra una historia y los bailarines la expresan mediante sus gestos en el baile.

—¿Y qué dice la canción? —preguntó animada.

Arthur sonrió.

—Canta demasiado rápido... —dijo mientras observaba al hombre que entonaba la canción. Volvió la mirada hacia ella y se encogió de hombros—. Algo sobre que las aguas fluyen por los ríos... —Volvió a centrar la mirada en los bailarines—. Mira... —le indicó con un movimiento de cabeza que observase la danza—, cada gesto de sus pies, de sus manos, incluso de sus ojos... tiene un significado. La flor de loto, una paloma volando... —decía mientras los bailarines hacían gestos con las manos.

—Vaya... —respondió fascinada, observando atenta a las tres mujeres y los dos hombres, totalmente sincronizados. Ya le habían llamado la atención aquellos extraños movimientos que hacían con las manos, pero no sabía que cada uno de ellos tuviese su propio significado.

—Son prostitutas —susurró acercándose. Ella lo miró directamente. Desde luego, no habría podido elegir mejor palabra que esa para romper la magia del momento. La mirada que tuvo que echarle Katherine hizo que él riese. Aquello le gustó, pues llevaba un buen rato en actitud demasiado seria—. De hecho... —continuó él—, hoy el emperador debe de estar de muy buen humor, porque normalmente quienes interpretan esta danza en actos públicos son los hombres. Las mujeres lo hacen en contadas ocasiones y en actos privados... como este. —Ella alternaba la mirada de

los bailarines a Arthur—. Su religión les prohíbe muchos placeres de la vida y según muchos de sus seguidores la danza es un placer dudoso.

—Quizá para él no sea un placer... —contestó ella.

Arthur enarcó una ceja y se giraron hacia el emperador. Shan Jahan permanecía recostado sobre unos mullidos almohadones, abanicado por un hombre, con una gran sonrisa en los labios y palmeando el ritmo de la música con una mano.

Sí, desde luego, para él era un placer. Cuando Arthur se giró hacia ella, Katherine tenía una gran sonrisa en el rostro. No pudo evitar bajar la mirada unos segundos hacia sus labios, aunque se obligó a elevarla hacia sus enormes ojos azules, chispeantes de vida y alegría mientras observaba a los bailarines.

—Son *tawaifs*. —Ella lo miró sin comprender—. Las bailarinas... —Señaló hacia delante—. Estas mujeres entrenan desde la niñez para agradar a los clientes masculinos mediante el canto, la danza y la poesía. Estas, en concreto, viven con la corte.

—¿En el harén?

—Exacto —le dio la razón—. En el harén no solo viven las *tawaifs*, sino también toda la familia femenina del emperador. Su madre, hermanas, esposas, hijas, sobrinas...

—Solo mujeres —remarcó ella, a lo que Arthur asintió.

—Aunque pocas mujeres de familias decentes... —incidió en aquella palabra— estudian la danza. No verás a la madre, esposa, hermana o sobrina del emperador bailar. Solo la practican las cortesanas o las herederas de estas, las hijas que tienen las cortesanas con el emperador. Ellas —señaló a las bailarinas— tienen la suerte de vivir en el harén del emperador, en la corte real; otras, las que también pertenecen a una casta señorial, viven en mansiones a las que llaman *havelí*. Y, por último, están las que viven en casas comunes, las *kotha* o también las conocidas casas del placer, frecuentadas por ricos.

Ella lo miró de reojo e hizo un gesto gracioso.

—Parece muy instruido en el tema, coronel —bromeó.

—Son las primeras palabras que le enseñan a un hombre extranjero cuando llega a esta tierra. En mi primera semana —continuó divertido—, estuve ayudando a descargar barriles. Estuve a punto de meterme en una *kotha* a pedir agua. Nandim me salvó —ironizó haciendo que ella riese.

—Ya, a pedir agua —dijo con una gran sonrisa.

—Ya ve que la gente aquí es muy hospitalaria, te atienden en cualquier lugar. —Se rio mientras observaba a las bailarinas—. De hecho, muchas cortesanas se casan con el señor con el que mantienen una relación.

—¿Se casan? —preguntó sorprendida—. Entonces tienen un marido.

—Sí, y un marido muchas mujeres... —siguió con la broma—, todas las que pueda mantener, pero solo una es su favorita. Su religión no les permite tener relaciones extramatrimoniales. De ahí los cuantiosos matrimonios. —Luego señaló al

emperador—. La mujer favorita del emperador falleció al dar a la luz, de ahí que le construya el mausoleo que vimos hace dos días. —Katherine se quedó mirando al emperador; era cierto que Nandim le había explicado aquello, pero no lo había recordado hasta ahora—. Pero no se engañe... —continuó Arthur—, estas mujeres, las cortesanas, a diferencia del resto de las mujeres del reino, que no saben ni leer ni escribir, dominan la composición literaria y el recitado poético. Muchas tienen una gran fama como poetisas. Dominan el arte de la danza, el canto... Son mujeres muy ilustradas, preparadas para complacer a los hombres instruidos, los que van a las escuelas, en todos los aspectos. —Señaló levemente a las mujeres—. Estas mujeres que tiene delante, bailando, son mujeres con elevados conocimientos en literatura, instrumentos, artes... en todo.

Se quedó observándolas mientras danzaban al son de la música para deleite de todos los allí presentes. Era una gran contradicción la sociedad de aquel imperio. Mujeres rechazadas por ser cortesanas, pero a la vez las más ilustradas. No sabía en realidad cómo encajar aquello.

Tras casi una hora en la que se sucedieron bailes, cantos y una rítmica música, abandonaron el salón y se dirigieron a los aposentos. Nandim parecía haber forjado una gran amistad con Fynes, el cual no paraba de preguntar todo lo que se le ocurría. Los había escuchado hablar sobre la arquitectura del imperio, las telas, las cascadas ornamentales con las que caracterizaban los jardines de los palacios, esculpidas en mármol o granito rojo y talladas para provocar efectos sobre el agua.

Era una sociedad atrayente, exótica... si bien las diferencias sociales eran exageradas.

Katherine caminó junto a Arthur unos metros por detrás de su padre, Nandim y Patrick.

—Coronel... —pronunció ella—, he notado que cuando el emperador le ha regalado el manto ha cambiado su actitud. —Arthur la miró de reojo y se quedó unos segundos pensativo—. Nandim ha dicho que era un gran honor... —puntualizó.

—No todo es tan bonito como parece —contestó en tono bajo, observando la espalda de Nandim unos metros por delante. Giró la cabeza hacia ella—. El regalo de esta prenda es una señal de gran favor imperial.

—No entiendo —dijo rápidamente.

Arthur suspiró.

—Es cierto que es una señal pública de gran honor, pero no es solo eso. Para ellos, también significa la aceptación de la autoridad, el reconocimiento de la superioridad jerárquica del benefactor. Vestirlo implica una sumisión al imperio. —Chasqueó la lengua—. El emperador, con este gesto, ha querido lanzar un mensaje: aunque haya un acuerdo bilateral entre las partes por el cual ambas aceptamos voluntariamente todas las cláusulas, en este territorio él es superior. Gran Bretaña debe sumisión al Imperio mogol, ni más ni menos.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Y eso es malo? Estamos en su imperio —respondió—, no en Gran Bretaña. Arthur asintió.

—Es malo cuando implica sumisión, no acuerdos respetados por ambas partes y acordados de forma voluntaria.

Ella asintió al comprender el significado de las palabras. Ladeó el rostro hacia él y le medio sonrió.

—No creo que sea tan importante; como digo, estamos en su imperio, en su reino.

Él chasqueó la lengua y miró al frente, donde Patrick, Fynes y Nandim subían ya las escaleras en dirección a sus habitaciones. Arthur se detuvo y se giró hacia ella. Se le aceleró el corazón cuando su mirada coincidió con aquellos ojos azules. Así vestida, con aquellas telas y colores tan vivos, se realzaba aún más su belleza.

La luz de la luna y las estrellas hacían que su cabello rubio tomase una tonalidad más oscura. Se quedó observándola fascinado, sin decir nada, solo contemplándola. Hacía tanto tiempo que no observaba a una mujer de aquella forma, tanto... Permaneció así hasta que Katherine apartó la mirada de él y se removió nerviosa ante su proximidad.

—Será mejor que vaya a descansar —susurró ella dando unos pasos atrás.

—Sí —respondió reaccionando de su aturdimiento—. Mañana partiremos sobre las diez, tenemos un trayecto de unos cinco días hasta Nueva Delhi.

Ella afirmó con un gesto de la cabeza y se encaminó hacia las escaleras que la conducirían a su habitación.

—Buenas noches, coronel —susurró con la mirada fija en él mientras subía los escalones.

Arthur permaneció allí, en medio del jardín, con la mirada clavada en la puerta que Katherine cerraba lentamente. Era una mujer extraordinaria.

Sin poder evitarlo, los ojos azules de otra mujer volvieron a su mente. La había amado, la había querido con todo su corazón pese a que la guerra había intervenido alejándola de él, perdiéndose para siempre. Se había obligado a no amar, a alejarse de aquella tierra donde había conocido el amor verdadero por primera vez, pues no soportaba estar en aquel territorio sin ella.

Recordó la suave mano de Eara pasar sobre su mejilla, cómo toda su piel se erizaba ante su contacto; su ternura, su delicadeza.

—Todo saldrá bien —había susurrado mientras Arthur intentaba recuperar el sentido, mientras ella curaba sus heridas. Sus ojos azules aparecían como dos faros en aquella neblina provocada por el mareo.

Debía de haber recibido un fuerte golpe en la cabeza, pues le dolía horrores y, además, recordaba el sonido de un disparo. Poco después había perdido la consciencia. En ese momento se daba cuenta de que la bala de plomo debía de haberle atravesado el hombro porque aquella mujer de hermosos ojos azules le ponía un trozo de tela sobre el hombro y lo apretaba.

Se quedó observando el techo de madera de aquella humilde casita. No sabía dónde se encontraba, solo que en aquel momento le debía la vida a aquella mujer.

—Gare... —dijo la mujer, llamando la atención de otra persona que había en la cabaña—. Mira a ver si el hierro está caliente.

Intentó mirar a los lados, pero a duras penas la neblina que se le acumulaba en los ojos le permitía ver algo más que el rostro de aquella mujer; a su alrededor solo había oscuridad.

Se quedó observándola mientras notaba una gota de sudor frío resbalarle por la mejilla, provocada por el intenso dolor. Poco después, Arthur gritó al notar un dolor que ardía, que lo quemaba. Sabía que estaba cauterizando la herida. Perdió la consciencia durante unos segundos y volvió a recobrarla de inmediato. Se quedó totalmente consternado, intentando controlar el dolor que sentía por la quemadura, hasta que este fue remitiendo poco a poco y pudo recuperar el aliento. La mujer volvía a colocar una tela limpia sobre su hombro. Arthur movió la otra mano a duras penas hasta que la colocó sobre la suya.

—¿Quién es usted? —le preguntó a la mujer.

Habían partido temprano de Agra. Aquella ciudad había sido mágica. En ese momento, tres días después de abandonar la ciudad, no dejaba de recordar el mullido colchón sobre el cual había dormido.

Se puso de nuevo el velo sobre la cabeza para evitar que su cabello acabase totalmente empapado ante la intensa lluvia que los azotaba desde hacía diez minutos. Sabía que aquello iba a ser imposible; acabaría totalmente empapada, como otras veces. No era un grave problema para ella, pero sí para su padre.

Se giró de nuevo cuando escuchó que volvía a toser. Miró al inicio de la caravana, donde unos cuantos metros por delante Arthur y Nandim la presidían. Enlenteció el paso de su caballo y abrió la alforja, de la que extrajo una botella de coñac y miel. En cuanto llegasen a destino y montasen el campamento, le haría una infusión de tulsí.

—Toma, papá —dijo estirando el brazo para entregársela.

Fynes tosió de nuevo y cuando se calmó cogió la botella y la descorchó. Tuvo que parar de tragar, pues otro ataque de tos le hizo inclinarse hacia delante.

Katherine gimió al verlo y echó la mirada hacia delante. Necesitaba parar y refugiarse a su padre de la lluvia. Fynes dejó de toser y dio otro sorbo, y le devolvió la botella a su hija.

—Guárdala en tu alforja por si necesitas más.

Iba a contestar, pero comenzó a toser de nuevo. Katherine se desesperó. Dio unos golpes con los estribos a su caballo e hizo que aumentase el ritmo hacia el inicio de la caravana. Aquellos últimos días había mejorado la relación entre ellos dos; de hecho, desde la cena que había preparado el emperador todo había ido bien con Arthur. Pasaban la mayor parte del tiempo separados, pero, al menos, cuando se dirigía a ella ya lo hacía en tono moderado, sin despotismo.

—Coronel —dijo con la respiración acelerada. Arthur se giró y abandonó la conversación con Nandim—. ¿Falta mucho para llegar?

—Una media hora —contestó. Katherine se giró para ver a su padre. Seguía tosiendo, aunque desde allí no podía escucharlo—. ¿Ocurre algo? —preguntó.

Ella suspiró.

—Mi padre.

Arthur se giró y observó a Fynes echarse hacia delante sin dejar de toser. Miró de reojo a Katherine y sin decir nada más giró su caballo y aceleró el paso hacia él. Katherine lo siguió de cerca.

Cuando llegó a su lado, Fynes elevó levemente la cabeza mientras se tapaba la boca, sin dejar de contorsionarse y llevar su mano libre hacia su pecho, con cara de angustia.

—Fynes —dijo Arthur colocándose a su lado—. ¿Se encuentra bien?

—Es... solo... —No pudo continuar hablando, pues de nuevo comenzó a toser con intensidad.

Arthur miró a Katherine. Su rostro reflejaba verdadero terror. El cielo estaba totalmente encapotado, aunque como el resto de las veces que llovía, en menos de una hora podrían ver el cielo.

Cogió la correa suelta del caballo de Fynes y lo hizo salir de la caravana, apartándolo a un lado.

—¿Cuánto rato lleva así? —preguntó Arthur mientras bajaba del caballo.

—Unos diez minutos —contestó Katherine mientras lo imitaba.

Arthur se puso al lado del caballo de Fynes y lo cogió por la cintura.

—Vamos, Fynes, hay que bajar... —lo animó.

Volvió a toser y esta vez emitió un gemido cuando el oxígeno no entró correctamente en sus pulmones.

—¡Papá! —gritó ella acercándose nerviosa, ayudando a Arthur a bajar a su padre.

Arthur lo apoyó en su hombro mientras no dejaba de toser y lo colocó debajo de un árbol para que no se mojase tanto, apoyado contra el tronco. Katherine se puso al otro lado para sujetar a su padre por el brazo.

Fynes dejó de toser en ese momento y se soltó de su hija para llevarse la mano al pecho.

—Papá —sollozó ella colocándose ante él—, ¿puedes respirar bien?

Fynes asintió, aunque no habló; estaba agotado.

Arthur se fijó en la caravana. Por mucho que le dijese que estaba bien, tenía claro que algo le ocurría; era una tos espesa y muy grave, demasiado grave.

Corrió hacia la caravana e hizo que se detuviera una carreta.

—Eh, detén la carreta a un lado —le ordenó al oficial, que obedeció de inmediato.

Miró a Katherine, que se encontraba sujetando a su padre contra el tronco del árbol.

—Ven, ayúdame... subiremos al señor Chapman a la carreta.

El oficial asintió mientras bajaba de esta. Volvió hacia Katherine, que en ese momento le decía palabras tranquilizadoras a su padre.

—Tranquilo, respira tranquilo, papá... —susurró mientras le acariciaba el cabello con cariño.

Arthur fue hasta ellos, lo cogió del brazo y se lo pasó por encima del hombro. El oficial lo imitó por el otro lado y arrastraron a Fynes hacia la carreta. Katherine iba a su lado, preocupada.

—Aquí, al menos, no se mojará con la lluvia —explicó. Katherine asintió; sabía que no podían hacer mucho más—. Aguántalo —le ordenó al oficial mientras subía de un salto a la carreta—. Vamos, Fynes, un salto —lo animó mientras lo cogía de los brazos.

El oficial lo empujó y Arthur lo cogió por la cintura y lo sentó en la carreta. Lo apoyó contra un barril que contenía litros de agua.

Katherine apoyó los brazos en la carreta, subió y se situó al lado de su padre. En ese momento, él comenzó a toser.

—¿Tiene el coñac con miel? —preguntó Arthur mientras colocaba una mano en la espalda de Fynes y daba unas palmadas.

—Está en su alforja, pero ya ha tomado —le advirtió.

Arthur le ordenó a su oficial, con un movimiento de cabeza, que la trajese.

Abrió un baúl y extrajo un par de mantas. Le pasó una a ella, que la desenrolló y la echó directamente sobre el cuerpo de su padre. El coronel cogió otra y la puso a su espalda, cubriéndolo.

Fynes dejó de toser y de nuevo volvió a respirar con dificultad. En ese momento, el oficial apareció a los pies de la carreta con la alforja de Fynes.

—Coronel —dijo mostrándosela.

—Gracias —respondió Arthur al cogerla. La colocó ante él, extrajo la botella y se la pasó a Katherine—. Tiene la ropa empapada —dijo sacando una camisa seca y un pantalón, y los colocó al lado de él—. Tardaremos una media hora en llegar al campamento. Permaneced aquí hasta que lleguemos y lo montemos.

Katherine asintió mientras cogía la ropa seca que había dejado al lado y le quitaba la manta a su padre.

—Gracias —sollozó ella. Arthur se quedó mirándola; parecía realmente asustada. Apretó los labios y miró hacia fuera.

—Iré al lado de la carreta. Si necesita algo, dígamelo.

—De acuerdo —respondió sin mirarlo, ya estaba desabrochándole a su padre la camisa mojada para cambiarla, pero le llamó en exceso la atención cuando Arthur, antes de salir, puso una mano en la pierna de Fynes y dio una palmada de complicidad. Agradeció aquel gesto, pero sobre todo que no hubiese dudado en ayudarlos.

Arthur bajó de la carreta y dejó que la lluvia volviese a empaparlo. Lo primero que hizo fue mirar al cielo; a lo lejos, un claro comenzaba a abrirse y a mostrar un cielo que comenzaba a oscurecerse al llegar la noche. Rodeó la carreta y se fijó en que la caravana, mucho mayor, dado que ahora contaban con veinte hombres más del ejército mogol y nuevas carretas con todo tipo de aprovisionamientos, se había detenido un poco más adelante.

Pasó al lado del oficial que esperaba junto al caballo y señaló hacia el de Fynes y Katherine.

—Átelos a la carreta y continúe. El señor Chapman y la señorita Chapman irán con usted. —Luego se acercó y bajó un poco más el tono—. Evite los movimientos bruscos de la carreta y rodee las piedras que pueda encontrar en el camino.

—Sí, coronel —respondió mientras se dirigía a los dos caballos sueltos.

Arthur subió al suyo mientras el oficial ataba los otros dos a la carreta, y galopó hasta el inicio de la caravana, donde Nandim esperaba nervioso, con la vista hacia atrás, intentando saber qué ocurría.

—¿Va todo bien?

Arthur se removió inquieto y miró hacia la carreta que en ese momento se internaba en el camino para unirse a ellos.

—Conduce la caravana hasta el campamento. Lo primero que necesito es un fuego y luego que los hombres monten las tiendas con rapidez. —Nandim asintió—. El señor Chapman no se encuentra muy bien.

La caravana se había detenido hacía escasos minutos. Podía escucharlos a todos trabajando sin cesar para levantar el campamento. Volvió a coger la mano de su padre mientras tosía e intentaba recuperar el aliento.

Estaba siendo un ataque de tos fuerte, demasiado fuerte. Su padre elevó el cuello buscando el oxígeno que tanto comenzaba a faltarle. Era como si no le entrase el aire; por mucho que se esforzase en inspirar hondo, sus pulmones no se expandían.

Se puso de rodillas ante él e intentó calmarlo.

—Relájate, papa... —sollozó—, si te pones nervioso es peor. —Centró la mirada en los ojos de su padre y le acarició el cabello intentando reconfortarlo. Al final, su padre logró respirar—. Bien, así, muy bien... —siguió animándolo.

En ese momento Arthur subió a la carreta. Se arrodilló a su lado y le pasó un cuenco con una infusión de tulsi.

—¿Cómo está?

—Gracias —reaccionó sorprendida mientras la cogía de sus manos. Se colocó al lado de su padre y puso la infusión en las manos de él—. Papá, es tulsi... bebe un poco. —Luego miró a Arthur, que estaba arrodillado frente a ellos—. Tiene bastante tos, pero ahora respira más o menos bien.

Fynes miró a Arthur y le medio sonrió, hecho que enterneció a su hija. Sabía que aquella última semana su padre había entablado una buena relación con él y con Nandim. También se notaba por parte de ellos. Nada más frenar la caravana, Nandim había ido a ver a Fynes, un vistazo rápido para asegurarse de que se encontraba bien antes de montar el campamento y, ahora, Arthur.

Wyatt se acercó un poco más y puso una mano en la pierna de Fynes.

—Este clima no te favorece mucho... —le susurró—. Pronto abandonaremos el Imperio mogol y llegaremos al desierto —lo animó.

Fynes volvió a corresponderle con una sonrisa y se llevó la infusión a los labios, pero antes de que pudiese dar un sorbo comenzó a toser otra vez. Arthur reaccionó rápido y le cogió el cuenco de las manos para que no se lo derramase encima, y Katherine se encargó de taponarle la espalda con la manta para que no cogiese frío.

Se quedó observándolo mientras tosía sin parar y no pudo evitar fijarse en su hija. Aunque intentaba aguantar la compostura, se la notaba asustada.

Se asustó cuando escuchó que comenzaba a ahogarse. Se puso erguido, se acercó a él y le colocó una mano en la espalda.

Katherine se puso frente a su padre y lo obligó a mirarla.

—Papá, mírame... relájate... vamos... —suplicó—. Si te tranquilizas, podrás respirar mejor...

La tos se incrementó más e hizo que Arthur se incorporase y lo cogiese del brazo. Miró desesperado a su hija.

—¿Qué necesita? —preguntó directamente.

Ella sollozó mientras una lágrima comenzaba a resbalarle por la mejilla.

—No lo sé —respondió desesperada mientras veía a su padre luchar por conseguir inhalar aire—. ¡Papá! —lloró mientras lo cogía por los hombros y lo instaba a que la mirase.

Arthur le palmeó la espalda con suavidad mientras miraba la escena asustado. Fynes volvió a intentar respirar; era como si algo bloquease sus vías respiratorias, solo podía escucharse un pitido al intentarlo. Entraba una muy pequeña cantidad de oxígeno.

Arthur notó que todos los músculos de Fynes se ponían en tensión ante la falta de oxígeno.

—Fynes —dijo cogiendo su rostro para que lo mirase, haciendo que Katherine se apartase—. Mírame... escúchame, tienes que calmarte para que tu cuerpo se relaje... —dijo acelerado—, podrás respirar mejor...

Fynes intentó respirar de nuevo, pero esta vez puso los ojos en blanco y cayó desmayado. Arthur lo sujetó mientras oía a Katherine llorar desconsolada. Lo tumbó con urgencia en la carreta y le elevó la mandíbula para facilitar la entrada de aire.

Katherine se lanzó sobre él y lo cogió por los hombros, lo movió para que reaccionase.

—Papá... —sollozó sobre él—. Por favor, papá... reacciona.

Arthur no se detuvo a mirarla, se asomó a la carreta sin más dilación.

—¡Nandim! —gritó a pleno pulmón.

No esperó a que él respondiese. Apartó a Katherine de encima del cuerpo de su padre con delicadeza, mientras ella no dejaba de llorar y temblar. Se acercó a él y puso su oído en la boca del hombre. No respiraba con tanta fluidez como una persona normal, pero algo de oxígeno sí entraba.

Katherine intentó acercarse, pero en ese momento Arthur la cogió por los hombros.

—Katherine, cálmate... —dijo al ver el ataque de ansiedad que estaba sufriendo—, por favor. Respira, tu padre respira, tranquila.

En ese momento, Nandim llegó a la carreta. Se quedó consternado al ver a Fynes inconsciente.

—¿Qué ocurre? —Entró de un salto a la carreta y cogió con premura la mano de Fynes.

—Ha sufrido un ataque de tos muy fuerte y se ha desmayado. Creo que tiene las vías respiratorias casi cerradas. —Soltó a Katherine, dejándola sentada sobre la carreta, y se acercó a Fynes de nuevo—. ¿Hay alguna caseta montada?

—Sí, ya hemos montado una.

—Ayúdame a llevarlo hasta allí. Hay que hacerle entrar en calor, está helado.

Arthur lo cogió por los hombros y lo elevó levemente mientras Nandim lo sujetaba por los pies.

—Podemos prepararle unos vapores; lo ayudarán a respirar —dijo Nandim.

—Primero, a la caseta —volvió a ordenar Arthur mientras se ponía en pie sujetando a Fynes, que permanecía inconsciente.

Bajarlo de la carreta no fue fácil. Por suerte, Patrick estaba cerca y fue a ayudarlos de inmediato.

—¡Apartad! —gritó Nandim mientras corrían hacia la caseta. Todos se echaron a un lado, impresionados al ver cómo llevaban en volandas entre los tres a un Fynes inconsciente.

Katherine corrió agitada tras ellos, mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

Depositaron a Fynes sobre una mesa construida a base de varias tablas de madera, suspendida por cuatro gruesos troncos, donde depositaban las últimas noches la cena y parte de las armas, preparados por si tenían que defenderse.

No supo si fue porque había mejorado levemente o por el golpe al chocar contra la madera, pero Fynes abrió los ojos despacio.

—Eh, eh... —dijo Arthur colocándose sobre él—. Tranquilo, te has desmayado. —Automáticamente comenzó a desabrochar los botones de su camisa para facilitar la respiración y que nada le oprimiese—. Nandim, prepara los vapores. —Se llevó la mano al bolsillo y extrajo el tulsí sobrante de la última infusión que había hecho.

Nandim lo cogió.

—No queda mucho —pronunció.

—Suficiente por ahora —respondió Arthur concentrado en la labor de desabrochar su camisa—. Pero habrá que conseguir más.

Nandim fue directamente hacia una pequeña fogata encendida en un lateral de la tienda, rodeada de piedras.

Arthur le desabrochó del todo la camisa a Fynes y la abrió; luego, fue hacia sus pantalones y soltó los primeros botones. En ese momento, Katherine llegó hasta ellos. Dio la vuelta a la mesa y se colocó al otro lado, justo enfrente de Arthur.

—Papá —sollozó con una tenue sonrisa al ver que tenía los ojos abiertos. Cogió su mano y la apretó entre las suyas—. ¿Estás bien? ¿Puedes respirar?

Su padre no dijo nada, pero asintió levemente, aunque se llevó la mano a la garganta y la palpó.

—¿Qué ocurre?

—¿Te duele la garganta? —preguntó Arthur, que en ese momento le quitaba los zapatos para que estuviese más cómodo.

Fynes ladeó el rostro para mirar en dirección a Arthur y volvió a asentir.

—Patrick —dijo girándose hacia su amigo, que permanecía un poco separado, observando—, en la carreta hay una infusión hecha, tráela.

Miró un segundo a Katherine y suspiró antes de darse la vuelta y dirigirse hacia uno de los baúles que habían colocado en un lateral. Lo abrió y extrajo un par de mantas. Fue directamente hacia Fynes y se las colocó dobladas bajo la cabeza, incorporándolo.

—Así estarás mejor —dijo mientras lo acomodaba. Se distanció, volvió al baúl y cogió otra más, que colocó sobre el cuerpo de él, para que no cogiese frío.

Katherine miraba a Fynes con el amor que toda hija profesa a su padre mientras pasaba la mano por su cabello y lo acariciaba.

—Te vas a poner bien, papá —susurró animándolo.

Arthur notó que algo dentro de él se quebraba, cómo aquellos recuerdos tan dolorosos volvían a aflorar al recordar cuando sostenía entre los brazos a la mujer a la que amaba, acunándola. Katherine le recordaba a ella. Sus ojos azules, su fuerte carácter, su ternura... Se quedó bloqueado durante unos segundos ante las imágenes que le aparecían en la mente, pero despertó de sus pensamientos cuando Patrick entró con urgencia a través de las dos cortinas que hacían de puerta, con la infusión en la mano.

Fue directamente hacia Katherine, que la cogió y ayudó a su padre a que se incorporase para tomarla.

Arthur se acercó y lo ayudó a mantenerse firme.

—No hagas muchos esfuerzos —susurró mientras lo rodeaba con un brazo para mantenerlo firme mientras Katherine llevaba el cuenco hasta sus labios—. Un sorbo pequeño, vamos —lo animó. Fynes bebió poco y tragó con cuidado—. ¿Bien? —preguntó Arthur. Fynes asintió y volvió a dar otro sorbo.

En ese momento, las miradas de Arthur y Katherine coincidieron y se quedaron unos segundos mirándose. Katherine la desvió enseguida para prestarle toda su atención a su padre, pero Arthur no apartó la mirada de ella mientras Fynes acababa la infusión poco a poco.

Miró de nuevo las estrellas mientras una brisa echaba sus cabellos hacia atrás. La lluvia había vuelto a bajar la temperatura. Se abrazó a sí misma mientras se quedaba maravillada observando tal esplendor. Pese a que había tres hogueras encendidas en medio del campamento, ni siquiera la luz que desprendían era capaz de ocultar todas las estrellas del cielo.

Tras tomar la infusión, Nandim había preparado unos vapores con la misma hierba. Lo habían incorporado, tapado con una manta y, durante diez minutos, había respirado el vapor.

Ahora descansaba tranquilo, con la respiración pausada, dormido.

Después de más de media hora a su lado comprobando que su pecho subía y bajaba, Katherine había salido al exterior. Necesitaba desconectar, evadirse, relajarse.

Cuando había iniciado el viaje con él sabía que aquello podía volver a pasar, pero se había ido calmando cuando durante toda la travesía en barco no había sufrido ningún desmayo. Sabía que podía ocurrir en cualquier momento, cuando menos lo esperase, pero jamás se estaba preparada para ello.

Apretó los ojos intentando contener el llanto. Era difícil no desfallecer cuando te encontrabas tan lejos de tu hogar en aquellas circunstancias, pero es lo que había decidido. Dio un respingo cuando notó que alguien le ponía una manta sobre los hombros.

Arthur se había aproximado sin que se diese cuenta.

Cogió la manta por las puntas y se la puso correctamente, con movimientos tímidos, tapándose.

—Gracias —susurró.

Se puso a su lado y durante unos segundos se quedó maravillado también viendo el cielo. Ella lo observó de reojo, sin saber qué decir o cómo actuar, aún intentando contener las lágrimas.

—Tenemos que hablar, Katherine —dijo finalmente.

Ella respiró hondo, armándose de valor para todo lo que debía decir. Sabía que no podía ocultarlo más, que Arthur intuía que pasaba algo grave, pues no era la primera vez que le insinuaba algo así.

Se giró hacia él dispuesta a responder a todas las preguntas que hiciese.

—¿Es la primera vez que le ocurre? —preguntó con suavidad.

Ella apretó los labios y negó. Apretó la manta contra ella y finalmente elevó la mirada. Arthur la observaba fijamente, aunque por sus rasgos podía intuir que estaba preocupado por la situación de su padre.

—No, no es la primera —susurró. Suspiró cargándose de valor para explicarlo todo—. Lleva con esa tos cerca de un año... —comenzó—. Al principio no le dimos

importancia... —medio sonrió, aunque de una forma triste—, hasta que perdió el sentido. Es la tercera vez que le ocurre —explicó muy lentamente, arrastrando las palabras. Arthur no dijo nada, permanecía atento a lo que explicaba. No pudo contenerse más e hizo un puchero, algo que hizo que Arthur se removiese inquieto—. Está enfermo —sollozó en un susurró. Arthur suspiró—. El... el médico nos dijo que es una enfermedad que le seca los pulmones, por eso se ahoga, porque no pueden expandirse para respirar. —Él agachó la cabeza y cerró los ojos al escuchar aquello. Katherine tragó saliva y se pasó la mano por la mejilla para secarse una lágrima—. No... no tiene cura —acabó diciendo con temblor en la voz—. El coñac con miel, los vapores, las infusiones... solo retrasan lo inevitable.

En ese momento, Arthur elevó la mirada hacia ella, confundido.

—¿Y por qué ha venido al viaje?

Esta vez fue Katherine la que hundió la cabeza mientras lloraba.

—Él no lo sabe —susurró—. Le... le pedí al médico que no se lo dijese.

—¿Qué? —exclamó.

Ella lo miró con serenidad.

—El médico me dijo que los nervios acrecentarían su enfermedad. Y... y él estaba tan ilusionado con el viaje. Era su mayor ilusión. ¿Cómo iba a privarlo de eso? Él no está enfermo porque quiera —lloró—. Hablé con él doctor antes de venir. No saben si será en un mes, en un año, en dos o en cinco, pero... él acabará marchándose —gimió—. La enfermedad acabará matándolo. —Arthur la miraba fijamente—. El... el día en que iba a intentar disuadirlo del viaje me dijo que era una de las promesas que le había hecho a mi madre antes de morir, que la llevaría lejos, a viajar y ver mundo. Yo... —dijo desesperada—, no podía decírselo, y él... estaba tan ilusionado con este viaje que... pensé que podía ser mi último regalo. —Comenzó a llorar de nuevo, lo que hizo que Arthur ladease el rostro hacia ella—. Lo siento.

Arthur se pasó la mano por la nuca, sin saber muy bien cómo responder ante aquello.

—Por eso has venido con él, ¿verdad?

Ella asintió. No iba a explicarle nada sobre la empresa de su padre, sobre la carta que había escrito y que le había amenazado con enviar a Su Majestad si él no accedía.

—Tal vez sea mi última oportunidad de estar con él. Por eso me decidí a acompañarlo. —Hizo un puchero y lo miró con lágrimas en los ojos—. Sé que no está bien lo que he hecho, pero...

—Ya —le cortó él sin apartar la mirada de ella—. ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó directamente.

Ella se quedó consternada al escuchar aquella pregunta.

—Mi padre está bien durante el resto de los días, solo sufre estos repentinos ataques de tos de vez en cuando. —Arthur suspiró y se pasó la mano por los ojos, como si aquella situación lo agotase—. Y... explicarlo no es plato de buen gusto —susurró con dolor.

En aquel momento intensificó la mirada. Él sabía lo que era perder a una persona amada. En parte no podía culparla por lo que había hecho. Agachó la cabeza intentando calmar su respiración y ordenar sus ideas.

—Lamento escuchar esto, Katherine. Tu padre es un buen hombre —dijo con ternura.

Ella lo miró mientras una lágrima volvía a surcarle la mejilla.

—Lo sé —sollozó—. Él es cuanto tengo. Por eso... —gimió—, por eso no podía dejarlo venir solo... Lo siento, Arthur; siento no habértelo dicho antes... —Él apretó los labios de nuevo, consciente del dolor que esa hija sufría en esos momentos, conmovido por lo que ella explicaba—, sé que debería haberlo hecho, pero es que no tenía fuerzas para...

—Eh, ya está. Tranquila —intentó calmarla.

Le cogió la mano con delicadeza para atraerla hacia él, pero Katherine se resistió un poco, dudosa. Se quedó observándola y, sin soltarla de la mano, fue él quien se acercó y la rodeó con los brazos. Katherine se quedó estática durante unos segundos, pero en ese momento el dolor era más fuerte que la cordura, así que apoyó el rostro contra su pecho y lloró sin control mientras los brazos de él la rodeaban. Jamás había podido desahogarse con una persona, ni siquiera con su tía... y aquello, realmente, era liberador. Arthur la mantuvo sujeta contra él. Esperaba que le dijese que estaba enfermo, pero ni se le había pasado por la cabeza que fuese tan grave. Acarició el cuerpo de ella intentando que dejase de temblar, pues no paraba de agitarse contra él. Sabía lo que era perder a la persona a la que se amaba: el sufrimiento era tan grande que jamás una palabra escrita o hablada sería capaz de expresar todo el dolor y la pérdida que se sentía.

Lejos de molestarlo, aquella confesión le hizo ser consciente del gran amor que sentía por su padre, del esfuerzo que estaba haciendo por estar junto a él, de la valentía de ella al emprender un viaje a un lugar como aquel con tal de estar a su lado. Nada en sus actos era reprochable.

Acarició su cabello y se distanció mientras la cogía por los hombros. Bajó la mirada y contempló su rostro. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Katherine tenía una expresión de tristeza que le llegó a lo más profundo del alma.

—Cuidaremos de él, Katherine, no te preocupes —susurró.

Aquello la dejó totalmente descolocada. Pestañeó varias veces mientras lo miraba asombrada. Pensaba que le diría que tendrían que volver, que lo que había hecho estaba mal. Sin embargo, Arthur la miraba con ternura y tristeza a partes iguales, como si comprendiese su dolor y sus actos.

—¿Vamos... vamos a continuar el viaje? —preguntó extrañada, como si aún no comprendiese lo que él quería decir.

—No veo por qué no —contestó con voz tranquila—. Ya hemos hecho la mitad del camino y... —suspiró—, como dices, no sabemos cómo va a evolucionar la enfermedad de tu padre. Sería una locura echar por tierra el mes que llevamos. La

mayor parte del tiempo tu padre está bien, excepto en algunos momentos. De hecho... —siguió con una leve sonrisa tranquilizadora—, en esta tierra nadie está a salvo de la muerte.

Ella asintió mientras tragaba saliva.

—No se lo digas, por favor —le pidió.

—No se lo diré —confirmó él—. Pero a partir de ahora se acabó el ocultarme cualquier detalle que pueda influir en este viaje. Deberás confiar en mí.

Ella se pasó la mano por la mejilla. Arthur aún mantenía las palmas de las manos en sus hombros y la espalda levemente flexionada para ponerse a su altura y mirarla a los ojos.

Asintió. Se quedó observando aquellos ojos grises que la miraban con ternura. Arthur era un buen hombre, al fin y al cabo.

Arthur le medio sonrió intentando calmarla, pues parecía que tras haberse desahogado comenzaba a tranquilizarse. Se negó a soltarla durante aquellos momentos, tuvo que controlarse para no volver a abrazarla ante su expresión afligida. Debía sentirse perdida, sola... ante un mundo que iba desmoronándose bajo sus pies y sin saber bien cómo detenerlo.

De nuevo, no pudo controlarlo y bajó la mirada hacia sus labios. No era la primera vez que los observaba y sentía la necesidad de besarlos, pero todo lo que le había explicado le había hecho tomar consciencia de la situación y le hacía darse más cuenta aún de la posición tan vulnerable en la que se encontraba.

Katherine siguió el recorrido de sus ojos, sabiendo adónde se dirigían. Se asustó en cierto modo. Dio un paso atrás haciendo que Arthur elevase la mirada hacia sus ojos y la soltase.

Katherine giró la cabeza hacia la caseta y luego la volvió hacia Arthur. Él permanecía en el mismo sitio, contemplándola, analizando sus movimientos, pues era consciente de que a Katherine no le había pasado desapercibida su intención.

—Iré a ver cómo se encuentra mi padre —susurró.

Arthur miró hacia la tienda, suspiró y de nuevo volvió a mirarla intentando ocultar sus emociones.

—Mañana partiremos sobre las nueve. Iréis los dos en la carreta. —Dio un paso atrás sin apartar la mirada de ella—. Si se encuentra mal nos detendremos. Y... si necesitas algo esta noche, no dudes en hacérmelo saber.

—De acuerdo. —Luego lo miró agradecida—. Muchísimas gracias por todo, Arthur. No me extraña que mi padre te haya cogido cariño —sonrió con tristeza.

Aquel comentario, aunque no lo pilló de improviso, le sorprendió.

No pudo menos que sonreír y aceptar el cumplido.

—Buenas noches, Katherine —pronunció antes de dar media vuelta.

Katherine no respondió, simplemente apartó la cortina y entró en la tienda. Fijó de inmediato la mirada en su padre, que aún permanecía dormido, aunque la tranquilizó muchísimo ver que su pecho ascendía y después descendía lentamente.

Arthur avanzó mientras la observaba entrar. Se pasó la mano por la frente, aún sin poder dar crédito a todo lo que le había explicado. No había sentido enfado alguno, ni indignación por lo que le había ocultado; solo tristeza y amargura.

No pudo evitar echar una última ojeada hacia la tienda donde se encontraba ella con su padre antes de entrar en la suya para descansar.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Varios metros por delante, la caravana se había detenido para que una manada de elefantes pasase por el camino de tierra. Se quedó contemplando y bajó la mirada hacia una cría de elefante que corría más que el resto, como si quisiese llegar al inicio de la cola. No pudo evitar reír cuando vio que el pequeño elefante atravesaba el camino de tierra derrapando y, de un salto, volvía a sumergirse en la espesa maleza.

—¿Qué pasa?

Ella se agachó para observar a su padre, aún estirado en la carreta.

—Hay una manada de elefantes cruzando el camino —respondió divertida.

—¿En serio? —En ese momento un elefante elevó la trompa y barritó—. Esto tengo que verlo.

No se levantó, pero sí se echó a un lado, despegó el toldo de la carreta y miró atentamente.

—Ha pasado una cría de elefante hace nada —explicó su hija—. Qué gracioso... iba corriendo para llegar el primero.

—Ese elefantito me recuerda a alguien.

Ella enarcó una ceja hacia su padre. Iba a contestarle cuando Arthur apareció a su lado, a caballo. Miró a Katherine con una sonrisa y se giró para observar a los elefantes de nuevo.

—Hay muchísimos —indicó ella.

—Sí, es habitual encontrarlos. Es raro que hasta ahora no nos hayamos topado con una manada —explicó. Miró al interior de la carreta—. ¿Qué tal te encuentras Fynes?

Fynes volvió a estirarse apoyándose en las mantas.

—Mucho mejor. Mañana podré volver a montar mi caballo.

Katherine lo miró fijamente y Arthur sonrió con sorna.

—No tengas tanta prisa. Tu caballo no te echa de menos... —ironizó.

—¿Cómo que no? —bromeó—. Antes lo he visto buscándome desesperado, llorando contra un tronco y golpeándose la cabeza contra...

—Papá... —se quejó ella mientras Arthur reía.

Arthur se acercó más y puso una mano sobre la carreta.

—No creo que mañana necesites montar, mejor descansa —puntualizó él—. En poco menos de una hora llegaremos a Nueva Delhi. Quiero que aproveches estos dos días y guardes cama.

—¿Ahora eres doctor? —ironizó.

—No, pero soy el coronel de la caravana —apuntó con una sonrisa—. Aprovecha estos días para recuperarte del todo. Necesito que estés al cien por cien cuando lleguemos al Imperio chino.

Katherine se sentó en la carreta, sin perder de vista a los elefantes, que no dejaban de pasar, y finalmente volvió la mirada hacia él.

—Entonces, ¿en una hora llegaremos?

Él asintió.

—Nandim se ha adelantado con unos oficiales del Imperio mogol para preparar nuestra llegada. Pasaremos dos noches allí. Aprovecharemos para reponer comida, ropa... y todo lo necesario para continuar el viaje.

—¿Y después adónde nos dirigiremos?

—A la frontera. Tardaremos un par de semanas en llegar. A partir de Nueva Delhi baja bastante la temperatura. Atravesaremos una cordillera y estaremos a más altura.

—¿Hará frío?

—Me temo que sí. Es posible que estemos a temperaturas por debajo de los cero grados cuando atravesemos las montañas. —Ella se giró hacia su padre, asombrada—. Compraremos buenos abrigos. Enlazaremos con la Ruta de la Seda y podremos alojarnos en *caravanserai*.

—¿Qué es eso? —preguntó intrigada.

—Posadas. Ellos las llaman *sarai*. —El caballo de Arthur se movió hacia un lado, lo controló rápidamente y lo colocó de nuevo al lado de la carreta—. Nunca he estado en una de ellas, pero Nandim sí. Dice que no están mal.

—Seguro que es mejor que dormir sobre el suelo —apuntó Fynes.

—Eso seguro —le dio la razón rápidamente Arthur.

En ese momento, la caravana comenzó a avanzar de nuevo. Katherine, que permanecía sentada, se asomó.

—Ya está el camino despejado —la informó Arthur. Katherine se giró hacia él, con sus enormes ojos azules observándolo. En aquel momento un rayo de luz iluminó sus preciosos ojos y se obligó a apartar la mirada de ella—. Nos vemos en Nueva Delhi —dijo antes de golpear con los estribos al caballo y galopar al inicio de la caravana, junto a Patrick.

En menos de una hora la ciudad de Delhi apareció ante ellos. Al igual que cuando se habían acercado a Agra, podían intuir su cercanía por el olor a especias que caracterizaba el ambiente.

—¿Ya llegamos? —preguntó su padre.

Katherine se asomó. Ante ella se elevaban altos edificios y minaretes, seguramente de sus templos religiosos, así como cúpulas. La ciudad estaba rodeada de vegetación, las altas palmeras retaban a los edificios en altura.

Los campos de sembrado a cada lado del camino de tierra se encontraban repletos de labradores y recolectores.

No pudo evitar sonreír cuando un grupo de niños salió corriendo de los campos hacia la caravana, corriendo al lado de los caballos y las carretas.

—Hola —sonrió, a lo que el niño incrementó más su velocidad en la carrera, ansioso por que ella volviese a decirle algo.

En cuanto la caravana volvió a detenerse, saltó de inmediato de ella. Necesitaba estirar las piernas. No pasaron más que unos segundos antes de que se encontrase rodeada de niños que no dejaban de sonreír.

—Hola, hola... —dijo ante todos los que se acercaban para verla.

—No deben de estar muy acostumbrados a ver a una mujer rubia de ojos azules —dijo su padre desde la carreta.

Uno de los niños se acercó a la carreta y se apoyó en ella para saludar a Fynes.

—Hola —respondió este, feliz.

El niño se subió con una gran sonrisa y dio unos pasos hacia él.

—Hola —volvió a repetir Fynes extendiendo una mano hacia él—. Me llamo Fynes, ¿y tú?

En ese momento, con un movimiento realmente ágil, el niño cogió una manta y saltó de la carreta, y se alejó a toda prisa de ella. Segundos después, todos los niños corrían tras él gritando de alegría.

—¡Eh! —gritó Fynes desde dentro de la carreta—. El mocoso nos ha robado la manta.

Katherine se giró asombrada hacia él, sin dar crédito. Arthur fue hasta ellos.

—Coronel —dijo Fynes—. Nos han robado una manta.

Arthur se colocó al lado de Katherine, que permanecía totalmente firme, mirando hacia los niños que corrían por los campos de sembrado exhibiendo su logro. Arthur miró en aquella dirección y suspiró. Luego se giró.

—No es la primera... ni será la última —respondió como si estuviese acostumbrado. Se giró hacia ellos y miró directamente a Fynes—. Nos alojaremos en el fuerte de Delhi. Nandim conducirá la carreta hasta allí. Pasaréis vosotros primero. —Se separó un poco y luego se giró hacia ellos mientras Katherine volvía a subirse—. Y cuidado con los niños... Tienen las manos muy largas y son francamente escurridizos.

Al menos su padre obedecía en ese aspecto. Desde que habían llegado a Nueva Delhi el día anterior, había permanecido en cama.

Las habitaciones eran mucho más cómodas, espaciosas y lujosas que las que habían tenido en Agra.

El fuerte de Shergarh^[12] era mucho más impresionante que el de Agra, pese a que esta fuese la capital del imperio. Presumía de ser uno de los más antiguos. Construido en gran parte por Sher Shan Suri, fundador del sur del Imperio, acabó de levantarlo como una ciudadela que se extendía amurallando el área urbana en su centro. Nandim le había explicado la noche anterior que a la muerte de Sher Shan Suri, en 1545, aún no estaba terminado, por lo que fue su hijo, Islam Shan, quien acabó de construirlo.

Purana Qila y sus alrededores florecieron como la sexta ciudad de Delhi, dado que el fuerte construido en gran parte por Sher Shan, fundador de la dinastía Suri, rodeaba la antigua ciudad de Din Panah, pero dicho fuerte ya lo había iniciado y, en parte, construido Humanyun. En 1540, la dinastía Suri derrotaba a Humanyun, segundo emperador del Imperio mogol desde 1530 a 1540. Hijo de Babur, fundador del imperio, al igual que su padre, perdió pronto su reino. Sin embargo, con la ayuda del Imperio persa, finalmente recuperó un imperio aún más grande. Ascendió al trono el 30 de diciembre de 1530 a pesar de la oposición de una gran parte de la nobleza. Fue el heredero de un imperio que su padre no tuvo tiempo de organizar hasta que Sher Shan Suri se lo arrebató; fue entonces cuando el fuerte pasó a llamarse Shergarh.

De eso hacía casi cien años y, ahora, el fuerte Shergarh era una de las construcciones más impresionantes que había visto en su vida. Las paredes del fuerte se elevaban a una altura de dieciocho metros a lo largo de más de un kilómetro y medio, con tres únicas puertas de entrada consistentes en enormes estructuras de dos plantas construidas en piedra arenisca, flanqueadas por dos enormes torres de baluarte semicirculares, con decoración en mármol blanco y azulejos de color azul, con hermosos balcones colgantes, también llamados *jharoklas*.

En el interior de la muralla se encontraba la ciudad, así como la mezquita Qila-i Kuhna y el Shermandal, de enorme belleza, las dos últimas atribuidas a Sher Shah.

En el exterior, la ciudad se había expandido fuera de las murallas, por lo que el fuerte de Shergarh se encontraba ubicado en el centro de la ciudad de Nueva Delhi.

El día anterior, tras su llegada, habían cenado por separado o, más bien, los hombres por un lado y ella por otro, pues la importante segregación que se daba en palacio y en muchos de los lugares públicos, como los templos, obligaban a que hombres y mujeres estuviesen separados.

En Nueva Delhi, la distancia que separaba las habitaciones de hombres y mujeres era mayor a lo visto en Agra. Aquí tenía que atravesar un enorme pabellón y un jardín para ir hasta la habitación de su padre. Además, siempre debía ir acompañada de un oficial británico una vez que entraba en el *haram*, la zona exclusiva de los hombres.

No le importaba estar alejada; sabía que allí no corría peligro y, por otro lado, disfrutaba de la intimidad que tanto había echado en falta durante el viaje. Los paseos de diez minutos que tenía desde su habitación hasta el *haram* donde se encontraba su padre con el resto de los oficiales le permitían investigar y maravillarse con las construcciones.

El día anterior había estado parte de la tarde con su padre y después se había dirigido a su habitación. Tal y como había ocurrido en Agra, las mujeres habían llamado a su puerta y la habían llevado con ellas. La habían bañado, peinado y perfumado. Aquello le parecía una tradición o comité de bienvenida, pues aquellas mujeres habían seguido los mismos pasos que las del fuerte de Agra. Tras cenar con ellas se había dirigido a la habitación a descansar. No había tenido contacto con ningún oficial más, hasta que a la mañana siguiente, tras desayunar con las mujeres, un guardia del harén había ido a buscarla. La había acompañado hasta el jardín, donde un oficial británico la esperaba para acompañarla hasta la habitación de su padre.

Tenía mucho mejor aspecto y se levantaba de la cama constantemente, dejando claro que estaba harto de mantenerse postrado.

—Pues debe de haber como mínimo cinco o seis caravanas más —remarcó su padre.

Ella se cruzó de brazos mientras tomaba de su mano el cuenco con la infusión que acababa de tomar.

—¿Lo has visto?

—No —respondió rápidamente—. Ya te he dicho que no me he levantado de la cama, pero Nandim y Arthur vinieron a verme esta mañana y me pusieron al corriente de todo.

—¿Ah, sí?

Su padre asintió mientras cogía de la mano de Katherine el cuenco con el resto de la infusión.

—Son muy amables, se portan muy bien conmigo. —Ella sonrió al escuchar aquello.

—Me alegro mucho, papá —dijo cogiendo de nuevo el cuenco de su padre. Miró el interior, ya vacío.

Se levantó para dejarlo sobre la mesa.

—En especial el coronel. —Ella le sonrió tímida mientras se situaba al lado de la mesa—. ¿No crees?

Katherine le dio la espalda a su padre mientras buscaba sobre la mesa. Sí, estaba claro que su padre había lanzado una clara insinuación. Era obvio que su padre no

tenía un pelo de tonto y que desde la cena en Agra junto al emperador, su relación con Arthur había mejorado considerablemente.

—Sí, es muy amable —susurró mientras buscaba sobre la mesa la bolsa de tela con el tulsí—. Quién lo iba a decir cuando lo vimos por primera vez en la playa, ¿eh? —bromeó—. ¿Quieres un poco más de tulsí? —preguntó mostrándole la bolsita y zanjando así el tema.

Su padre ladeó el rostro y negó mientras reía.

—No, con el cuenco que me has preparado ya he tenido suficiente. Podré dormir muy bien.

—De acuerdo.

—Eso sí, acércame la botella de coñac y miel. Quiero tenerla cerca.

Katherine la dejó al lado de la cama mientras su padre se echaba una fina sábana por encima.

—¿Sabes a qué hora tenemos que partir mañana? —preguntó ella mientras alisaba la parte baja de la sábana.

—Me dijeron que sobre las nueve. Mañana es un gran día —dijo feliz—. Al fin podré salir de esta habitación.

—Pero si es muy bonita —bromeó Katherine.

—Ya, pero estar aquí postrado no me hace ninguna gracia.

Ella resopló mientras se acercaba a su padre.

—Haces igual que en casa y no estamos allí, así que estate quieto. —Se inclinó y besó su frente. Cuando se distanció, se dio cuenta de la mirada de su padre. La observaba con ternura y tristeza a la vez—. ¿Qué ocurre?

Su padre negó mientras subía la sábana a la altura de su garganta. Se giró y colocó correctamente la tercera almohada para descasar.

—No es nada. —Suspiró—. Es solo que... me recuerdas tanto a tu madre.

Ella le devolvió la sonrisa. Iba a irse, pero se sentó a su lado y tomó su mano con delicadeza.

—¿Ella también te reñía si te encontrabas mal e insistías en levantarte de la cama?

Su padre resopló.

—Cariño, tu madre era peor que tú —rio. Se quedó pensativo, con una mirada cargada de melancolía—. Era la mujer con el corazón más grande que jamás haya conocido —susurró. Katherine acarició su mano y su padre elevó la mirada hacia ella—. Eres como ella, Kath. Aunque ella tenía más carácter.

—No me pongas a prueba —bromeó.

—Dios me libre —rio su padre.

Sabía que no había un solo día en que su padre no tuviese a su madre en sus pensamientos.

—Le habría encantado este lugar —susurró Fynes. Se llevó la mano a la medalla que tenía y la sujetó.

—Seguro que sí —afirmó ella. Se quedó unos segundos en silencio y finalmente palmeó la mano de su padre mientras se ponía en pie—. ¿A qué hora vendrán a buscarte para cenar?

—Ayer vino Nandim sobre las siete y media —recordó. Llevó la mano hasta la pequeña mesita que había al lado de la cama y cogió su reloj de bolsillo—. Son las cinco.

—Descansa estas dos horas y media.

—Llevo descansando desde que llegué —respondió irritado.

—No te quejes, papá, o sacaré mi genio —bromeó de nuevo. Abrió la puerta y al momento el oficial que la había acompañado hasta allí apareció enfrente—. Descansa —susurró mientras volvía la mirada hacia su padre.

—Qué remedio —volvió a quejarse mientras se giraba para darle la espalda a su hija.

Katherine cerró la puerta y se colocó firme ante el oficial.

—¿Ha estado aquí todas estas horas? —preguntó sorprendida.

—Sí, señorita Chapman.

—Podría haberme avisado y lo habría dejado entrar.

—No importa. He paseado por los jardines —respondió—. Hace buen día.

Katherine caminó al lado del oficial mientras elevaba la mirada al cielo. Los días habían mejorado, solo la noche anterior había llovido un poco, pero el resto de las horas habían gozado de un cielo totalmente despejado, perfecto durante el día para que el sol iluminase cada rincón de aquel hermoso lugar.

Atravesaron los jardines e iban a entrar al primer pabellón cuando tras la esquina apareció Arthur con paso presto. Sus miradas coincidieron de inmediato; aun así, ninguno de ellos aminoró su marcha y se aproximaron cada vez más.

—Oficial... —lo saludó colocándose ante él.

—Coronel —respondió el oficial.

—Señorita Chapman. —Descendió Arthur la mirada hacia ella. Ella le sonrió de una forma tierna—. ¿Ha visitado a su padre?

—Sí, he estado un par de horas con él. El oficial ha estado acompañándome todo el rato.

Arthur asintió y la miró de reojo.

—Ya me encargo yo, oficial. Vaya a descansar.

—De acuerdo, coronel —dijo directamente. Se giró e inclinó la cabeza hacia ella para despedirse—. Señorita Chapman.

—Gracias por acompañarme —dijo cuando comenzó a distanciarse.

Acto seguido, llevó la mirada hasta Arthur, situado delante de ella, con su uniforme de la Compañía Británica de las Indias Orientales impecable.

—¿Qué tal se encuentra tu padre? —preguntó obviando de nuevo los formalismos.

A Katherine le agradó aquello. El coronel siempre se esforzaba por mantener la compostura delante de todos sus oficiales, pero lo cierto era que tras la cena con el emperador y la confianza que le había hecho sobre la dolencia de su padre, su comportamiento para con ella había pasado a ser más distendido y cercano.

—Se encuentra muy bien, deseando salir de la cama —apuntó con una gran sonrisa.

—Me alegra saber eso.

—Si va a verlo, se alegrará mucho —dijo Katherine rápidamente.

Arthur la miró fijamente y sonrió; luego, miró hacia atrás, como si barajase alguna otra opción.

—Tenía otra cosa en mente —continuó Arthur volviendo la mirada hacia ella con una ligera sonrisa—. ¿Te apetece dar un paseo por Nueva Delhi?

Katherine pestañeó varias veces, sorprendida por la pregunta.

—¿Es seguro?

—Sí, claro que lo es —respondió rápidamente.

Ella asintió con ahínco.

—Me encantaría —respondió.

En un principio pensaba que irían a caballo, pero Arthur le había indicado el camino hasta la puerta de salida del fuerte, situado en medio de Nueva Delhi. Arthur parecía conocer bien la ciudad, porque nada más salir le indicó que debían dirigirse a la derecha.

El contraste entre el interior del fuerte y el exterior era abrumador. Los animales, en concreto las vacas, paseaban a sus anchas por las estrechas calles junto a todas las personas.

A diferencia del interior del fuerte, donde había paz y silencio, fuera el bullicio era increíble. En algunas zonas las calles estaban tan llenas que Arthur tuvo que cogerla de la mano para no perderle la pista. La apartó cuando un enorme elefante apareció en mitad de la calle. Katherine abrió los ojos al máximo.

El elefante iba muy bien decorado, llevaba una alfombra sobre el lomo, en colores rojos y dorados, de la que colgaban largos flecos en los mismos colores. Sobre esta había una estructura cuadrada decorada con oro y gemas preciosas, y una bóveda hecha con paño de plata. Sobre la estructura iban ocho mujeres, cuatro a cada lado.

Aquel asiento con bóveda parecía digno del mejor de los emperadores.

—¿Quiénes son? —preguntó sin apartar la mirada de las mujeres que iban sobre el animal.

—Deben de ser familia del emperador o del sultán de Nueva Delhi. —Señaló hacia arriba cuando pasó a su lado—. Este transporte se llama *howdas*. —Pero la comitiva no acababa ahí—. Los *chodoles*. —Señaló hacia delante.

Cuatro hombres llevaban sobre los hombros una barra de madera, de cuyo centro colgaba una canastilla. A través de la seda embellecida con hermosos bordados, que

hacía las veces de cortina, podía verse a dos mujeres más en su interior, perfectamente acomodadas.

—Prefiero el elefante —bromeó Katherine, la cual se llevó una mirada divertida por parte de Arthur.

Se puso las manos en la cintura y ladeó el rostro hacia un lado.

—Si quieres, puedo conseguir un elefante para que subas.

Ella abrió los ojos como platos.

—Pero ¿qué dices? No, no... —La rápida respuesta de ella hizo que él sonriese.

Miró al frente cuando su mirada coincidió con varios hombres que observaban totalmente petrificados a Katherine. Dedujo que era la primera vez que veían a una mujer de cabello dorado y ojos azules como el cielo.

—Ven, ya casi hemos llegado... —dijo pasando una mano por su espalda y animándola a avanzar.

—¿Adónde vamos?

—Ahora lo verás. Es un lugar típico de esta zona.

Aquello la ilusionó. Era justamente lo que deseaba. Ver la ciudad, conocer las costumbres, mezclarse con la sociedad de aquella parte del mundo y saber cómo vivían.

Llegaron pocos minutos después.

El *baoli* era una especie de pozo público. Se accedía bajando unas largas escaleras hacia el interior de la tierra excavada. A ambos lados había altos edificios de piedra, excavados, con grabados y grutas internas donde podía apreciarse a alguna mujer que estiraba la tela recién lavada, o cómo muchas secaban a los niños que acababan de darse un chapuzón al final de las escaleras, donde había una especie de lago lleno de agua. Muchas personas permanecían en los escalones charlando o bien arrojándose al agua medio desnudos.

Aquel lugar era como un centro de reuniones, donde los niños iban a bañarse y refrescarse; las mujeres, a lavar la ropa, y los hombres, a purificarse.

El lugar era digno de admirar, no solo por la gran obra de ingeniería que requirió su construcción, sino por el ambiente que allí se vivía.

—Es espectacular —susurró Katherine mirando lo bajos que se encontraban respecto al nivel del suelo.

—Este es uno de los lugares más típicos. Los hay en muchas ciudades. En Londres hacemos bailes y aquí van al *baoli*.

—Creo que ellos se divierten más que nosotros —respondió mientras veía a un niño correr hacia el pozo y lanzarse mientras se tapaba la nariz y gritaba—. Aunque...

—Ya, huele un poco mal. El agua está estancada.

Ella asintió.

—Pero es increíble. Estas cosas no se ven en Londres —apuntó girándose hacia él, con una mirada cargada de alegría y admiración.

Sus ojos brillaban con cada nuevo descubrimiento. A Arthur le agradaron su respuesta, sus ansias de conocimiento y su admiración hacia una cultura diferente a la suya.

—Me alegro de que te guste. —Apartó la mirada de ella y se centró en las grutas que se excavaban a los lados de las escaleras—. La primera vez que vi uno quedé asombrado.

—No es para menos.

Arthur asintió, alegre de ver el entusiasmo de ella. Sabía que disfrutaría de la escapada, pero no esperaba que tanto.

—Ven, te llevaré a un lugar que te gustará más.

Subieron las escaleras y en ese momento ambos fueron conscientes de que el sol comenzaba a esconderse en el horizonte.

—Está a un cuarto de hora de aquí.

—¿Y qué es?

—El bazar.

Ella sonrió.

—¿Como el de Agra?

—Son del mismo estilo. Puedes comprar de todo, desde especias, joyas, ropas, comida... Probarás la *rasgulla*.

—¿Es una comida?

—Hay varios puestos ambulantes y cosas deliciosas. De todas formas, ibas a cenar sola, ¿verdad?

—Las mujeres del fuerte vinieron a buscarme ayer.

Aquello le hizo arquear una ceja.

—¿Como en Agra? —Ella afirmó—. ¿Te llevaron a...?

—No me llevaron a la habitación principal del harén —respondió asustada—. ¿Qué te pasa con esa habitación?

—No me pasa nada, es solo que...

—No tienes que preocuparte por eso. —Continuó mirando al frente—. Las mujeres fueron encantadoras conmigo, pese a que no entendía nada de lo que me decían... —bromeó ella—. Solo hacían que sonreír e indicarme con gestos lo que iban a hacer. Me dejaron darme un baño, me peinaron... y cené con ellas. —Acabó encogiéndose de hombros.

—¿No te han regalado nada esta vez?

Ella negó.

—Agradezco más un buen baño que unos vestidos.

Arthur le indicó que girasen por otra calle.

—Ayer preparamos la caravana para salir mañana. Compramos comida y ropa. Hemos comprado unos abrigos de pieles que nos cobijarán del frío. Dime, ¿has traído vestidos de manga larga?

Ella hizo memoria.

—No... —Luego enarcó una ceja hacia él—. Me hiciste dejar gran parte de mis vestidos en Mumbai —le recordó.

Él sonrió con timidez.

—Necesitarás ropa de abrigo. Ahora miraremos algo en el bazar.

Una mirada sorprendida inundó los ojos de ella. ¿Mirar algo en el bazar? ¿Iba a comprarle ropa? Bueno, era lo mínimo que podía hacer después de haberla obligado a dejar sus vestidos en Mumbai.

—De acuerdo —respondió—. ¿Hará mucho frío?

—Bastante —respondió—. En la zona del desierto suelen estar a bajo cero en esta época.

Ella lo miró sorprendida, aunque no dijo nada más. Giraron otra calle y atravesaron una bastante más estrecha. Un par de vacas mugieron cuando pasaron a su lado, acomodadas y rodeadas de pasto verde para que se alimentasen. Brincó cuando escuchó el mugir del animal, lo que hizo que Arthur riese.

—Conoces muy bien la ciudad —apuntó ella mientras seguían recto.

—Estuve hace unos meses. Me la recorrí entera —explicó—. Por aquí se ataja. Ya mismo estamos.

Volvieron a girar. La calle que tenía ante ella era muy larga y al final de esta, en un cruce, podía verse otra totalmente concurrida, así como puestos de venta.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dijo ella colocándose a su lado—. ¿Por qué decidiste venir aquí? ¿O te destinaron?

Arthur la miró de reojo. Durante unos segundos tuvo que calmar sus emociones. Apretó los labios y miró al frente internándose en sus pensamientos.

—Decidí venir por voluntad propia —explicó sin mirarla—. Estuve sirviendo en el frente durante cinco años. Combatí en la frontera con Escocia —acabó diciendo—. Hubo cosas que no me gustaron y...

—¿Que no te gustaron?

Él afirmó y sonrió débilmente. En ese momento, Katherine fue consciente de que aquellas preguntas habían traído recuerdos desagradables a la memoria de Arthur, inclusive dolorosos.

—Sí, por eso solicité mi traslado. Me aceptaron en la Compañía Británica de las Indias Orientales.

Ella asintió mirándolo fijamente. Se planteó qué debió ocurrir para que un coronel como él hubiese decidido marcharse, mas por la expresión que Arthur tenía en el rostro decidió no preguntar.

Lo miró con una sonrisa, intentando calmarlo. No supo por qué, pero la tristeza que pudo apreciar en su rostro hizo que sintiera una imperiosa necesidad de calmarlo.

—¿Qué es la *rasgulla*? —preguntó divertida. Arthur se dio cuenta de lo que hacía. Sabía que era consciente de su cambio de actitud. No pudo menos que sonreírle con ternura por lo que había hecho—. Espero que no sea una carne o un pescado raro.

—No —respondió ya cambiando su gesto, relajándose y aumentando su sonrisa—. Te gustará. Es un queso típico de aquí, con sémola y azúcar.

—Tiene buena pinta.

—Hay más cosas.

—Así que me iré cenada de aquí, ¿no? —preguntó—. Hoy no disfrutaré de la maravillosa compañía de mis amigas del fuerte —ironizó.

—Si prefieres, podemos volver —sugirió él, aunque también con ironía.

—Prefiero ver la ciudad.

El olor a curry y especias varias los abordó antes de llegar. La calle no era muy ancha y la mitad de esta se encontraba repleta de casetas en las que vendían de todo: verduras, frutas exóticas, carnes, telas, joyas, figuras hechas a mano... Todo lo que pudieses imaginar allí estaba. La otra mitad de la calle la llenaban todos los transeúntes que poco a poco iban avanzando mirando las paradas y lo que les era interesante para comprar.

Arthur cogió directamente su mano y la situó al lado.

—¿Preparada? —bromeó.

El sol se había puesto hacía más de una hora. Las antorchas iluminaban las calles y las personas volvían a sus casas para descansar.

Había comido varias bolitas de *rasgulla* y *palak paneer*, una crep de harina de lentejas rellena de masa de patata y verduras. Habría estado deliciosa si no fuese tan picante.

Había paseado rumbo al fuerte a medida que la ciudad iba quedándose a oscuras, haciendo que las estrellas cada vez luciesen más en el cielo.

Giraron una calle y distinguieron el fuerte al final de esta. La ciudad cambiaba sin la luz del sol.

Arthur llevaba las dos túnicas de manga larga que había comprado en el bazar aquella tarde. A esas horas de la noche comenzaba a refrescar. Se notaba la diferencia de temperatura de la zona de Mumbai a la de Nueva Delhi.

—Hace más frío ya —susurró ella abrazándose a sí misma.

—Sí, a medida que nos acerquemos a la frontera, hará más frío. —La miró de reojo—. ¿Quieres echarte por encima el vestido?

—No, no hace falta —respondió.

Arthur la contempló.

—Igualmente hace mucho menos frío que en Londres —apuntó él.

—Por supuesto... a estas alturas estará nevando allí.

—Sí, lo cual me recuerda que... feliz Año Nuevo —pronunció con una sonrisa.

Ella enarcó una ceja y lo miró extrañada.

—¿Feliz Año Nuevo?

—Hoy es uno de enero y por la diferencia horaria en Londres deben de ser las cuatro y media de la tarde, más o menos, también del uno de enero —explicó.

Aquella información la dejó trastocada. No era consciente del tiempo que llevaban allí. Ahora recordaba que cuando llegaron a Mumbai era mediados de noviembre.

—¿Hoy es uno de enero? —preguntó de nuevo asombrada.

Él volvió a afirmar, esta vez con una sonrisa ante el rostro asombrado de ella.

—Aquí sí y en Londres también, por supuesto, aunque allí todavía es de día.

Parpadeó un par de veces mientras seguía caminando.

—Vaya... no lo sabía. Con el viaje no he contado ni los días —se sinceró.

—Es normal. Nosotros llevamos una hoja de ruta que hay que cumplir, llevamos bastante marcados los tiempos —admitió.

Llegaron a la puerta del fuerte y entraron; de inmediato se fijaron en que los jardines delanteros estaban repletos de lámparas de aceite, que daban la suficiente luz como para poder caminar sin problemas sin meterse por error en la zona ajardinada.

Ella lo miró con una gran sonrisa.

—Pues feliz Año Nuevo —dijo con cierta ilusión—. Creo que jamás había vivido un fin de año tan extraño. ¿No lo celebran aquí?

Él negó mientras le indicaba que tomaran el camino a la derecha.

—Te acompaño —dijo acercándose un poco más—. Aquí, por su religión, celebran el fin de año el once de noviembre. Bueno, en el sur lo celebran el diez —la informó rápidamente—. Fue un par de semanas antes de que llegaseis. Te habría gustado —remarcó—. Lo llaman el *diwali*. Se ponen sus mejores galas, comparten dulces, abren todas las ventanas de las casas para que entren los buenos espíritus... Hay un ambiente muy festivo. Incluso tiran fuegos artificiales.

—¿Tiran fuegos artificiales?

—Les encantan —dijo divertido—. Los traen de China. Es uno de los elementos favoritos en las fiestas y celebraciones de la corte. Hay fuegos artificiales por una boda, por un nacimiento, por una visita inesperada pero que los llena de alegría... Cualquier excusa es buena para tirar fuegos artificiales. De hecho, la noche se vuelve día de la cantidad que tiran. Es impresionante.

—Ha de ser muy bonito.

—Seguramente, a la vuelta, nos pille alguna festividad. La mayoría de las fiestas son musulmanas, pero al haber una gran parte de la población que es hinduista estas también se celebran. Es posible que podamos celebrar, si todo va bien, el cumpleaños lunar del emperador; al solar no llegamos —dijo divertido.

—¿Celebra dos veces su cumpleaños?

—Ya te he dicho que les encanta tirar fuegos artificiales, cualquier excusa es buena.

Aquello hizo que ella riese.

—Sabes mucho sobre esta zona.

—Vivo aquí y... es mi obligación si quiero realizar un buen trabajo.

Ella asintió y lo miró de reojo mientras atravesaban el pabellón.

—¿Te has planteado volver a Londres cuando acabe tu misión aquí?

—No soy de Londres —apuntó con una sonrisa—. Nací y me crié en Liverpool —explicó. Miró al frente e inspiró—. Mi familia tiene una naviera, pero a mí lo de llevar una empresa nunca me ha gustado —se sinceró—. Mis hermanos se encargan de ello, junto a mi padre. Yo me fui a vivir a Oxford.

Ella aceptó de buen grado la explicación.

—¿Y tu padre está de acuerdo? ¿No quiere que te encargues de la empresa al igual que tus hermanos?

Él negó.

—No, la verdad es que no. Siempre hemos tenido derecho a decidir qué hacer con nuestra vida. Con toda seguridad le habría gustado que continuase con la tradición familiar, pero tampoco puso el grito en el cielo cuando confesé que quería alistarme. —Luego la miró, divertido—. Aunque, si te soy sincero, me pidió encarecidamente que si tenía que alistarme lo hiciese en la marina —rió y suspiró—. Aquello lo encajó peor. —Salieron del pabellón y caminaron por los jardines. Arthur saludó con un gesto a varios de los guardias que vigilaban distribuidos por el jardín—. De pequeño viajé mucho por mar y estaba bastante cansado, así que decidí alistarme como soldado de tierra.

—Y conseguiste ser coronel.

—Fui de los más jóvenes que se alistaron. Llevo casi toda mi vida en el ejército. —Suspiró, se giró hacia ella y se detuvo. En ese momento Katherine se dio cuenta de que habían llegado al pasillo de su habitación. Se quedó contemplando la puerta unos segundos y se giró hacia él—. ¿Y tú?

Ella se encogió de hombros.

—De mí ya lo sabes todo. Mi padre tiene un taller de costura —respondió algo tímida.

—Hay algo por lo que he tenido curiosidad desde un principio... —dijo rápidamente—. ¿No tienes hermanos? ¿Alguien que pudiese acompañar a tu padre?

—No, soy hija única —respondió—. Mi madre falleció cuando yo nací y el único hermano de mi madre murió varios años antes que ella. Mi padre no tiene mucha familia. La única con la que mantenemos más trato es con mi tía Maggy, que... realmente es su prima. —Él asintió, escuchándola—. Ella estuvo allí los últimos meses antes de venir; me ayudaba a cuidar de mi padre.

Aquel dato le hizo ser consciente de nuevo de su situación, de cuál era la causa real por la que se encontraba allí. Arthur notó aquel cambio en su mirada y ladeó la cabeza hacia un lado, observándola fijamente.

—Eres una mujer muy valiente, Katherine —susurró—. Tu padre debe de sentirse muy orgulloso de ti. —Ella se encogió de hombros quitándole importancia al asunto—. Lamento haberte insistido en que te marches...

—Era tu obligación, lo que debías hacer...

—Sí, pero reconozco que perdí las formas en más de una ocasión —se sinceró. Luego se puso erguido y la miró con una sonrisa—. Aunque debo reconocer que lo más sensato es que te hubieses marchado, eso aún sigo pensándolo.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Ya lo imagino. —Chasqueó la lengua y miró de nuevo hacia su habitación. Cuando se giró, Arthur la miraba con cariño. Katherine tragó saliva mientras notaba que su respiración se entrecortaba ante su cercanía—. Será mejor que vaya a dormir. Mañana hay que emprender el camino y supongo que pasarán bastantes noches antes de poder disfrutar de nuevo de un colchón blando.

—Bastantes, sí —respondió. Apretó los labios y cogió los dos vestidos que llevaba debajo del brazo—. Toma, guarda uno al menos en la alforja. Es mejor que lo tengas cerca.

Ella asintió mientras los cogía justo cuando notó la suave piel de las yemas de los dedos de él sobre los de ella. Enlenteció el movimiento y cogió despacio las dos prendas, aumentando así los segundos, dilatando el momento de aquel breve contacto.

Tuvo la sensación de que la piel se le ponía de gallina ante aquella suavidad. Cuando alzó la cabeza, Arthur la miraba con la misma intensidad, consciente al igual que ella de aquel breve pero significativo contacto.

El coronel se obligó a dar un paso atrás y puso las dos manos a la espalda mientras intentaba calmar los latidos de su corazón. Aquella mujer lo había embelesado totalmente. Había sido poco a poco. Lo primero que llamó su atención nada más verla fue su físico, sus ojos, su cabello, sus labios... y luego su tozudez. Posteriormente, había descubierto aquella tierna sonrisa. La primera vez que la había visto sonreír había notado su corazón palpar desbocado y hacía tanto tiempo que no sentía algo así... Todo había adquirido más fuerza al darse cuenta del sacrificio que había hecho y de la valentía de ella.

—Descansa, Katherine... —susurró Arthur—. Mañana a las nueve un oficial pasará a buscarte.

—De acuerdo —contestó llevándose los dos vestidos hacia el pecho, abrazándose—. Buenas noches y... gracias por lo de hoy. Lo he pasado muy bien. —Le sonrió.

Él afirmó.

—Yo también —respondió.

Katherine se mordió el labio, se dio media vuelta y se dirigió a su habitación.

Esperó a verla entrar y, solo entonces, se dio media vuelta aún intentando calmar todos los sentimientos que habían aflorado durante aquellos últimos minutos, deshaciendo el camino hasta llegar a sus aposentos.

El viento hizo que sus cabellos se agitasen hacia atrás. Con las piernas temblorosas, a punto de desfallecer.

—No te muevas —susurró Arthur unos metros por detrás.

Katherine tragó saliva y volvió a clavar la mirada en los enormes ojos ambarinos del felino que tenía por delante, a escasos metros.

No había sido consciente de su llegada hasta que había escuchado unas pisadas sobre la nieve, bastante cercanas como para asustarla. Su pelaje grisáceo hacía muy bien las veces de camuflaje en un territorio como aquel, donde las piedras grises se intercalaban con la espesa nieve. El felino dio unos pasos hacia un lado observando a su presunta víctima.

—No te muevas —volvió a repetir Arthur mientras elevaba el brazo con el arma en la mano.

Katherine giró la cabeza hacia atrás levemente para comprobar que él se encontraba solo unos metros por detrás, con el brazo alzado y dispuesto a disparar si el animal se decidía a atacar. Tenía el corazón en un puño.

Tragó saliva mientras su cuerpo no dejaba de temblar. Era un animal precioso, uno de los más hermosos que jamás había visto. Tenía un grueso y largo pelaje repartido por todo el cuerpo, de un color que variaba del gris ahumado al amarillento. Las manchas de color negro eran más anchas por todo el cuerpo que en la cabeza. Era elegante en cada paso que daba, aunque por sus movimientos también intuía que letal de necesidad.

El animal bajó de un salto las piedras desde donde la observaba y caminó con movimientos circulares, evaluando la situación.

—Retrocede hacia mí muy lentamente —susurró de nuevo Arthur.

Ella gimió por los nervios, pero obedeció ciegamente. Dio un paso hacia atrás, aunque se quedó estática cuando el felino se quedó quieto observándola.

—Vamos —ordenó Arthur.

El paraje era totalmente escarpado. No habían sido un par de días como dijo Arthur. Había perdido ya la cuenta, pero, sin duda, aquella era la parte más difícil que habían hecho de todo el trayecto, no solo por la adversa climatología, sino por la altura a la que se encontraban en algunos momentos. El frío era horrible. La mayoría de las noches alcanzaban varios grados bajo cero y costaba conciliar el sueño.

El paisaje había cambiado de un día para otro. Una vez que cruzaron las montañas, los árboles desaparecieron, así como los matorrales, la hierba que cubría toda la tierra... Ahora solo había roca y nieve.

Con suerte, ese mismo día llegarían a la frontera con el Imperio chino e iniciarían una nueva etapa. Se acabaría el dormir congelada de frío en las tiendas de campaña

junto a las hogueras, con un fuego que de poco servía para hacerles entrar en calor. Por suerte, se había asegurado de que su padre fuese bien abrigado en todo momento, hiciese sus vahos cada día y tomase una infusión. De esa manera controlaban los ataques de tos.

—Poco a poco —volvió a susurrar Arthur con la mirada clavada en el felino que estudiaba sus posiciones.

Tras detenerse para comer, Katherine solo había caminado hacia unas rocas para tener algo de intimidad cuando la habían sorprendido aquellas pisadas. Por fortuna, Arthur andaba cerca y había visto al felino acechar.

La rodeó por la cintura con el brazo y, con movimientos pausados, la colocó a su lado, ante la atenta e imperturbable mirada del felino.

Un sonido los alertó. Sobre unas rocas, un *thar*^[13] pastaba tranquilamente unos matojos secos, escarbando en la nieve. Poseía unos largos cuernos que le surgían de la frente e iban hacia la parte trasera de la cabeza. El pelaje era extraordinario, tenía una melena en el cuello similar a la de un león.

El felino prestó atención a su nueva víctima y permitió que Arthur comenzase a retroceder y arrastrara a Katherine, sin bajar el brazo en el que elevaba el arma.

Todo transcurrió en un segundo. El felino dio un salto para trepar por las rocas a una velocidad y con una agilidad increíbles, pero el *thar* no iba falto de destreza sobre aquel terreno. Cuando se percató de que el felino se dirigía hacia él, huyó saltando de una piedra a otra con una maestría digna del mejor acróbata.

Ambos animales desaparecieron al bajar al otro lado de la montaña.

Katherine suspiró y estuvo a punto de apoyar la frente contra la espalda de Arthur. Solo la frenó el hecho de que él la cogiese del brazo para arrastrarla a la caravana.

—¿Cuántas veces te he dicho que no te apartes?

Ella lo miró con fastidio.

—Estoy aquí al lado —se quejó mientras se cubría correctamente el cuerpo con el grueso abrigo de piel que le habían dado al iniciar aquel trayecto.

Una corriente helada hizo que casi se echara hacia atrás, aunque la mano firme de Arthur hizo que se mantuviese estable.

—Por favor —imploró esta vez—. No vuelvas a alejarte. Si lo necesitas avísame a mí o a cualquiera de los oficiales.

Ella rugió.

—Si fuese a dar un paseo aún lo entendería..., pero a veces necesito intimidad —contestó desquiciada.

Arthur cerró los ojos para armarse de paciencia.

—Tú solo avisa —dijo girándose para volver a la caravana.

Arthur fue hacia la caravana donde Nandim lo esperaba.

—¿Qué ocurre?

—Un leopardo de las nieves... casi se la merienda —ironizó Arthur mientras abría su alforja para guardar su arma.

Katherine ignoró aquel comentario y prefirió no intervenir. Se dirigió directamente hacia su carreta, donde su padre la esperaba tapado con varias mantas y el abrigo encima. Quedaba demostrado que estaba mucho más caliente que ella, pues su cuerpo no temblaba a diferencia del de ella. Echó una peluda manta al lado, se colocó junto a su padre y se cubrió.

—Este frío es horrible —se quejó ella.

—Ya no hace tanto como los otros días —contestó su padre mientras la ayudaba a taparse.

—Sí que sigue haciendo.

Patrick pasó a su lado, subido a su caballo, y se colocó frente a la carreta.

—¿Estáis ya? —preguntó.

Ambos asintieron.

—¡Listos! —gritó hacia el inicio de la caravana.

—Patrick —llamó su atención Katherine—, ¿hoy llegaremos a la frontera?

—Sí, señorita Chapman. O eso o nos quedaremos a las puertas.

Aquello era estupendo. Al menos podrían estirar las piernas durante la noche.

No habían pasado aún cuatro horas de travesía cuando se detuvieron nuevamente. El descenso de aquella montaña propició que el clima, aunque aún siguiese siendo frío, hubiese mejorado. Pese a que aquella zona estaba nevada, el viento helado ya no corría con tanta fuerza, lo que hacía que se estuviese mucho mejor.

Bajó de la carreta, observando el sol ponerse en el horizonte. El paisaje era realmente sobrecogedor. Tras ella, las enormes y escarpadas montañas nevadas y, por delante, un gran valle. Al final de este podía vislumbrarse un enorme edificio rectangular con un único portal, lo suficientemente ancho como para permitir el paso de bestias grandes o cargadas.

Alrededor había numerosas personas y lo que más le llamó la atención: decenas de camellos esperaban sentados en la tierra, con las patas flexionadas y masticando la hierba que les daban.

—Creo que lo mejor será quedarse aquí —apuntó Nandim—. La frontera está cerca, pero el siguiente caravasar estará a unos treinta kilómetros.

Arthur asintió.

—De acuerdo. —Se giró y observó a Katherine, que se dirigía hacia ellos—. Pasaremos la noche aquí. Mañana ya cruzaremos la frontera. Hoy se nos ha hecho tarde —explicó mientras miraba al cielo, donde algunos puntos brillantes aparecían en el horizonte—. Nandim —le dijo a su amigo—. ¿Puedes adelantarte?

—Claro —pronunció mientras iba hacia su caballo.

—Vamos —dijo señalándole su carreta, para que volviese.

—¿Estas son las posadas de las que me hablaste? —preguntó ella.

—Sí —respondió subiéndose al caballo—. No son nada del otro mundo, pero son cómodas y podemos informarnos de cómo se encuentra la frontera, además de comprar alimentos y descansar sobre colchones decentes.

—Estoy totalmente de acuerdo con pasar la noche aquí —apuntó ella mientras se dirigía a su carreta.

Nandim los esperaba en el enorme portal. El lugar estaba a rebosar, pues por la puerta principal no dejaban de entrar y salir comerciantes y camellos cargados hasta arriba.

En el interior había un enorme patio que cruzaba todo el edificio, abierto al cielo, y, en este, decenas de puestos donde poder adquirir todo lo que se quisiese.

Las paredes interiores del recinto estaban repletas de varios puestos de animales, nichos o cámaras para acomodar a los comerciantes y sus sirvientes, animales y mercancías.

Mientras avanzaban, se fijó en que en el patio interior había varios pozos de donde extraían cubos con agua.

A medida que las rutas comerciales entre Europa y Asia se intensificaban, los caravasares^[14] se volvían más una necesidad. Su construcción se había intensificado por toda Asia Central desde el siglo x en adelante. Esto había hecho que una red de caravasares se extendiese desde China hasta el subcontinente indio, Irán, el Cáucaso, Turquía y hasta el norte de África, Rusia y Europa del Este.

Normalmente estos caravasares se distribuían cada treinta o cuarenta kilómetros con la finalidad de que los comerciantes no pasaran noches expuestos a los peligros del camino; se creó así lo que se denominó la Ruta de la Seda.

Se bajó de la carreta, fascinada. Al entrar en su interior te dabas cuenta de que tenía un doble muro para proteger más así el interior.

—Hija, cuidado —la previno Fynes desde el interior de la carreta, incorporándose.

—Estoy aquí, Fynes, no te preocupes —pronunció Arthur colocándose al lado de ella. Le había entregado su caballo a un oficial y se había acercado a ellos—. Nandim está buscando unas cuantas cámaras para alojarnos.

—Es enorme —dijo ella mirando al cielo, pues el patio interior estaba al descubierto.

—Normalmente no son tan grandes. Este tiene los muros fortificados... —pronunció señalando hacia los altos muros; luego le indicó que mirase a la parte alta, donde decenas de guardias vigilaban desde lo alto—, y se ha duplicado la seguridad militar —dijo pensativo.

Aquello hizo que ella lo mirase confundida.

—¿Eso es malo?

Arthur se apresuró a tranquilizarla.

—No, no creo que pase nada. Está situado cerca de la frontera con el Imperio chino, es normal. —Miró alrededor para comprobar que sus hombres se acercaban con los animales a los pozos para darles de beber—. A partir de ahora dormiremos en lugares así. Hay una red de caravasares distribuida por toda la zona de comercio.

—Está muy bien pensado —dijo ella mirando de un lado a otro.

—Y podemos comprar todo lo que necesitemos. Además, es un lugar donde nos juntamos tanto los comerciantes que nos dirigimos hacia el imperio como los que vienen de él. Podemos informarnos de todo. —En ese momento alzó la mirada de nuevo hacia la gran cantidad de guardias que había sobre los muros.

Nandim llegó hasta ellos con una gran sonrisa.

—He conseguido unas cuantas cámaras. Los guardias mogoles dicen que no hay problema y que montarán sus tiendas fuera del recinto. —Fue hacia un caballo y lo cogió—. Tenemos que apartar las carretas de aquí, pueden dificultar el paso.

—De acuerdo —dijo. Se giró hacia Fynes—. ¿Puedes bajar? ¿Necesitas ayuda?

—No, no, estoy perfectamente —reaccionó poniéndose en pie de inmediato—. Llevo más de quince días tumbado en esa carreta; lo que necesito es estirar las piernas.

Arthur sonrió por su vitalidad, pues después del horrible ataque de tos que había sufrido días atrás, Fynes había mejorado día a día y en ese momento se encontraba perfectamente.

Saltó de la carreta y fue hacia su hija mientras se ponía de forma correcta el abrigo.

—Esperadnos por aquí —dijo Arthur—. Ahora venimos.

Arthur fue hasta el inicio de la carreta, cogió las riendas del caballo y se colocó al lado de Nandim, que arrastraba cuatro caballos más hacia la zona de los animales.

Miró de nuevo la gran cantidad de guardias que había sobre los muros.

—¿Te has fijado? —preguntó señalándole hacia el muro.

—Como para no fijarse.

—¿Crees que puede ocurrir algo? —preguntó preocupado.

—Es posible. En los puestos fronterizos siempre suele haber militares, pero...

—Son demasiados —acabó la frase Arthur. Resopló y llegó hasta la zona de los animales. Comenzó a quitarle las riendas al caballo—. Hay que averiguar lo que ocurre. A ver si alguien que venga del imperio puede explicarnos.

Nandim asintió mientras ataba a los caballos a unos palos de madera y cogía unos cubos para llevar alimentos y agua a los pesebres que había ante ellos.

Arthur paseó por delante de la puerta donde se alojaban Katherine y Fynes. Hacía rato que se habían retirado a descansar. Durante casi media hora habían tenido una lámpara de aceite encendida. Suponía que Katherine debía de haber preparado unos vahos y una infusión, como hacía cada noche, y ahora se disponían a dormir. Los últimos mogoles que se habían sumado en Agra a la expedición habían montado la tienda fuera del recinto. El resto dormiría en el interior del caravasar, aunque muchos no tendrían una alcoba, sino que deberían dormir apoyados contra el muro. A él también le tocaría dormir fuera. Sabía que solo sería ese día, pues la frontera era uno de los lugares de paso más transitados. Después no tendrían problema alguno en conseguir habitaciones para todos.

Pasó entre los camellos y se dirigió a la hoguera que ardía en medio del patio. Muchos comerciantes se habían reunido alrededor y explicaban sus experiencias.

Nandim hablaba con varios de ellos. Arthur le tendió uno de los cuencos llenos de agua que acababa de extraer del pozo y se sentó a su lado.

—Pero eso no es culpa del emperador... —pronunció Nandim.

El hombre con el que hablaba, de origen chino, sabía perfectamente el urdu y alguna palabra suelta en inglés, así que no le hacía falta traducción.

Aquellos lugares no solo facilitaban el movimiento de personas y bienes a lo largo de arduas rutas, sino que también daban la oportunidad a los comerciantes y viajeros de compartir culturas, ideas, creencias, costumbres e idiomas. Eran lugares remotos, totalmente perdidos, pero centros de gran importancia económica, social y cultural.

—Pero tampoco hacen nada para ayudar a su pueblo —contestó el hombre—. Las inundaciones de los últimos años, sequías, epidemias y hambruna han desencadenado una crisis general como no se conocía. Nuestra majestad imperial^[15] no ayuda a su pueblo, no reduce los impuestos...

Otro de los compañeros de este hombre intervino.

—En lo que llevamos de semana ya han sido tres las caravanas atacadas. Esta misma mañana ha llegado la última.

Arthur se echó hacia delante y señaló con un movimiento de cabeza hacia los guardias que recorrían los altos muros.

—¿Esa es la razón por la que hay más vigilancia? —preguntó interviniendo en la conversación.

Los dos hombres chinos se miraron y el primero, que manejaba mejor el idioma, asintió.

—Llevamos más de una década sufriendo saqueos...

—¿Por parte de quién? —preguntó de nuevo.

—Forajidos —contestó—. Ante todo, desertores del ejército que no están de acuerdo con la política del emperador. Nuestro emperador Chongzhen es incapaz de cumplir su misión sagrada de mantener el orden.

Sin previo aviso, el compañero de este comenzó a cantar. Arthur se quedó mirándolo, sin comprender lo que hacía. Nandim se acercó.

—Es una canción popular de la época. Viene a decir: «venerable amor de los cielos, te haces viejo, tus oídos están sordos y te falla la vista. —Iba traduciendo a medida que el hombre cantaba—. No ves a la gente ni oyes las palabras. Gloria a los que matan e incendian para los que ayunan y leen las escrituras, muerte por... inanición. —Aquella palabra tardó un poco en traducirla—. Cae, venerable amor del cielo, ¿cómo puedes estar tan alto? Desciende a la tierra». —Nandim miró fijamente a su amigo—. Es una crítica a su emperador.

Arthur escuchó mientras el hombre volvía a repetir la canción y su compañero asentía.

—Estos forajidos se han unido en dos grandes grupos, como ejércitos. Su poder es tan grande que son capaces de amenazar directamente al mismísimo emperador.

—Muchos somos los partidarios de que la dinastía Qing ascienda al poder. Ellos son los verdaderos herederos. —Luego resopló—. Pero no de esta forma, no atentando contra el mismo pueblo y causando más estragos de los que ya vivimos.

Arthur asintió al comprender la situación. Al fin y al cabo, siempre se trataba de lo mismo: poder.

El Imperio chino, tal y como había escuchado con anterioridad, no estaba pasando por uno de sus mejores momentos. Estaba en boca de todos la gran crisis que los azotaba y la pasividad de su emperador, pero de lo que no era consciente era de la guerra civil interna que estaba librándose con tal de derrocar a una dinastía para imponer a otra.

—Esos grupos organizados... —intervino Arthur—, ¿se encuentran en el camino a Dunhuang?

El hombre se encogió de hombros.

—Es posible, suelen atacar por el norte. Es extraño que ataquen tan al sur.

El otro hombre chino señaló a los guardias.

—Por eso están nerviosos.

—El hombre que los lidera —continuó su compañero—, se llama Li Zicheng, un antiguo pastor. Luego hay otro grupo por el este del país, entre el río Amarillo y el Yangtsé; su general es Zhang Xianzhong, un antiguo soldado.

Arthur asintió.

—¿Vosotros habéis tenido problemas?

Ambos negaron de inmediato.

—Ninguno —sonrieron los dos—. Hemos tenido suerte. Solemos hacer esta ruta un par de veces al año y jamás hemos tenido altercado alguno. —Miró directamente a Arthur—. ¿Eres británico? —Arthur asintió—. ¿Y qué hace un británico por aquí? —Aquella pregunta le hizo sonreír—. Normalmente entráis por mar o a través del Imperio otomano.

Arthur se encogió de hombros.

—Queremos abrir una nueva ruta que beneficie tanto al Imperio mogol como al chino.

Los dos chinos se miraron de reojo.

—Vosotros no perdéis una oportunidad.

Nandim intervino.

—Los portugueses han sido expulsados de nuestro territorio por piratería y con los holandeses no queremos tener trato. —Nandim puso una mano en la espalda de Arthur—. Nos dijeron que querían abrir una nueva vía para acceder a la Ruta de la Seda a través de nuestro territorio. Nosotros comerciamos con ellos con las especias, podemos unificar una nueva Ruta de la Seda y las especias.

Los dos chinos se miraron.

—Está claro que cuanto más negocio mejor —apuntó el chino que más hablaba—. ¿Hasta dónde debéis dirigiros?

—Primero queremos llegar a Dunhuang, y si hace falta, a Xian o Pekín.

—Es un largo camino. ¿Iréis hasta Kasgar? —continuó el hombre.

Nandim afirmó.

—Sí, nos uniremos ahí con la Ruta de la Seda.

Los dos hombres chinos se miraron de reojo y luego les medio sonrieron.

—Os iría bien negociar con el gobernante de Hetian^[16]. Si queréis abrir una nueva ruta en esta zona, lo mejor es contar con su aprobación; al fin y al cabo, él dirige y controla toda esta zona con la frontera.

Arthur miró directamente a Nandim.

—Iría bien, Kasgar está lejos y deberíamos contar con el visto bueno del gobernante de Hetian —indicó Nandim—. Estaríamos mucho más seguros si contásemos con su aprobación, sobre todo por los asaltos a las caravanas que se están produciendo.

—Opino igual. Teniendo en cuenta que queremos hacer una ruta estable y duradera, sería lo mejor —confirmó Arthur. Volvió a mirar al hombre chino—. ¿Hay que desviarse mucho de la ruta?

El hombre hizo un gesto como si no supiese qué responder.

—Mucho es relativo —respondió divertido—. En dirección a Kasgar, en el cuarto caravasar encontraréis un desvío. Si lo tomáis, llegaréis a Hetian en tres días.

—Si volvéis al cruce hasta Kasgar, tenéis seis días más. Allí podréis descansar unos días y después juntaros con alguna caravana que se dirija a Dunhuang.

—Así lo haremos —contestó Arthur.

—Aunque sois una caravana grande —dijo el hombre levantándose.

Estaba claro que era hora de descansar. Al día siguiente comenzaba una nueva etapa, en la que atravesarían la frontera entrando en uno de los mayores imperios del mundo. Se encontrarían en un territorio mucho más hostil que en el que habían estado hasta entonces, en un lugar que ponía a prueba al hombre más fuerte. Jamás había cruzado la frontera, pero sí había conversado con comerciantes que, como aquellos dos hombres, decían que era un camino duro y peligroso.

Los dos hombres chinos se despidieron de ellos y tanto Nandim como Arthur se distanciaron de la hoguera, donde aún muchos comerciantes conversaban animados.

—¿Te parece bien? —le preguntó a Nandim mientras se dirigían a una de las carretas, ubicada donde los animales.

—Creo que es lo más correcto y prudente. Si queremos establecer una ruta duradera, lo mejor es contar con el visto bueno del gobernante de la zona. Estará encantado de poder formar parte de la Ruta de la Seda, pues hasta este momento esta región no forma parte de ella. Comportará muchos beneficios para esta zona.

Arthur asintió mientras llegaba a la carreta. No dormirían sobre un colchón, pero al menos tampoco lo harían a la intemperie.

Ambos se subieron a la carreta y se recostaron. Arthur puso una de las mantas estiradas y se tumbó sobre ella. No pudo evitar echar una última mirada hacia la habitación donde Katherine dormía con su padre, antes de estirarse y cerrar los ojos.

A las siete y media de la mañana iniciaron el camino.

No habían tardado más de una hora, a paso lento, pues muchas caravanas y comerciantes los precedían, en llegar a la frontera.

Un grupo de soldados mogoles y chinos vigilaba la entrada y salida de los imperios. No hacían nada, simplemente se mantenían firmes; eso sí, de vez en cuando detenían alguna caravana.

Nandim se había acercado unos metros antes para decirles que se mantuviesen quietos y no se asomasen. Katherine se había tapado el cabello y parte del rostro mientras pasaban la línea de los soldados. Por suerte, no los habían detenido, aunque eso, en parte, suponía que debían agradecérselo a Nandim, que había mantenido conversaciones tanto con los soldados del Imperio mogol como con los del Imperio chino. Arthur había tenido toda la razón en asegurarse de que los acompañase.

Una vez pasada la frontera y cuando hubo pasado un buen rato, Katherine se decidió a asomarse y desplazó la tela de la carreta.

Las altas montañas los rodeaban. La blancura de las cimas nevadas contrastaba con lo árido de la zona. Ni un solo matojo o árbol. Nada, absolutamente nada. Solo piedra y nieve.

Si hasta el momento habían atravesado toda la zona casi solos, ahora se encontraban totalmente rodeados por otras caravanas de comerciantes, aunque obviamente ninguna británica, solo caravanas pertenecientes al Imperio mogol o al chino, y alguna más que no sabía identificar.

Uno de los oficiales pasó a su lado y no dudó en hacer que enlenteciera la marcha de su caballo para hablar con él.

—Disculpe, oficial. —A aquel joven lo había visto en la caravana, aunque no había cruzado palabra alguna con él.

—Dígame, señorita Chapman. —Aunque estaba claro que él si sabía quién era ella.

—Veo que hemos pasado la frontera sin problemas. ¿Hacia dónde nos dirigimos ahora?

El oficial miró hacia delante como si buscase a alguien, aunque al no encontrarlo se giró de nuevo hacia ella.

—Nos dirigimos a Kasgar para coger la Ruta de la Seda desde allí.

—¿Y todas estas caravanas van hacia allí? —preguntó sorprendida.

—No lo sé, señorita. Pero es posible, aunque seguro que algunas se desviarán. ¿Desea algo más?

—¿A cuánto está Kasgar? —preguntó sin más.

—Creo que a unos diez días. —Ella tragó saliva. ¿Diez días hasta empalmar con la Ruta de la Seda? El oficial tuvo que apreciar su desconcierto, porque rápidamente le dio más información—. Aunque nos detendremos en el próximo caravasar.

—¿Y ese a cuánto está?

—Lamento no poder decírselo, no lo sé. Pero se lo podría preguntar al coronel si así lo desea.

Ella asintió.

—Sí, por favor.

—De acuerdo. —Hizo un gesto para despedirse y golpeó levemente al caballo para incrementar el paso hacia el inicio de la caravana.

Katherine entró de nuevo y se sentó. Se agobiaba al estar dentro de esa carreta. Miró a su padre, el cual se encontraba dando cabezadas.

Se abrochó el abrigo, pues el viento helado comenzaba a soplar con fuerza, y se sentó en el filo de la caravana para observar el paisaje. Se quedó allí sentada durante unos minutos, disfrutando del roce del sol sobre la piel hasta que Arthur se colocó al lado de ella, montado en su caballo. Miró hacia dentro de la carreta donde Fynes tenía la cabeza caída.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Sí, se ha quedado dormido.

Arthur la miró a ella.

—¿Querías algo?

—Un oficial me ha informado de que pasaremos la noche en otro...

—Caravasar —le recordó.

—Sí, eso.

—Es cierto... —dijo mirando hacia atrás—. La ruta está muy bien montada. Cada treinta o cuarenta kilómetros hay uno. Eso obliga a hacer una media de seis horas o siete de ruta, depende del terreno. El camino será bastante más tranquilo que el que hemos hecho hasta ahora.

—¿Y todos nos dirigimos al mismo lugar?

Arthur sonrió al darse cuenta de que tenía ganas de conversar. Seguramente estaría aburrida.

—Pues no lo sé, Katherine. —Miró de nuevo de un lado a otro—. Hay caravanas tanto del Imperio mogol como del chino, incluso alguna del Imperio otomano. Es posible que se desvíen hacia otras rutas, pero seguro que gran parte se dirigen a empalmar con la ruta de Kasgar.

—No vamos a caber todos en los refugios —dijo.

Arthur la miró asombrado y chasqueó la lengua.

—No te preocupes por eso, sí que cabremos. Muchos de ellos seguro que se desvían o prefieren viajar durante la noche.

—¿Durante la noche? ¿Con el frío que hace?

—Hay gente para todos los gustos. Eso no es nada; a medida que vayamos avanzando volverá a bajar la temperatura...

—Pero ¿no vamos a un desierto? ¿No se supone que hace calor? —preguntó desquiciada.

Aquel tono le hizo gracia.

—Lamento informarte de que no. En verano sí hace calor, pero no olvides que estamos en enero...

Ella suspiró.

—Pero en un desierto... —volvió a repetir.

Arthur chasqueó la lengua.

—Por lo que dice Nandim, creo que la temperatura media que nos vamos a encontrar durante el día es de medio grado positivo a doce grados bajo cero.

Ella abrió los ojos de forma desorbitada.

—No puede ser... —susurró.

Él se encogió de hombros y le sonrió apretando los dientes.

—Ya te dije que necesitarías ropa de manga larga... —Ella lo miró fijamente, sin reírle la gracia, pues él mismo había sido el causante de que dejase parte de sus vestidos en Mumbai—. Si necesitas más ropa, ya compraremos.

—¿Y cuándo mejorará el clima?

—Ammmm...

—¿Qué significa eso? —preguntó cada vez más desquiciada.

—En Dunhuang es más de lo mismo. —Ella lo miró sin comprender—. Dunhuang es a donde nos dirigimos, nuestro destino final, a no ser que tengamos que seguir hasta Xian, en cuyo caso la temperatura ronda de siete grados positivos a cinco negativos.

Katherine se pasó la mano, agobiada, por la cara.

—Odio el frío.

—Lamento escuchar eso, porque será lo que más abunde... —bromeó.

Ella lo miró de reojo y luego se giró hacia su padre, que aún permanecía dormido. Al menos, aunque hacía más frío, el clima era mucho más seco y no había tanta humedad.

—Necesito mi caballo —susurró desesperada.

—¿Tu caballo? —preguntó sorprendido.

—Sí, mi caballo. —Se arrodilló sobre la carreta—. ¿O es que ya no lo tienes?

—Claro que lo tengo.

—¿Y no puedo montar? —preguntó agobiada.

Arthur miró de un lado a otro y apretó los labios.

—No sé si es muy buena idea que vean a una mujer de cabello rubio y ojos azules trotando sobre un caballo.

Aquella contestación se llevó una mirada de desaprobación por parte de ella.

—No tienen por qué verme si me echo la capucha por encima. Este abrigo es tan grueso que es imposible identificar que soy una mujer si me ven de espaldas.

—Está bien, espera... nos detendremos dentro de un par de horas para comer. En ese momento te acercaré tu caballo, pero ahora no voy a detener la caravana para que montes.

—Me basta con eso —dijo sentándose de nuevo sobre la carreta.

Arthur se había marchado pocos minutos después. Tal y como había dicho, se habían detenido al cabo de un par de horas. Para entonces, gran parte de las caravanas que iban por delante y por detrás de ellos habían desaparecido y quedaban ya pocas de ellas, pues muchas habían cogido rutas alternativas o bien los habían adelantado.

Fynes se limpió la boca y dio un sorbo de agua del cuenco. Se echó por encima la capucha y cogió el té caliente que Katherine le ofrecía. Hacía media hora que habían decidido detenerse el tiempo suficiente para comer y estirar las piernas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Katherine mientras acababa su comida.

—Perfectamente.

Ella miró con desagrado el paisaje.

—Hace mucho frío —se quejó.

Fynes se encogió de hombros mientras Nandim y Arthur se acercaban a ellos.

—¿Qué tal estás? —preguntó Nandim.

—Perfecto. Mi hija me ha dicho que va a montar a caballo ahora. —Se llevó una mirada por parte de Arthur—. Creo que yo cogeré el mío un rato también.

—¿Te ves con fuerzas? —preguntó Arthur.

—Hace días que me veo con fuerzas, pero por no escucharos me he quedado en la carreta —respondió con sinceridad.

—De acuerdo —dijo Arthur, aunque no muy seguro de ello—. Pero si te da tos o te encuentras mal, paramos la caravana y vuelves a la carreta. —Fynes asintió. Arthur miró de reojo a Nandim y luego volvió la cabeza hacia Katherine, que abrochaba su grueso abrigo con fuerza. Volvió la atención hacia Fynes y se acercó más a la carreta—. Necesitaríamos hablar contigo... —pronunció en tono más bajo.

Fynes lo miró confundido y miró directamente a su hija, la cual los observaba con una ceja enarcada. Estaba claro que había escuchado las últimas palabras de Arthur y no le hacía ninguna gracia el tono que había empleado.

Suspiró y decidió explicarlo igualmente.

—Verás, hemos decidido modificar la ruta...

—¿Iremos por un sitio en el que haga menos frío? —preguntó Katherine esperanzada.

Arthur apretó los dientes y sonrió hacia Katherine.

—Me temo que no. Simplemente la ampliamos, así que tardaremos más días en llegar a nuestro destino.

—¿Y por qué razón? —preguntó Fynes.

Nandim fue quien intervino esta vez.

—Esta zona pertenece a la prefectura de Hetian. Si queremos abrir una ruta con todas las garantías posibles entre el gobierno británico, el Imperio mogol y el chino, lo mejor es contar con el apoyo de gobernantes como el de la prefectura de Hetian.

—Es una zona clave —continuó Arthur—. La zona limita con el Imperio mogol. Si por alguna razón, cosa que dudo, el gobernante de la prefectura no quisiese que las caravanas de Gran Bretaña pasasen por su territorio, nos veríamos obligados a buscar otra vía.

—Por eso lo mejor es presentarnos nosotros y ofrecerle un acuerdo.

—Además, contaríamos con la seguridad que nos podría otorgar el mismo Imperio chino en esta zona. Así, cuando llegemos a Dunhuang y debamos enviar la misiva al emperador para ofrecer el acuerdo, quedará mucho mejor decir que contamos ya con la autorización y el beneplácito de sus gobernantes y que hemos llegado a acuerdos de colaboración con ellos.

Fynes asintió.

—Entiendo. Me parece correcto, pero ¿cuánto nos retrasará?

Tanto Nandim como Arthur se miraron unos segundos.

—Una semana más, aproximadamente.

Fynes se encogió de hombros.

—Pues no me parece tanto, ¿no? Además, estoy convencido de que la corona británica prefiere ir sobre seguro, no vaya a ser que luego no estén interesados y hagamos el viaje en vano.

—Eso mismo pienso yo —pronunció Arthur.

—De acuerdo —intervino Nandim—. Pues en el cuarto caravasar tomaremos el desvío hacia la prefectura de Hetian. Informaré a los hombres del cambio de ruta.

Se suponía que debían llegar al cuarto caravasar en pocas horas. Allí era donde encontrarían el cruce que debían tomar al día siguiente hacia la prefectura de Hetian.

Arthur se giró hacia atrás y miró hacia Fynes y Katherine. Iban varios metros por detrás.

No pudo evitar quedarse mirándola. Llevaba una de las túnicas que habían comprado en el bazar de Nueva Delhi, pese a que dos noches antes, en uno de los caravasares, habían comprado otro vestido. Era la mujer más hermosa que jamás había visto. En ese momento, los ojos azules de Eara volvieron a su mente. Inspiró hondo y retiró la mirada de ella mientras la volvía al frente para observar las altas montañas que los rodeaban.

Era un camino estrecho, rodeado de montañas a ambos lados. Aquella zona era impresionante. Las montañas como aquellas se iban intercalando con los valles de arena. Cada vez estaban más cerca del desierto. Seguramente la posada donde dormirían aquella noche ya estaría en Taklamacán. Nunca había hecho ese recorrido, pero por suerte, Nandim sí.

Se giró hacia él para preguntarle cuando algo llamó su atención. Le había parecido ver un destello de luz sobre una de las montañas, como si lo enfocasen con un cristal.

Miró hacia lo alto del acantilado, un acantilado que debía de tener unos siete u ocho metros de altura por cada lado. Se le disparó el corazón cuando comprobó que un hombre sobre un caballo caminaba a la par que ellos. Seguramente el sol se habría reflejado en la hoja de su sable. Llevó instintivamente la mano a su cinturón para palpar su pistola y miró a Nandim.

—Eh —dijo únicamente. Cuando recibió la mirada de su amigo le indicó con un movimiento de la cabeza que mirase hacia arriba.

Aquel hombre parecía vestir un uniforme militar. Llevaba una túnica azul oscuro que le cubría hasta las rodillas, cogida en la cintura por un grueso cinturón negro. Debajo llevaba unos pantalones de color crema y unas botas altas. Todo habría sido más o menos normal si no llevase aquella capa blanca que, zarandeada por el viento, formaba ondas.

Aquel hombre desapareció alejándose del terraplén. Arthur salió de la caravana y se quedó en un lateral, visiblemente nervioso. Miró de un lado a otro. El paso entre las montañas era relativamente estrecho y no había vía de escape; solo quedaba seguir hacia delante o echar marcha atrás. Su instinto militar hizo que le sonase una alarma en la cabeza. Aquel lugar era perfecto para una emboscada. Buscó con la mirada a Katherine; permanecía sonriente, con su padre, como si alguna cosa que hubiese dicho la hiciese reír, ajena a todo lo que estaba ocurriendo.

Se volvió hacia Nandim. Había salido también de la fila de la caravana, se había detenido en un lateral y miraba de un lado a otro nervioso. Estaba claro que había pensado igual que él.

Ya lo habían escuchado hacía pocos días: forajidos que atacaban caravanas intentando menguar la economía de la dinastía Ming.

Buscó de nuevo la mirada de Nandim entre todas las carretas y hombres que pasaban por allí.

—Detén la caravana —ordenó Arthur.

Nandim asintió al comprender lo que ocurría y galopó hacia el inicio. Arthur se giró y dirigió su caballo al galope hacia Katherine y su padre. Se colocó a su lado y se llevó una sonrisa por parte de ella cuando la caravana se detuvo a las órdenes de Nandim.

Aquello extrañó a Katherine y a su padre, que miraron a Arthur, que, situado al lado de ellos, oteaba nervioso de un lado a otro.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

Arthur volvió a mirar al frente, hacia su amigo Nandim, que había vuelto a salir a un lateral de la formación, a la espera de más órdenes de Arthur.

—No estoy muy seguro —señaló sin mirarla. No, no lo estaba, pero todo le hacía pensar que podían estar a punto de sufrir una emboscada. No era normal ver a

hombres fuera del recorrido principal de la ruta. Había visto cómo se reflejaba la luz del sol en una hoja de metal. La actitud de aquel hombre era vigilante y sin duda llevaba un uniforme.

Quizá aún podían dar marcha atrás y salir de aquella trampa. Echó la mirada hacia delante. Sin embargo, el camino se ensanchaba más adelante y estaba seguro de que no debía de quedarles mucho para salir de allí.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar Katherine, esta vez más nerviosa al comprobar la actitud vigilante de Arthur.

No iba a arriesgarse. Miró hacia su amigo Nandim.

—Media vuelta —dijo haciendo una señal con la mano.

Nandim asintió y comenzó a dar las órdenes a los oficiales que iban al principio de la caravana.

—¿Media vuelta? ¿Por qué? —preguntó ella.

En ese momento se le heló el corazón. Los gritos de decenas de hombres se sucedieron y llegaron hasta ellos como un eco.

Todos los caballos de la caravana se agitaron nerviosos. Katherine, Fynes, Arthur... y todos los allí presentes echaron la mirada hacia atrás, asustados.

No podían ver nada, pues el estrecho camino giraba hacia la derecha, pero los gritos y el repiqueteo de los cascos de los caballos al trotar en su dirección eran cada vez más fuertes, lo cual les daba a entender que se acercaban.

—¿Qué es eso? —gimió Katherine.

Arthur no se hizo esperar. Cogió sin pensarlo las riendas del caballo de Katherine y lo atrajo hacia él.

—¡Fynes! —le gritó para que lo mirase, pues el hombre se había quedado totalmente petrificado ante los gritos que iban hacia ellos.

Arthur tiró del caballo de Katherine, la sacó de la caravana y la arrastró hacia un lateral, al lado del precipicio, hacia unas rocas caídas.

La cogió del brazo y la hizo bajar. Katherine gritó mientras caía del caballo, aunque Arthur la mantuvo sujeta para que no cayese al suelo.

—¡Escóndete! —gritó soltándola mientras se llevaba la mano hacia la espada—. ¡Fynes! ¡Ve con ella! —Señaló hacia las rocas.

Justo en ese momento, decenas de guerreros giraron la esquina blandiendo sus espadas en alto, en dirección al cielo; corrían a gran velocidad hacia la caravana, dispuestos a atacar y a arrebatárselos todo lo que tenían.

Arthur miró a Nandim, que se encontraba de espaldas a él, mirando al frente, por donde otro grupo de forajidos se dirigía hacia ellos. Los habían rodeado, sin escapatoria posible. Miró hacia la parte alta del terraplén. Pese a que tampoco era muy alto, era muy difícil de escalar, pues la roca era bastante lisa.

Extrajo su arma y se aseguró de que estaba cargada.

—¡Preparaos! —gritó a sus hombres, que, al igual que él, miraban impresionados lo que estaba ocurriendo. Los habían cogido totalmente desprevenidos.

Fynes bajó del caballo y corrió hacia su hija, que permanecía totalmente estupefacta.

Arthur se giró de nuevo hacia ellos mientras el caos comenzaba a inundar aquel callejón.

—¡Escondeos! ¡Vamos! —gritó mientras se adelantaba unos pasos por delante de ellos.

En ese momento, los gritos se hicieron más patentes. Pudo ver que aquellos guerreros comenzaban a luchar contra sus oficiales, tanto por un lado como por otro.

Se giró para ver que Katherine y Arthur se habían escondido tras una pesada roca, intentando pasar lo más desapercibidos posible. Allí estarían más o menos resguardados, pues se encontraban por el centro de la caravana y, aunque estaban atacando por ambos lados, dudaba que pudiesen llegar hasta ellos gracias a sus hombres.

Dio un golpe con los estribos a su caballo y avanzó. Los guerreros iban armados con grandes sables y espadas.

—¡Retroceded y cargad! —ordenó Arthur mientras elevaba el brazo hacia uno de los guerreros con su arma.

Apuntó e iba a apretar el gatillo cuando uno de sus hombres se puso en medio. Resopló y se movió hacia un lado, esquivando a varios de sus oficiales y a mogoles que pertenecían a su grupo.

Varios de sus hombres sacaron sus espadas intentando reprimir el avance de los forajidos mientras unos metros por detrás sus hombres cargaban sus armas.

La pistola de chispa era un arma mortal, aunque entre un disparo y otro se requería la carga manual, lo cual retrasaba la defensa.

—¡Disparad! —gritó Arthur.

El sonido del disparo retumbó en las paredes de las montañas formando un eco. Se giró al escuchar el grito de Katherine, que permanecía agachada junto a su padre, con el rostro en el pecho de este y respirando con ansiedad.

Decidió quedarse ahí, sin moverse. Si los forajidos conseguían romper sus dos líneas de defensa, se vería obligado a luchar.

Muchos de los forajidos cayeron de sus caballos ante el estallido de las pistolas de sus oficiales, que al momento extrajeron las espadas para hacer frente a la segunda línea atacante que se dirigía hacia ellos.

Los mogoles se internaban entre sus oficiales ayudando en la defensa de la caravana. Se giró para observar a Nandim. En la parte delantera les estaba costado más retenerlos.

Miró de nuevo hacia Fynes y Katherine; ambos permanecían abrazados. Fynes la mantenía entre los brazos y miraba de un lado a otro, asustado.

Debía retener a los intrusos por la parte delantera, pues sabía que la parte trasera de la caravana aguantaría el asalto.

Trotó hasta la parte delantera esquivando a todos los oficiales, que formaban diferentes filas para hacer frente a los enemigos si lograban avanzar. Aquello se había convertido en un campo de batalla.

Su mente volvió a viajar a Escocia, a aquellas duras batallas cuerpo a cuerpo contra los escoceses. Recordó a la mujer a la que había amado y que había perdido la vida entre sus brazos.

Hizo que su caballo derrapase, lo que levantó una pequeña nube de polvo cuando llegó al inicio, y elevó el brazo apuntando hacia delante.

Nandim luchaba desde su caballo contra un soldado chino. Sin duda, se comportaban como un verdadero cuerpo militar. Uno de aquellos forajidos elevó el sable hacia Nandim, pero este lo detuvo con su espada, aunque, sin previo aviso, el soldado chino golpeó con un movimiento muy rápido de su pierna a Nandim y lo hizo caer de su caballo a tierra.

El soldado chino bajó del caballo y de una patada alejó la espada que Nandim había perdido en su caída. Intentó ponerse en pie, pero el enemigo le puso la bota en el pecho y lo obligó a permanecer en el suelo.

Arthur apuntó, calmado el pulso, sabiendo que aquel era el único disparo que tendría.

Pudo ver al soldado chino elevar el sable con las dos manos para tomar impulso y hacerlo descender hacia el cuerpo de Nandim cuando un disparo retumbó en las paredes de aquella montaña.

La bala salió despedida de la pistola de Arthur surcando el aire, mientras él rezaba para que ninguno de sus oficiales, mogoles o chinos, se interpusiesen en su camino.

Por fortuna, nada de eso pasó. La bala atravesó certera el pecho del soldado enemigo y lo dejó con los brazos suspendidos hacia arriba. Nandim luchaba por quitarse aquella bota de encima, hasta que el soldado retrocedió unos pasos y cayó a tierra.

Se puso rápidamente en pie, recuperó su espalda y lo primero que hizo fue mirar agradecido hacia Arthur, aunque segundos después tuvo que girarse para hacer frente a los soldados chinos que intentaban romper la línea de defensa para llegar a las carretas.

Vio impotente que parte de sus hombres caían al suelo ante el avance de los soldados chinos. No le era posible recargar su arma, así que avanzó con su caballo hacia delante empuñando en alto su espada.

—¡Cargad! —gritó hacia los hombres que permanecían tras él, formando otra línea de defensa.

Arthur estrelló la espada contra el sable manchado de sangre de uno de los atacantes. La ira se apoderó de él; aquella sangre, sin duda, era de uno de sus hombres. Tras los soldados que iban arrasándolo todo a su paso, varios de sus hombres permanecían ya en la tierra sollozando o llevándose la mano a alguna parte

dolorida del cuerpo. La mayoría de los hombres que tenía por delante tenían alguna herida abierta.

Golpeó la cabeza de uno de los chinos con fuerza mediante una patada, lo derribó e hizo girar su caballo para entorpecer el paso de otros soldados que iban directos hacia los suyos.

Blandió su espada frente a los soldados chinos y derribó a unos cuantos justo cuando su caballo, al dar unos pasos hacia atrás, tropezó con el cuerpo de uno de sus oficiales, que permanecía en el suelo. Intentó guardar el equilibrio. Logró quedarse sobre el animal. Sus hombres, por detrás, permanecían ya con las armas cargadas, dispuestos a disparar de nuevo.

Se apartó a un lateral y gritó con rabia la orden.

—¡Disparad!

De nuevo, las montañas retumbaron mientras la línea de soldados que se acercaban a ellos caía al suelo.

Se giró hacia atrás controlando que la línea de sus oficiales aguantase el ataque por la parte trasera de la caravana. Eran bastantes más, así que la línea trasera estaba mucho más resguardada que la delantera.

Su mirada voló directamente hacia Katherine y su padre, que aún permanecían tras la roca, agazapados.

—¡Volved a cargar! —les gritó a sus hombres.

Buscó con ahínco a Patrick, que permanecía dirigiendo el frente posterior. Arthur se guardó la espada en el cinturón y sostuvo en la mano el arma, que cargó con la pólvora para volver a disparar si fuese necesario.

Aquellos soldados vestidos de azul con capa blanca no paraban de aparecer tras aquella curva del camino. Tenía suerte de que sus hombres perteneciesen al ejército y pudiesen hacerles frente. Una caravana normal habría sucumbido ante tal ataque.

Guardó su arma en el cinturón y volvió a coger la espada mientras desde su caballo volvía a golpear con las piernas a los soldados chinos que intentaban avanzar.

Algunos de ellos comenzaban a conseguirlo, pues muchos soldados chinos corrían tras de su posición y se dirigían a las carretas, atravesando el pecho de muchos de sus oficiales. Se alteró más de lo que ya estaba cuando vio que se acercaban a la posición donde se encontraban Katherine y Fynes.

Iba a girar su caballo cuando fue derribado sin previo aviso. Chocó con un fuerte golpe contra la tierra y apretó los dientes. Tres soldados chinos empujaban su caballo hacia atrás.

Quiso levantarse justo cuando tuvo que rodar hacia un lado para que el sable de uno de ellos no lo decapitase allí mismo. Aquellos hombres iban muy en serio, demasiado. Alzó la pierna y empujó a uno de ellos; lo apartó el tiempo suficiente para arrastrarse por la tierra y coger su espada por la empuñadura.

La elevó justo para contener el sable de otro de los soldados que llegaba hasta él, y lo paralizó. Empujó con todas sus fuerzas hacia atrás y volvió a golpear con una

pierna a otro de los chinos que se acercaban; le clavó la bota justo en la rodilla. Pudo oír que crujía al romperse.

El soldado chino gritó y se arrodilló sobre el suelo. Arthur se puso en pie y miró a los dos soldados chinos que iban contra él. No tuvo tiempo de pensar una estrategia; ambos se abalanzaron sobre él y tuvo que moverse de un lado a otro para esquivar sus espadas.

Esos forajidos, sin duda, se habían formado como un cuerpo militar, pues su destreza con las armas era habilidosa, pero él también era un soldado y había combatido numerosos años en diversas batallas, así que sabía defenderse bien.

Esquivó la espada de uno de ellos echándose a un lado y agarró la muñeca de este con la mano. Acto seguido, le golpeó con todo el peso de su cuerpo y le rompió el brazo. Como no le bastó con eso, sin soltar a su oponente lo hizo rodar para estrellarlo contra el otro soldado chino que alzaba ya su espada hacia él. Ambos cayeron al suelo. Iba a dar los pasos correspondientes para acabar con ellos cuando un empujón a su espalda lo hizo caer de bruces.

Se movió con agilidad y esquivó la hoja afilada del sable. Iba a golpearle el pie para tirarlo al suelo justo cuando un disparo sonó y aquel soldado cayó redondo.

Arthur miró hacia delante, donde uno de sus oficiales bajaba el arma y directamente volvía a cargarla.

Se giró y miró hacia delante. No quedaban muchos soldados chinos a los que batir en aquel lugar, pues los que habían logrado sobrevivir al envite de sus oficiales se entremezclaban con ellos en mitad de la caravana.

Se sorprendió cuando pudo ver que muchos subían sobre sus caballos y huían del lugar.

Se puso en pie justo cuando escuchó un grito. Aquello le paralizó el corazón. Un grito femenino le hizo girarse hacia atrás con el corazón latiendo a una velocidad enfermiza.

Un grupo de seis hombres chinos luchaba contra sus oficiales con una maestría inigualable, echándolos al suelo o bien ensartando sus cuerpos con sus sables.

Su mirada voló directamente hacia los dos forajidos que se colocaban ante Fynes y Katherine. El primero de ellos cogió directamente el brazo de Katherine y la hizo levantarse. Fynes se puso en pie y comenzó a golpear el brazo de aquel soldado, aunque este de un empujón lo lanzó contra la piedra de la montaña; cayó al suelo sin sentido.

—¡No! ¡Suéltame! —gritó Katherine mientras intentaba deshacerse de la mano del soldado que la sacaba a tirones de la roca.

Arthur sujetó con fuerza la espada en su mano y con la otra extrajo su arma cargada y corrió hacia ellos. No permitiría que se la llevarsen. Sabía lo que harían con ella. Si bien era la primera vez que entraba en el Imperio chino, era por todos conocida la compraventa de esclavos en todo el territorio. Por una mujer como ella conseguirían una gran suma de dinero para su causa.

Esquivó a varios de sus hombres que permanecían en el suelo sujetándose con extremo dolor partes de su cuerpo.

El chino cogió el rostro de ella con la mano, le apretó la mejilla y la observó. Contempló con fascinación sus ojos azules, su cabello rizado y rubio cayendo hacia un lado.

Katherine apartó de su rostro la mano y en este caso golpeó el pecho del soldado, que ni se inmutó ante la agresividad de ella.

Se giró hacia su compañero chino y habló unos segundos; luego asintió como si hubiesen tomado una decisión. La cogieron por el brazo y comenzaron a empujarla hacia delante para llevarla con ellos.

Arthur ni siquiera se detuvo a acabar con la vida de los soldados que se ponían por delante de él; bastante tenía con esquivarlos o echarlos al suelo. Sus hombres se encargarían de ellos. Lo que no podía permitir de ningún modo es que se la llevarsen.

Los otros cuatro soldados chinos que acompañaban a los dos que mantenían sujeta a Katherine iban deshaciéndose de todos los oficiales que osaban ponerse por delante. En ese momento, mientras se agachaba para esquivar el sable de uno de ellos, pudo ver que Patrick se acercaba a ellos junto con varios oficiales más que habían conseguido derribar la pequeña línea que habían formado los soldados chinos en medio de la caravana.

Sus hombres se enfrentaban contra todos los soldados que permanecían en aquel campo de batalla improvisado y, aunque sabía que habían ganado, muchos de sus compañeros se encontraban malheridos.

Saltó por encima de uno de ellos justo cuando vio que Patrick arremetía contra uno de los forajidos. Elevó su espada y paró el primer golpe de aquel soldado, mientras el resto luchaba por romper la línea que habían montado y que no les permitía llegar hasta Katherine. En ese momento se dio cuenta de que Fynes se levantaba poco a poco, asustado, y buscaba a su hija entre todo aquel alboroto.

Patrick esquivó la primera embestida del soldado, aunque tuvo que retroceder varios pasos, pues la fuerza de aquellos guerreros era impresionante.

Giró y arremetió contra el soldado chino obligándole a que se agachase, pero este, en un movimiento extremadamente rápido, sacó de su cinturón un puñal que clavó en el costado de Patrick.

No tuvo fuerzas ni para gritar. Patrick elevó el cuello, como si le faltase la respiración, y se desplomó en el suelo.

—¡Nooooo! —gritó Arthur al ver a su amigo caer a tierra.

No se lo pensó y clavó la espada en el primer soldado chino que encontró obstaculizando su camino; lo atravesó sin piedad y empujó su cuerpo hacia el suelo para extraer la espada.

En ese momento, los dos soldados que habían llevado a Katherine hasta el caballo y que estaban decididos a subirla se giraron hacia él.

Esquivó el sable del segundo echándose a un lado, mientras el resto de los oficiales que quedaban en pie acababan con los soldados chinos que había por allí y que intentaban alejarse, conscientes de que no lograrían nada contra ellos.

Uno de los soldados que sujetaba a Katherine se apartó de ella y fue directo a por Arthur, mientras el primero cogía a Katherine por la cintura para subirla al caballo, aunque ella no dejaba de resistirse y gritar.

Arthur no dejó de correr hacia él mientras miraba de reojo a su amigo Patrick, tendido en la tierra tapándose con las dos manos la carne abierta del costado.

Se agachó, cogió el brazo del soldado chino que empuñaba el arma y lo acercó a él; le clavó la rodilla en el estómago y luego, situando la mano en la cabeza de este, le propinó un rodillazo en la cara que hizo que la nariz crujiere y varios dientes del soldado saliesen disparados.

Lo dejó caer al suelo mientras se ponía firme y miraba directamente al soldado que mantenía sujeta a Katherine. Ella lo miraba aterrorizada.

El soldado chino la sujetó más fuerte contra él y la colocó por delante, como si se tratase de un escudo humano. Ella no paraba de resistirse, pero cuando puso su sable ante ella amenazando con cortarle el cuello, Arthur se quedó quieto.

El chino miró a su alrededor. Era un chico joven, no superaría los veinticinco años de edad. Dio unos pasos hacia atrás mientras observaba a Arthur.

—Suéltala.

El chino respondió en su idioma sin que Arthur pudiese entenderlo, aunque no le hizo falta; la agresividad que desprendía aquel hombre y la forma en que acercaba su sable a la garganta de ella le daba a entender que no dudaría en acabar con su vida.

Comenzó a gritar más fuerte hacia él, como si le diese un ultimátum.

Habría preferido que hubiera sido de otra forma, pero cuando finalmente acercó el acero afilado a la garganta de Katherine, Arthur se llevó la mano al cinturón, extrajo su arma, elevó el brazo hacia él y disparó sin pestañear.

Katherine gritó cuando parte de la sangre del muchacho la salpicó, aunque se apartó de inmediato, sollozando, dándole la espalda al cuerpo sin vida que caía a tierra.

Se llevó las manos a la boca intentando contener un grito. Luego se vio obligada a apoyar la mano en el caballo al que pretendían subirla para mantenerse en pie, pues sus piernas temblaban como un flan.

Arthur miró a su alrededor mientras bajaba el arma. Pocos chinos de los que los habían atacado seguían luchando, aunque sus hombres parecían controlar la situación y en pocos minutos la amenaza estaría reducida.

Avanzó hasta ella, la cogió por la cintura y la estrechó contra él. Ella ni siquiera se atrevió a elevar la mirada; permanecía en *shock*.

Mientras la mantenía sujeta contra él con un brazo, dejó caer el otro con el arma. En ese momento desvió la mirada hacia el inicio de la caravana, donde varios de sus hombres se arrastraban y otros comenzaban a dar los cuidados médicos necesarios a

sus compañeros. Una figura llamó su atención. Entre todos los asaltantes chinos que huían al galope, uno se detuvo y se giró hacia él. Se quedó observándolo durante varios segundos, con odio, clavando sus pupilas en la figura de Arthur, mientras este pasaba la mano por la espalda de Katherine intentando calmarla; aun así, no dejó de ofrecer también su mirada al forajido. Si se atrevía a acercarse, lo mataría. No le temblaría el pulso. Era algo con lo que no disfrutaba, pero aseguraría la vida de los que le importaban frente a cualquier amenaza.

Se quedó varios segundos observando a aquel soldado mirarlo con odio, como si lo retase, hasta que este finalmente se dio la vuelta y se alejó al galope.

Sin poder evitarlo, estrechó más fuerte a Katherine contra él y besó su cabello.

Luego se distanció de ella y corrió hacia su amigo. Patrick permanecía tumbado en la tierra, con las dos manos apretando el costado. Estaba perdiendo mucha sangre.

Miró a su alrededor mientras se quitaba la chaqueta del uniforme, la doblaba y la colocaba sobre la herida haciendo presión.

—Tranquilo... —le susurró a su amigo, el cual había palidecido por la pérdida de sangre.

En ese momento, Nandim llegó corriendo hasta donde se encontraban, mirando a su alrededor. Muchos oficiales británicos y mogoles permanecían tumbados en el suelo, sangrando y gritando de dolor, atendidos por los compañeros que habían salido ilesos de la emboscada.

Arthur miró hacia Katherine, que miraba de un lado a otro.

—Katherine... —dijo Arthur mientras apretaba la herida de su amigo—. Katherine —gritó al ver que ella no reaccionaba.

Finalmente se giró hacia él.

—Necesito que ayudes a mis hombres.

Ella asintió de inmediato. Luego se giró hacia Fynes, que caminaba hacia ellos bastante despacio, aturdido aún por el golpe.

—Fynes, ayuda a mis hombres —ordenó también justo cuando llegaba hasta su hija para abrazarla. Luego miró a Nandim—. ¿A cuánto estamos del siguiente refugio? —Miró hacia Patrick, que no dejaba de sollozar—. Aguanta, Patrick —suplicó.

—A una hora como mucho. Iré a pedir ayuda —dijo girándose.

—¡No! —le cortó Arthur—. Los forajidos han tomado ese rumbo. No puedes ir solo. —Miró a ambos lados para comprobar el estado de las carretas—. Necesito que todos los hombres que no puedan andar o montar suban a ellas. —Las señaló.

Nandim se dirigió a un grupo de oficiales para dar las órdenes. Cuando volvió la mirada hacia Katherine y Fynes, ambos ya se habían arrodillado junto a unos hombres y los ayudaban en lo que podían.

Tal y como dijo Nandim, la siguiente posada no estaba a más de una hora.

De los sesenta hombres que componían el destacamento cuatro habían fallecido y treinta estaban heridos, doce de ellos de extrema gravedad.

Debían de haberlos visto desde el caravasar, porque varios hombres habían salido a su encuentro para ayudarlos.

—Con cuidado, con cuidado... —suplicó Arthur mientras ayudaba junto a otros dos hombres a tumbar a Patrick sobre una tarima.

Patrick volvió a gritar. Uno de los hombres que había allí se acercó para observar.

Le explicó a Nandim que era médico. De hecho, el hombre había pasado toda la tarde y parte de la noche ayudándolos.

Les aplicaban unos cuencos de cerámica con forma de ventosa sobre la piel, previamente calentados. Tras la combustión del oxígeno, se creaba dentro del cuenco un vacío de aire que hacía ventosa. Tras unos diez minutos y una vez que la piel comenzaba a ponerse de color violeta, se retiraban los cuencos. Según Nandim, con ello se reducía la inflamación y el dolor de las zonas afectadas y golpeadas.

Otro tipo de medicina que había visto aplicar por primera vez era la acupuntura. Aquel hombre iba clavando finas agujas en las partes doloridas de sus hombres. Jamás había visto algo así, pero intuía que debía funcionar, porque a medida que pasaban las horas sus hombres gritaban menos; era como si el dolor fuese desvaneciéndose a medida que aquel médico los visitaba.

Habían cosido la herida de Patrick, justo entre dos costillas. Por suerte, el corte no había afectado a ningún órgano. También emplearon acupuntura con él. En aquel momento, llevaba más de tres horas dormido.

Huang Shu He era el nombre del chino que los atendía. Se había mostrado preocupado por todos y no había dejado de prestar sus cuidados a ninguno de ellos.

Debía de superar los sesenta años. Era de baja estatura y de complexión delgada. Apenas tenía cabello y el poco que aún mantenía sobre la cabeza era de un blanco brillante. Era metódico en todo lo que hacía y cuando dejaba de atender a uno de ellos se paseaba entre todos los hombres buscando cómo ayudar al que lo necesitase.

Katherine pasó gran parte de la tarde ayudando a Huang Shu He. Aunque no entendía su idioma, se hacía entender mediante gestos. Así, lo ayudó a limpiar heridas, cambiar vendajes y realizar varias curas más complejas.

Aquello parecía más un hospital que un lugar de paso para el comercio.

Arthur abandonó su habitación y se dirigió a la zona de los establos para alimentar a los animales. El patio, como siempre, no estaba techado, sino al descubierto. Estarían a varios grados bajo cero, pues se le helaban las pestañas y el vaho no paraba de emanar de su boca y su nariz.

Se giró cuando oyó los pasos cercanos de alguien. Aunque aún no era tarde, pues no debían de ser ni las diez de la noche, ya llevaban más de cuatro horas de oscuridad.

—Fynes —pronunció al verlo caminar hacia su habitación.

Este tuvo que dar unos pasos en su dirección para reconocerlo, pues había bastante oscuridad.

—No te había visto —dijo acercándose. Arthur cogió la cuerda del pozo y comenzó a tirar de ella para subir el cubo lleno de agua. Se habían asegurado primero de arrojar piedras al interior para romper la fina capa de hielo que se formaba en la superficie.

—¿Cómo estás? —preguntó cogiendo el cubo y caminando hacia el establo.

—Bien, ese hombre... el médico —remarcó Fynes— ha estado mirándome esta tarde.

—¿Por el golpe? —preguntó.

—Me ha puesto unos cuencos calientes en la espalda...

—¿Y ha funcionado?

—Pues ya no me duele —respondió directamente—. La medicina china es fantástica.

Arthur lo miró asombrado y asintió. Fue hasta el pesebre y arrojó el cubo de agua para que los animales bebiesen si tenían sed.

—Me alegro —respondió con una sonrisa.

—¿Cómo está Patrick? —preguntó preocupado.

Suspiró y deshizo el camino hasta el pozo seguido por Fynes.

—Está descansando.

—¿Se recuperará?

—Eso espero —dijo anudando de nuevo el cubo a la cuerda y haciéndolo bajar por el pozo—. Igualmente, la mayor parte de los hombres no está en condiciones de continuar la expedición.

—Soy consciente de ello —respondió rápidamente.

Arthur sacó el cubo de nuevo, lo cogió y volvió hacia el pesebre para acabar de llenarlo. Lo arrojó y se giró con él en las manos, observando fijamente a Fynes.

—He hablado antes con Nandim —explicó mientras volvía al pozo—. Hemos pensado que podríamos dar un margen de una semana a diez días para que los que han sufrido algún percance puedan mejorar...

—Por supuesto. Lo primero es la salud de los hombres.

Anudó el cubo y esta vez se apoyó contra el pozo.

—Durante ese margen de tiempo he pensado que podríamos viajar a Hetian y garantizar la ruta aquí. Ahora, después de lo que ha ocurrido, necesitamos más que nunca la aprobación del gobernador de la zona. Necesitamos que nos garantice seguridad en este territorio para futuras expediciones o, si no, no merecerá la pena hacer este trayecto.

Arthur asintió.

—¿Partiremos mañana?

Arthur se quedó mirándolo.

—Es lo que habíamos pensado. Iremos los tres junto a unos cinco o seis oficiales.

Aquello pilló de improviso a Fynes.

—¿Los tres? ¿Y mi hija?

Arthur chasqueó la lengua.

—Ya has comprobado en tus propias carnes que es un camino muy peligroso. Lo mejor es que Katherine se quede aquí estos días. Además, ella puede ayudar a los enfermos. Estoy seguro de que estarán agradecidos de contar con sus atentos cuidados.

Pese a que comprendió la situación, aquella idea no pareció ser del agrado de Fynes. Después de lo que había vivido aquella tarde y de ver el peligro al que se exponían, sabía que Arthur tenía razón.

—Aquí estará a salvo... —continuó el coronel—. Y serán diez días como mucho. Luego, a nuestro regreso, proseguiremos el camino a Kasgar.

—No sé si ella estará muy de acuerdo con eso... —Se removió inquieto.

Arthur lo miró fijamente.

—Pues deberá estarlo. No es una petición. Es una orden.

Fynes resopló.

—Mi hija es muy tozuda.

—Soy consciente de ello.

El hombre enarcó una ceja.

—Me parece que no... —ironizó. Suspiró y se pasó la mano por los ojos—. Hablaré con ella y le explicaré la situación. Por cierto... —dijo, esta vez con voz más pausada—, muchas gracias por lo que has hecho. Vi cómo la salvaste.

En ese momento Arthur recordó que cuando había disparado contra el chino que la mantenía sujeta la había abrazado contra él para protegerla. Supo que Fynes había visto todo aquello porque se podía ver en sus ojos una mirada de eterno agradecimiento. Sabía que Fynes no tenía un pelo de tonto y que era consciente del grado de confianza que había adquirido su hija con él en aquellas últimas semanas.

—Es a lo que me dedico —respondió sin apartar la mirada de él, sin querer darle más importancia.

Fynesladeó la cabeza hacia un lado.

—Ya, pero para un padre es importante que su hija esté protegida. Y contigo lo está.

Arthur volvió a asentir aceptando el cumplido y miró al frente, a la enorme sala que los comerciantes habían despejado para que se atendiera a los heridos.

—Iré a hablar con Nandim para decirle que reúna al grupo de oficiales para la expedición de mañana —dijo alejándose. Fynes se dirigió a su habitación—. Ahora

pasaremos por tu habitación para acordar los detalles contigo y... por lo de tu hija, no te preocupes. Ya me encargo yo —sentenció él.

Katherine resopló mientras se cruzaba de brazos.

—No estoy de acuerdo —pronunció dolida—. ¿Vais a dejarme sola? ¿Aquí?

—No estarás sola —respondió Arthur de inmediato—. Estarás acompañada de muchos oficiales. Aquí te necesitan, Katherine.

Ella se removió inquieta.

Arthur había hablado durante más de una hora con Fynes y Nandim; habían estado programando la expedición para el día siguiente. Irían ellos tres junto a cinco oficiales más que Nandim se había encargado de seleccionar personalmente. Sería un viaje rápido, nada de entretenerse. Solicitarían audiencia con el gobernante de la prefectura y esperaban que se la concediesen el mismo día o al siguiente de su llegada. Con suerte, su viaje no superaría los siete u ocho días entre ir y volver.

Tras seleccionar la carreta que llevarían e introducir el material necesario, Arthur se había dirigido directamente a la sala donde cuidaban a los heridos.

Se había quedado bajo el marco de la puerta observando a Katherine durante varios minutos. La delicadeza con la que se movía, el cuidado con el que curaba las heridas, las sonrisas tranquilizadoras que les ofrecía hicieron que el corazón le diera un vuelco. Con solo recordar lo que había ocurrido aquella tarde y la forma en la que aquel hombre había amenazado con acabar con su vida, se le ponía la piel de gallina. Sabía que lo habría hecho si no hubiese disparado.

Tras acercarse, le había pedido hablar con ella a solas. Katherine sabía desde un principio cómo iba a acabar aquella conversación, pues desde que había pronunciado las primeras palabras, «Ya has visto lo peligroso que es este camino», ella había fruncido el ceño.

—Soy una enviada más de la corona británica, sabes que tengo...

—No vayas por ahí. Ambos sabemos ya cuál es la causa real por la que estás aquí —dijo muy serio. Ella apartó la mirada al momento, dolida por sus palabras—. No creo que vuelvan a atacarnos, sería demasiada casualidad, pero no puedo arriesgarme a ello. —Katherine alzó la mirada de nuevo—. Aquí estarás bien y, además, puedes ayudar a los heridos...

Ella resopló ante sus comentarios.

—Tú sabes que no puedo dejar a mi padre solo —indicó desesperada—. ¿Y si se pone enfermo? ¿Y si le da un nuevo ataque de tos? Necesito estar a su lado para...

—Eh, eh... —dijo colocando una mano sobre su hombro—. Tu padre no estará solo. Yo estaré con él. Cuidaré de él. —Katherine suspiró—. Pero es necesario que él nos acompañe como embajador para las negociaciones. —Arthur puso la otra mano sobre su barbilla, la elevó y obligó a la muchacha a mirarlo—. Te prometo que cuidaré de tu padre.

Ella se removió nerviosa, pero aun así no se apartó de Arthur.

—No —dijo pensativa—. No quiero quedarme aquí sola. No conozco el idioma, no sé las costumbres de la zona, ni siquiera sé si...

—Aquí estarás bien. Este es un lugar seguro, mucho más que el exterior, ¿lo entiendes? Ella no asintió, no hizo ningún movimiento. Una mezcla de enfado y tristeza se instaló en su mirada.

—No me parece justo.

Arthur arqueó una ceja al escuchar su respuesta.

—Lo que te parezca justo, Katherine, ahora mismo carece de valor. Estamos hablando de tu seguridad. —Aquella respuesta no fue del agrado de ella, que lo miró fijamente, dispuesta a contrarrestar sus palabras—. Mi decisión no va a cambiar. No vas a venir. Hazte a la idea —sentenció, aunque con tono de voz suave.

—¿Y si me niego a obedecer? —lo retó—. Por Dios —dijo extendiendo los brazos hacia los lados—, no sé ni en qué parte del mundo estamos. Esto está alejado de toda civilización.

—Primero —dijo esta vez más tajante. ¿Quién le había dicho que iba a ser fácil? —, no es una decisión que tú debas tomar. No olvides que la misma reina de Gran Bretaña, la misma que te otorgó a ti la condición de embajadora, me otorgó a mí el rango de coronel en esta expedición y eso obliga a todo aquel que venga a...

—Esa es una condición militar... y yo no soy... —interrumpió.

—A que obedezca mis decisiones... —prosiguió elevando un poco más el tono— sin siquiera cuestionarlo. Tú, Katherine, tienes la condición de embajadora británica, pero nada más. La autoridad principal en esta caravana soy yo, y lo que yo ordeno se cumple.

Ella se quedó mirándolo fijamente, asombrada por la autoridad que imponía en ese momento. Se cruzó de brazos y ladeó el rostro hacia él.

—¿Así que esa es su decisión final, coronel? —preguntó enojada—. ¿Va a dejar a una embajadora en un lugar remoto del...?

—Katherine, por favor... —se quejó él—, no volvamos a los formalismos.

—Ya, pero es que ahora mismo me ha quedado muy claro que usted, coronel, está por encima de todos nosotros. No sé si lo entiende... —Arthur resopló—, pero lo único que deseo es estar al lado de mi padre. Está enfermo...

—Y soy consciente de ello —le cortó—. Pero también soy consciente de que si nos atacan irán directos a por ti —sentenció. Dio un paso hacia ella, totalmente erguido—. Entiende una cosa, Katherine: no debería siquiera justificarme ante ti. Podría dar simplemente la orden y tú estarías obligada a cumplirla...

—¿O qué? —preguntó enojada—. ¿Me abrirías un expediente de sanción? —ironizó—. ¿Me encerrarías en una habitación para que no...?

—¿Debería hacerlo? —preguntó escamado mientras la miraba de la cabeza a los pies—. Desde luego, ya era consciente de tu tozudez, pero no esperaba que tuvieses tan poca cabeza. Pensaba que lo entenderías...

—Y lo entiendo —respondió—. Pero el que no entiende mi situación eres tú —acabó totalmente crispada—. ¿Nunca has perdido a una persona a la que amas? ¿Sabes lo que se siente cuando te dicen que la vida de la persona a la que más quieres en este mundo está apagándose? ¿Que no saben el tiempo que podrás disfrutar junto a él?

Aquello hizo que Arthur pusiese todos los músculos en tensión. Las imágenes se sucedieron en su mente: aquella guerra, el dolor, él corriendo entre los árboles apartando las ramas mientras gritaba su nombre, ver la casa quemada, cogerla entre los brazos y mecer a la mujer a la que había amado con toda su alma... Esos dolorosos recuerdos espolearon a Arthur, que miró fijamente a Katherine.

—La decisión está tomada. Puedes ponerte como quieras —pronunció con voz fría—. No va a cambiar nada. Permanecerás aquí durante todos estos días tanto si quieres como si no. No te estoy pidiendo permiso u opinión, te estoy dando una orden directa y no hay más que decir.

Dicho esto y sin esperar respuesta por parte de ella, se giró y se alejó de la habitación, dejando a una Katherine totalmente consternada y al borde del llanto.

Se asomó a la puerta y se apoyó contra el marco mientras se echaba la manta por encima para cobijarse del frío. Todavía era plena noche y faltaba mucho aún para que el sol asomase por el horizonte.

Su padre pasó a su lado al salir al exterior, donde Arthur, Nandim y los cinco oficiales acababan de subir algunas cosas de última hora a la carreta.

—Las seis y media —dijo observando su reloj de bolsillo. Ella se giró para mirarlo, con gesto triste—. Serán solo unos días —pronunció su padre al ver su expresión—. No te preocupes. —Se acercó y le dio un beso en la frente.

—Fynes —escuchó la voz de Nandim tras él—, ¿tienes que llevar esa alforja a la carreta? —preguntó acercándose, señalando la que Fynes llevaba en el brazo.

Fynes asintió y se la entregó para que se la llevase.

Katherine se quedó mirando. Las estrellas lucían en el cielo con fuerza, todo estaba prácticamente a oscuras excepto por una hoguera lejana que había en el centro del patio y que alumbraba levemente la zona donde se encontraban. Muchas de las caravanas habían partido hacía rato y otras comenzaban a prepararse.

Se fijó en Arthur, estaba comprobando que el caballo que arrastraría la carreta estuviese bien sujeto.

—Nos marchamos ya —dijo dirigiendo una mirada furtiva a Fynes y a Katherine. Fynes miró a su hija y le sonrió levemente.

—Será solo una semana —repitió. Ella asintió—. Ya verás, todo irá bien.

Su padre estaba realmente entusiasmado con el viaje. Ella suspiró. Llevó las manos hasta el cuello del grueso abrigo que llevaba su padre y lo colocó correctamente para que le tapara toda la garganta.

—Ten mucho cuidado —suplicó—. Y abrígate.

Su padre comenzó a reír.

—Igual que tu madre —susurró con ternura.

Katherine se abrazó a él e intentó mantener la compostura. No era para tanto, sería únicamente una semana, a lo sumo diez días. Se separó y acarició su mano.

—Luego tendrás que explicármelo todo —pronunció con una sonrisa.

—Por supuesto que lo haré. Todo irá bien, cariño. —Acarició también la mano de su hija y se distanció hacia la carreta, echando miradas furtivas hacia atrás. Ya lo habían acordado el día anterior: Fynes iría en la carreta durante las gélidas mañanas y a mediodía o por la tarde, cuando el clima mejorase, podría ir sobre el caballo.

Se quedó observando a su padre subir a la carreta. Aunque no le gustaba nada la idea de separarse de él, sabía que él lo vivía como una gran aventura. Lo que sentía era una mezcla entre alegría y tristeza. Sabía que era lo que había deseado durante toda su vida, su sueño hecho realidad y que, en parte, aquello cobraba mayor importancia por la promesa que le había hecho a su madre. Se lo merecía; después de toda una vida de trabajo y dedicación se merecía ser feliz y disfrutar de todo aquello.

Arthur caminaba hacia ella despacio, aunque giró el cuello para observar cómo Fynes se echaba una manta por encima para cobijarse de las bajas temperaturas.

Se colocó ante ella y solo cuando se quedó quieto volvió la cabeza hacia Katherine. Durante unos segundos hubo silencio.

Se quedó observándola hasta que se dignó a hablar, aunque con un tono mucho más conciliador que el de la noche anterior. No quería despedirse así, no quería pasar todos aquellos días con el recuerdo de una pelea. Llevaban prácticamente un mes y medio compartiendo aventuras, habían pasado por buenos y malos momentos, habían compartido palabras subidas de tono, pero también sonrisas y confianzas. No quería tener que marcharse varios días y que la conversación de la noche anterior fuese la que guardase en su pensamiento. Si algo tenía claro era que, pese a todo lo que había ocurrido, iba a echarla de menos.

—Son pocos días. —Ella asintió mientras apartaba la mirada. Arthur suspiró y centró la mirada en sus ojos azules—. Será más rápido de lo que piensas.

Apretó los labios y se quedó mirando a su padre con temor. Aquello lo conmovió. Puso una mano sobre el brazo de ella, obligándola a que lo mirase, y le medio sonrió, intentando infundirle calma.

—Me encargaré de él —susurró—. Llevo tulsí para todos los días. No te preocupes, ¿de acuerdo?

Ella suspiró y miró de nuevo a su padre.

—Le he metido en la alforja una botella de coñac con miel —dijo en tono muy bajo. Arthur se quedó mirándola. La luz que llegaba de la hoguera hacía que su cabello rubio tomase un tono más oscuro y destacara más sus ojos.

Acarició su brazo y, de alguna forma, quiso redimir las palabras que le había dedicado la noche anterior, aunque en ese momento lo único que le pasaba por la cabeza era que durante una semana como mínimo no la vería.

—Por favor, no salgas del recinto —suplicó—. Permanece junto a los oficiales todo el tiempo.

Ella asintió de nuevo.

Arthur se giró para contemplar a sus hombres; todos estaban preparados para salir en cuanto diese la orden. Sin ser realmente consciente de lo que hacía, bajó la mirada de forma involuntaria hacia sus labios. La necesidad que sentía en aquel momento sobrepasaba con creces a todas las anteriores. Estaba enamorándose de Katherine, de aquella mujer que había llegado a su vida sin previo aviso, sin estar preparado para ello.

Katherine puso una mano sobre la de Arthur que reposaba en su brazo, consciente del tono de voz que empleaba y de cada palabra que pronunciaba para calmarla.

—Tened mucho cuidado —dijo al final apretando su mano.

Arthur elevó la mirada hacia ella y asintió.

—Así lo haremos.

Se quedaron mirando unos segundos y finalmente Arthur soltó su mano con lentitud, aunque mientras la soltaba pasó con delicadeza las yemas de los dedos sobre su piel, acariciándola. Aquello hizo que la mirada de Katherine se intensificase. Tampoco podía negarlo; desde un principio le había parecido un hombre sumamente atractivo, pero aquellas últimas semanas debía confesar que había comenzado a sentir algo más por él.

Arthur dio un paso atrás y se encaminó a su caballo con paso presto. Aun así, se giró para observarla antes de llegar al caballo y subir de un salto.

Cuando la caravana comenzó a avanzar en dirección al portón, volvió a girarse y dejó la mirada clavada en ella. Katherine permanecía en la misma posición, apoyada contra la puerta, rodeándose los hombros con la manta.

Tragó saliva, suspiró y se obligó a mirar hacia delante.

No habían dejado de avanzar durante los tres días anteriores y ahora, a una noche de llegar a Hetian, se daba cuenta de lo aburrido que era viajar con pocas personas. Se había acostumbrado a una caravana grande y esta ahora se le hacía pequeña, pese a que Nandim, Fynes, los cinco oficiales y él habían hecho buena piña.

Vertió la infusión en un cuenco y se la acercó a Fynes, que permanecía sentado sobre la cama. Aquella noche habían conseguido una pequeña habitación para los ocho.

Tosió de nuevo y dio un sorbo.

—Echa un par de troncos más —pidió a Nandim.

La habitación tenía varios colchones sobre el suelo y una chimenea en una esquina. Pese a que los últimos días los había pasado bien, hacía un par de horas que había comenzado a tener algo de tos.

Se sentó a su lado mientras Fynes tomaba la infusión, Nandim removía el fuego y sus cinco oficiales yacían de espaldas a ellos, durmiendo.

Fynes dio otro sorbo y depositó el cuenco en la pequeña mesa cuadrada mientras Nandim se acercaba.

—Mañana ya llegaremos a Hetian, ¿verdad?

—Sí, supongo que con cuatro o cinco horas de recorrido llegaremos —contestó Nandim—. Si salimos sobre las seis de la mañana, es posible que a las diez estemos ya allí. Iré directamente a pedir audiencia con el gobernador.

Arthur asintió y estuvo al lado de Fynes hasta que acabó su infusión. Poco después Nandim se acostó al final de la pequeña habitación.

Cogió el cuenco que le ofrecía Fynes para depositarlo en una mesa al final de la sala y se volvió hacia él. Fynes miraba con ternura el medallón que llevaba en el cuello.

—¿Qué es? —preguntó Arthur mientras se tumbaba a su lado y se echaba un par de mantas encima.

Arthur lo miró con una sonrisa apagada.

—Era de mi mujer —susurró. En ese momento detectó que sus ojos se ponían rasos—. Falleció hace años, al dar a luz a Katherine. —Arthur se quedó mirándolo fijamente. El hombre se sacó el medallón del cuello y se lo mostró. Arthur lo cogió en la mano. Era de oro, una simple chapa con una «K» grabada—. Se llamaba Katherine, por eso llamé a nuestra hija así.

Arthur le sonrió mientras se lo devolvía.

—Es muy bonito —pronunció sin saber qué decir.

Fynes le sonrió mientras volvía a ponérselo en el cuello.

—Antes de que Katherine naciese, le prometí a mi mujer que la llevaría a ver lugares increíbles, a recorrer el mundo... —Se quedó mirando balar las llamas de la hoguera—. Ella lo recorrió mucho antes que yo. —Suspiró y se tumbó sobre la manta mientras se tapaba—. Mi hija... es lo único que tengo, lo único que me queda de su madre. —Se giró hacia él y le medio sonrió—. Se le parece mucho, y no solo físicamente, sino también en el carácter —sonrió como si le hiciese gracia—. Es tan testaruda como su madre —Arthur sonrió ante aquel comentario—, pero tiene muy buen corazón.

El muchacho asintió.

—Sí, ya lo sé —susurró mientras se echaba otra manta por encima. En ese momento fue consciente de que Fynes lo miraba fijamente. Aquella mirada hizo que Arthur girase el cuello para observarlo también, sin comprender por qué se fijaba en él de aquella forma.

—Le había insistido durante los últimos meses en que se quedase en Londres —reaccionó Fynes—, que allí estaría mucho mejor que aquí; además, tengo ganas de ser abuelo... —Arthur enarcó una ceja hacia él—. Los niños dan alegría —dijo con una sonrisa.

—Ya... —Arthur chasqueó la lengua.

—Pero, a este paso, si mi hija no se está quieta... —dejó la frase sin acabar.

Arthur se fijó en la mirada inquisidora que le lanzaba Fynes. De acuerdo, la insinuación estaba siendo demasiado explícita. Si de algo era consciente era de que Fynes se había dado cuenta de que su hija, Katherine, no le era indiferente.

—Será mejor que descansemos —dijo Arthur consternado.

—Ella disfruta del viaje, siempre ha sido una aventurera... —continuó, ignorándolo—, pero... si no fuese por ti —lo señaló—, vete a saber lo que habrían hecho esos asaltantes.

—Es un lugar peligroso —continuó Arthur.

—Sí, pero me siento tranquilo si está contigo —le espetó Fynes.

Arthur le sonrió tirante. Tragó saliva y comenzó a girarse dando por finalizada la conversación.

—Descansa, Fynes. En pocas horas tenemos que levantarnos. Mañana será un día largo.

—Son las once —respondió mirando su reloj. Lo depositó sobre el suelo y también se giró—. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Arthur.

Se giró levemente para observar que Fynes cerraba los ojos, incorporado sobre tres almohadas que habían conseguido.

Fynes le caía bien; era, en esencia, una buena persona y, tras conocer su historia, comprendía mejor la situación de él y de su hija, pero también le había parecido un poco indiscreto haciendo esos comentarios y más con la mirada que le lanzó. ¿Se suponía que estaba dándole el visto bueno?

Suspiró y cerró los ojos. Necesitaba dormir, pero la única imagen que se repitió en su mente durante aquella noche fue la de los hermosos ojos azules de Katherine.

Había conseguido dormir a duras penas cinco horas. Las últimas palabras de Fynes lo habían dejado confundido.

Habían partido a las seis y media. Aquella mañana era especialmente gélida. El viento soplaba con fuerza y debían de rondar los siete grados bajo cero. A medida que fue amaneciendo, el viento remitió y la sensación de frío ya no fue tan intensa.

Cuando la ciudad de Hetian apareció a lo lejos, un largo suspiró recorrió aquella pequeña caravana. Una ciudad situada al oeste del río Jade Blanco, conocido así por el color de sus depósitos aluviales, que hacían que sus aguas tomaran un tono blanquecino. Aquel pequeño oasis en medio del desierto estaba situado estratégicamente en la parte de la Ruta de la Seda que unía China con Occidente, gracias a las numerosas rutas que procedían del Imperio mogol, Asia Central y el Tíbet; un lugar ideal para la transmisión cultural.

Rodeada de palmeras en un vasto desierto de arena, parecía casi un espejismo.

Las calles estaban llenas de puestos de venta ambulantes que ofrecían productos derivados de la seda y alfombras. Las calles bullían de gente... La mayoría eran comerciantes que intentaban vender sus productos o llegar a trueques y acuerdos con compradores.

Las casas construidas en piedra y barro parecía que se hubiesen formado con la propia arena del desierto; incluso la calle estaba llena de esta, por más que decenas de mujeres la barriesen una y otra vez.

En aquel lugar no llamaban tanto la atención; los lugareños estaban acostumbrados a ver gente de todos los países comerciando en su tierra. Hasta allí habían llegado personas de todos los rincones del mundo buscando las mejores sedas y cerámica chinas.

Decidieron detenerse en un cruce, pues no tenían ni idea de hacia dónde dirigirse.

Nandim no tardó en conseguir la información que necesitaban. El palacio del gobernador estaba a pocas calles de allí, lo que no era de extrañar, dado que era una ciudad pequeña comparada con las anteriormente visitadas.

—Iré a preguntar —indicó Nandim—. Vosotros esperad aquí.

Arthur asintió mientras bajaba del caballo y el resto de sus oficiales y Fynes lo imitaban. Fynes no tardó en acercarse a uno de aquellos puestos y apreciar las bellas telas, las pequeñas figuritas de barro construidas a mano o las joyas realizadas con la piedra típica de la zona, el jade pulido a mano.

Arthur se acercó, controlando la zona y a los niños que corrían por ella; sabía que muchos ladronzuelos buscaban en las calles a su próxima víctima.

Fynes se agachó para observar las figuritas talladas en jade: un pequeño dragón, un elefante, un caballo...

—Preciosas —dijo absorto. Cogió el pequeño elefante en la mano, pues no era más grande que su pulgar, y sonrió hacia Arthur—. A Katherine le encantaría. ¿Sabes

que le gustan los elefantes?

Arthur miró las figuras y asintió.

—Sí, me lo dijo un día.

—Esta hija mía... —ironizó. Miró al dependiente y señaló el elefante que tenía en la mano—. ¿Cuánto vale? —Miró de reojo a Arthur—. Prefiero tenerla contenta a mi regreso. —Aquel comentario le hizo gracia y sonrió. Fynes volvió a repetir hacia el hombre de origen asiático—. ¿Cuánto vale? ¿Qué precio?

Arthur miró al vendedor.

—*Nǐ yǒu shé me jiàgé?*

Fynes lo miró atónito cuando lo escuchó hablar en aquel idioma.

—¿Sabes chino?

—Lo básico. Muy poco —señaló encogiéndose de hombros—. Es medio yuan —le indicó.

Fynes se llevó la mano al bolsillo y luego se giró hacia la caravana.

—Ahora vengo, tengo algo de dinero en la alforja de la carreta.

—Espera... yo tengo algo aquí —dijo Arthur sacando unas cuantas monedas del bolsillo interior de la chaqueta. Las observó en su mano y le dio unas cuantas al vendedor.

—Ahora te lo devuelvo —señaló Fynes mientras recibía el pequeño elefante envuelto en una tela y lo guardaba en su bolsillo.

—No importa, invita la corona británica —bromeó Arthur.

A Fynes le hizo gracia ese comentario y rio.

No pasó más de una hora hasta que Nandim apareció al final de la calle.

Arthur fue el primero en llegar hasta él.

—¿Y bien?

—El gobernador está aquí, pero no nos recibirá hasta mañana. —Aquello hizo resoplar a Arthur, justo en el momento en que Fynes llegaba hasta él.

—¿Qué ocurre?

—El gobernador no nos recibirá hasta mañana.

—Por lo visto tiene otras reuniones con otros comerciantes y este es el único hueco que ha podido hacernos —explicó Nandim.

—Pues debemos estar agradecidos por ello —sugirió Fynes.

Arthur miró a los hombres que permanecían custodiando los caballos y la carreta.

—¿Dónde podemos pasar la noche?

—El gobernador no aloja gente en su casa, pero uno de sus funcionarios me ha recomendado una posada cerca. Dice que es acogedora y barata.

Tanto Fynes como Arthur aceptaron.

—Está bien —indicó Arthur mientras se dirigía a la caravana—. ¿Sabes dónde es?

—Sí, es en la misma calle del palacio del gobernador, en una esquina. Está muy cerca. Vamos —propuso Nandim mientras cogía de la correa a uno de los caballos y

comenzaba a tirar para guiarlos hacia la posada.

Las habitaciones no eran grandes, al contrario. Habían necesitado dos, pues cada una era para cuatro personas. Nandim, Fynes, un oficial y Arthur dormirían en una; los otros cuatro oficiales, en otra.

Habían aprovechado parte de la tarde anterior para recorrer las calles. Fynes se había empapado de todo: había elogiado las telas, probado comida, disfrutado viendo cómo tallaban el jade... Aquel hombre vivía con mucha intensidad el viaje.

Por la noche, tras caminar varias horas y después de que tomase la infusión, se habían acostado. El resto del día habían paseado y descansado hasta que dieron las cinco de la tarde, hora en que los había citado el gobernador de la zona.

El gobernador Meng Zhi era un hombre que rondaba los cincuenta años, bastante corpulento y alto. Tenía una gran coronilla en el centro de la cabeza rodeada de cabello blanco y negro. Sus ojos eran pequeños y su garganta le recordó a la de un pavo, pues la piel caía hacia abajo. Vestía una túnica azul oscuro con ribetes rojos y un enorme dibujo en hilo dorado de un poblado en el centro del pecho.

La sala era bastante espaciosa. Al final de esta se encontraba el gobernador, sentado sobre un trono encima de una tarima, lo que le daba una clara posición dominante, ya no solo ante aquel que fuese a verlo, sino también sobre los dos consejeros, sentados uno a cada lado y más bajos con respecto al gobernador.

Los cinco oficiales se habían quedado fuera haciendo las últimas compras para emprender el viaje del día siguiente rumbo al caravasar donde los esperaban el resto de los oficiales y Katherine.

Los tres inclinaron la espalda ante el gobernador en señal de respeto.

Nandim fue quien tomó la palabra, ya que era el único que sabía el idioma.

Primero se presentó él, luego presentó a Fynes y a Arthur, describiendo las funciones de cada uno y sus hazañas personales.

El gobernador no decía nada, solo escuchaba y observaba con interés a los dos ingleses.

—Nos gustaría contar con su beneplácito —pidió Nandim en chino—. Este negocio que esperamos emprender será bueno para ambos países. —El gobernador siguió sin decir nada, mirando fijamente a Nandim—. Pretendemos abrir otra ruta de comercio que llegue hasta Dunhuang o, si fuese necesario, hasta Xian. —Nandim se giró un poco desesperado ante la falta de réplica por parte del gobernador y miró a Arthur con gesto curioso. Se giró de nuevo hacia él y siguió explicando—. Esta ciudad es conocida por sus hermosas sedas y como lugar de paso de muchos transeúntes y comerciantes. Usted, gobernador, es el más alto cargo cercano a la frontera con nuestro imperio. —Inspiró intentando calmarse. No le costaba hablar aquel idioma, pero sí cuando no dejaban de mirarlo fijamente—. Hace tres días, atacaron nuestra caravana...

Aquello despertó la curiosidad del gobernador.

—¿Quién? —Fue lo único que preguntó.

—Creemos que fueron los asaltantes de Qing. No es la primera vez que atacan las caravanas de los comerciantes queriendo menguar la economía de vuestro imperio con el único propósito de favorecer la subida de un Qing al trono.

Aquello hizo que el gobernador mirase a los dos ingleses intrigado.

—¿Están todos bien?

Nandim negó.

—No, gobernador. Muchos oficiales ingleses resultaron heridos de gravedad, otros murieron. Por eso hemos venido hasta aquí. —El gobernador se echó hacia delante—. Supongo que usted es el primero al que le interesa que una nueva ruta, en este caso abierta por el Imperio británico, cruce sus tierras. Esto garantizaría que la economía de esta zona mejorase y el comercio se incrementase. —El gobernador asintió—. Necesitamos su aprobación para poder pasar por sus tierras y que además se incremente la vigilancia en la zona. El señor Chapman —señaló a Fynes, que lo miró confundido, pues no entendía nada—, como le he comentado antes, es el embajador designado por la misma corona británica para explorar esta ruta, ver si es viable, rentable y, a la vez, estudiar el material. —Sonrió hacia el gobernador—. El señor Chapman está encantado con lo que ha visto, no solo con las telas, sino también con la cerámica y el trabajo tan detallado que se hace de la piedra de jade... Pero no sería rentable abrir una nueva ruta aquí si existe un riesgo tan elevado de que las caravanas británicas sufran ataques durante sus travesías.

El gobernador se quedó observándolo y luego miró hacia Arthur.

—¿No iban protegidos? —preguntó sin apartar la mirada del coronel.

—Por supuesto. La caravana estaba formada por sesenta hombres entre los oficiales británicos y los hombres que ofreció el Imperio mogol para ayudar en las negociaciones, entre los cuales yo me incluyo. Pero debe comprender que ellos nos superaban en número y, además, estamos en un territorio inexplorado.

El gobernador miró a sus consejeros unos segundos y finalmente se puso en pie.

Bajó con elegancia y lentitud la tarima y se acercó a ellos. Su altura era similar a la de Arthur, aunque era mucho más corpulento que este.

—¿Qué es lo que necesitan?

—Un documento por el que se nos otorgue el derecho a pasar por estas tierras sin objeción y que el señor Chapman pueda mostrar a la corona británica. También que se incremente la seguridad para las caravanas en toda la ruta.

El gobernador se quedó callado unos segundos, pensativo.

—El documento no tiene que ser ningún problema. Respecto a la seguridad, tengo una inmensa cantidad de hombres invertidos en la guardia de la Ruta de la Seda pero, como comprenderá, el territorio es muy amplio para cubrir cada metro.

—Lo entendemos...

—Ahora bien, ¿van en dirección a Kasgar? —Nandim asintió—. Puedo ofrecerles mi apoyo y además unos cuantos hombres de la guardia de la ruta. Pueden

acompañarlos hasta el poblado de Kasgar. Más allá, deberán pedir respaldo al gobernador de la otra prefectura. A cambio de esto, quiero que el señor embajador... —señaló a Fynes, el cual lo miró intrigado al recibir su atención—, se lleve unas piezas de jade e intente abrir mercado tanto en otras zonas de la ruta como en el Imperio mogol, incluso con la corona británica.

Nandim asintió y se giró para traducirles a Fynes y Arthur.

—El gobernador nos hará un documento que nos autoriza a pasar por su prefectura. Además, nos ofrece unos hombres para acompañarnos hasta Kasgar. —Miró directamente a Arthur—. Es más de lo que podemos esperar. Normalmente no nos darían hombres.

Arthur lo miró confundido.

—¿Y por qué lo hace?

—Esta zona lleva varios años en crisis —explicó Nandim—. Les interesa el comercio.

Arthur asintió.

—De acuerdo. ¿Y no pide nada a cambio?

—Solo que nos llevemos unas piezas de jade e intentemos abrir su negocio en otras partes de su imperio, así como en el nuestro y el de Fynes.

Fynes intervino.

—Me parece bien. Las figuras son preciosas. —Miró al gobernador asintiendo y luego volvió la atención a Nandim—. Dile que he quedado fascinado con las piezas —Se metió la mano en el bolsillo y extrajo el pequeño elefante que había comprado la tarde anterior para regalárselo a su hija— y que ya tenía pensado hablarle a Su Majestad la reina sobre el laborioso trabajo con la piedra.

Nandim se giró hacia el gobernador, que miraba con una sonrisa a Fynes al ver que llevaba un pequeño elefante tallado en jade.

Supo que aquella respuesta le había gustado al gobernador porque sonrió más abiertamente y dio unas cuantas órdenes a los hombres.

—¿Qué pasa? —preguntó Arthur.

Nandim dio un paso hacia atrás mientras hacía una pequeña reverencia al gobernador.

—Está de acuerdo y muy contento con que le haya gustado lo que hacen con la piedra de jade. —Miró a Fynes, que guardaba en su bolsillo el pequeño elefante—. Mañana por la mañana nos dará el documento y nos entregará diez hombres para que nos acompañen a Kasgar.

Los tres le hicieron una pequeña reverencia al gobernador y Nandim fue el primero que se giró para indicarles a sus dos compañeros que las negociaciones habían acabado y podían irse.

—¿Mañana a qué hora? —preguntó Arthur.

—A primera hora, supongo que sobre las siete. A las diez estaremos de viaje, no te preocupes.

Arthur asintió mientras atravesaban los pasillos de la casa del gobernador para dirigirse a la puerta de salida.

—Entonces ha ido muy bien —indicó Fynes.

—Estupendamente —corroboró Nandim—, tenemos el beneplácito de la prefectura para poder comerciar en esta zona y, además, unos cuantos hombres más.

Salieron de la casa y atravesaron el pequeño jardín delantero en dirección a hacia la calle. El sol ya se había puesto y, pese a que no era tarde, las estrellas ya lucían en el cielo. Con todo, las calles estaban repletas de mercaderes con sus puestos ambulantes que dotaban de vida a aquella pequeña ciudad.

—Casi las siete de la tarde —pronunció Fynes mirando su reloj de bolsillo. Lo guardó y se llevó la mano al estómago.

—¿Tienes hambre? —preguntó Arthur.

—Un poco, aunque llevo unos días con el estómago mal; estas especias no me sientan muy bien.

Nandim sonrió hacia Fynes.

—Vosotros no estáis acostumbrados a estos sabores, ni al picante... —bromeó.

Salieron del jardín, custodiado por unos guardias, y comenzaron a deshacer el camino hacia la pensión situada al final de la calle, esquivando a todos los comerciantes y personas que caminaban, iluminados por lámparas de aceite y pequeñas hogueras situadas en las esquinas.

—Avisamos a los oficiales y cenamos algo. Luego quiero dejarlo todo listo para mañana —señaló Arthur mientras esquivaba a un niño que corría por la calle.

Uno de esos niños se estrelló con Fynes y elevó la mano para que le diese algo.

—Cuidado, Fynes... —bromeó Arthur al ver cómo sonreía hacia el pequeño.

—¿Qué quieres? —preguntó Fynes hacia el niño, el cual no dejaba de elevar la mano hacia él en señal de que le diese algo—. ¿Quieres unas monedas para comer? —preguntó en tono tierno mientras se llevaba la mano al bolsillo.

Iba a entregarle las monedas cuando los gritos al final de la calle los sorprendieron a todos.

Arthur se giró de inmediato. Tras la esquina aparecieron, como mínimo, treinta soldados uniformados montando a caballo. Los tres se quedaron paralizados al verlos, incluso el pequeño que estaba al lado de Fynes se giró para mirar, aunque sin bajar la mano.

Hubo unos segundos de silencio durante los que aquellos soldados miraban de un lado a otro como si analizaran la situación. Arthur se fijó en ellos. Los reconoció al momento. Eran los mismos soldados que habían atacado su caravana hacía cuatro días o, al menos, vestían igual. Dio unos pasos hacia atrás y buscó con la mirada a Nandim.

Nandim también permanecía expectante. Todos los allí presentes, comerciantes, compradores, niños, miraban en su dirección sin saber bien cómo tomarse aquello.

Arthur miró a Fynes, que lo observaba sorprendido.

Los gritos se sucedieron en cuanto el primero que presidía aquella legión de soldados extrajo su espada y la elevó hacia el cielo con un grito. Hizo avanzar su caballo y sin previo aviso degolló a uno de los comerciantes.

El caos inundó la calle en ese momento, mientras el resto de los soldados clavaban los tacones en sus caballos para que avanzasen y extraían sus armas.

Arthur se giró hacia Fynes, que permanecía unos metros por detrás. Iba a avanzar hacia él cuando el gentío comenzó a correr para huir de aquellos salvajes.

Estuvo a punto de caer al suelo, pero logró guardar el equilibrio. Aquellos soldados galopaban blandiendo sus espadas y arrasando con todo lo que tenían por delante.

Cogió el brazo de Fynes, que permanecía totalmente boquiabierto, en *shock*, y comenzó a tirar de él.

—¡Vamos, Fynes! —gritó mientras lo arrastraba.

Buscó directamente a Nandim, que se encontraba unos pasos por detrás, corriendo también entre toda la gente, intentando no ser arrastrado por aquella muchedumbre que escapaba descontrolada por la calle.

—¡Nandim! —gritó Arthur. Logró que lo escuchase y que su voz sonase más fuerte que el resto de los gritos—. ¡A la posada!

Nandim asintió justo cuando una flecha pasó rozándole y derribó a un hombre que corría a su lado.

Arthur se giró asustado. Aquellos guerreros no se contentaban solo con derribar todos los puestos de los comerciantes y prenderles fuego, sino que, además, degollaban a todo aquel que se interponía en su camino y comenzaban a cargar sus arcos para disparar hacia el gentío.

Arthur colocó una mano en la cabeza de Fynes para que corriese agachado.

—¿Qué está ocurriendo? —gritó Fynes.

Arthur no dejaba de correr agachando la espalda, intentando que la gente no lo arrojase al suelo y tratando de proteger a Fynes.

No contestó, simplemente se giró hacia atrás sin detener el paso.

Los soldados se abrían camino entre la gente, haciendo que sus caballos galopasen aplastando a todos los que se encontrasen en su camino.

Uno de aquellos soldados cogió una antorcha y la arrojó contra un puesto de telas.

—¡No dejes de correr, Fynes! —gritó Arthur. Se llevó la mano a la cintura, pero no llevaba ningún arma colgada de su cinturón—. Mierda —susurró sin dejar de tirar de él.

Se detuvieron cuando varias flechas pasaron por encima de sus cabezas y derribaron a las personas que tenían justo por delante. Si no hubiesen ido agachados, los habrían atravesado a ellos.

Las personas que corrían por delante cayeron sobre el suelo, pero tan cerca estaban que no tuvieron tiempo de esquivarlas.

Fynes tropezó con el cuerpo del hombre y cayó al suelo. Arthur aún logró mantener el equilibrio, pero se colocó al lado de Fynes para intentar que la gente no le pasase por encima.

—Vamos, Fynes —gruñó Arthur mientras lo cogía del brazo para ponerlo en pie. En ese momento vio a Nandim, que iba unos metros por delante de ellos y los había adelantado—. ¡Vamos! —gritó Arthur internándose de nuevo en la carrera, sujetando a Fynes por el brazo y obligándolo a correr agachado.

Se detuvieron cuando varios soldados cabalgaron a su alrededor blandiendo sus espadas, bloqueando el paso a todos aquellos que querían alejarse. Los estaban rodeando.

Miró de un lado a otro, nervioso. Debían salir de aquella calle, buscar refugio; sabía cómo actuaban aquellos soldados... Ya lo había experimentado días atrás y sabía que no se detendrían ante nada ni dudarían en acabar con la vida de todos los allí presentes.

No pudo evitar gritar cuando observó que unos metros por delante, otro soldado cortaba el paso con su caballo al grupo con el que corría Nandim y comenzaba a golpearlos a todos con su espada, agitándola de un lado a otro para acabar con todas las vidas posibles.

—¡Nooooo! —gritó desgarrándose la garganta, aunque tuvo que agacharse y arrojar al suelo junto a Fynes cuando el afilado metal de la espada de otro guerrero amenazó con cortarles el cuello.

Escuchó el grito de Fynes al golpearse contra el suelo y vio que aquella misma espada atravesaba el pecho de una mujer que no había podido esquivarla.

Le hervía la sangre y el miedo lo inundaba. Giró la cabeza para observar a Fynes; permanecía tirado en el suelo, sin atreverse a moverse. Si al menos tuviese un arma o una espada les haría frente, pero desarmado como estaba se sentía totalmente expuesto a aquellos guerreros.

Las flechas sobrevolaron sus cuerpos y derribaron a más personas que corrían y caían al suelo.

—No, no, no... —gimió mientras intentaba buscar a Nandim.

En cuanto el caballo del guerrero se alejó, se puso en pie y ayudó a Fynes. Tenían que salir de allí como fuese; si no, acabarían muertos o aplastados por la gente que intentaba huir despavorida.

—Vamos, corre, corre... —gritó desesperado mientras comenzaban a correr.

Al menos en aquella posada estarían más seguros y, además, contaban con las armas.

Quedaban pocos metros para llegar cuando notó el dolor más agudo que jamás había sentido. Notó que se le cortaba la respiración al desgarrarse su carne.

Una flecha le atravesó el hombro y le hizo caer al suelo. Fynes se agachó a su lado y lo cogió del brazo para intentar levantarlo.

—Arthur —sollozó Fynes.

Arthur resopló intentando centrarse en la voz de Fynes, pues el dolor era tan intenso que le cortaba la respiración y le nublaba la vista.

Hizo acopio de todas las fuerzas que pudo, se cogió al brazo de Fynes y se levantó.

—Corre —le instó a Fynes.

El señor Chapman lo cogió de la cintura y comenzó a tirar de él.

Cuando finalmente controló el dolor y pudo tener el control sobre su cuerpo, empezó a correr, aunque no podía moverse con tanta rapidez como antes.

—Ya llegamos —pronunció Fynes intentando animarlo.

Arthur lo medio empujó.

—Corre tú, escóndete. Ya llegaré —dijo con los dientes apretados.

—No voy a dejarte —se quejó Fynes mientras cogía el brazo de Arthur.

Ambos se detuvieron cuando otro caballo les cortó el paso. Arthur tragó saliva y miró hacia arriba. Sí, había creído bien. No había duda. Aquellos soldados vestían igual que los asaltantes de la caravana.

El guerrero sonrió al ver el terror en su rostro. Sin duda, disfrutaban sembrando el dolor, el sufrimiento y la muerte.

Se bajó del caballo mientras extraía su espada. Arthur se colocó ante Fynes, intentando protegerlo, aunque sabía que con aquella herida abierta, la flecha atravesando su hombro y desarmado poco podría hacer.

Arthur hizo retroceder a Fynes y lo resguardó con su cuerpo, extendiendo los brazos hacia los lados, hecho que hizo bastante gracia al soldado, porque lo miró sorprendido.

—Corre —susurró hacia Fynes.

—No... —sollozó.

—Corre —ordenó Arthur con un grito—. Sé defenderme mejor que tú.

—Estás herido... —le recordó.

Arthur volvió la atención hacia el guerrero, que se acercaba con la espada en alto, dispuesto a atacarlo. Apretó los dientes y adoptó una postura de defensa mientras un grito salía por su boca al mover el hombro.

—Los dos acabaremos muertos si no te alejas... —gritó de los nervios.

No pudo volverse hacia Fynes, pues el guerrero ya llegaba hasta ellos. Se apartó lo justo para evitar la espada y notó que sus movimientos eran más lentos por el dolor que le producía la flecha que le atravesaba el hombro. Cogió la mano del guerrero con la que empuñaba la espada. Hundió las manos hacia abajo haciendo que el guerrero se inclinase y a la vez elevó la rodilla para estrellarla contra su rostro.

El soldado cayó al suelo escupiendo sangre y, justo en ese momento, durante un breve segundo, soltó su espada y permitió que Arthur la golpease con el pie y la alejara de él. Elevó la rodilla para estrellarla de nuevo contra el soldado y dejarlo sin sentido cuando notó un fuerte golpe en la cabeza.

De repente, todo estuvo oscuro, aunque los gritos de muerte y dolor siguieron en su cabeza durante unos segundos. Después no hubo nada.

Lo primero que notó fue un horrible dolor de cabeza latiendo al mismo ritmo que su corazón. Luego sintió el agudo dolor del hombro. Apretó los dientes sin abrir los ojos, intentando respirar con normalidad. El sabor a sangre se hizo patente en su boca.

Había luchado en muchas batallas, lo habían herido, pero aquello era más de lo que podía soportar. Luchó por no perder la consciencia y controlar su respiración mientras intentaba recordar lo ocurrido.

Abrió los ojos. Le costaba enfocar. Se mareó mientras intentaba fijar la mirada en lo que tenía por delante. Cuando pudo centrarla, observó el cuerpo ensangrentado de un joven tendido en la tierra. Estaba mirando hacia él, con los ojos abiertos. Su pecho no se movía.

Se quejó y ladeó el cuello hacia el otro lado para observar.

Aquello era una verdadera masacre. A lo largo de la calle cientos de cuerpos permanecían en el suelo; podía escuchar algunos quejidos, pero la gran mayoría de aquellas personas estaban muertas.

Intentó calmar los latidos de su corazón, controlar su respiración mientras miraba de un lado a otro, absorto. Varios de los comercios ardían, otros sencillamente estaban destruidos, pero... ¿y los causantes de aquella masacre?

Apoyó de inmediato el rostro contra la tierra cuando escuchó unos pasos cercanos. Se quedó inmóvil, casi sin respirar. Tuvo que controlarse cuando notó que por el lado contrario a donde miraba alguien pasaba caminando.

Supo que era chino en cuanto lo escuchó hablar. Conversaba con alguien que estaba por delante de él.

En ese momento vio aparecer unas botas negras ante él.

Cuando estas se alejaron, soltó el aire que había contenido y giró el cuello para observar a aquellos dos hombres. Al final de la calle, entre el humo y las llamas, podía distinguirse a varios de aquellos guerreros revisando los objetos en el suelo y algunos cuerpos, como si buscasen su botín. Al menos, no habían sido conscientes de que él estaba vivo.

Sabía que todo aquello tenía que ver con el deseo de la ascensión al trono de los Qing. Aquellos guerreros pretendían sembrar el caos, menguar el comercio para hacer que el emperador que en esos momentos presidía el trono del Imperio chino, de la dinastía Ming, cayese. Pretendían derrocar a una dinastía haciendo que el comercio disminuyese y por ende la economía del país. Aquello haría que el mismo pueblo se rebelase contra el actual emperador.

Se llevó la mano a la frente, por donde notaba que bajaba una gota de sangre, y miró hacia los lados. Estaba rodeado de cadáveres, pero lo único que necesitaba era

encontrar a Fynes y Nandim.

Dar con Nandim le sería más difícil, pues estaba más alejado, pero Fynes había permanecido a su lado casi todo el rato, por lo menos hasta el momento en que había perdido la consciencia.

Aunque la cabeza le dolía horrores, intentó hacer memoria y recordar sus últimos movimientos. Si la memoria no le fallaba, durante el ataque, Fynes se encontraba a su espalda.

Giró lentamente el cuello hacia atrás. Aunque era plena noche, la luz de los incendios cercanos le permitía ver con claridad.

El corazón le dio un vuelco cuando vio a Fynes a pocos metros de él, tendido sobre los escalones que subían hacia un templo. Tenía medio cuerpo apoyado contra una columna y dejaba caer las piernas por las escaleras.

Miró de nuevo hacia delante y hacia atrás para comprobar que no hubiese hombres cerca y se arrastró por el suelo, muy lento. Cada centímetro que avanzaba era un suplicio.

Suponía que en la caída debía de haberse roto la flecha, así que solo unos centímetros asomaban por delante de su hombro.

Tardó minutos en recorrer los pocos metros que los separaban, tanto por el dolor que le producía el arrastrarse al hacer fuerza con los brazos, como por el miedo a ser descubierto.

Llegó hasta los escalones y subió el primero cerciorándose de que no había nadie cerca, aunque pudo ver que en unas casas cercanas aquellos asaltantes debían de estar buscando su botín, pues oyó que destrozaban objetos del interior.

Se arrastró los tres escalones hacia arriba hasta que se tumbó al lado de Fynes.

—Fynes... —susurró Arthur. Llevó una mano hasta su pierna y la palmeó—. Fynes.

Miró su rostro echado hacia abajo y solo pudo volver a respirar cuando vio que el pecho de Fynes, aunque poco, se movía.

Miró a ambos lados y, una vez que estuvo seguro de que nadie lo observaba, se incorporó sobre su hombro y golpeó levemente el rostro de Fynes intentando que recuperarse el sentido.

—Fynes —susurró de nuevo—. Despierta, Fynes... —suplicó.

Fynes tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Tenía un corte en la frente, por donde había caído un hilo de sangre que en aquel momento estaba seco. ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? ¿Habían pasado minutos? ¿Horas?

Llevó la mano hasta su hombro y lo sacudió.

—Fynes —volvió a susurrar mientras miraba a su alrededor.

Unas voces le hicieron tumbarse y permanecer inmóvil. Dos soldados caminaban entre los cuerpos buscando supervivientes. Tenía que irse de allí cuanto antes; si daban con él, lo matarían, pero no pensaba irse de allí sin Fynes.

Se incorporó cuando escuchó las voces más lejos. Los dos soldados caminaban entre todos los cuerpos, inspeccionándolos con la mirada y, en alguna ocasión, se agachaban para registrarlos.

Con un leve gruñido logró medio sentarse, apoyándose también en la columna, y se giró hacia Fynes.

Puso una mano directamente en su cuello, intentando hallar su pulso. Aunque era excesivamente débil, pudo detectarlo. Su mirada recorrió su cuerpo. Tenía una pequeña herida en la frente, que había sangrado y había cubierto parte de su ojo y su mejilla. En la nariz tenía un pequeño golpe.

La ropa la tenía manchada de sangre y, en el costado, tenía una enorme mancha en la chaqueta.

Inspiró y, con cuidado, movió la chaqueta para ver la gravedad de la herida. Cuando la observó, cerró los ojos con fuerza y gimió.

Debían de haber cortado su carne con la espada, pues tenía una enorme herida. Seguramente habrían perforado algún órgano vital.

En ese momento, Fynes tosió. Arthur soltó su chaqueta y le tapó la boca para que no lo oyesen. Por suerte, tosió poco y muy débilmente.

—Shhhh... shhhh... —susurró Arthur intentando calmarlo, pues Fynes comenzaba a gemir.

—Arthur —sollozó Fynes temblando de dolor.

Arthur cogió su mano con fuerza, Fynes estaba sufriendo una barbaridad.

—Tranquilo, estoy aquí —susurró con desesperación.

—No... no puedo...

—Shhh...

—No puedo... respirar.

Arthur apretó más su mano mientras se acercaba a él. Miró de un lado a otro para asegurarse de que no había nadie cerca y volvió el rostro hacia él.

—Escucha... tenemos que irnos de aquí... —Fynes comenzó a negar—, necesito que te miren esa herida y...

—No... —Tragó saliva y lo miró con los ojos entrecerrados—, creo que... no llegaría muy lejos —acabó tosiendo.

—Tenemos que intentarlo —lo animó.

Fynes cogió su mano con las dos suyas mientras negaba.

—No puedo...

—Yo te llevaré...

—Solo te retrasaría —dijo mientras comenzaba a ahogarse.

Arthur se incorporó más y se colocó frente a él, negándose a escuchar las palabras que le decía.

—Fynes... —dijo llamando su atención al ver que comenzaba a ahogarse—, Fynes, mírame... no puedes rendirte —sollozó.

En ese momento lo supo. Fynes no iba a sobrevivir; de hecho, no creía que viviese muchos minutos más.

Fynes suspiró largo y tendido cuando logró respirar de nuevo y centró la mirada en Arthur, que permanecía muy cerca de él, justo enfrente. Llevó la mano hasta su bolsillo, sacó el pequeño elefante tallado en jade y su reloj de bolsillo, y los colocó directamente en la mano de Arthur.

—Mi hija... —sollozó.

Arthur se quedó mirándolo.

—No me hagas esto, Fynes... —gimió—. Tenemos que volver... vas a volver.

Fynes sonrió con ternura.

—Los dos sabemos que no —susurró mientras cerraba los ojos unos segundos, como si intentase mentalizarse de ello. Tragó saliva con esfuerzo y volvió a mirarlo mientras apretaba sus manos, donde mantenía los objetos—. Dáselos... ella lo comprenderá.

—Vas a dárselo tú —insistió—. Solo tenemos que encontrar un caballo. Te llevaré de vuelta... —dijo mirando hacia los lados con gesto furioso.

Fynes se quedó mirándolo. Arthur era un buen chico, más de lo que había intuido desde un principio. A medida que habían pasado las semanas había ido conociéndolo y se había encariñado con él. Sabía que él también sentía lo mismo. Sus sonrisas, la forma en que los trataba, el modo en que había defendido y salvado a su hija durante el ataque. Sabía que aquel joven tenía un gran corazón pese a que durante las primeras semanas lo hubiese mantenido oculto, y había descubierto a una persona amable y protectora.

—Eh, eh... —Fynes colocó una mano sobre su hombro y lo obligó a mirarlo—. No voy a regresar, coronel... —ironizó.

—No estoy para bromas ahora, Fynes —dijo cogiéndolo del brazo, pasándolo encima del suyo para intentar cargarlo al hombro.

Fynes gritó y Arthur se obligó a apoyarlo de nuevo sobre la columna mientras su corazón aumentaba las pulsaciones. Miró a ambos lados asustado, consciente de que aquel grito podía haber alertado a los soldados.

No fue así. Se quedó observando las cuatro figuras de los soldados en la lejanía hasta que notó la mano ensangrentada de Fynes en su nuca, obligándolo a mirarlo. Tenía una mirada decidida, cargada de fuerza.

—Saca... saca a mi hija de aquí —suplicó. Arthur colocó la mano en su brazo, mirándolo fijamente—. Es lo único que me importa... —Arthur apretó los labios y agachó la cabeza intentando controlar la impotencia que sentía—. Ponla a salvo, Arthur, por favor...

Tragó saliva mientras intentaba controlar el llanto. Fynes no podía morir así; le había cogido cariño, era un hombre extraordinario, bondadoso y... el padre de la mujer de la que había comenzado a enamorarse.

Lo miró fijamente y asintió, consciente de que la vida de Fynes se apagaba. De nada valía autoengañarse, sabía que no resistiría mucho más.

—Te prometo que pondré a Katherine a salvo. La sacaré de aquí.

Fynes sonrió, aunque aquella sonrisa iba cargada de dolor.

—Sé que lo harás... —susurró cerrando los ojos durante unos segundos. Puso una mano en la mejilla de él—, sé que la pondrás a salvo. —Arthur agarró su mano—. Eres... eres un buen hombre, Arthur. Ojalá... —intentó respirar de nuevo, pero comenzó a asfixiarse. Arthur escuchó su respiración burbujeante.

—Shhh... guarda silencio, no te esfuerces.

—Ojalá... —continuó Fynes ignorando su comentario—, mi hija te hubiese conocido en otras circunstancias... —En ese momento, el labio de Fynes tembló, como si intentase retener un puchero—, te... te habrías enamorado de ella.

Arthur sonrió con complicidad mientras notaba que sus ojos se empañaban y le apretaba más la mano.

—¿Y quién dice que no lo estoy? —le preguntó mientras colocaba una mano en su rostro al ver que Fynes dejaba caer la cabeza, como si no tuviese fuerzas para sujetarla. En ese momento sintió la necesidad de que lo escuchase, de que al menos, antes de irse, supiese que estaba enamorado de su hija. Sabía que de aquella forma se quedaría más tranquilo, podría irse en paz. Fynes aún mantenía los ojos abiertos, aunque le costaba en exceso respirar. Arthur tomó su rostro entre las manos, obligándolo a que lo mirase, mientras notaba que una lágrima le resbalaba por la mejilla. Fynes aún lo observaba, como si solo tuviese fuerzas para eso—. Te lo prometo, Fynes. La sacaré de aquí aunque sea lo último que haga en mi vida. Tranquilo por eso.

Aunque Fynes luchaba por respirar, aún pudo sonreírle una última vez antes de perder el conocimiento. Arthur se quedó petrificado unos segundos, observándolo fijamente. Se obligó a apoyarlo contra la pared cuando su peso cayó hacia delante, pues en ese momento, con la flecha aún clavada en el hombro, no podía apoyarlo contra él.

—Fynes... —sollozó contra su rostro—. Fynes, por favor... —Lo movió levemente—. Por favor... —Se consideraba un hombre fuerte, las experiencias que había tenido en su vida lo habían curtido y endurecido, pero jamás se estaba preparado para perder a una persona a la que se quería, con la que había entablado una gran amistad, a la que respetabas y habías cogido cariño. Buscó su pulso sin encontrarlo. Se vio obligado a apoyarse contra la columna para no desfallecer, para controlar la rabia e impotencia que invadían todo su cuerpo.

Aquello no podía estar ocurriendo. Tragó saliva y volvió a colocarse ante él. Colocó las dos manos en sus hombros y lo balanceó levemente.

—Fynes... vamos... —suplicó—. No me hagas esto, no me hagas esto...

Fynes no se movía. Se pasó la mano por el rostro intentando contener un grito de rabia y se obligó a tumbarse en el suelo para no llamar la atención de los asaltantes.

Permaneció más de un minuto en aquella posición, totalmente consternado. Fynes se había ido. Aquella intrusión a manos de la guerrilla china había acabado con la vida de Fynes y puede que con la de Nandim y sus oficiales.

Intentó normalizar su respiración y su pulso, consciente de que si quería salir de allí con vida tenía que centrarse. De nada serviría entrar en pánico. No era la primera vez que se encontraba en una situación así. Debía ser fuerte, ya no solo por él y por los compañeros que podía que permaneciesen vivos y necesitasen su ayuda, sino por Katherine. Debía ir a por ella y sacarla de aquel peligroso lugar. Ahora que las guerrillas habían comenzado a atacar los poblados, ningún lugar en aquel recóndito país del mundo era seguro.

Colocó la mano donde sujetaba el pequeño elefante y el reloj de Fynes y se quedó observándolos unos segundos antes de guardarlos en su bolsillo.

—Te prometo que la pondré a salvo —susurró con convicción.

Suspiró y echó la mirada hacia atrás, hacia la pequeña posada donde se habían alojado la última noche. Necesitaba llegar hasta allí y asegurarse de si alguno de sus compañeros seguía vivo. No podía marcharse de allí sin comprobarlo, pero antes...

Se arrastró por el suelo y se incorporó para apoyarse contra una de las paredes. Antes necesitaba quitarse aquella flecha que le limitaba la movilidad.

Aquello iba a doler horrores, pero necesitaba hacerlo. Se llevó la mano hasta el hombro y nada más rozarlo tuvo que contener un grito. Inspiró con fuerza, cargándose de valor y, sin pensarlo más, con un movimiento rápido, echó el brazo hacia atrás, cogió el palo que le asomaba por el hombro y tiró de él. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para sacarlo, pues le atravesaba todo el hombro. Rugió y apretó los dientes mientras lo extraía y cuando al final logró sacarlo, tuvo que apoyarse contra la pared para recuperar el aliento.

Tenía la respiración acelerada, pero en cuanto notó que una gota de sangre comenzaba a resbalarle por el pecho se obligó a moverse. Necesitaba vendarse aquella herida, comprimirla para no perder más sangre.

Se rodeó con bastante dificultad el hombro con parte de su chaqueta y, con ayuda de los dientes, apretó el nudo.

Se tiró en el suelo y se arrastró hasta el primer escalón, colocándose al lado del cuerpo sin vida de Fynes. Lo primero que debía hacer era mirar si Nandim estaba por allí y, luego, ir a la posada para buscar a sus compañeros y sus armas.

Allí estaba su caravana. A buen seguro que aquellos guerreros chinos estarían dando cuenta de ella, pero, quizá, con suerte, dejaran algún arma.

Miró entre la gente en busca del cuerpo de su amigo. Había demasiados cuerpos, algunos de ellos dándole la espalda. Con la poca claridad que había casi no podía distinguir los rostros.

Giró el cuello para echar un último vistazo a Fynes e inspiró. Colocó una mano en su pierna y apretó los ojos.

—Adiós, amigo —susurró antes de incorporarse y comenzar a descender los escalones gateando, con cuidado de no ser descubierto. Desde luego, aunque el hombro le dolía horrores, tenía una mayor movilidad sin la flecha clavada y, al menos, el suplicio se hacía más llevadero.

Se arrojó al suelo y se quedó inmóvil al ver las figuras de varios soldados saliendo de la posada, hablando entre ellos, como si nada hubiese ocurrido, indiferentes ante todo el dolor y muerte que habían causado.

En ese momento reconoció el cuerpo de Nandim apoyado contra la pared de la posada.

Se emocionó al ver que movía ligeramente su cabeza. ¡Estaba vivo!

Permaneció quieto hasta que los guerreros cruzaron la calle y se introdujeron en una vivienda y, muy lentamente, gateó unos metros hacia delante, para evitar pasar por encima de los cuerpos que yacían sin vida.

Supo que Nandim lo había reconocido cuando vio que echaba el brazo hacia él, en señal de que lo había visto.

Arthur miró hacia los lados y le señaló para que se mantuviese callado. Volvió a arrastrarse por la tierra y, muy a su pesar, se vio obligado a pasar por encima de algunos cuerpos.

Cuando logró llegar hasta Nandim se quedó quieto, tumbado a su lado. Nandim permanecía tirado en el suelo, de lado. La ventaja es que permanecía en un lugar más oscuro que el resto de la calle, lo que le permitía estar más resguardado de la vista de los soldados.

Se colocó frente a él, de lado, mirándolo a los ojos.

—Nandim —dijo colocando una mano en su hombro—, ¿cómo estás? —susurró.

Nandim le hizo un gesto de dolor.

—He estado mejor... —susurró. Tragó saliva y miró a ambos lados, consciente también de que en cualquier momento podían sorprenderlos. Bajó la mirada, señalándose para que mirase en esa dirección. Cubría con la mano una herida en el costado de donde brotaba abundante sangre.

—Estás herido.

—Sí... —admitió. Luego miró hacia los lados— ¿Y Fynes?

Arthur se quedó mirándolo y negó mientras una mueca de pena surcaba sus facciones. Nandim lo comprendió y tuvo que cerrar los ojos con fuerza intentando controlar sus emociones.

Arthur se obligó a centrarse y miró la herida de Nandim. Era profunda, demasiado como para poder defenderse o caminar mucho rato sin desfallecer.

—Eh... —susurró haciendo que Nandim abriese los ojos—, ¿y el resto de los oficiales?

Nandim apretó los labios y negó.

—No lo sé, estaban en la posada... —señaló por detrás de él—, pero los hijos de puta han entrado. No sé si están vivos —admitió.

Arthur asintió e intentó ordenar sus ideas. No sabía si sus compañeros estaban vivos, pero debía asegurarse antes de intentar abandonar la zona. Su mente no le permitía irse de allí sin intentar ponerlos a salvo. Por otro lado, cualquier animal que necesitase para iniciar la huida estaría en el patio trasero de la posada. Sabía que allí también había una puerta trasera.

Miró a Nandim con determinación.

—¿Crees que puedes moverte?

—No lo sé.

—Debes intentarlo... —Miró hacia la posada con arrojo—. He de ir a buscar al resto de los oficiales...

No pudo acabar la frase, pues Nandim le puso una mano en el hombro.

—Si te ven te matarán.

—Son mis hombres —le cortó—. No voy a abandonarlos aquí —dijo con determinación—. Ve hacia la puerta trasera de la posada, no está lejos, podrás llegar. —Nandim miró hacia la esquina que tenía más adelante—. Espérame allí, intentaré coger algún caballo.

—Te verán... —volvió a prevenirlo.

—No te creas... —dijo esta vez con una mirada suspicaz—, soy bastante escurridizo —pronunció—. Espérame allí. Si no regreso en media hora, márchate.

Nandim lo miró aterrado.

—¿Y adónde iría? —preguntó escamado por la última orden de Arthur.

—No lo sé —pronunció rápidamente—, pero está claro que aquí no o acabarán matándote. Están saqueando la zona y pronto comenzarán con los cuerpos. Para entonces, no podemos estar aquí ninguno de los dos o darán con nosotros.

Arthur tenía razón. Ya había visto que algunos soldados comenzaban a registrar los cuerpos. Sabía que aquel registro se iniciaría en cuanto acabasen de desvalijar las casas, cuando la mayoría de los cuerpos heridos ya estuviesen sin vida, lo que facilitaría mucho más su labor.

Ambos se miraron y finalmente Nandim asintió y le dio la razón.

Arthur no esperó. Sabía que era arriesgado, pero era lo que debían hacer.

Comenzó a arrastrarse hacia la posada. Aquella vez no se levantó ni gateó; fue muy lento, pues en cualquier momento aquellos guerreros podían salir del interior y dar con él.

Dentro de la posada sería peor, pues había varias lámparas de aceite iluminándolo todo. Cuando menos, el pequeño jardín delantero estaba a oscuras.

Llegó hasta la esquina y en ese momento miró hacia atrás. Nandim se había alejado, se arrastraba por el suelo lentamente en dirección a la parte trasera de la posada.

Centró de nuevo la mirada hacia delante. Los árboles que había en el jardín podrían ser un refugio.

Se levantó todo lo rápido que pudo, corrió hacia el primer árbol y se apoyó contra su tronco. No había nadie por el jardín, aunque se le heló el corazón cuando escuchó gritos en el interior de la posada.

Se armó de valor, corrió hacia una de las ventanas y se agachó contra la pared. Solo necesitaba saber si estaban vivos y, si era así, ayudarlos a salir.

Otro grito le heló la sangre y, en ese caso, le paralizó el corazón. Escuchó que uno de sus oficiales hablaba en inglés.

Tragó saliva y se acercó a la ventana para observar.

Aquella ventana daba al recibidor, iluminada por varias lámparas de aceite. Lo primero que observó fue decenas de cuerpos tendidos en el suelo. Pudo reconocer el uniforme de varios de ellos.

Tuvo que agacharse de nuevo y apoyarse contra la pared; se tapó la boca para no gritar. Muertos. Estaban muertos. Inspiró intentando calmarse cuando de nuevo el grito de uno de sus oficiales le hizo ponerse en tensión. Aquella voz llegaba de cerca.

Volvió a mirar por la ventana y en ese momento pudo ver que tres guerreros chinos llevaban a uno de sus oficiales hasta el medio del rellano, en medio de aquellos cuerpos. Estaba atado de manos. El oficial miró a sus compañeros y comenzó a llorar desesperado mientras el guerrero mantenía su enorme espada en la mano.

Arthur tragó saliva.

—No los entiendo —sollozó el oficial, con todo el uniforme manchado de sangre. El chino volvió a gritarle, pero el oficial negaba ya desde un principio.

—No entiendo su idioma, por favor. Nosotros no hemos hecho nada —gritó histérico—. ¿Me entiende?

Arthur miró la habitación. Si al menos tuviese algo a mano, una espada, una pistola...

Volvió la mirada hacia su oficial cuando el chino comenzó a gritarle otra vez, pero el oficial ya ni siquiera intentaba hacerse comprender. Estaba en *shock*, mirando los cuerpos sin vida de sus compañeros.

El chino asestó un tortazo al oficial que hizo que este saliese disparado hacia un lado. Los soldados chinos lo sujetaron para que no cayese.

—Vamos... —lo animó el oficial—. ¡Máteme a mí también! ¿A qué está esperando? —gritó de los nervios.

La respiración de Arthur se aceleró cuando vio que elevaba la espada a la altura del cuello de su oficial.

Tuvo que agacharse para no ver aquella imagen. Supo exactamente el momento en que lo habían degollado al oír los gemidos del que había sido su compañero y luego un golpe seco de su cuerpo al caer contra el suelo.

Cerró los ojos intentando calmarse, no sucumbir a la ira que sentía. Se vio obligado a arrojarse contra el suelo y permanecer quieto, oculto en la oscuridad, cuando dos de los guerreros chinos salieron de la posada. Alzó la mirada para ver que

arrastraban los cuerpos sin vida de todos los que habían matado en el interior de la posada. Vio cómo los soldados arrastraban a sus compañeros y los lanzaban en medio de la calle sin respeto alguno. Los habían matado a todos, absolutamente a todos. Solo quedaban Nandim y él. Tuvo que contenerse para no echarse a gritar allí mismo por la impotencia.

Se puso en cuclillas y avanzó hacia la esquina de la posada. Allí estaba su caravana. No se llevaría nada; lo único que necesitaba eran dos caballos y armas.

No perdió el tiempo y corrió hacia la carreta donde estaban los baúles. Abrió uno de ellos con sigilo y extrajo un par de espadas que colocó en su cinturón. Cogió unas cuantas pistolas de chispas, una bolsita de pólvora, una bolsa con mantas y metió todo en una alforja.

Se quedó totalmente consternado cuando descubrió que en un lateral de la carreta había una botella de coñac con miel como las que tomaba Fynes. Sin poder evitarlo, llevó la mano al bolsillo de su pantalón para asegurarse de que el reloj y la figura del elefante seguían ahí. Katherine... Debía ir en su búsqueda lo antes posible. Necesitaba ponerla a salvo.

Saltó de la carreta y se dirigió hacia los caballos, que se encontraban atados a un palo al final del jardín. Lo primero que hizo fue abrir la pequeña puerta de madera con cuidado, intentando hacer el menor ruido posible.

Abrió la valla justo cuando vio a Nandim aparecer a su lado. Permanecía apoyado contra la pared, como si no aguantase su propio peso, respirando con dificultad.

Ensiló los caballos junto a las alforjas que había cogido y ni se molestó en cerrar la valla. ¿Qué más daba si la veían abierta?

—Vamos —le susurró a su amigo mientras lo ayudaba a subirse.

Arthur hizo lo mismo, cogió las riendas y tomó las de Nandim, pues ya bastante tenía el pobre con mantenerse firme sobre el caballo.

—¿Hacia dónde? —le preguntó a Nandim.

Nandim indicó a su izquierda.

—Por aquí saldremos del poblado... —susurró mientras apretaba los dientes; era obvio que le dolía mucho el corte que le habían hecho. En cuanto se alejasen, pararía para ayudarlo—. Lo rodearemos, después ya podemos empalmar con el camino hasta el cruce.

En pocos minutos salieron del poblado. Era noche cerrada. Las estrellas titilaban en el cielo negro y había luna llena. Esa noche podrían seguir bien el camino, pero aquello también era un problema; tanta luz podría facilitar la búsqueda y el rastreo de ellos dos por parte de los chinos. Durante sus años en combate él mismo había sido rastreador y era consciente de que una luna así favorecía a unos y no a otros.

Miró hacia atrás mientras se alejaban del poblado, mientras este iba diluyéndose en la oscuridad y, finalmente, echó la vista hacia delante, hacia las altas dunas del desierto que se distinguían a lo lejos.

Necesitaba volver junto a Katherine.

Lo ayudó a bajar del caballo mientras sollozaba de dolor.

—Aguanta —lo animó Arthur mientras lo cogía en brazos y lo apoyaba contra un árbol del oasis.

Aquellas últimas horas habían sido horribles para Nandim.

Desde la noche anterior habían cabalgado para alejarse de Hetian, siempre con miedo, echando la vista atrás para asegurarse de que no los seguían. Solo se habían detenido una única vez, al amanecer.

Una vez que comenzó a anochecer supo que era momento de descansar. Nandim y él necesitaban algunas horas de sueño. Llevaban casi veinticuatro horas sin dormir.

—Vamos, vamos... —dijo mientras lo acomodaba.

Nandim gritó cuando Arthur intentó hacer el agujero de su camisa más grande para ver la herida. Una capa blanquecina se había formado sobre la carne roja. Sabía que aquello no era buena señal, pero no tenía nada con que ayudarlo. Si hubiese cogido la botella de coñac, podría haberle ofrecido para que bebiese y así soportase mejor el dolor.

Extrajo una manta del interior de la alforja y una botella de agua. Llevó los caballos hasta el pequeño lago para que bebiesen y los ató a una palmera. Echó la manta encima de su compañero y le tendió la botella abierta.

—Bebe lo que necesites —lo instó Arthur.

—Solo... solo tenemos esta botella y aún quedan dos días de viaje.

—No te preocupes. Bebe —volvió a ordenar.

Nandim dio unos cuantos sorbos y le entregó la botella, aunque Arthur la dejó a su lado.

El oasis no era muy grande, pero los mantendría escondidos entre las palmeras aquella noche.

—Creo que llegaremos antes de lo esperado. En un par de horas llegaremos al segundo caravasar.

—Es lo que tiene no dejar de cabalgar durante más de veinte horas —gimió.

Arthur lo miró preocupado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó sentándose al lado.

—Estupendamente —ironizó—. Jamás he estado mejor en mi vida —pronunció apretando los dientes.

Aquel comentario hizo que Arthur sonriese de forma triste. Puso una mano en su hombro, se sentó a su lado y cubrió también su cuerpo con la manta.

—Te pondrás bien —lo animó—. Cuando llegemos, el médico te atenderá.

Nandim resopló y se removió de dolor, lo que hizo que la manta se cayese hacia abajo. Arthur volvió a ponérsela sobre el hombro para taparlo y se apoyó contra el

tronco.

—¿Tú cómo te encuentras? —preguntó Nandim.

—Yo, al contrario que tú... —le siguió la broma—, estoy exhausto.

Aquel comentario hizo que Nandim riese, aunque tuvo que callarse de inmediato debido al dolor que sentía.

—Descansa unas cuantas horas —le sugirió Arthur—. Lo necesitas.

—¿Quieres que hagamos turnos? —se ofreció Nandim.

—No, no te preocupes. Yo me ocupo.

—Necesitas dormir al menos unas horas.

Arthur se giró para observarlo.

—No te preocupes por mí. Estoy bien.

—Acabas de confesar que estás exhausto... —le recordó Nandim.

—No era cierto —respondió divertido—. Era para hacerte sentir mejor.

Nandim volvió a sonreírle y asintió. Acto seguido, cerró los ojos.

No pasó más de un minuto antes de que Arthur escuchase su respiración acompasada y Nandim dejase caer la cabeza sobre su hombro. No se movió; por suerte, era su hombro sano.

Sabía que Nandim necesitaba horas de sueño, recuperar fuerzas. Tenía una enorme herida entre las costillas, había perdido mucha sangre y... pese al frío que hacía, notaba su cuerpo caliente.

Se tapó con la manta y se quedó observando el cielo, la cantidad de estrellas que había.

Las últimas palabras de Fynes volvieron a su mente.

«Saca... saca a mi hija de aquí. Es lo único que me importa. Ponla a salvo, Arthur, por favor».

Sin poder evitarlo, llevó la mano hasta su bolsillo para comprobar que aún tenía el reloj y el elefante de jade que Fynes le había comprado con tanta ilusión a su hija.

¿Cómo decirle a Katherine que su padre había muerto? ¿Cómo explicarle todo aquello?

Le había prometido que lo mantendría a salvo, que cuidaría de él... y le había resultado imposible. No había podido hacer nada para evitar la muerte de Fynes.

Katherine le había explicado que era hija única, que tenía poca familia... Ahora, estaba totalmente sola.

«Eres... eres un buen hombre, Arthur. Ojalá mi hija te hubiese conocido en otras circunstancias. Te habrías enamorado de ella».

Ya no podía negarlo más. Lo estaba. Totalmente. Y solo pensar que tenía que darle aquella noticia le destrozaba el alma y el corazón, pero no permitiría que ella se sintiese sola o abandonada.

Ya se había enamorado anteriormente. Eara lo había representado todo para él, pero la había perdido. No quería perder a Katherine. El destino le había dado una

nueva oportunidad de conocer el amor, de ser feliz pese a las circunstancias, y no pensaba dejarla pasar.

4 años antes

Arthur dio unos pasos al lado mientras apuntaba con su pistola a todos los allí presentes. El poblado no era muy grande, constaba de unas veinte o treinta pequeñas casitas en medio del bosque.

Habían llegado hacía apenas una hora y, como en cada incursión que hacían tras la frontera de Escocia, se hacían con un poblado y conquistaban cada vez más la parte alta de Gran Bretaña.

Para Carlos I la guerra con los escoceses era arriesgada. Inglaterra había gobernado sin un parlamento durante once años y, en aquellos momentos, no contaban con los recursos suficientes para sostener una campaña militar. El propio rey, pese a esto, había intentado formar una coalición de fuerzas contra los covenanters y se había unido con la propia oposición interna escocesa a los covenanters. Esta coalición los había llevado a concentrarse en las Tierras Altas, concretamente en Aberdeen, en el territorio de los Gordon. Se habían sorprendido cuando también habían acudido a aquella coalición tropas procedentes de Irlanda.

Él, junto al ejército, había avanzado hasta la frontera con Berwickshire para atacar directamente al conde de Argyll, Archibald Campbell, un conocido dirigente de los covenanters.

Aquella tropa tenía una misión clara, avanzar... avanzar sin tregua y conquistar la mayor parte posible de territorio junto a los escoceses contrarios a los covenanters, los integrantes de un movimiento religioso nacido en el seno del presbiterianismo.

Aquella guerra había involucrado a Escocia, Irlanda e Inglaterra.

Se giró mientras observaba a sus compañeros oficiales vigilar a todas las personas que permanecían arrodilladas frente a una hoguera encendida.

Uno de sus compañeros fue hacia uno de los hombres y le puso la espada en la barbilla, lo que lo obligó a elevar la mirada hacia él.

—¿Hay algún Campbell por aquí? —preguntó.

El hombre negó directamente, asustado. Pero estaba claro que aquella no era la respuesta que su general quería escuchar y arremetió contra él golpeándole la cabeza con el mango de la espada y haciendo que cayese al suelo.

Su general elevó el tono mientras paseaba por delante del resto de los escoceses que permanecían de rodillas frente a ellos.

—¿Nadie sabe dónde están? —gritó haciendo que todos temblasen—. ¿Voy a tener que comenzar a usar mi arma? —preguntó al tiempo que sacaba la pistola del cinturón.

Arthur apartó la mirada de él intentando distraerse. Siempre era lo mismo. Llegaban a un poblado, interrogaban a sus ciudadanos, el día que su general estaba de buen humor no acababa con la vida de ninguno, pero si había tenido un mal día

podían contar con dos o tres cadáveres. Aquello no hacía que los escoceses cambiasen su actitud. Eran personas fuertes, reacias a cambiar sus ideales y a sucumbir al miedo.

—¿Está toda la basura de este poblado aquí? —preguntó el general hacia sus oficiales.

—Sí, señor. Hemos inspeccionado todas las casas y no hay nadie más.

—Bien... —respondió el general y se volvió hacia el hombre que aún permanecía en el suelo tumbado, con una brecha abierta cerca de la sien—. Como quieras. Comenzaré por los niños... luego iré a por las mujeres...

Arthur se quedó mirando hacia el bosque. Algo lo intrigó, pues le pareció ver una pequeña cabecita asomando tras un árbol.

Miró a sus compañeros, que observaban divertidos la escena, y se alejó hacia el bosque.

Se introdujo en el bosque y se fijó en las hojas caídas, en cómo las estaban desplazadas hacia un lado, como si una persona hubiese corrido hacia allí. Sujetó con más fuerza el arma en la mano y se fijó en una pequeña rama rota a la altura de su cadera.

Era un buen rastreador; de hecho, muchas veces su general lo enviaba a rastrear la zona o a ocultar su rastro.

Un pequeño crujido lo alertó. Se giró y elevó directamente el arma.

Se quedó totalmente consternado. Una mujer sujetaba entre los brazos a un niño de unos cuatro años. Los dos apoyados contra un árbol intentando permanecer ocultos. Lo miraban realmente asustados, conscientes en aquel momento de que habían sido descubiertos.

Arthur bajó el arma lentamente mientras los observaba. Ella llevaba una falda escocesa con los colores del clan de los Campbell, azul y verde. El niño vestía unos pantalones y permanecía abrazado a ella. La mujer lo observó mientras comenzaba a temblar y sus cabellos negros se movían hacia atrás por la corriente de aire.

—Eh, Arthur... ¿ocurre algo? —preguntó unos de sus compañeros al lado de la hoguera, donde el general seguía amenazando a todos los escoceses con tal de encontrar a los miembros del clan.

Se fijó en que el niño hacía un puchero mientras la mujer lo abrazaba más fuerte.

Arthur tragó saliva. Sabía lo que el general haría con ellos, y más siendo del clan que buscaban. Al niño lo torturarían delante de la mujer para que cantase y después la violarían.

Se quedó observándolos fijamente.

—¿Va todo bien? —insistió su compañero.

Arthur no apartaba la mirada de aquella mujer. Incluso en aquella oscuridad podía intuir que tenía los ojos más azules que jamás hubiese visto.

Arthur se giró hacia su compañero y elevó la mano.

—Sí, todo bien —gritó hacia él.

Volvió la mirada hacia ella y le hizo un gesto para que se alejase de allí.

—Alejaos del poblado o darán con vosotros —susurró mientras deshacía el camino y volvía al poblado junto a sus compañeros.

Arthur se obligó a ponerse el brazo por delante del rostro para evitar que la arena del desierto chocase contra sus ojos.

Se giró hacia atrás para mirar a Nandim; casi no se aguantaba recto sobre el caballo. Lo vio inclinarse hacia delante, como si perdiese el sentido.

—¡Nandim! —gritó acercándose a él. Puso una mano en su espalda, pero él no respondía; al contrario, cayó hacia el lado.

Arthur tuvo que sujetarlo para que no cayese sobre la duna.

—No, no, no... —gritó mientras se bajaba del caballo, a trompicones, intentando sujetar a su amigo.

Lo cogió por las axilas y lo bajó con todo el cuidado que pudo del caballo. Lo tumbó sobre la arena mientras gemía por el esfuerzo. El hombro le dolía una barbaridad.

—Nandim —dijo golpeando suavemente su mejilla—. Vamos, vamos... —dijo, de los nervios mientras llevaba la mano al cuello para comprobar su pulso. Estaba muy débil. Observó la herida. Resopló cuando la vio. Aquello no iba bien. Tenía parte de la herida abierta, llena de pus y arena.

Se levantó y fue hasta el caballo. Cogió la botella de agua. No sabía si serviría de mucho, pero era lo único que podía hacer. No tenía nada con lo que suturar la herida o cauterizarla.

Tenían poca agua, pero, con suerte, esa noche o al día siguiente por la mañana llegarían al caravasar. Se notaba los labios secos; en aquellos últimos dos días no había probado ni una gota de agua ni se habían llevado nada a la boca. También los caballos estaban exhaustos.

Se puso a su lado y arrojó un poco de agua sobre la herida de Nandim intentando limpiarla de arena.

Nandim reaccionó de inmediato por el dolor y gritó.

—Shhh... shhh... tranquilo —se apresuró a calmarlo.

Nandim comenzó a murmurar cosas en su idioma mientras Arthur echaba un poco más de agua. Empezó a removerse de dolor.

—¡Noooo! —gritó intentando apartarlo de él.

Arthur lo sujetó para que no se removiese y volviese a llenarse de arena. Sabía que no iba bien, su cuerpo estaba demasiado caliente para el frío que hacía.

—Aguanta, Nandim... aguanta, amigo... —susurró mientras veía que ponía los ojos en blanco y perdía el conocimiento.

Arthur gimió desesperado mientras se le echaba encima.

—No me dejes... Nandim... —gritó mientras palmeaba su rostro—. Ni se te ocurra dejarme —lo amenazó, pero Nandim no respondió.

Arthur se quedó observándolo mientras una corriente de aire hacía que la arena de la cresta de una duna volase. Petrificado, totalmente solo en aquel inmenso desierto y sin saber cómo ayudar a su amigo.

Se agachó para evitar la espada de su adversario. Llevaban más de tres semanas avanzando, pero, ahora, se habían encontrado con un grupo tan bien organizado de covenanters que estaba reduciendo a sus hombres. Llevaban muchos días sin llevarse nada al estómago y aquello reducía sus fuerzas.

Corrió entre los árboles mirando atrás y fue hasta uno de los compañeros que mantenían retenidos contra el suelo. El escocés se había echado encima de él y amenazaba con degollarlo. Llegó, le dio una patada y lo apartó de su compañero.

—¿Estás bien? —gritó Arthur, colocándose por delante de su compañero para protegerlo mientras este recobraba el aliento. El escocés se levantó mientras cogía su espada y le apuntaba en este caso a él.

Ninguna palabra llegó por parte de su compañero, solo un grito que retumbó en sus oídos.

—¡Cuidado! —gritó a su espalda.

No tuvo tiempo de reaccionar. Escuchó un disparo y todo se volvió oscuro.

—Todo saldrá bien —había susurrado mientras Arthur intentaba recuperar el sentido, mientras ella curaba sus heridas. Sus ojos azules aparecían como dos faros en aquella neblina provocada por el mareo.

Debía de haber recibido un fuerte golpe en la cabeza, pues le dolía horrores y, además, recordaba el sonido de un disparo. Poco después había perdido la consciencia. En ese momento se daba cuenta de que la bala de plomo debía de haberle atravesado el hombro, porque aquella mujer de hermosos ojos azules ponía un trozo de tela sobre el hombro y lo apretaba.

Se quedó observando el techo de madera de aquella humilde casita. No sabía dónde se encontraba, solo que en aquel momento le debía la vida a aquella mujer.

—Gare... —dijo la mujer llamando la atención de otra persona que había en la cabaña—. Mira a ver si el hierro está caliente.

Intentó mirar a los lados, pero a duras penas la neblina que se le acumulaba en los ojos le permitía ver algo más que el rostro de aquella mujer; a su alrededor solo había oscuridad.

Se quedó observándola mientras notaba una gota de sudor frío resbalarle por la mejilla, provocada por el intenso dolor. Poco después, Arthur gritó al notar un dolor que ardía, que lo quemaba. Sabía que estaba cauterizando la herida. Perdió la consciencia durante unos segundos y volvió a recobrarla de inmediato. Se quedó totalmente consternado, intentando controlar el dolor que sentía por la quemadura, hasta que este fue remitiendo poco a poco y pudo recuperar el aliento. La mujer volvía a colocar una tela limpia sobre su hombro. Arthur movió la otra mano a duras penas hasta que la colocó sobre la suya.

—¿Quién es usted? —preguntó a la mujer.

Ella lo miró mientras acababa de vendar su hombro.

—Me llamo Eara —pronunció.

Arthur tragó saliva y miró hacia un lado, donde un niño pequeño lo saludaba con una sonrisa traviesa. En ese momento, los reconoció: el niño y la mujer a los que había dejado escapar hacía tres semanas. Se quedó mirándolos fijamente. El niño dio unos pasos hacia él, mientras observaba que ella rodeaba su hombro. En ese momento, se dio cuenta de que se encontraba en casa de unos escoceses.

—Eh, quieto —le ordenó ella, pero él miraba de un lado a otro asustado. Eara suspiró y colocó la mano en su pecho desnudo para ayudarlo a tumbarse—. Tranquilo, aquí estará a salvo.

—Es... es escocesa —pronunció con voz firme.

Ella lo miró enarcando una ceja y acabó de anudar con fuerza la tela en su hombro.

—Y usted es inglés... sin embargo, nos ayudó —dijo acogiendo al niño entre los brazos. Luego le sonrió de forma tímida.

Arthur se quedó observándolos a los dos.

—¿Quién sabe que estoy aquí?

—Nadie. Solo mi hermano. Me ha ayudado a traerlo hasta aquí. —En ese momento, la puerta de la casita se abrió y un hombre corpulento entró por ella.

Al verlo, el niño salió corriendo hacia el hombre.

—Papá —gritó de felicidad mientras su padre lo elevaba en brazos.

La sonrisa de aquel hombre se esfumó en cuanto coincidió la mirada con la de Arthur. Resopló y soltó al niño en el suelo mientras se dirigía al otro lado de la casa.

—Inglés —dijo sin mirarlo—, la única razón por la que no hemos acabado contigo es porque mi hermana tiene demasiado buen corazón... —Arthur miró de reojo a Eara, la cual se mantenía firme—. Nos ha explicado que no delataste su posición, que ayudaste a mi hijo también. —Arthur no dijo nada, se mantuvo callado—. Ya te hemos devuelto el favor —pronunció con voz firme mientras iba hacia el fuego y echaba un trozo de carne.

Arthur miró a Eara; tenía los ojos más azules que jamás hubiese visto.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

El hombre volvió a contestar.

—Un día entero.

Arthur resopló y se incorporó sobre la mesa donde lo tenían tumbado.

—Debo regresar, si ven que no estoy puede que...

—No puede irse —dijo Eara colocando de nuevo una mano en su pecho para retenerlo—. Está muy débil, ha perdido mucha sangre...

Arthur la observó fijamente.

—Si no me encuentran, puede que salgan a buscarme y si os ven...

—No temas por eso, muchacho —pronunció el hombre—. Tus compañeros ingleses, los que sobrevivieron, aún estarán buscando el cuerpo de muchos de tus compañeros. No te echarán en falta. —Arthur lo miró fijamente. ¿Se suponía que debía sentirse agradecido?

Eara volvió a empujarlo para que se tumbase sobre la mesa. Arthur obedeció. En ese instante se dio cuenta de la mirada de aquella fascinante mujer. Tenía una mirada penetrante, cargada de preocupación. Jamás había visto a una mujer más hermosa.

—Gracias —susurró Arthur, que se perdió en sus maravillosos ojos.

Ella no contestó, solo le sonrió mientras se levantaba e iba hacia el fuego para cocinar la carne. Arthur la siguió con la mirada hasta que el pequeño Gare se interpuso en su campo de visión.

—¿Y te duele mucho? —preguntó apoyándose contra la mesa, señalando su hombro.

Arthur miró al pequeño con una sonrisa.

—Un poco.

3 años y medio antes

Eara rio mientras Arthur la apoyaba contra la pared y buscaba sus labios. Los besó con suavidad mientras las manos de ella viajaban por su pecho y se anudaban a su cuello.

En un arrebato de pasión, la cogió por la cintura y la elevó sobre la mesa mientras recorría su cuello, aunque ninguno de los dos en ese momento era consciente de que los platos estaban puestos sobre esta. Uno de los cuencos de barro cayó al suelo y estalló en decenas de trozos. Ambos miraron hacia abajo. Ella puso la mano en su pecho y lo empujó hacia atrás para alejarlo.

—A este paso voy a quedarme sin cuencos —bromeó.

Arthur la miró divertido.

—Aún tienes muchos antes de quedarte sin ellos.

Ella enarcó una ceja mientras él volvía a acercarse para buscar sus labios cuando, de un salto, bajó de la mesa y volvió a alejar a Arthur.

—Mi hermano. —Señaló con un movimiento de cabeza hacia la ventana.

Arthur suspiró y la miró contrariado.

—Tu hermano me adora —bromeó.

—No estés tan seguro —continuó ella agachándose para recoger los trozos del cuenco.

Arthur se puso ante ella para ayudarla.

—Deberías decírselo... —susurró.

Ella miró de reojo hacia la puerta por donde suponía que en breve entraría su hermano.

—Más adelante.

—¿Más adelante? —preguntó confuso—. En un mes vuelvo a Londres, me reemplazan —continuó en un susurro—. Ellos también pueden venir, serán bien recibidos.

Ella resopló.

—Mi hermano odia todo lo inglés, ya lo sabes. —Luego lo miró con una sonrisa—. A ti solo te soporta porque salvaste a su hijo y a mí, su hermana.

Arthur tomó su mano con una caricia que hizo que Eara elevase la mirada.

La quería, la quería más que a nada en el mundo. Aquella mujer era la persona más extraordinaria que jamás había conocido.

—Cuando te lleve a Londres, me casar...

La puerta se abrió y el hermano de Eara apareció con un ciervo colgando en el hombro y su pequeño niño cogido de la mano.

Ambos se levantaron mientras él soltaba el ciervo en la mesa.

—Ya tenemos la cena —dijo con una gran sonrisa.

Arthur puso su espada en el cinturón como cada día cuando se levantaba. Los últimos meses en el frente habían sido horribles. La falta de sueño, de recursos... el frío. Lo único que hacía que mantuviese la cabeza cuerda era la presencia de Eara en su vida. Ahora, ella era lo más importante. Aquellos últimos cinco meses, pese a encontrarse en una situación precaria, habían sido los mejores de su vida. Ella le aportaba felicidad, calma... un refugio entre tanto dolor.

En dos semanas volvería a Londres, se llevaría a Eara con él y la convertiría en su esposa. Aunque aún no se lo había propuesto, sabía que ella aceptaría. Era extraño que, en un lugar con tanto dolor y miedo, pudiese surgir el amor entre dos personas de bandos contrarios.

Salió de la tienda mirando a sus compañeros oficiales, ajenos a la relación que mantenía en secreto, a sus planes una vez que volviese a Londres. Sabía que aquello generaría recelo entre todos, incluso rechazo por parte de su general, pero no le importaba. En dos semanas se quitaría el uniforme y sería libre para volver a su hogar hasta que volvieran a llamarlo al frente. Podía pasar un año o más hasta que tuviese que partir de nuevo y pensaba aprovecharlo. Ya estaba cansado de esconderse, de salir a hurtadillas del campamento para dirigirse a una casa perdida en el bosque, a más de una hora a caballo.

Fue hacia la hoguera donde un oficial repartía tazas con té para desayunar cuando escuchó algo que le llamó la atención.

—¿Lo has oído? —preguntó el compañero que tenía delante en la cola para coger el té.

—Sí, es fantástico —respondió ilusionado.

—Seguro que podemos volver antes a casa.

Aquello hizo que Arthur lo mirase extrañado. Puso una mano en el hombro del compañero que caminaba por delante para llamar su atención.

—¿Ha ocurrido algo?

Los dos lo miraron boquiabiertos.

—Venga ya, Arthur, ¿no lo has escuchado? Han cogido a unos Campbell.

—Bueno, eso de que los han cogido...

Arthur notó que los músculos se le ponían en tensión.

—¿A unos Campbell?

—Sí —dijo dándole un golpe en la espalda, como si así compartiese su alegría—. Eran familia directa de jefe del clan...

—Espero que de esta forma pillen la indirecta y se rindan —indicó el otro.

—¿Dónde ha sido? —preguntó asustado.

Aquella actitud llamó la atención de ambos, aunque los dos lo achacaron a la sorpresa.

—A una hora a caballo de aquí.

—Una familia... —explicó mientras llegaba al inicio de la cola y cogía el té que le ofrecían—. Gracias —le dijo a su compañero—. Un hombre, una mujer y un niño.

Arthur notó que el corazón se le encogía. Dio unos pasos atrás, conmocionado.

Se giró directamente sin decir nada más y corrió hacia su caballo.

No dio explicaciones ni se despidió de nadie.

Galopó clavando los estribos en su caballo, saltando sobre rocas y arbustos, esquivando los árboles mientras notaba el viento helado sobre el rostro.

Recorrió el trayecto en menos de media hora, pero, unos metros antes, sin llegar a ver la casa, ya pudo percibir el olor a quemado.

—¿Eara? —gritó desesperado mientras las ramas de los árboles chocaban contra él—. No, no, no... —pronunció bajando del caballo.

Durante unos segundos se quedó en estado de *shock*. La casa estaba quemada, aunque se intuía que los oficiales británicos primero habían desvalijado el interior, porque varios de los objetos estaban en el suelo.

—¡Eara! —gritó corriendo hacia la casa.

Se asomó a la puerta. Dentro aún había humo. La madera estaba caliente, como si el incendio hubiese logrado extinguirse pocos minutos antes de que él llegase.

Se alejó de la casa y comenzó a rodearla con la respiración entrecortada. Aquello no podía estar ocurriendo.

Se quedó totalmente estático y no pudo evitar dar unos pasos hacia atrás cuando observó los tres cuerpos tras la casa.

El mundo comenzó a dar vueltas a su alrededor, los oídos comenzaron a pitarle. Era como si todo fuera comprimiéndose y lo asfixiara.

—¿Eara? —sollozó mientras daba unos pasos hacia delante, incrédulo.

El hermano de Eara, el pequeño Gare y ella permanecían tumbados en la tierra. Sus cuerpos no estaban quemados, pero habían recibido numerosos golpes y finalmente los habían degollado.

Arthur se dejó caer junto al cuerpo de ella, temblando, sin poder contener las lágrimas. Su amor, su más preciado amor...

La acogió entre los brazos, sin creérselo, consciente de que sus propios compañeros le habían arrebatado a la mujer a la que amaba, todo lo que para él representaba la esperanza en aquel mundo tan cruel.

La llevó hasta su pecho y la acunó mientras un grito de desesperación surgía de lo más profundo de su ser, mientras su mirada volaba hacia el hermano tendido en el suelo y a su pequeño hijo, Gare, que miraba con los ojos abiertos hacia el cielo.

El grito de dolor y desesperación hizo que las aves de aquella zona saliesen volando despavoridas.

Arthur incrementó la velocidad cuando observó, al final del camino de tierra, el cruce donde a pocos metros encontraría el caravasar en el que los había dejado a

todos. Llevaba a Nandim junto al pecho, aguantándolo, pues desde hacía horas estaba inconsciente, incapaz de permanecer erguido sobre el caballo.

No había dudado en ponerse a su lado y cabalgar las últimas horas con él.

—Aguanta, amigo —susurró—. Lo conseguiremos.

Aquel viaje, sin duda, había sido el más duro que había realizado nunca. En sus años al frente del ejército británico en Escocia había sentido sed, hambre, frío... pero nada comparable a aquello.

Los granos de arena se habían filtrado por cada poro de su cuerpo, tenía la garganta seca y los labios cortados por el frío.

El médico atendería a su amigo y se pondría bien. Luego se marcharían de aquel horrible lugar para siempre. Se llevaría a Katherine lejos allí y la pondría a salvo.

Ya había perdido una vez a una persona a la que amaba y no iba a sufrir aquello de nuevo. Le había costado años superarlo. De hecho, aún dudaba que lo hubiese hecho. Pocas semanas después de descubrir la muerte de Eara y de su familia, había vuelto a Londres. No recordaba muchas de las cosas de esas semanas que había permanecido aún en Escocia; era como si el tiempo se hubiese detenido, como si todo hubiese perdido su color.

Al volver a Londres había solicitado cambio de destino; no quería volver a pisar Escocia. No creía posible poder volver jamás a aquellas tierras que le habían dado tanto y luego se lo habían arrebatado todo.

Tras más de un año de espera le había surgido una oportunidad en la Compañía Británica de las Indias. Aquello podía representar un cambio muy drástico, pero era lo que necesitaba, alejarse de todo lo que conocía hasta ese momento e iniciar una nueva vida. Lo había aceptado de inmediato. La corona británica lo había propuesto como coronel por considerarlo uno de los mejores rastreadores con los que contaba el ejército y por sus años de servicio en Escocia.

Pocas semanas después había iniciado el viaje y solo cuando el barco se había lanzado a la mar había vuelto a sentirse libre, como si se quitase un gran peso de encima. Abandonaba una vida llena de dolor y tristeza para iniciar una nueva lejos de todos aquellos amargos recuerdos.

Tres años y medio lo separaban ya de Eara, de la pérdida de la mujer a la que había amado con todo su corazón, pero, sin esperarlo, Katherine había aparecido en aquella playa como una brisa fresca; le había hecho sentir emociones que ya creía ser incapaz de sentir. Lo primero que había llamado su atención eran sus enormes ojos azules, su carácter obstinado y valiente.

De nuevo podía sentirse feliz, pero... sabía que era portador de malas noticias, de noticias que a ella la hundirían en el más profundo de los dolores. Él había pasado por algo similar, sabía lo que se sentía y no la dejaría sola.

Cuando vio aparecer el caravasar, suspiró y bajó la mirada para observar a su amigo.

—Ya llegamos, Nandim —pronunció con felicidad—. Te pondrás bien, te lo prometo.

Elevó la mirada cuando algo llamó su atención a pocos metros del fuerte.

Varias decenas de personas se amontonaban en la puerta, aunque en este caso no era para entrar, sino para reconstruirla. Se fijó en que la parte superior estaba muy vigilada.

Supo que algo no iba bien en cuanto se asomó. El interior del patio del caravasar estaba totalmente destruido.

Donde hacía ocho días había decenas de puestos en los que los comerciantes vendían sus joyas, comida, telas... ahora solo había un amasijo de maderas rotas.

Entró sobre el caballo, aún sujetando a su amigo entre los brazos, totalmente consternado, sin comprender nada.

La zona donde estaban el establo y el pesebre estaba quemada.

—¡Coronel! —Escuchó una voz.

Se giró hacia el lugar de donde provenía. Dos oficiales corrían hacia él.

—Eh, cogedlo... —dijo mostrándoles a Nandim. Los dos oficiales no supieron reaccionar al principio, pero rápidamente lo cogieron con cuidado, uno por las axilas y otro por las piernas—. ¡Necesita un médico ya! —ordenó.

Los oficiales miraron directamente la camisa y los pantalones ensangrentados de Nandim y corrieron con él en brazos hacia una de las habitaciones.

Arthur miró a su alrededor. Aquello era un caos. ¿También los habían atacado a ellos?

Giró sobre sí mismo para observarlo todo, buscando a Katherine sin hallarla.

Uno de los oficiales pasó por su lado con unas herramientas y Arthur lo detuvo.

—Coronel —dijo sorprendido, aunque lo miró de arriba abajo; debía de tener un aspecto deplorable—. ¿Ya han vuelto?

—Acabamos de regresar —indicó—. ¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó alarmado.

El oficial tragó saliva sin saber cómo responder a aquello.

—Intentamos impedirlo, pero...

—¡Arthur! —reconoció la voz de Patrick.

Aunque aún no tenía muy buen aspecto y se dirigía hacia él apoyándose en la pared, tenía mucha mejor cara que cuando se habían marchado.

—Patrick —reaccionó yendo en su búsqueda, hecho que aprovechó el anterior oficial para alejarse.

Llegó hasta él y lo cogió del brazo para ayudarlo a apoyarse contra la pared.

—¿Qué le ocurre a Nandim? —preguntó preocupado.

—Nos atacaron. Una facción del ejército chino. —Se quedó mirándolo fijamente y suspiró—. Solo hemos sobrevivido nosotros dos.

Patrick lo miró asustado.

—¿Qué? —preguntó sin dar crédito.

Arthur suspiró y volvió a mirar a su alrededor.

—¿Dónde está Katherine? —preguntó en un susurro—. Tengo que hablar con ella.

Patrick se quedó contemplándolo fijamente. El hecho de no recibir respuesta hizo que Arthur lo mirase alarmado y se temiese lo peor.

—¿Dónde está Katherine? —preguntó esta vez en un tono más enérgico.

—Arthur... yo...

—¿Dónde está? —gritó de los nervios, cogiéndolo de los hombros.

Patrick se debatió unos segundos, como si le costase dar aquella información.

—Nos atacaron —gritó al final—. Nos... nos sorprendieron a todos en plena noche. Ni tan siquiera pudimos reaccionar. Eran... mínimo cuarenta...

Arthur apretó los dientes y comenzó a respirar demasiado rápido.

—Katherine —volvió a repetir como si le diese un ultimátum—. ¿Dónde está?

Patrick apretó los labios y finalmente miró con ojos vidriosos a su amigo.

—Se la llevaron. —Arthur se quedó totalmente petrificado—. Se llevaron parte de nuestra caravana, a tres oficiales más y... a ella.

Arthur dio unos pasos hacia atrás, como si hubiese recibido un golpe, sin centrar la mirada en ningún lado, totalmente consternado. ¿Se la habían llevado? Aquello lo dejó conmocionado y, de nuevo, el mundo volvió a comprimirse a su alrededor.

—Intentamos detenerlos —se apresuró a continuar su amigo—, pero cuando llegaron muchos de nosotros apenas nos manteníamos en pie. Solo quince de nuestros hombres pudieron combatir contra ellos y la mayoría han muerto... —sollozó.

Arthur se pasó la mano por la frente intentando ordenar sus ideas.

—¿Cuándo fue el ataque? —preguntó sin mirarlo.

—Hace siete días, la noche posterior a que os fueseis.

—¿Eran los mismos que nos atacaron antes de llegar aquí? —preguntó clavando la mirada en él.

—Creo que sí. Vestían los mismos uniformes.

Eran los mismos que los habían atacado en la caravana y los mismos que habían aniquilado prácticamente el pueblo de Hetian...

Se habían llevado a Katherine y a sus oficiales; por tanto, ¿sería posible que, como rehenes, hubiesen estado ellos presentes en el ataque a Hetian?

Miró directamente hacia el interior de la habitación, donde habían tumbado a Nandim sobre un camastro y el médico ya comenzaba a examinarlo.

Corrió hacia él y se colocó a su lado.

—¿Entiende algo de lo que le digo? —preguntó directamente. El médico lo miró confundido. Arthur resopló—. Necesito un intérprete. ¡Ahora! —gritó.

Uno de los hombres que ayudaba al médico se acercó.

—Yo puedo ayudarlo —dijo en inglés.

Arthur asintió y señaló al médico.

—Pregúntele por los hombres que atacaron el fuerte... ¿Dónde puedo encontrarlos?

Patrick se puso a su lado y lo cogió del brazo, instándole a mirarlo.

—¿Estás loco? ¿Qué piensas hacer?

Arthur se soltó enfadado y sugirió con un movimiento al joven que le preguntase al médico. Aquel hombre era chino, de avanzada edad... Y Arthur estaba seguro de que podría indicarle las estrategias que usaban y dónde podían encontrarlos.

Tras unos segundos en que ambos intercambiaron palabras, el joven miró a Arthur.

—Dice que son una guerrilla del rey Qing. Están planeando destronar a la dinastía Ming...

—Eso ya lo sé —respondió con urgencia—, pero ¿sabe dónde tienen el campamento? ¿Dónde puedo dar con ellos?

El hombre tradujo al médico, que lo miraba extrañado.

—Dice que siempre acampan por el norte...

—Sí, sí —respondió rápidamente—. Pero este jodido imperio es muy grande, necesito que concrete más...

—Arthur... —volvió a insistir Patrick mientras lo cogía del brazo otra vez.

Arthur se zafó de la mano de su amigo con agresividad.

—No me toques, Patrick —lo amenazó. Se volvió de nuevo hacia el joven y esta vez moduló la voz—. Por favor, necesito saber dónde encontrarlos. Se llevaron a Katherine. Necesito encontrarla. No puedo permitir que le ocurra nada malo.

—¿La mujer de cabello rubio? —preguntó.

—Sí.

El joven asintió y miró al médico mientras le traducía. Se quedó observándolo mientras escuchaba la traducción hasta que el médico comenzó a hablar.

—Se mueven mucho, pero... suelen establecerse en Turpam.

Lo miró sin comprender.

—¿Dónde está Turpam?

Esta vez respondió el joven sin que hiciese falta que consultase al médico.

—Debes seguir la ruta hacia Dunhuang.

—¿A qué distancia está de aquí?

El muchacho suspiró.

—Mínimo diez días.

Arthur se removi6 nervioso y apretó los labios. Se fijó durante unos segundos en Nandim. Permanecía inconsciente, pero, al menos, seguía vivo.

Elevó la mirada hacia el médico.

—Por favor, sálvelo, doctor —suplicó.

El joven le tradujo al médico y este asintió; se alejó de él para coger el instrumental que necesitaba.

Echó una última mirada a Nandim.

—Nos vemos pronto —susurró antes de dar media vuelta y dirigirse fuera de la sala.

Patrick lo siguió, aunque no podía ir al ritmo de Arthur y se quedó un poco atrás.

—Espera... —gritó Patrick—, ¿qué vas a hacer?

Arthur no contestó y se encaminó directamente hacia unas carretas. Dio un salto y se subió en una. Abrió uno de los baúles y sacó varias bolsas de monedas de oro. Las sopesó en su mano para comprobar la cantidad que había y las metió en una alforja.

Cuando saltó de la caravana, Patrick acababa de llegar.

—Arthur... es una locura... —dijo siguiéndolo—. Conseguirás que te maten.

Arthur seguía sin contestar, perdido en sus pensamientos y en la furia que lo invadía. Fue hacia uno de los chinos y le señaló un camello; luego, le mostró la bolsa con las monedas.

—¿Cuánto vale el camello?

—No camello. Dromedario —respondió el vendedor indignado.

—Pues ¿cuánto vale el jodido dromedario? —gritó de los nervios.

No pensaba volver a cruzar ese desierto a caballo; sabía que los camellos aguantaban mucho más peso y días sin agua y, además, eran mucho más veloces a la larga.

El chino indicó el número cinco elevando los dedos. Arthur no lo pensó. Abrió la bolsa y le entregó las cinco monedas de oro, cogió al animal por la cuerda y lo colocó a un lado para no molestar.

Patrick volvió a ponerse a su lado.

—¿Vas a ir a buscarla? —preguntó inquieto—. Por Dios, es como buscar una aguja en un pajar...

—¿Y qué quieres que haga? —le gritó—. ¿Que la abandone? ¿Que la deje morir?

Patrick apartó la mirada de él. Arthur lo miró enfurecido mientras colocaba la alforja sobre el dromedario.

—Vigílalo —le ordenó mientras se distanciaba otra vez.

Fue de nuevo hasta la carreta y llenó varias alforjas más. Una con pistolas, pólvora y espadas, y otra con botellas de agua y comida. Se echó tres mantas al hombro y bajó de la carreta.

Patrick lo esperaba en el mismo lugar, cabizbajo y con la respiración acelerada. Lo colocó todo sobre el animal, lo ató para que no cayese y tendió una de las mantas sobre el lomo.

—Sé que no fue culpa tuya... —susurró Arthur.

—Te acompañaré —dijo rápidamente.

—No —le cortó—. Apenas puedes mantenerte en pie. —Luego miró a los oficiales que paseaban por el fuerte. Se acercó un poco más a él y colocó una mano en su hombro—. Cuando Nandim mejore, sácalos de aquí...

—¿Qué?

—Ya me has oído. Los conducirás hasta el Imperio mogol y allí tomaréis un barco rumbo a Londres. Esto se está poniendo cada vez peor, los ataques cada vez son más constantes y ambos, como militares, sabemos lo que eso significa.

Los dos se miraron unos segundos.

—Se está preparando una ofensiva —susurró Patrick comprendiendo lo que su coronel insinuaba.

—Las tropas de la dinastía Qing están debilitando a las de la dinastía Ming. Están abriéndose paso entre ellas. Intentarán hacerse con el trono en breve y... ya sabemos lo que pasará después.

—Una guerra —respondió.

—Una invasión —confirmó Arthur. Luego señaló a sus hombres—. Sácalos de aquí. En el Imperio mogol estaréis a salvo.

Patrick miró a sus compañeros; muchos de ellos aún no podían ni dar dos pasos sin caer.

—¿Y tú?

Arthur no se giró, siguió atando mediante correas las alforjas.

—Encontraré a Katherine y la sacaré de este horrible lugar.

Finalmente se giró y le tendió una mano a Patrick.

—Esto no es una despedida —dijo Patrick.

Arthur asintió y medio sonrió.

—Lo sé —dijo sujetando la correa del dromedario. Estrechó la mano de él, dio un salto y se sentó sobre el animal. Aquello era diferente a montar a caballo.

Contempló a su amigo unos segundos.

—Te esperaré en la frontera con el Imperio mogol.

Arthur negó.

—No, no te expongas. Vuelve a casa. —Suspiró y tragó saliva—. Encárgate de que Nandim vuelva junto a su esposa y sus hijos, y lleva a mis hombres de vuelta a Londres.

Patrick se quedó pensativo, pero al final asintió.

—De acuerdo. Así lo haré.

Dio unos golpes al dromedario y comenzó a avanzar.

—Suerte —susurró Patrick mientras lo veía alejarse.

Sabía que le esperaba una larga travesía, pero no cejaría en su empeño hasta encontrarla. Lo haría costase lo que costase.

Si aquellos hombres eran los mismos que habían arrasado Hetian, sabía que le llevaban tres días de ventaja como mínimo. Luego se desviaría hacia el norte siguiendo la ruta para llegar a Turpam.

Ya había perdido una vez a la persona a la que amaba. Llegó tarde aquella vez, pero no volvería a ocurrirle.

Dos días habían pasado desde que había partido del caravasar. Solo se había detenido para dormir durante unas horas; el resto lo había pasado cabalgando, siempre alerta por si se encontraba con la facción del ejército.

Sabía que aquello le pasaría factura, pero todo su cansancio había desaparecido en el momento en que había sido consciente de que se habían llevado a Katherine.

Atravesó las calles de Hetian despacio. Muchos de los cadáveres aún permanecían en el suelo, aunque no el de sus amigos ni el de Fynes. Se quedó mirando la posada donde había dormido aquellas noches, donde la vida de sus amigos había acabado.

Necesitaba saber qué rumbo tomar, hacia dónde se habían dirigido aquellos guerreros. Se fijó en un grupo de personas que limpiaba en silencio las calles retirando los cadáveres.

Se dirigió directamente a un hombre que limpiaba la sangre de la pared.

—*Ni jao* —pronunció Arthur.

El chino asintió y siguió frotando la pared.

Arthur se puso las manos en la cintura y observó a su alrededor. Qué diferente era aquella ciudad antes del ataque, tan rebosante de vida. Ahora, sus habitantes, los que habían sobrevivido al ataque, se limitaban a pasear sin rumbo por las calles en silencio, traumatizados por lo acontecido hacía pocos días.

—¿Me entiende? —preguntó.

El hombre lo miró sin comprender. Arthur suspiró. Aquello era lo peor de todo. Sabía poco del idioma de aquella zona.

—Los asaltantes... —el hombre lo escudriñó con la mirada—. Los hombres que mataron a sus amigos... —continuó él, pero el hombre no entendía nada. Se señaló a sí mismo—. Yo... busco... a quien mató a esta gente —señaló a unos cuerpos.

El hombre abrió los ojos como si en aquel momento comprendiese lo que quería decir y asintió con efusividad.

—¿Sí? —preguntó Arthur—. ¿Me ha entendido?

Comenzó a hacerle gestos nerviosos con el brazo para que lo siguiese. No lo dudó. Cuando llegaron a la esquina, señaló hacia un montículo de madera. Se fijó en él. Los cuerpos de sus compañeros y de Fynes permanecían sobre este.

Se quedó observándolos.

—No, no busco a mis... —susurró, aunque el hombre no dejaba de señalar en aquella dirección. Cerró los ojos unos segundos y asintió. Miró al hombre y apretó los labios—. Gracias. Xièxiè.

El hombre aceptó, se marchó y lo dejó solo. Arthur suspiró y se pasó la mano por el cabello mientras observaba los cuerpos de sus compañeros, con sus uniformes aún

puestos. Caminó hasta allí y se colocó frente al cuerpo de Fynes. No pudo evitar pasar la mano por sus ojos, agotado.

Según lo que había dicho el médico, se dirigirían a Turpam, pero no podía asegurarlo; por eso necesitaba que le confirmase el rumbo. No quería perder el tiempo.

Rodeó el cuerpo de Fynes y se llevó la mano al bolsillo, donde notó su reloj y el elefante de jade.

—Va a ser más difícil de lo que esperaba... —se sinceró con Fynes.

—¿Son sus amigos?

Giró la cabeza, pues no había escuchado a nadie acercarse. Una mujer permanecía cerca. Llevaba una cesta de mimbre con madera.

—¿Habla mi idioma? —preguntó con desesperación.

—Poco —respondió soltando la cesta en el suelo. Comenzó a sacar los troncos y los fue colocando al lado de cada uno de los cuerpos. Sabía lo que harían. Los quemarían.

Arthur se puso frente a ella.

—Los hombres que hicieron esto... —Ella lo miró sin comprender—. ¿Ejército de Qing? —preguntó señalando los cuerpos.

Ella asintió de inmediato.

—Sí, ejército de Qing los mató.

Arthur asintió, se puso a su lado y señaló las dunas que rodeaban el poblado.

—¿Hacia dónde han ido? —Ella lo miró sin comprender—. Ejército de Qing... ¿qué rumbo?

—¿Busca a ejército de Qing? —preguntó sorprendida, como si le costase entender aquello.

—Sí —reaccionó rápidamente.

—Lo... matarán.

Él volvió a señalar al horizonte.

—¿Adónde fueron? —Ella lo miró angustiada. Arthur suspiró—. Una mujer. —Y señaló al corazón—. Se la llevaron.

Ella modificó la mirada.

—¿Ejército de Qing se ha llevado a su mujer? —preguntó.

—Sí, sí... —respondió con ansiedad.

Ella apretó los labios.

—De acuerdo —susurró. Cogió su mano y lo llevó hacia delante. Arthur miró de nuevo el cuerpo de sus amigos y notó que algo dentro de él se rompía. La mujer elevó la mano hacia delante y señaló hacia delante.

—¿Por allí? ¿Se fueron por allí? —Ella asintió—. ¿Al norte?

—Norte. Sí —dijo ella—. Kizil.

Arthur la miró sin comprender.

—¿Qué?

—Kizil. Lugar Kizil.

—¿Es un pueblo?

Ella negó.

—Norte.

—Norte. Kizil —corroboró Arthur.

Ella aceptó y cogió su mano.

—Suerte y cuidado.

—Gracias —aceptó.

Miró de reojo los cuerpos de Fynes y sus amigos antes de girarse. No volvería a hablar con ellos, no volvería a recibir una de sus sonrisas...

No pudo girarse del todo para verlos; aquello era demasiado doloroso. Deshizo el camino en silencio. Debía concentrarse. Fue hasta el animal y subió directamente.

Salió del poblado mientras acariciaba el cuello del dromedario. Era bastante dócil para haberlo comprado hacía apenas cuatro días. Desde luego, era el mejor animal para esa zona. Podía recorrer largas distancias a una velocidad que dejaba atrás a los caballos y hacía gala de una gran adaptabilidad tanto al clima frío como al caluroso de la zona.

Aunque el sol comenzaba a ponerse, decidió seguir cabalgando hasta entrada la madrugada. Cuando encontrase un oasis ya pararía para descansar. De aquella forma intentaría reducir distancia con aquellos guerreros, pues suponía que por la noche no se moverían del lugar y aprovecharían para descansar.

No se detuvo hasta cinco horas después. Estaba seguro de que había recorrido una distancia muy superior a la que hubiese recorrido con un caballo.

Llevó al dromedario hasta el oasis para que bebiese agua y luego se tumbó en el suelo.

Arthur colocó una de las mantas en el suelo y se tumbó sobre ella; luego se echó la otra por encima. En ese momento, el dromedario bostezó de forma escandalosa haciendo que Arthur lo mirase asustado.

—Por Dios... —se quejó—, ¿qué pretendes? ¿Alertar a toda la zona? —le susurró.

El dromedario lo miró, resopló y colocó la cabeza en la tierra.

Suspiró y se quedó mirando el cielo. ¿Cómo estaría Katherine? ¿Qué le habrían hecho? ¿Estaría bien? Aquella idea no dejaba de rondar su mente y lo atormentaba. Sabía que no la matarían; aquella mujer rubia de ojos azules sería codiciada por muchos hombres, un tesoro por el que pagarían una gran suma de dinero.

Lo único que necesitaba en esos momentos era tenerla entre los brazos, protegerla. Debía de estar muy asustada, muerta de miedo. Se la imaginó sola, llorando en aquella inmensidad del desierto, rodeada de desconocidos que no la tratarían nada bien. Acabaría con la vida de todos ellos, sin compasión; no se planteaba otra cosa que no fuese esa, pero para ello debía estar despejado, dormir y recobrar las fuerzas.

El avance por el desierto era lento. No era lo mismo poder galopar en terreno llano que tener que ir sorteando altas dunas. Cinco noches atravesando el desierto con un único objetivo, Katherine, en una zona desconocida para él donde algunos lo considerarían un enemigo. Aquella noche la pasaría en un caravasar: necesitaba nuevas provisiones y agua.

Extrajo su bolsa de monedas y señaló una de las botellas de agua que ofrecía el vendedor.

—¿Cuánto es? —preguntó señalando la botella y la bolsa. El hombre le indicó con la mano el número uno—. Quiero cinco.

Una vez que hubo pagado las botellas, se dirigió a su dromedario, que en ese momento se encontraba recostado frente al pesebre, y depositó las botellas en la alforja. Ya había comprado las provisiones necesarias para continuar su viaje.

Miró al cielo para comprobar la cantidad incontable de estrellas que se veían.

—Bien, Habibi —dijo colocando una mano en la cabeza del animal—, descansa un poco.

El dromedario emitió un berrido para expresar su conformidad. Se quedó mirando al animal, impresionado porque respondiese de aquella forma. Aquellas últimas noches la soledad le había jugado una mala pasada. Desde mantener conversaciones con el animal hasta ponerle nombre.

—Bien, muy bien —ironizó volviendo a colocar la mano en la cabeza del dromedario.

Cogió las alforjas y todo su material y lo llevó a la habitación que tenía destinada. No estaría muchas horas; las suficientes para recuperar el sueño perdido de las últimas noches, donde el frío prácticamente no le dejaba conciliar el sueño.

Lo depositó todo en la habitación y salió al exterior para hablar con los mercaderes.

—¿Inglés? —le preguntó al primero.

El hombre negó al momento.

Suspiró y siguió avanzando por el patio interior sin techar, acercándose a las hogueras rodeadas por viajeros que conversaban animados.

—¿Inglés? —volvió a preguntar.

Todos negaron, aunque uno señaló a uno de los comerciantes que recogía su parada.

Se dirigió rápidamente hacia él. Pudo observar que en el puestecillo aún quedaban algunas bolsas con especias. El hombre chino vestía una larga túnica roja hasta los pies y un voluptuoso abrigo de piel.

—Disculpe —dijo colocándose frente a la parada—. ¿Habla mi idioma?

El hombre le sonrió y se puso firme.

—Sí. ¿Qué quiere? Tengo muchas especias. —Comenzó a señalar—. Pimiento de Sichual, cassia, semillas de hinojo...

—No, no... busco información. —El hombre se quedó callado. Arthur se acercó echando el cuerpo hacia delante—. Busco un lugar... Kizil.

—Kizil —repitió el chino.

—Sí.

Automáticamente señaló otras bolsas.

—También tengo anís, azafrán...

—No, no... —Luego se llevó la mano a la bolsa con las monedas y chasqueó la lengua—. Le compraré especias, pero necesito información sobre ese lugar —dijo mostrándole la bolsa con las monedas.

Esta vez adoptó una posición más seria y aceptó su ofrecimiento.

—¿Está muy lejos de aquí?

Se quedó pensativo unos segundos.

—Cuatro noches.

Arthur suspiró aliviado; al menos, no iba mal encaminado. Rodeó el puesto de especias y se colocó a su lado, hecho que no gustó al vendedor, que igualmente no se quejó.

—¿Ha pasado por aquí el ejército Qing? —susurró.

Aquella pregunta lo pilló de improviso.

—¿Por qué quiere saberlo?

Arthur chasqueó la lengua.

—Necesito encontrarlos. Se llevaron a una mujer —susurró. Ciertamente, aquello era peligroso, pues no sabía si la persona a la que daba explicaciones sería partidaria de los Ming o de los Qing.

—No han pasado por aquí. —Arthur resopló, se llevó la mano a la nuca y se la masajeó—. Pero... —aquello hizo que elevase la mirada hacia él—, sé que pasaron cerca hace dos días.

—¿Dos días? —preguntó intrigado. Si era cierto, había recortado camino y se acercaba.

—Ayer, cuando llegué aquí —explicó también haciendo descender su voz hasta el susurro—, los guardias estaban muy preocupados... —Señaló a los soldados que recorrían la parte alta del fuerte—. La noche anterior a mi llegada tuvieron noticias acerca de que el ejército Qing había pasado cerca. Tenían miedo de que atacasen este lugar —se sinceró—. Hay rumores de que atacaron hace poco otro...

—Son ciertos —se apresuró a comentar—. Yo estaba allí. Y no solo el caravasar... —matizó—. Arrasaron Hetian por completo.

—¿Hetian? —preguntó asombrado.

—Sí. —Miró hacia los lados para asegurarse de que nadie los escuchaba, aunque sabía que la mayoría de allí no los entenderían—. ¿Se dirigen a Kizil?

El hombre se encogió de hombros.

—Es posible. Kizil fue un enorme centro comercial en los inicios de la Ruta de la Seda —explicó el hombre—, pero ahora permanece abandonado. Los caravasares lo

han sustituido. —El hombre se acercó más—. Es peligroso acercarse por aquella zona en estos momentos... —dejó la frase sin acabar, dándole a entender que seguramente se dirigirían hacia allí.

—Muchas gracias por la información. —Miró las bolsas de especias—. ¿Cuál me recomienda?

El hombre señaló una al instante.

—Anís, muy bueno para echar en la bebida. Buen sabor.

—Dame la bolsa.

El hombre parpadeó sorprendido.

—¿Toda?

—Sí, toda. Me has ayudado mucho. ¿Cuánto es?

El chino no salía de su asombro.

—Veinte monedas... —susurró emocionado.

Arthur las extrajo y le ofreció un par más.

—Esto es por la información —apuntó.

—Gracias. No... ¿no necesita nada más? —ofreció cuando comenzó a alejarse.

—No, gracias —respondió.

Escuchó que el chino resoplaba ante la negativa de Arthur.

Fue hacia la habitación y extrajo el reloj de bolsillo de Fynes. Se quedó contemplándolo y recordó las últimas palabras de él. Marcaba las diez de la noche. Dormiría unas cuantas horas y saldría de madrugada. Si solo le llevaban dos noches de ventaja, era posible que en breve los alcanzase.

Revisó las alforjas, comprobó que lo llevaba todo y se recostó sobre la tabla de madera. Pese a que su cuerpo pedía a gritos descanso, le fue imposible conciliar el sueño más de una hora seguida. Cuando el reloj marcó las tres de la madrugada, y consciente de que no podría dormir más, se puso en pie dispuesto a emprender el camino.

No tardó más de diez minutos en tener su dromedario preparado para continuar el viaje. A las tres y media se adentraba de nuevo entre las dunas del desierto. Se echó la manta por encima para cobijarse del viento helado y se tapó parte del rostro con ella, para que las partículas de arena no dañasen más su piel.

Mientras rodeaban dunas y subían varias de ellas, se aseguró de llevar sus tres pistolas cargadas y preparadas para el uso.

Sabía que estaba en zona hostil y que podían sorprenderlo en cualquier momento. Aquella vez no lo pillarían desprevenido.

Por instinto se llevó la mano al bolsillo y extrajo el pequeño elefante. La luz de la luna y las estrellas se reflejó en la piedra de jade.

Katherine. Su Katherine, ¿qué estarían haciéndole? ¿Estaría bien? ¿Y sus hombres? Patrick le había explicado que tres de sus oficiales también habían sido capturados.

Suspiró y sujetó con fuerza el elefante en la mano. Daría con ella aunque tardase años.

Se fijó en que las altas dunas en el horizonte se confundían con el oscuro cielo. Cogió el reloj de Fynes y lo miró. Las cuatro y media de la madrugada. Aquel día no pararía. Necesitaba recortar terreno con las tropas de Qing.

Arthur cogió el arma que llevaba en la alforja y saltó del dromedario. Empezó a dolerle el hombro; aún no tenía curada del todo la herida que le había causado la flecha, pero como mínimo cicatrizaba bien. Guardó el arma en su cinturón y cogió la espada. Miró alrededor. La duna que tenía por delante era elevada, ideal para permanecer oculto.

Desde aquella mañana había visto huellas de camellos y las había seguido. Sabía que se trataba de muchos hombres. Las noticias de los ataques de los últimos días habían corrido como la pólvora entre los comerciantes y aquella parte de la ruta estaba desierta.

Dos días más había tardado en encontrar un rastro. Sabía que debía hacer relativamente poco que habían pasado por ahí, dado que las huellas seguían marcadas en la arena. Debía agradecer que en aquellos momentos no hiciese nada de viento y las marcas en las dunas se hubiesen mantenido.

Por lo que pudo comprobar, decenas de camellos habían pasado por allí.

—Espera aquí, Habibi —le susurró al dromedario.

Ascendió la duna hundiéndose en ella. Era difícil treparlas. Cuando llegó a la mitad de la duna, se desplazó hacia un lado; de vez en cuando comprobaba que su dromedario se había tumbado a esperarlo a la falda de aquella enorme montaña de arena. No sabía cuánto medían aquellas dunas, pero sin duda superaban la altura de los edificios de Londres.

Se tumbó sobre la arena y los metros que lo separaban del vértice los recorrió arrastrándose.

Ahí estaban. Los había encontrado y no debían de haber llegado mucho antes que él, puesto que comenzaban a montar el campamento en ese momento.

Debía de haber más de cuarenta hombres, todos vestidos con sus chalecos azules y pantalones blancos, su turbante azul marino a conjunto con su capa y sus botas negras.

En aquel enorme valle entre las dunas ya estaban montadas varias casetas pequeñas. Eran cuadradas y acababan con un techo triangular. Por otro lado, los soldados estaban enfrascados en el montaje de tres enormes cabañas azul marino. Aquellas eran similares en tamaño a las que habían usado ellos cuando los mogoles se habían unido a su campamento.

Eran las cuatro de la tarde, así que en breve comenzaría a anochecer.

Centró la mirada en el campamento. Desde luego, vestían como el ejército de Qing, pero ¿eran ellos los que mantenían capturados a sus oficiales y a Katherine? ¿Y si era otra facción? ¿Y si los habían vendido o matado?

Se llevó la mano hasta el cinturón y extrajo el arma, que situó a su lado, pues algunos de aquellos soldados recorrían el campamento para asegurarlo. Se volvió hacia su dromedario para cerciorarse de que se encontraba aún ahí cuando una voz en inglés le hizo girarse de inmediato. Se asomó por el lateral de la duna y se le cortó la respiración.

Los soldados de Qing arrastraban a sus hombres sacándolos de una de las tiendas pequeñas. Miró de un lado a otro desesperado buscando a Katherine, ¿dónde estaba?

En ese momento se dio cuenta, ¿solo dos oficiales? Patrick le había explicado que se habían llevado a tres. ¿Dónde estaba el tercero?

Reconoció a sus dos hombres. No había hablado mucho con ellos, solo en contadas ocasiones, pero sabía sus nombres y siempre se habían mostrado leales a sus órdenes.

Collin no debía de superar los treinta años, su cabello negro en ese momento estaba blanquecino de la arena del desierto. Anthony era un poco más mayor y robusto; desde donde estaba podía intuir su barba grisácea y un enorme corte en su frente.

Tragó saliva cuando vio que los arrodillaban. ¿Qué iban a hacer? Cinco de aquellos soldados se situaron frente a ellos y comenzaron a gritarles palabras, pero sus dos oficiales ni siquiera los miraban y permanecían totalmente cabizbajos.

Uno de los soldados extrajo su espada y los señaló. Ni Collin ni Anthony se inmutaron. En ese momento se fijó en que los mantenían sujetos con las muñecas anudadas a la espalda.

—Cobardes desgraciados —susurró Arthur observando a los soldados de Qing.

Uno de ellos parecía ser el portavoz, pues era el que blandía la espada, los señalaba y gritaba hacia ellos. Se giró y señaló hacia una de las cabañas.

En ese momento le dio un vuelco el corazón. Dos soldados arrastraban a Katherine hacia sus oficiales tras sacarla de una de las casetas de tela. Llevaba un vestido de color crema roto y sucio. Su cabello permanecía suelto y desaliñado. Desde allí pudo apreciar también que tenía una pequeña herida en la frente.

Todo su cuerpo se puso en tensión y sujetó la pistola con las dos manos. Allí estaba. Su querida Katherine. La había encontrado.

Los dos soldados la arrastraron cogida por ambos brazos mientras ella se revolvía intentando soltarse. La condujeron en dirección a sus dos oficiales, que, en ese momento, sí elevaron la mirada hacia ella. Arthur contuvo la respiración.

—¡Suéltala! ¡No la toques! —gritó Anthony.

El guerrero se acercó y golpeó con fuerza el rostro del oficial con la empuñadura de la espada, de manera que Anthony cayó hacia atrás.

—¡Basta! —gritó Collin.

Los soldados soltaron con un empujón a Katherine, que cayó al suelo. Ella no llevaba las manos atadas y pudo amortiguar el golpe.

Arthur se fijó en su rostro. Las lágrimas le resbalaban por él hasta la barbilla.

Katherine se quedó mirando a los dos oficiales, totalmente paralizada, tendida sobre la arena, expectante.

Los dos guerreros chinos pusieron de nuevo de rodillas a Anthony mientras el cabecilla rodeaba a Katherine.

Volvió a gritar en su idioma a los oficiales, pero ninguno respondió; lo único que hacían era mirarse entre ellos. Katherine, Collin y Anthony intercambiaban miradas asustadas.

Aquello no le daba buena espina.

El cabecilla volvió a dar una orden y esta vez dos soldados cogieron a Anthony por los brazos.

—¡No! —gritó Collin.

—¡Parad! —gritó Katherine intentando levantarse. Uno de los soldados la cogió por la cintura y la elevó con brusquedad, colocándola ante él.

Anthony comenzó a revolverse entre los brazos de los dos soldados que lo mantenían en pie frente al cabecilla, que lo miraba con rostro umbrío.

—Por favor... —escuchó que gemía Anthony.

Los soldados chinos comenzaron a reír, como si el lamento del oficial les hiciese gracia.

—No sabemos nada... —gritó Collin intentando levantarse—. ¡Nada! —Pero los soldados lo empujaron hacia atrás.

Katherine volvió a gritar.

Aquello se estaba descontrolando. Arthur necesitaba hacer algo, pero ¿qué?

Aquella facción del ejército de Qing estaba formada, como mínimo, por cuarenta hombres, y él era solo uno. Aunque tuviese tres armas, para recargar una necesitaba como mínimo cuarenta segundos. No podría competir contra tantos hombres y salir victorioso.

El dirigente se acercó de nuevo a Katherine, que aún se mantenía sujeta por los brazos del soldado chino. Se colocó frente a ella mirándola, regodeándose en cada curva de su cuerpo.

—¿Dónde está? —preguntó esta vez en inglés.

Katherine miró fijamente al chino.

—No lo sé —respondió con contundencia, con tono frío y cargado de rencor.

El soldado se quedó unos segundos más mirándola, como si esperase recibir alguna respuesta más por su parte, hasta que al final se giró y dio una orden en chino.

—¡Noooooo! —gritó Katherine intentando deshacerse de los brazos de su opresor.

No sabía qué significaba lo que acababa de decir, pero estaba claro que ella y los dos oficiales sí. Seguramente ya lo habrían escuchado alguna vez y entendían su significado, aunque fuese por el contexto, dado que los tres comenzaron a removerse y a gritar.

—Maldito hijo de puta —gritó Collin intentando deshacerse de las manos del soldado.

—Por favor... —gritó Katherine—. No, por favor...

En ese momento lo vio. Vio cómo uno de los últimos rayos del sol se reflejaba en la afilada espada de uno de los soldados que se dirigía hacia Anthony. Enseguida lo comprendió. Y no solo eso: Patrick le había dicho que se habían llevado a tres oficiales y a ella.

Se quedó petrificado observando cómo, sin que le temblase el pulso al soldado, colocaba la espada en el cuello de Anthony, el cual sollozaba y se removía intentando escapar.

—¡Nooooooooo! —gritó Collin, que aún luchaba contra el soldado por ponerse en pie.

En ese instante, con un movimiento tremendamente rápido, hundió la espada en la garganta de Anthony y una cortina de sangre comenzó a caer sobre su camisa.

Katherine gritó tan fuerte que casi le perforó los tímpanos desde allí.

Arthur se obligó a llevarse la mano a la boca para contener el grito y se escondió tras la duna para no ver la imagen mientras escuchaba los gritos de Katherine y Collin. Gritos de dolor, desgarradores...

Inspiró con fuerza intentando no caer preso de la locura tras lo acontecido, no perder la cabeza mientras escuchaba los gritos de amargura de los dos.

Intentó controlarse y volvió a asomarse. Los soldados arrastraban de nuevo a Katherine hacia una de las tiendas, aunque estaba claro que en ese momento ella también había perdido todos los modales y la cabeza.

—¡Malditos seáis! ¡Sois unos asesinos! —gritó desgarrándose la garganta, mientras luchaba contra los hombres que la arrastraban—. ¡Os pudriréis en el infierno! ¡Asesinos!

Collin, sin embargo, se había quedado totalmente en estado de *shock* mientras veía el cuerpo de su amigo desangrarse sobre la arena. Arthur pudo comprobar que Collin miraba fijamente a Anthony, que ambos mantenían el contacto visual; acompañaba así a su amigo en sus últimos momentos de vida, mientras se ahogaba.

Dos soldados lo pusieron en pie. Collin no decía nada ni ofrecía resistencia; se encontraba totalmente abstraído. De nuevo se mantuvo callado cuando volvieron a gritar hacia él, aunque en ese momento sostenía una mirada de puro odio hacia el soldado.

Volvió a dar unas órdenes en su idioma y de nuevo volvieron a arrastrar a Collin hacia la caseta, al otro extremo del descampado. Arthur se fijó en que los mantenían separados. Mientras Katherine se encontraba en la caseta de la izquierda, a Collin lo llevaban hacia la de la derecha. Separados, sin poder mantener contacto entre ellos.

Tres soldados cogieron el cuerpo sin vida de Anthony y lo arrastraron sobre la arena sin importarles lo más mínimo, apartándolo del campamento y arrojándolo a la falda de la inmensa duna. Las inclemencias del tiempo harían el resto.

Arthur apartó la mirada y se tumbó sobre la arena mientras sujetaba la pistola en la mano temblorosa. No era el miedo lo que lo invadía, sino la rabia y la frustración. Debía hacer algo o acabarían matándolos a los dos.

¿Qué iba a hacer? Estaba solo, sin ejército, sin ayuda y con pocas armas frente a un ejército de más de cuarenta soldados chinos armados hasta los dientes y muy diestros con la espada. Pero no podía quedarse impasible. Como mínimo, contaba con el efecto sorpresa, aunque aquello de poco le serviría ante tantos soldados.

Miró su arma y luego al dromedario. Necesitaba acercarse a Katherine y a Collin; el problema era que cada uno estaba en una caseta diferente y, aunque fuese primero a rescatar a Collin, seguirían siendo dos frente a una multitud.

Podía esperar a que anocheciese e intentar liberarlos, pero sabía que los soldados chinos estaban muy bien instruidos y que formarían guardias; además, sería muy difícil acercarse al campamento sin ser visto. No había árboles, ni rocas... nada donde esconderse para llegar hasta esas tiendas.

Miró a su dromedario. A unos diez minutos de allí habían pasado cerca de un oasis.

Se arrastró duna abajo, notando todos sus músculos en tensión, y llegó hasta la falda de la duna. Para cuando llegaba al lado del dromedario, este ya estaba poniéndose en pie para recibirlo.

Se quedó observándolo y acarició su cabeza. Sabía lo que debía hacer para acercarse a Katherine y a Collin. Era arriesgado, lo más peligroso que iba a hacer nunca. Seguramente acabaría muerto, pero, si quería tener una posibilidad, debía intentarlo. Nadie iría a ayudarlo, no podría solicitar refuerzos; sería él solo contra un ejército enemigo. Debía arriesgarse a cruzar las líneas enemigas por el bien de Katherine y de Collin.

Suspiró, cogió la correa del animal y aceleró el paso en dirección contraria al campamento enemigo.

Sus pasos eran lentos, cansados. Bajó el rostro mientras veía que sus pies se hundían en la arena de la enorme duna. Todo iba más despacio de lo normal. Era consciente de todo. La humedad en los pies al hundirse, el contraste con el frío viento que traía partículas de arena hacia su rostro, el sol bajando centímetro a centímetro, escondiéndose en el horizonte.

Se fijó en el cielo; al final, comenzaban a aparecer puntos brillantes. Tragó saliva y miró al frente mientras daba otros pasos intentando no caer.

Era lo único que podía hacer, la única forma de llegar hasta ellos, pues nadie en aquel enorme imperio iba a ayudarlo.

Elevó las manos en señal de rendición mientras miraba al frente, a esos cinco soldados que corrían hacia él. Pudo ver que todo el campamento se giraba en su dirección y un alboroto inundaba la zona.

Los soldados extrajeron sus espadas y corrieron en su dirección, elevando sus armas. No llevaba nada, absolutamente nada. Ni una pistola, ni una espada... nada con lo que defenderse. Todo lo había dejado junto a su dromedario en aquel oasis apartado.

Tragó saliva mientras veía que se acercaban en actitud beligerante. No iba a luchar, no iba a resistirse. Si quería tener alguna opción, debía estar tras las líneas enemigas para liberar a su oficial y a Katherine.

Apretó los labios, se quedó quieto y elevó las manos. La reacción de ellos no se hizo esperar. El primero lo empujó al suelo con un fuerte golpe y lo arrojó de espaldas.

Arthur continuó con las manos en alto en señal de rendición, pero aquellos soldados no parecían estar de acuerdo con sus gestos y lo golpearon con patadas. No se quejó, ya contaba con ello.

Un par de soldados lo cogieron por los brazos y lo levantaron, y un tercero se puso frente a él. Lo observó y se quedó sorprendido durante unos segundos, como si en ese momento fuese consciente de quién era. Supuso que debía recordarlo del ataque que hicieron a su caravana.

El soldado se giró y dio unas órdenes hacia los dos que lo sujetaban, que comenzaron a arrastrarlo hacia una de las cabañas, atravesando el campamento.

La mayoría de los soldados se ponían en pie cuando lo arrastraban por delante de ellos. Algunos proferían lo que suponía que serían insultos, pues no los entendía; otros simplemente escupían a su paso como si su sola presencia les produjese repulsión.

La cabaña que tenía por delante era de las grandes, de un color azul marino, cuadrada, con el techo triangular.

Lo introdujeron con movimientos bruscos en el interior y lo empujaron al suelo, donde una lona del mismo color que la cabaña cubría la arena.

No tuvo tiempo a moverse más. Dos soldados se echaron encima de él. Lo primero que hicieron fue atarle las manos y luego conducirlo hasta el palo central para atarlo a este e impedir así que pudiese escapar.

Arthur se dejó hacer mientras otro lo cacheaba de arriba abajo.

Cuando ya estuvo atado y los soldados fueron conscientes de que no llevaba nada encima, se separaron para mirarlo. Arthur se quedó observándolos también. Tras varios segundos en los que los soldados no se movían, decidió ignorarlos y mirar la cabaña.

Al final de esta había varios cojines, donde suponía que dormiría y se relajaría el capitán de aquella facción. Al otro lado había una pequeña hoguera formada por piedras, aunque en ese momento no estaba encendida, y, en la otra esquina, una mesa con varios alimentos, en especial fruta.

Estaba claro que aquella era la cabaña destinada al uso del capitán, pues no creía que el resto de los soldados tuvieran tantas comodidades.

Los soldados se hicieron a un lado para dejar el paso libre al que entraba. Era alto para ser de origen chino. Su vestimenta lo hacía parecer corpulento. Su bigote era largo y bajaba hasta su barbilla con ángulos rectos.

Se quedó observándolo. Aquel hombre sí le era más familiar; ahora estaba seguro de que eran los mismos que habían atacado su caravana.

Se giró y dio unas órdenes a sus hombres. Dos de ellos salieron de inmediato de la tienda mientras otro se quedaba al lado de la cortina para vigilar la entrada.

Se quedó observándolo unos segundos y luego se dirigió a la mesa mientras se quitaba el turbante, que depositó sobre ella con toda la calma del mundo.

Arthur apretó los labios y durante unos segundos intentó deshacer el nudo que sujetaba sus muñecas al palo.

—¿Entiende mi idioma? —preguntó directamente.

No se giró, siguió quitándose la capa y lo ignoró. Arthur resopló y miró alrededor hasta que el hombre se volvió hacia él. Dio unos pasos en su dirección, sin apartar la mirada.

—¿Nos conocemos? —volvió a insistir Arthur.

El soldado ladeó el cuello sin apartar la mirada de la suya.

—Mi nombre es Zhang Xianzhong.

En ese momento lo recordó. Aquel hombre le resultaba familiar. Lo había visto en el ataque que perpetraron a la caravana y también recordaba perfectamente cuándo había escuchado aquel nombre.

Su mente voló a la noche previa a pasar la frontera con el Imperio chino, cuando se había sentado junto a Nandim frente a la hoguera, en compañía de más viajeros, que les informaron de por qué había más vigilancia en los caravasares.

Uno de los hombres les había dicho:

«El hombre que los lidera se llama Li Zicheng, un antiguo pastor. Luego hay otro grupo por el este del país, entre el río Amarillo y el Yangtsé; su general es Zhang Xianzhong, un antiguo soldado».

Arthur lo miró con determinación.

—Sé quién es —le confirmó—. Es un general al servicio de la dinastía Qing. Un antiguo soldado.

Zhang asintió, aunque no se separó ni un milímetro de él.

—Yo también sé quién es usted —pronunció Zhang—, coronel Wyatt. Usted es el encargado de acompañar a dos embajadores de la corona británica a través del imperio para negociar con el actual emperador una posible ruta de comercio.

—Así es —contestó.

Zhang se dio media vuelta y se dirigió a la mesa con los alimentos. A Arthur aquella actitud lo desesperó.

—Usted tiene retenida a la embajadora y a uno de mis oficiales —lo acusó.

Zhang se giró con una manzana en la mano y lo miró con indiferencia.

—Tenía a dos oficiales más retenidos —dijo dándole la espalda de nuevo—, pero me vi en la obligación de acabar con sus vidas. —Arthur puso la espalda recta al escucharle pronunciar aquello con tanta indiferencia. Zhang cogió un cuchillo y comenzó a pelar la manzana—. Todo habría sido mucho más fácil si usted... —remarcó aquella palabra— hubiese estado en el fuerte.

Arthur lo miró sin comprender.

—No lo entiendo. Lo único que estamos haciendo es contribuir a la economía de su imperio —le gritó.

Pudo ver que los músculos de Zhang se ponían en tensión, incluso aguantando la respiración. Se giró lentamente mientras soltaba la manzana sobre la mesa, observándolo.

Dio unos pasos al frente, con la mirada cargada de cólera.

—Ni siquiera lo sabe... —escupió hacia él.

—¿Qué debería saber? —preguntó indignado.

Zhang se acercó y le puso el cuchillo en el costado, pero Arthur ni se inmutó; se limitó a mantener la mirada fija en sus ojos, sin pestañear.

—Usted... mató a mi hijo.

Arthur pestañeó varias veces.

—¿Qué?

Esta vez apretó más el cuchillo. Arthur gimió un poco cuando la punta afilada se clavó en su carne y una gota de sangre comenzó a resbalarle por la cintura.

—Usted... acabó con la vida de mi único hijo.

Su mente voló rápida. La única vez que lo había visto era en el ataque de la caravana. En ese momento lo recordó. Un joven muchacho mantenía sujeta a Katherine para llevarla hacia su caballo. Se había acercado a él y había acabado con su vida. Más tarde, mientras mantenía a Katherine entre los brazos, aquel hombre al que ahora reconocía, Zhang, se había quedado observándolo fijamente durante unos segundos antes de partir.

Debía ser él. No había duda.

Miró fijamente a Zhang y apretó los labios mientras notaba el cuchillo adentrarse más en su carne.

—Lo siento... —pronunció—, pero vosotros atacasteis nuestra caravana. Debíamos defendernos. Fuisteis vosotros los que os acercasteis intentando acabar con nuestras vidas. Tú... —dijo acercándose más a él— eres militar como yo. Sabes muy bien a lo que nos exponemos cada vez que salimos al campo de batalla.

Zhang se quedó observándolo y sin previo aviso arrastró la punta del cuchillo que estaba clavada en el costado de Arthur y cortó su carne, hasta que la extrajo.

En ese momento, las piernas de Arthur flaquearon y tuvo que sujetarse al palo de madera mientras apretaba los labios.

Zhang se acercó.

—Era solo un niño... —arremetió contra él en su oído.

Arthur lo miró de reojo.

—Te equivocas: era un soldado. Tú lo convertiste en uno.

Arthur miró hacia la puerta cuando escuchó unos gritos femeninos. La voz era cada vez más cercana. La reconoció al momento. Katherine. Miró directamente a Zhang.

—Ella no tiene nada que ver con esto... —pronunció con fuerza—. Yo lo maté, no ella.

Zhang dio un paso atrás sin apartar la mirada de él y luego la volvió al frente cuando introdujeron a Katherine en el interior.

Arthur se quedó observándola. Debía de haber adelgazado tres o cuatro kilos. Su cabello rubio y rizado le caía sobre la espalda y el pecho, sobre el vestido color crema roto y sucio. Se notaba que había estado llorando porque sus ojos estaban rojos y sus mejillas, coloradas. Se removi6 entre los brazos de los soldados intentando soltarse hasta que, como si algo llamase su atención, volvió la vista al lateral, donde Arthur la miraba fijamente.

Durante unos segundos no logró reaccionar. Sin duda, era la última persona a la que esperaba encontrar allí. Tragó saliva, incrédula, y luego hizo un puchero con los labios.

—Arthur —sollozó intentando acercarse, aunque los soldados la retuvieron. Comenzó a luchar contra ellos para soltarse. Zhang dio una orden y al momento Katherine quedó libre. La reacción de ella no se hizo esperar. Corrió hacia Arthur y lo abrazó mientras las lágrimas le bañaban el rostro—. Arthur —sollozó mientras colocaba las manos en su cuello—. Estás bien, estás vivo... —gimió mientras apoyaba el rostro en su hombro.

No había nada que desease más que abrazarla, pero las cuerdas lo mantenían sujeto por las muñecas.

—Estaba preocupada por ti —continuó ella.

Él bajó la frente para acariciar la de ella.

—Tranquila, estoy bien... —susurró. Luego se separó levemente para mirarla a los ojos, mientras ella seguía sujeta a su cuello—. Te sacaré de aquí, Katherine —susurró—. Aunque sea lo último que haga en mi vida.

Bajó los labios hasta los suyos. El beso fue corto, más de lo que esperaba, pero les hizo ser conscientes de la falta que habían tenido el uno del otro. Pudo rozar mínimamente los labios de ella antes de que un soldado lo golpease con un puñetazo en el costado, justo donde segundos antes Zhang había clavado su cuchillo, y la alejase de él.

Katherine comenzó a revolveirse de nuevo mientras chillaba.

—¡Nooooo! —gritó a pleno pulmón cuando vio que Arthur caía al suelo de rodillas y el soldado volvía a golpearlo en el costado, en la herida abierta—. Basta... basta, por favor... —sollozó como si se diese por vencida.

Zhang se acercó a ella y tomó su rostro entre los dedos para obligarla a mirarlo. Aquel gesto hizo que Arthur apretase los dientes y se pusiese de nuevo en pie.

—Es una mujer hermosa, coronel —pronunció Zhang mientras ella seguía llorando—. Supongo que pagarán una buena suma de dinero por ella.

—No la toques —amenazó Arthur.

Zhang la soltó con un movimiento brusco que hizo que ella llevase la cabeza hacia el otro lado.

—¿O qué? —preguntó Zhang acercándose a él.

Arthur se quedó mirándolo fijamente mientras un *O te mataré* se repetía en su mente. Se contuvo de decirlo, pues ahora que sabía la causa por la cual los retenían debía ir con más cuidado. Una venganza... Él había matado a un joven que resultaba ser el hijo de Zhang Xianzhong. Aquello complicaba mucho más las cosas.

Se quedó observándolo unos segundos hasta que enarcó una ceja al no recibir contestación alguna por parte de Arthur. Se giró y dio otra orden a sus hombres, que comenzaron a arrastrar a Katherine hacia fuera de la cabaña.

—¡Arthur! —gritó ella.

—Tranquila, tranquila... —intentó calmarla—. Todo irá bien, Katherine, te lo prometo.

—¡Arthur! —Escuchó su grito ya desde fuera.

Se quedó observando el punto por donde se la habían llevado hasta que Zhang se puso frente a él.

—No debería hacer promesas que no va a cumplir.

La mirada de Arthur se oscureció.

—Yo siempre cumplo mis promesas —lo retó.

Zhang colocó los dedos en la herida que le había hecho en el costado y apretó, lo que hizo que a Arthur se le cortase la respiración, aunque de nuevo ningún lamento salió por su boca.

—Coronel, le aseguro por mi hijo que esta no la cumpliré —sentenció Zhang.

Apartó la mano y se miró los dedos ensangrentados; luego, sonrió con malicia.

Se giró y llamó a sus dos hombres. No pasaron más que unos segundos antes de que lo soltasen del palo y lo arrastrasen por el campamento, rumbo a otra cabaña.

Había pasado toda la noche en vela. Lo habían llevado a otra de las cabañas, solo.

Las horas pasaron e incluso antes de que comenzase a amanecer ya estaban desmontando el campamento. Aquellos soldados chinos eran mucho más eficaces que los mogoles.

Desde que había escuchado las primeras voces hasta que se había visto montado en un caballo había pasado solo media hora.

Lo primero que había hecho era buscar a Katherine y a su oficial entre la gente. Cuando los había visto y su mirada había coincidido con la de ellos, había respirado tranquilo.

Tras más de cinco horas de girarse constantemente para asegurarse de que ellos lo seguían, comenzaba a notarse exhausto. La falta de sueño, de alimento y de agua le estaba pasando factura.

Llegaron a Kizil cuando estaba anocheciendo. La zona se había dado a conocer como un centro comercial en la antigua Ruta de la Seda, sobre todo en el antiguo reino tocario de Kucha.

El enorme acantilado de dos kilómetros albergaba más de doscientos treinta templos-cueva excavados en la montaña.

Ahora, iluminado con antorchas, era sobrecogedor. Infinidad de cuevas se distribuían por toda la montaña en varias plantas a las que se ascendía por unas empinadas escaleras.

Lo bajaron del caballo y lo arrastraron. Se giró cuando escuchó el grito de Katherine, a la cual cogían de la cintura para bajarla también del animal.

Sus miradas coincidieron un segundo antes de que los soldados comenzasen a subirlo por las escaleras, trayecto en el que tropezó varias veces.

Llegaron hasta la primera planta y lo condujeron por un pasillo al aire libre. El viento helado venía con fuerza contra él. No habían caminado muchos metros antes de que tuviesen que girar por un pasillo interior. El interior estaba iluminado con lámparas de aceite cada pocos metros; aun así, era una zona muy oscura.

A cada lado, tenía celdas con barrotes.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó, aunque sabía que no lo entenderían.

Se giró justo para ver que los soldados arrastraban a Katherine por detrás de él y que ella no dejaba de sollozar asustada.

—Tranquila, Katherine —dijo queriendo infundirle valor. Después pudo ver que hacían lo propio con su oficial—. ¡Collin! —gritó, aunque al momento se llevó un golpe en el rostro para que guardase silencio.

—¡Coronel! —Escuchó el grito de Collin.

Siguieron arrastrándolos hasta que uno de los soldados abrió con unas llaves la cerradura de aquella puerta construida a base de gruesos barrotes y lo arrojaron al interior.

Estuvo a punto de caer, pero logró guardar el equilibrio y se giró directamente hacia los soldados cuando lo encerraron en el interior de aquella celda. Observó como echaban la llave; el soldado le sonrió de forma siniestra.

Fue hasta los barrotes y se agarró a ellos cuando vio que arrastraban a Katherine delante de su celda.

—¡Katherine! —gritó sujetándose con fuerza a los barrotes.

Ella simplemente lo miró sin decir nada, aunque pudo comprobar que una lágrima descendía por su mejilla.

—¿Adónde la lleváis? —gritó Arthur mientras arremetía contra los barrotes, presionando hacia fuera e intentando abrirlos—. ¡Eh! ¿Adónde la lleváis?

Uno de los soldados golpeó con una barra de metal sus dedos sujetos a los barrotes, pero no los soltó, sino que miró con odio al soldado que lo había hecho.

Escuchó cómo abrían la celda de al lado y el grito de Katherine al empujarla a su interior. Miró la pared de piedra que había entre las dos celdas.

Su celda no era muy grande, un simple cuadrado vacío con una pequeña ventana flanqueada por barrotes y bastante elevada, por lo que debería saltar o auparse hasta allí para poder ver el exterior.

Se giró cuando escuchó que arrastraban a Collin por delante de él. Se quedó observándolo. El soldado abrió la celda que tenía en diagonal a la suya y lo arrojó a su interior. Su oficial hizo el mismo gesto que él, sujetándose con fuerza a los barrotes e intentando abrirlos.

El soldado guardó las llaves en su cinturón, se marchó y los dejó solos.

—Eh, eh... —pronunció Arthur con ansiedad, mirando a su oficial—, ¿estás bien?

Su oficial aún hervía de rabia cuando lo miró y asintió, sin decir nada más.

—Katherine —dijo intentando mirar a través de los barrotes, pero al encontrarse a su lado le era imposible verla—, ¿estás bien?

No respondió durante unos segundos, hasta que al final escuchó un suave susurro.

—Sí —sollozó.

Arthur inspiró intentando relajarse y apoyó la frente en el frío metal.

—Tranquilo, saldremos de aquí... —susurró. Se mantuvo callado unos segundos y finalmente elevó la mirada hacia su oficial, el cual mantenía la misma postura que él—. Collin —Llamó su atención. Tragó saliva y miró a ambos lados—. ¿A cuántos oficiales capturaron?

—Éramos cuatro. La señorita Chapman, Walter, Anthony y yo. —Se removió inquieto mientras volvía a sujetarse a los barrotes—. Walter no duró ni dos días, a Anthony lo mataron ayer. —Arthur apretó los labios y asintió—. ¿Cómo nos ha encontrado?

—No es momento para formalismos, Collin —respondió Arthur mirando de un lado a otro—. Cuando volví al fuerte, Patrick me dijo que la misma patrulla que nos había atacado en la caravana había asaltado el fuerte. Salí corriendo en vuestra búsqueda. Suelen venir aquí. A Kizil. Tan solo seguí la ruta hasta dar con vosotros.

—¿Y el resto de los hombres? —preguntó con esperanza, aunque al momento bajó la mirada cuando percibió una negativa por parte de su coronel.

Arthur respiró hondo intentando mantener la situación controlada; no podía permitirse entrar en pánico ni que ellos lo hiciesen. Debía mantener la mente fría para urdir un plan.

—Estamos solos en esto —pronunció hacia Collin. Luego miró a su lado intentando sacar la cabeza entre los barrotes para ver la celda de Katherine, pero estos eran demasiados estrechos—. Katherine... —pronunció. No podía sacar la cabeza, pero sí el brazo. Fue hasta el punto más cercano a la celda de ella, lo extrajo y lo extendió en su dirección. La reacción de ella no se hizo esperar. Escuchó como se levantaba del suelo y corría hacia los barrotes, sacaba el brazo por ellos y cogía la mano de Arthur. Arthur la acarició con el pulgar—. Vamos a salir de aquí. —Luego miró a Collin con convicción, sin soltar la mano de ella—. Os lo prometo. He salido de situaciones peores.

—¿Peores? —ironizó Collin.

—Sí —respondió él. Lo mejor era mantener la mente ocupada—. Antes de dirigirme hacia aquí me confirmaron que el ejército de Qing suele pasar tiempo en esta zona. Lo tienen como ubicación principal, lo que significa que seguramente estaremos bastantes días aquí —explicó—. A partir de ahora haremos turnos para dormir, los tres —dijo apretando la mano de Katherine—. Nos encargaremos de controlar cada cuánto tiempo pasa la guardia. Espera, Katherine —dijo soltando su mano. Se giró y miró a su alrededor. Estaba claro que aquello estaba excavado en la montaña. Se acercó a la pared y la palpó; estaba fría y dura, pero de ella salían unas piedras afiladas—. Escuchad —dijo tocando una de las piedras—. El templo está excavado en la montaña; al menos en mi pared sobresalen algunas piedras puntiagudas... mirad en las vuestras e intentad sacar alguna.

Ambos obedecieron y controlaron sus respectivas paredes para, poco después, comenzar a arrastrar los dedos en la tierra para extraer alguna piedra.

A Arthur le llevó más minutos de los que esperaba, pero finalmente extrajo una piedra bastante puntiaguda. No era muy grande, pues podía encerrarla en la mano, pero le serviría como defensa llegado el momento.

Se acercó otra vez a los barrotes y miró hacia la celda de Collin.

—¿La tenéis?

Collin apareció tras los barrotes mostrándole una.

—La tengo —escuchó que decía Katherine.

—Bien, guardaos esta piedra en un sitio en el que no os la vean. Nos servirá como defensa. Nos haremos con unas cuantas —ordenó—. Además, iremos apuntando en

la pared cada cuántos minutos pasan los guardias. Necesitamos saber de cuánto tiempo disponemos si logramos escapar.

—Pero... —escuchó la suave voz de Katherine—, ¿cómo vamos a abrir este candado?

Arthur se removió incómodo.

—No lo sé, Katherine, pero hallaré la forma —pronunció. Puso las manos en los barrotes y los movió, pero estaban bien sujetos. Se agachó y se fijó en la cerradura; era bastante sencilla, con algo metálico podría haberla abierto sin problemas.

Se distanció un poco y dio una patada impetuosa a los barrotes.

Se pasó la mano por la cara, agobiado, y volvió a sujetarse a ellos.

—Collin, aquí tengo una ventana... ¿tienes tú alguna?

Collin miró hacia atrás y luego negó.

—No, la mía es cerrada.

—De acuerdo. —Se dio media vuelta, dio unos pasos rápidos, saltó y se sujetó a los barrotes que estaban por encima de él. Estaba bastante débil, pero aquello no impidió que se aupase hasta allí y observase con atención.

Se encontraban en el lateral de una montaña. Ante él podía observar la inmensa luna llena, que dotaba de suficiente claridad las dunas del desierto.

—Puedo ver el desierto desde aquí... —dijo Arthur—. Katherine, ¿tienes ventana?

—Sí, pero está muy alta.

Arthur se descolgó y volvió a los barrotes.

—Debemos estar en un lateral de la prisión —explicó hacia Collin—. ¿Qué ves desde tu celda?

Collin miró hacia el lado contrario.

—El pasillo sigue, no acaba.

—De acuerdo —dijo rápidamente—. Haremos los turnos, ¿de acuerdo? —Los dos afirmaron—. Comenzaré yo el mío. Dos horas aproximadamente cada uno. Apuntaremos en la pared cada cuánto pasan.

—De acuerdo —contestó Collin—. Después lo haré yo.

—Katherine —dijo Arthur—. Collin te despertará, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió ella.

Arthur suspiró y miró hacia la ventana, por donde entraba la poca claridad de la luna y las estrellas.

—Descansad un poco ahora. —Se volvió hacia Collin para mirarlo—. Te despertaré en un rato.

Unos pasos los pusieron en alerta a todos. Arthur se sujetó de nuevo a los barrotes y no se movió ni un milímetro cuando Zhang se colocó ante él, al otro lado.

—Veo que estáis instalados —pronunció.

Arthur apretó los dientes e hizo que sus nudillos palidiesen al sujetarse con fuerza a los barrotes.

—Déjelos libres, ellos no tienen nada que ver con esto. Ya me tiene a mí.

Zhang rio y se acercó a los barrotes.

—Ninguno se va a mover de aquí. Al menos durante un tiempo. Verá... —se giró hacia Collin y lo señaló—, a su oficial no le queda mucho tiempo. A su amada... —se giró hacia Arthur y señaló con un movimiento de cabeza la celda contigua donde se encontraba Katherine—, en breve vendrán a buscarla para llevarla al mercado de esclavos. Quizá mañana, pasado, en una semana, en un mes... —se encogió de hombros— la incertidumbre es lo peor de todo, ¿verdad? —preguntó dando un paso al frente—. Todo lo que conoce, todo lo que ama, desaparecerá. Se quedará solo, coronel Wyatt —dijo acercándose— y cuando lo experimente... solo entonces, morirá.

Ambos se quedaron mirando fijamente. Arthur no dijo nada, ni se inmutó.

—Que disfruten de su estancia. —Luego sonrió con ironía y dio media vuelta para abandonar el pasillo—. Nos veremos pronto.

Katherine vio cómo amanecía, pues la luz se filtraba a través de la pequeña ventana. Se acercó a la puerta y vio que Collin estaba dormido; desde allí solo podía ver sus piernas. Se acercó a la pared y apoyó la frente mientras intentaba controlar las lágrimas y normalizar la respiración. Aquello era lo más duro que jamás había vivido.

—Arthur —susurró intentando que su voz no temblase.

—Estoy despierto —contestó.

Ella miró aquella pared.

—¿Has podido dormir algo?

—Poco —contestó él en un susurro—. ¿Has contado cuántas veces han pasado los guardias?

—Sí, tres veces —respondió mientras se apoyaba contra la roca y se dejaba caer al suelo, apoyándose en la pared.

Arthur permanecía en la misma posición al otro lado.

—Intenta descansar un poco, te irá bien —dijo volviendo la mirada hacia la ventana.

Katherine se quedó mirando hacia delante, sin contestar. Desde que lo había visto aparecer en el campamento había recobrado la esperanza; sabía que con él allí tenían una oportunidad de salir con vida y, sobre todo, después de aquel breve beso.

Se giró hacia la pared, se apoyó contra ella y se abrazó.

—¿Y mi padre? ¿Dónde está?

Arthur cerró los ojos con fuerza. Sabía que aquella pregunta llegaría, pero esperaba estar cerca cuando tuviese que responderla. ¿Cómo decir aquello en esas circunstancias? Sin poder abrazarla, consolarla... pero ¿qué iba a hacer? No podía ocultarle aquella información, no podía mentirle.

—Katherine... —susurró con dolor, sin saber cómo decir aquello—, cuando estuvimos en Hetian hubo un ataque... —Tragó saliva y aguantó la respiración—.

Él... no...

Katherine aguantó la respiración mientras escuchaba aquellas palabras. ¿Lo que quería decir era que había muerto? Sus ojos se empañaron. No sabía por qué, pero lo había intuido desde que lo había visto, como si algo en su interior se lo hubiese dicho. Su mente viajó a su despedida en el caravasar.

«Ten mucho cuidado —le había suplicado a su padre—. Y abrígate».

Su padre comenzó a reír.

«Igual que tu madre», susurró con ternura.

Ella se abrazó a él e intentó mantener la compostura. No era para tanto, sería únicamente una semana, a lo sumo diez días. Se había separado y le había acariciado la mano.

«Luego me lo tendrás que explicar todo», pronunció ella con una sonrisa.

«Por supuesto que lo haré. Todo irá bien, cariño».

Su padre le acarició la mano y se alejó hacia la carreta, echando miradas furtivas hacia atrás.

Aquellas palabras, aquella última mirada... Él ya no estaba y jamás volvería a verlo. Notó que un nudo le apesaba el esófago y le oprimía la respiración.

Puso una mano en la pared mientras apoyaba en ella el rostro.

—¿Sufrió? —sollozó.

Arthur suspiró.

—No —susurró—. No sufrió —mintió. Escuchó cómo lloraba y puso la mano en la pared—. Kath... Lo siento.

—Ni siquiera pude despedirme de él... —Miró hacia la luz que entraba por la ventana. Comenzaba un nuevo día, frío, pero todo era diferente. Desde que se la habían llevado lo había sido, pero, ahora, todo había cambiado drásticamente.

Arthur apretó los labios intentando contener la impotencia que sentía en aquellos momentos. No sabía cómo actuar desde la distancia. Sabía que no había palabra alguna que garantizase su consuelo.

—Antes de morir me hizo prometerle que te sacaría de aquí y te pondría a salvo. —Katherine se pasó una mano por la mejilla para limpiarse una lágrima—. Y prometo que lo haré. Te sacaré de aquí y de este condenado imperio aunque sea lo último que haga.

Ella sonrió con tristeza cuando escuchó aquello. Inspiró y volvió a apoyarse contra la pared mientras observaba toda su celda.

—Pero él ya no estará —dijo contemplando la ventana, viendo una pequeña parte del cielo rosado al amanecer—. No pude despedirme de él ni decirle lo importante que era para mí.

—¿Crees que no lo sabía? Katherine, lo acompañaste a la otra punta del mundo para cuidar de él. Créeme que lo sabía. Y lo de que él no estará... —susurró esta vez mirando hacia los barrotes—, estaré yo —contestó Arthur—. No te dejaré pase lo que pase.

Katherine cerró los ojos mientras se pasaba una mano por la mejilla para limpiar otra lágrima. Aquellas palabras, en cierto modo, la consolaron.

Se había quedado totalmente sola en ese mundo. Aquello era lo que necesitaba escuchar. En las circunstancias en las que se encontraba y tras saber de la pérdida de su padre, lo único que necesitaba era saber que él estaría allí, a su lado.

—Gracias por venir a buscarme —susurró agradecida.

—Se lo prometí a tu padre... —Tragó saliva y colocó de nuevo una mano en la pared que los separaba, deseando poder echarla abajo para abrazarla—, y aunque no se lo hubiese prometido, lo habría hecho igual.

Ambos se pusieron en pie cuando escucharon unos pasos por el pasillo, con el corazón compungido. Un soldado se colocó frente a ellos. Durante unos segundos Arthur creyó que iba a abrir su celda, pues llevaba las llaves colgando del cinturón, pero lo único que hizo fue pasar por debajo de los barrotes un fino plato de cerámica.

Las palabras de Zhang no lo habían dejado descansar ni un minuto aquella noche. En cualquier momento acabarían con la vida de Collin y se llevarían a Katherine para venderla... Si lo que pretendía Zhang era mantenerlo en un estado de permanente alerta y sufrimiento constante, lo había conseguido.

Se fijó en el plato de comida, que contenía un poco de pan blanco y maíz.

Vio cómo se dirigía a la celda de Katherine y luego a la de Collin, que despertó en aquel momento.

Arthur se acercó a los barrotes intentando mirar por el pasillo. No parecía que hubiese ningún soldado más. Miró el plato y se agachó frente a él.

—¿Te han dado comida, Katherine?

—Sí.

Luego miró a Collin y señaló su plato.

—Come —ordenó—. Necesitamos mantenernos fuertes.

Pudo ver como Collin se ponía ante el plato y lo observaba con cara de disgusto.

—¿Qué crees que harán con nosotros? —preguntó hacia Arthur.

—No lo sé.

—Yo sí lo sé —pronunció Collin asqueado—. A ti y a mí nos matarán y a ella —señaló a Katherine— la venderán como esclava. Es lo que siempre hacen. Zhang no mentía cuando lo dijo. —Aquello se llevó una mirada de reprobación por parte de Arthur—. Una mujer rubia de ojos azules es muy llamativa por aquí.

—¡Collin! —lo reprendió Arthur—. ¡Ya basta! —Intentó serenarse—. Nada de eso va a pasar. Huiremos de aquí, ¿de acuerdo? Pero debemos esforzarnos por calmarnos y pensar con claridad. Debemos elaborar un plan, aunque nos lleve días, pero solo tendremos una oportunidad para salir de esta fortaleza. —Miró seriamente a Collin—. Dime, ¿quieres escapar o no? —Este se quedó observándolo y finalmente asintió—. Pues cómete el maíz y guarda fuerzas. Os necesito a los dos al cien por cien.

Veintidós días y siempre la misma rutina.

Los alimentaban dos veces al día: a media mañana y por la noche. Los primeros días había pasado hambre, ahora ya no.

Katherine miró al chino que introducía levemente la mano por debajo de los barrotes y dejaba el plato con la misma comida de siempre: pan y maíz. Por la noche, a veces, les habían dado algo de carne.

En cuanto el chino se apartó de su puerta, Katherine corrió hacia los barrotes, se sujetó a ellos y lo observó hasta que desapareció de su vista.

Collin y Arthur se acercaron también a los barrotes.

—Lo haremos esta noche. No hay luna. La oscuridad nos beneficiará. Además, parece que va a nevar otra vez, así que la nieve podrá cubrir nuestras huellas —dijo Arthur. Collin y Katherine asintieron—. Solo tenemos esta oportunidad. Contaremos con media hora desde el último pase. —Fue hacia la ventana y de un salto se agarró a los barrotes para observar. Durante las últimas noches había intentado empaparse de todo lo que les rodeaba. Habían calculado el tiempo entre un pase de guardia y otro. Posteriormente, se habían dado cuenta de que los turnos estaban fijados, porque siempre era el mismo guardia asignado a una misma hora. Tras la cena y pocos minutos después, acababan de alimentar a los animales. Estos variaban, a veces había más caballos, otras veces dromedarios o camellos, pero lo importante es que los animales no estaban en establos, solo atados a palos. Siempre había dos guardias vigilando la zona con antorchas y sabían cuál era el recorrido de cada uno de ellos. Lo bueno que tenían los chinos es que estaban perfectamente organizados, lo que les permitía calcular los tiempos al milímetro.

Cayó al suelo y se acercó a los barrotes.

—Mmmmm... unos diez camellos y diez caballos —estimó.

—Con tres nos basta —dijo Collin.

—Intentaremos coger dromedarios o camellos. Son más rápidos que los caballos y aguantan mejor el clima de aquí. —Se mantuvo unos segundos en silencio, mirando a Collin con determinación—. No podemos fallar. —Los dos asintieron—. Intentad dormir unas horas y descansad. Necesitamos todas las fuerzas posibles.

No dijeron nada más, cada uno se fue a su rincón en silencio. Las horas pasaron lentas; era como si los minutos se alargasen. Cuando la oscuridad comenzó a reinar en los pasillos, escucharon los mismos pasos de cada día.

Los tres se pusieron en pie y se dirigieron hacia la puerta de barrotes.

—Aún no —susurró Arthur—. Comed lo que os den.

Así lo hicieron. Sabían que en cuestión de una hora el guardia volvería a recoger sus platos; para esa hora ya sería noche cerrada y debería ir alumbrado por una

lámpara de aceite.

Comieron en silencio. Normalmente, todos los días conversaban, pero aquel era especial; debían estar concentrados, no despistarse era la clave.

Arthur se sentó contra la pared, al lado de la puerta de barrotes, en la oscuridad, mirando hacia la ventana por donde podían intuirse las espesas nubes que cubrían el cielo. En todos los días que llevaban allí nunca se había nublado excepto los últimos diez días. Se había sorprendido cuando había comenzado a nevar y una capa blanca y esponjosa había cubierto las dunas. Era una imagen majestuosa que disfrutaría mucho más en libertad.

Se puso en tensión cuando escuchó los pasos por el pasillo y giró la cabeza para mirar a Collin. Él también estaba preparado para actuar y ayudar, aunque sabía que el peso de aquello recaía sobre él.

Se llevó la mano al pantalón y extrajo la piedra afilada. Los últimos días la había arrastrado por la pared arenosa para afilarla. No podía fallar, aquella era la única opción que tenían. Debía hacerlo por Fynes, por Katherine y por Collin. Aquella había sido su verdadera misión, la causa de que se hubiese dejado atrapar. Sabía que solo podría salvarlos desde dentro.

Se puso en pie y apoyó la espalda contra la pared, al lado de la puerta de barrotes, con todos los músculos en tensión y sujetando con fuerza la piedra en la mano.

Intentó calmar su respiración y los latidos acelerados de su corazón mientras el guardia se ponía frente a la puerta de barrotes. Sabía lo que haría: se agacharía, pasaría la mano por debajo de los barrotes, cogería el plato y lo extraería. Esta vez no iba a ser así.

En cuanto el guardia pasó la mano por debajo de los barrotes, Arthur elevó la pierna y pisó la mano del soldado con fuerza, para evitar que se apartase.

El soldado iba a gritar cuando Arthur se giró y se puso frente a él, sacó el brazo entre los barrotes, aún reteniéndole el pie, lo cogió de la nuca y lo acercó. No dudó en clavar la piedra puntiaguda en su garganta y seccionarle la yugular. La sangre del soldado le salpicó y comenzó a brotar como una fuente. Arthur incrementó la presión con la piedra sobre su garganta mientras con el brazo lo retenía. No podía permitir que se le escapase o se alejase.

En cuanto el soldado comenzó a convulsionar, soltó la piedra y lo sujetó con los dos brazos mientras la sangre iba manchando toda su ropa. Se vio obligado a apartar la mirada del hombre y cerró los ojos con fuerza para no ver la imagen. En cuanto notó el peso muerto del soldado, lo dejó caer al suelo intentando hacer el menor ruido posible.

Collin y Katherine observaban la imagen sin decir nada.

Arthur lo atrajo hacia él y cogió las llaves de su cinturón. Estuvieron a punto de resbalarle de las manos, pues la sangre hacía que se le deslizaran.

Miró hacia los lados para asegurarse de que no había nadie ni se escuchaba ningún sonido, y manipuló las tres llaves sujetas por un aro de hierro.

Cogió la primera y la introdujo en la cerradura desde fuera, pero no giraba.

—Mierda —susurró mientras cogía la siguiente. La introdujo en la cerradura y esta vez sí hizo un chasquido cuando la giró.

Elevó directamente la mirada hacia Collin, que lo observaba ansioso, y acabó de girar la llave.

Abrió la puerta, aunque tuvo que detenerse cuando esta chirrió. Cerró los ojos rezando que no lo hubiesen escuchado y la abrió del todo.

Lo primero que hizo fue meter el cuerpo del soldado en su celda y apoyarlo contra la pared. En la oscuridad no podrían ver su rostro y no lo reconocerían, aunque estaba claro que lo que llamaría la atención era el enorme charco de sangre que había en el suelo.

Salió de la celda y corrió hacia la de Collin. La hubiese liberado primero a ella, pero Collin sabía luchar y podría retenerlos si hiciese falta.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—Coge las armas del soldado —susurró mientras se dirigía a la celda de Katherine.

Ella lo esperaba con lágrimas en los ojos. Se quedó maravillado al observarla. Estaba mucho más delgada que cuando la había visto hacía casi un mes en la cabaña de Zhang. Su piel estaba pálida; su cabello, revuelto, sucio... pero le pareció la mujer más hermosa del mundo.

En cuanto abrió la puerta la cogió por la cintura y la estrechó unos segundos contra su pecho, aunque no había tiempo para nada más en aquel momento.

Collin le pasó una de las espadas y cerró la celda de Arthur con sigilo.

—Apaga la lámpara —susurró Arthur.

Collin se agachó mientras Arthur cogía de la mano a Katherine y cerraba su celda con cuidado.

Sabían que contaban con una media hora antes de que un soldado pasase por allí.

—Vamos —susurró antes de comenzar a tirar de ella, sujetándola con una mano y con la otra haciendo el mango de la espada, preparado para defenderse si fuese preciso.

Notó la mano de Katherine temblar mientras avanzaban por el pasillo. Sabía que esa zona estaba vigilada, pero aquel no era su único problema: tampoco sabían el camino.

Se asomó a una esquina. Aquel pasillo estaba totalmente oscuro y al final había unas escaleras. Quizá esas fuesen las que llevaran hasta los establos.

Se giró para mirar a Collin, que caminaba tras Katherine en actitud vigilante. Por Dios, si los cogían en ese momento los matarían directamente.

Avanzaron en la oscuridad y llegaron hasta la puerta.

Con un movimiento acelerado, colocó a Katherine a un lado y miró a Collin para indicarle que iba a abrir. Collin se puso a su lado empuñando la espada. Giró el pomo, pero la puerta no se abrió.

—Maldición —susurró.

Los tres miraron a ambos lados hasta que Arthur se percató de que había una ventana a un lado, bastante elevada. Dio un salto y se aupó. Aquella zona daba a la parte trasera de aquellas cuevas; no había absolutamente nada. Miró hacia el suelo. Una caída de al menos cuatro metros lo distanciaba de un montículo de tierra.

Se giró hacia Collin y susurró.

—Voy a saltar. Ayuda a Katherine luego.

Collin asintió y Arthur se volvió para mirar. Allí no había nadie, pero tras la curva que hacía la montaña podía verse el reflejo de las lámparas de aceite alumbrando la zona de los establos. Se apoyó en el marco de la ventana y, sin pensarlo dos veces, se dejó caer al vacío.

La caída fue más dura de lo que esperaba, puesto que el lugar no era llano, sino empinado. Rodó varias veces antes de detenerse y se quedó totalmente quieto, atento a si escuchaba algún sonido. Nada. Se puso en pie justo para ver que la cabeza de Katherine asomaba por la ventana mientras esta se agarraba al filo para llegar al marco.

Se sujetó con fuerza y, con un último empujón de Collin, logró llegar hasta el marco de la ventana y sentarse. Miró hacia abajo. Había una dura caída. Vio que Arthur se ponía debajo y alzaba los brazos instándola a saltar.

Katherine no lo pensó y se dejó caer. Arthur la atrapó entre los brazos, pero cayeron de nuevo al suelo, pues la superficie era poco estable. Cuando alzó la mirada, Collin subía con gran esfuerzo hasta la ventana.

—Vamos, Collin —susurró mientras dejaba a Katherine sentada en la tierra y se colocaba bajo el marco de la ventana para ayudar a su amigo.

Fue bastante rápido, casi sin darle tiempo a prepararse para la embestida. Ambos cayeron sobre la tierra, Arthur de espaldas y Collin prácticamente en plancha; se quedó casi sin oxígeno en los pulmones.

—¿Estás bien? —preguntó colocando una mano en la espalda de él.

Collin asintió sin poder decir palabra. Se levantaron y Arthur cogió del brazo a Katherine para ayudarla a bajar del montículo.

Miraron a ambos lados. A un lado había montaña, sin salida; lo único que podían hacer era treparla. Al otro lado estaban los establos con los animales que necesitaban para escapar de allí.

Arthur miró a Collin y extrajo la espada de su cinturón. Collin lo imitó y se colocó a su lado. Ambos sabían lo que debían hacer.

—Espera aquí —susurró Arthur a Katherine que asintió enseguida escondiéndose en la oscuridad—. Vamos —le dijo a Collin.

Ambos avanzaron de rodillas, cobijándose tras las rocas. Se agacharon tras una y Arthur fue quien asomó la cabeza para observar. Miró y se volvió hacia su oficial.

—Hay un soldado aquí cerca. Encárgate de él. —Él afirmó—. El otro está más lejos. Dame un minuto para llegar hasta allí. Hazlo en silencio.

Acto seguido se distanció e inició su cuenta de sesenta segundos. Collin se quedó escondido tras aquella roca mientras veía a su coronel correr agachado en el más absoluto silencio.

Arthur avanzó rápido al inicio, pero aminoró el ritmo mientras se acercaba al otro soldado. Dio unos pasos más y se agachó tras una roca. Se fijó en el soldado; llevaba varias armas colgando del cinturón, preparado para atacar en cualquier momento.

Lo mejor era actuar sin darle vueltas a la cabeza. Se puso en pie justo cuando escuchó un lamento que provenía de la zona de Collin. Supo que él lo había hecho.

El soldado no tuvo tiempo de reaccionar. Se colocó a su espalda y, antes de que pudiese defenderse, le puso la mano en el rostro, le echó la cabeza hacia atrás y le rebanó el cuello con la espada.

El soldado aún estaba desangrándose cuando Arthur comenzó a arrastrarlo hacia una zona oscura. Vio cómo se llevaba las manos al cuello intentando respirar. Aquel sonido podía alertar al resto. Se vio obligado a arrodillarse frente a él y a cubrirle la boca hasta que perdió la vida.

Cogió las dos espadas que tenía y luego observó su uniforme. Tardaría mucho en desvestirlo, minutos que no tenía, pero algo podía usar. Cogió el turbante con el que se cubría la cabeza y lo colocó en la suya; luego le quitó el chaleco de color negro.

Así, en la oscuridad, pasaría más desapercibido.

Se puso el chaleco y se levantó con las tres espadas en la mano. Volvió a correr hasta el primer soldado, aunque se sorprendió cuando vio a Collin tirado en el suelo. El soldado estaba muerto. Collin se llevaba la mano a la pierna. Arthur se arrodilló a su lado y observó la herida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó cogiéndolo por los hombros para ayudarlo a ponerse en pie.

—Me ha clavado un cuchillo —gimió.

Collin apretó los dientes para no gritar.

—Aguenta —dijo mientras cogía también el turbante del soldado al que Collin acababa de matar y se lo ponía en la cabeza. Movié el cuerpo del soldado a ambos lados para quitarle el chaleco y se lo pasó a Collin—. Toma, pónelo. —Se lo puso en un momento y se sujetó a Arthur para ponerse en pie—. Ya casi estamos —dijo caminando hacia la zona oscura, donde los esperaba Katherine—. Vamos a conseguirlo.

Katherine corrió hacia ellos y de inmediato se dio cuenta de la cojera de Collin. No preguntó, simplemente se colocó el brazo de Collin sobre los hombros para ayudarlo a mantenerse en pie.

Cuando Katherine lo tuvo sujeto, Arthur salió disparado hacia los animales más cercanos. Tres dromedarios. Los desató sin perder un segundo, aunque miró asustado a uno de los tres animales cuando este emitió un berrido.

—Calla —susurró.

Cuando se giró, Katherine ya había medio arrastrado a Collin hasta allí. Se fijó en la herida abierta que tenía en la pierna. Era una herida profunda y por la que perdía mucha sangre. En cuanto se alejasen de allí lo atendería, pero en ese momento lo primero era escapar. No creía que faltasen muchos minutos antes de que un guardia pasase por el pasillo de las celdas y descubriese el enorme charco de sangre y que los prisioneros habían escapado.

Cogió a Collin por la cintura y lo ayudó a subirse, le dio las riendas y directamente tomó a Katherine entre los brazos, la aupó y la subió al segundo dromedario. Arthur subió de un salto al tercero.

—Vamos —dijo dando unos golpecitos a su dromedario, el cual avanzó al momento. Cogió la correa de Katherine y comenzó a avanzar despacio con ella, mirando de un lado a otro. Habían logrado pasar inadvertidos todos aquellos minutos y necesitaban unos cuantos más para alejarse de allí. No dejó de echar la vista atrás, con el corazón en un puño mientras recorrían los pocos metros hasta la curva que formaba la montaña. Aquella zona no estaba muy vigilada y, en el peor de los casos, si los veían desde la lejanía, destacarían el turbante y los chalecos que ambos llevaban.

En cuanto giraron la curva de la montaña y desaparecieron de la vista de aquella fortificación, Arthur golpeó con fuerza al animal, que adquirió velocidad enseguida. Se giró para asegurarse de que Katherine y Collin lo seguían.

Habría gritado de alegría, pero sabía que aquella huida no había hecho más que comenzar.

No sabía cuántas horas llevaban huyendo a gran velocidad mientras el viento helado traía hacia ellos arena y copos de nieve. Casi no sentía los dedos de las manos. Se giró y observó a Katherine, que aunque no se quejaba temblaba sobre su dromedario. Collin había comenzado a sollozar cuando incrementaban el ritmo.

Debían de estar a varios grados bajo cero. Había nevado de madrugada, lo cual les había dado ventaja a la hora de cubrir sus huellas.

Giró su dromedario y se colocó al lado de Collin mientras gritaba y se echaba hacia delante, como si no soportase más el dolor. Se fijó en que el lomo del animal estaba teñido de sangre.

Tuvo que sujetarlo por el brazo para que no cayese cuando perdió durante unos segundos el conocimiento.

—¡Collin! —gritó Arthur.

Se bajó del animal y sujetó a su amigo, que comenzaba a caer hacia un lado.

Katherine bajó de un salto y ayudó a Arthur a tumbarlo en el suelo. Collin había perdido el sentido. Lo apoyaron contra la arena de una duna y golpeó con suavidad su rostro.

—Vamos, vamos... —gritó Arthur con ansiedad al ver que no volvía en sí.

Katherine retiró el largo chaleco con el que cubría su pierna y se quedó impresionada al ver la herida.

—Arthur —susurró llamando su atención.

La herida estaba abierta, casi podía verse el hueso. La sangre se acumulaba en algunas zonas formando coágulos a los que se había adherido la arena del desierto.

Todo el muslo estaba hinchado y los bordes de la herida muy rojos.

—No tiene buena pinta —susurró Katherine palpando los bordes—. Está muy hinchado y tiene esta zona caliente.

—Ha perdido mucha sangre, está muy débil —continuó Arthur mientras se quitaba el chaleco.

—Te vas a congelar —pronunció ella mientras se pasaba la mano por los brazos intentando darse algo de calor.

—No sabía que tenía tan mal la herida —dijo cubriéndola con su chaleco.

—Llevar más de quince horas trotando sin parar tampoco creo que ayude. —Miró el rostro pálido de Collin y pasó una mano por él—. Bastante ha aguantado —susurró. Luego colocó la palma de la mano en su mejilla y miró asustada a Arthur—. Está ardiendo.

Arthur rodeó el muslo de Collin con su chaleco y lo anudó. Luego le puso el dorso de la mano en la otra mejilla.

—Tienes razón.

—Tenemos que buscar algún sitio donde puedan ayudarlo —dijo asustada.

Arthur se pasó la mano por la frente mientras asentía.

—Pero ¿dónde? —dijo mirando alrededor—. La población más cerca es Hetian y está a varios días de aquí.

Ella se mordió el labio mientras golpeaba suavemente el rostro de Collin para que despertase.

—Debemos llegar hasta allí.

Arthur suspiró y miró al frente. Habían pasado más de quince horas desde su huida, en la que no habían dejado de cabalgar. Estaba claro que Collin necesitaba descansar, pero tampoco podían detenerse o los alcanzarían. Tenía la certeza de que habrían salido en su búsqueda. Zhang lo consideraba el asesino de su hijo y estaba seguro de que iría a buscarlo allá donde estuviese.

—Seguiremos hasta el anochecer. Quiero llegar a un oasis.

—¿Un oasis? —preguntó intrigada.

—Sí, debemos de estar a unas cuatro o cinco horas de allí. Podremos descansar un poco. En la noche pasaremos más desapercibidos, pero después tendremos que seguir. —Ella apretó los labios y asintió—. Ayúdame... lo subiré conmigo.

Subir a Collin al dromedario fue más difícil de lo que esperaban. Collin dejaba caer su peso muerto y Katherine estaba muy débil como para soportarlo.

Cuando logró colocarlo entre sus brazos, aún se sentía más agotado de lo que ya estaba. Se pasó la mano por la barba, donde algunos copos de nieve traídos por el

viento se habían posado, y señaló al dromedario de Collin.

—Encárgate de él. Cógelo de la correa y llévalo contigo. ¿Podrás subir?

Katherine no respondió. Fue hasta el dromedario de Collin, lo acercó al suyo y luego, tras varios intentos, logró subir. Cogió la correa del otro animal y se situó al lado de Arthur.

La contempló durante unos segundos. Era la mujer más fuerte que había conocido. Otra, en sus circunstancias, habría sucumbido al pánico, a la desesperación... A ella no la había escuchado quejarse ni una sola vez. Sus enormes ojos azules, que en otro tiempo habían vibrado, estaban ahora apagados y contrastaban con la blancura de su piel.

—Vamos, no pararemos hasta llegar al oasis —dijo iniciando la marcha—. Con suerte llegaremos cuando esté anocheciendo.

Por lo que podía intuir Katherine, el oasis era pequeño. Una decena de palmeras rodeaban un pequeño lago que, en ese momento, tenía una fina capa helada cubriéndolo.

Lo primero que había hecho Arthur era sorprenderse al ver al dromedario aún allí.
—¿Habibi? ¿Sigues aquí?

Bajó a Collin y lo colocó contra una de las palmeras. Había permanecido inconsciente casi todas las horas, excepto algunos minutos en los que había vuelto a despertar y había mirado sobresaltado a Arthur, pero antes de que este pudiese decirle alguna palabra de consuelo había vuelto a perder la consciencia.

Katherine tocó el rostro de Collin.

—Está ardiendo —sollozó asustada—. Más que antes.

Arthur se puso en pie y lo primero que hizo fue ir hacia el dromedario y acariciar su cabeza.

—Pero ¿qué haces aquí aún? —preguntó sorprendido.

Ella lo miró extrañada.

—¿Conoces a este animal?

Arthur asintió y fue hacia una palmera, la tocó y luego giró a su izquierda. Comenzó a caminar marcando unos pasos largos mientras los contaba.

—Lo compré en el caravasar antes de salir a buscaros —explicó mientras seguía dando pasos. Giró a la derecha y comenzó a dar pasos en línea recta otra vez, ante la mirada extrañada de Katherine—. Cuando encontré al ejército de Qing lo dejé aquí. El oasis estaba cerca y al menos tendría agua y todo tipo de plantas para alimentarse.

—¿Y ha estado esperándote aquí más de veinte días? —preguntó sorprendida.

—Se trata de un dromedario amaestrado. Supongo que al tener comida y agua aquí... decidió quedarse. —Arthur se puso tieso como un palo, marcó el sitio con el pie e hizo un pequeño agujero en la arena. Se arrodilló y comenzó a cavar.

—¿Y le pusiste nombre? ¿Habibi? Es ridículo...

En ese momento la miró y medio sonrió.

—Fueron muchos días de soledad...

—Ya —respondió Katherine mientras colocaba el chaleco de Collin sobre su pecho para cobijarlo un poco más del frío—. ¿Qué haces?

En ese momento, Arthur extrajo una alforja del agujero y la dejó a un lado. Volvió a llenar el agujero de arena, cogió la alforja y se dirigió hacia los dos. Fue entonces cuando su dromedario emitió un berrido que hizo que los dos lo mirasen asustados.

—Desde luego... —dijo mientras se sentaba al lado de Katherine—, sigues tan escandaloso como siempre, Habibi.

Habibi le dio la espalda y fue hacia una de las plantas, la arrancó y comenzó a masticar.

—La escondí aquí —explicó mientras abría la alforja. Lo primero que hizo fue sacar una manta, que echó sobre el cuerpo de Collin; luego, la otra la situó sobre los hombros de Katherine.

—Gracias —susurró mientras se rodeaba con ella.

Arthur se tapó con la tercera de las mantas, y luego siguió revisando la alforja. Había hecho bien en esconderla; aunque ciertamente aquella era una zona poco transitada, normalmente las caravanas no atravesaban el desierto, sino que lo rodeaban.

Sacó un par de botellas de agua y la bolsa donde llevaba las monedas de oro. La abrió y comprobó que estaban todas. Con aquello podían adquirir algo en el primer caravasar que encontrasen.

Cogió la botella de agua, la abrió y pasó un brazo por los hombros de Collin intentando que volviese en sí.

—Vamos, Collin... despierta —lo animó, pero Collin no abría los ojos.

Puso un poco de agua en sus labios, pero tampoco reaccionó. Suspiró y miró con fastidio a Katherine. Le tendió la botella para que la cogiese y recostó a Collin de nuevo contra la palmera.

—Bebe un poco —la animó Arthur. Katherine dio un pequeño sorbo, consciente de que debían racionar el agua que tenían, y se la pasó a Arthur, pero este no bebió; la dejó directamente sobre la arena.

Suspiró mientras contemplaba la pierna malherida de Collin y le quitó poco a poco el vendaje. Echó un poco de agua sobre la herida, limpió los bordes con cuidado y, en ese momento, Collin sí reaccionó, aunque lo primero que hizo fue dar un grito.

Arthur se acercó enseguida y le cubrió la boca con la mano.

—Shhhh... shhhh... tranquilo... —intentó calmarlo.

Katherine se acercó y lo rodeó por los hombros.

—Collin... —susurró ella—, tranquilo.

—Tenemos que limpiarte la herida —se apresuró a decir Arthur, pues la respiración de Collin era acelerada, como si el dolor que sintiese en ese momento se la entrecortase.

—Mi... mi pierna...

—Tienes una herida —explicó ella—. Tenemos que mantenerla limpia para que no... —Se quedó callada cuando lo vio poner los ojos en blanco—. ¿Collin? —preguntó poniéndose de rodillas y sujetando su cabeza entre las manos—. Collin —volvió a decir, nerviosa, mientras daba unos golpecitos en sus mejillas.

Arthur puso la mano en su cuello buscando el pulso. Suspiró aliviado cuando lo encontró.

—Ha vuelto a desmayarse —le explicó a Katherine. Volvió a sentarse frente a su pierna y echó otro chorro de agua sobre la herida mientras con la parte interna del

chaleco la limpiaba.

Esperó a ver si Collin volvía a despertar, pero no fue así.

Anudó el chaleco en su pierna y esta vez lo tumbó del todo. Lo puso encima de la manta para que la fría arena no lo congelase y lo cubrió con el resto de la manta.

Cogió la alforja y volvió a sentarse al lado de Katherine, que observaba a Collin con tristeza.

—Intenta dormir un poco. Estaremos un par de horas, pero después hemos de seguir... —Cogió la alforja y guardó la botella de agua.

En ese momento, al introducir la mano, palpó el frío metal de sus armas y un objeto más pequeño. Lo reconoció al momento: el pequeño elefante de jade que Fynes había comprado en Hetian.

Lo extrajo y lo miró. Katherine se quedó observando la miniatura.

—¿Qué es eso? ¿Es un elefante?

Cogió su mano con delicadeza y lo tendió sobre la palma de ella mientras la rodeaba con las suyas.

—Es un elefante de jade —explicó observando sus manos. Katherine las tenía heladas, así que comenzó a acariciarlas para darles algo de calor. Elevó la mirada hacia ella—. Tu padre lo compró para ti en Hetian —susurró. Aquello hizo que la mirada de Katherine se intensificase. Se soltó de sus manos y abrió la palma para ver el pequeño elefante. Arthur cogió la alforja y volvió a buscar en su interior hasta que halló el otro objeto. Sacó el reloj de bolsillo de Fynes y se lo mostró. Cuando volvió a mirar su rostro, vio lágrimas en sus ojos. No sollozaba, ni siquiera suspiraba; sencillamente, las lágrimas caían por su rostro en silencio, sin apartar la mirada del reloj que Arthur le ofrecía.

Notó su mano temblorosa mientras lo cogía.

—Tu padre me pidió que te los diese —dijo Arthur.

Ella asintió mientras apretaba los labios intentando contener un puchero. Rodeó sus hombros con el brazo y la atrajo hacia él para apoyarla. Katherine observaba los dos objetos con devoción. Aquello era lo que su padre le había dejado. Su inseparable reloj, con el que iba a todas partes, y un pequeño elefante de jade que había comprado para ella. Era su más preciado tesoro.

—Lo siento mucho, Katherine —susurró Arthur mientras acariciaba su hombro. En un acto reflejo se inclinó y besó su cabello con ternura mientras notaba que ella comenzaba a sufrir algunos espasmos al contener el llanto, aunque el suave contacto de sus labios cerca de la frente le hizo calmarse.

Katherine tragó saliva y se giró hacia él; observó sus ojos grises en la oscuridad.

Cuando lo vio en la cabaña de Zhang la besó. No había sido un beso apasionado, pero sí suficiente como para darse cuenta de lo mucho que le importaba.

Arthur bajó despacio hasta sus labios y los besó con delicadeza. Había deseado besarla y abrazarla desde mucho antes de partir a Hetian, pero aquella necesidad se había intensificado al enterarse de que la habían raptado.

Ahora, después de buscarla a través de un desierto, de ser prisionero de ellos durante más de veinte días, de protagonizar una huida en un lugar inhóspito, se daba cuenta de que todo aquello había merecido la pena. Habían merecido la pena el hambre, el frío, la sed, el dolor... todo, por tenerla entre sus brazos sana y salva.

Saboreó sus labios mientras rodeaba su cintura; la aproximó para sentir su cuerpo. Se había enamorado de ella mucho antes de que se la llevaran. Ahora, con ella a su lado, el recuerdo de la pérdida que había sufrido hacía cuatro años era más llevadero. Ella le había dado una nueva causa por la que luchar y por la que vivir.

Katherine se abrazó a él mientras Arthur intensificaba su beso. Pasó la mano por su barba y le acarició la mejilla.

Arthur la recostó sobre la arena sin apartar sus labios de los de ella cuando Katherine se estremeció y él notó la fría arena en su brazo. Estaba casi congelada.

Se apartó de sus labios de inmediato y miró alrededor. Hacía un frío de justicia y, aunque hubiese sido una buena forma de entrar calor, no creía que ella se mereciese aquello; no en ese momento.

Dejó caer su manta sobre la arena y acercó a Katherine, la situó en su pecho y la cubrió con ella. La abrazó con intensidad y giró el cuello para observarla.

Pasó una mano por su mejilla, acariciándola, y volvió a besarla. Se quedó contemplándola y acabó sonriéndole con ternura. Por primera vez desde que había comenzado el cautiverio ella le devolvió la sonrisa.

—Descansa un poco —susurró antes de besarle la frente—. En un par de horas partiremos otra vez.

Ella asintió mientras lo miraba y no dudó en acariciar de nuevo su mejilla y pasear las yemas de sus dedos sobre la barba. Contempló con ojos llorosos las dos piezas de su padre.

—Gracias por traérmelos.

Arthur cogió su mano y la besó; luego la miró con intensidad.

—Saldremos de esta, Katherine, te lo prometo.

Ella asintió.

—Sí, lo sé.

Arthur volvió a subir la duna clavando las manos y los pies en la arena helada. Dos días sin dejar de cabalgar y, ahora, cuando calculaba que faltaban pocas horas para que la ciudad de Hetian apareciese en el horizonte, veían un grupo a pocos metros de ellos, siguiéndolos. Aquello lo había puesto en tensión.

Cuando llegó al punto más alto de la duna, se giró. Katherine aún se cubría con la manta sobre su dromedario; Collin permanecía inconsciente, tumbado sobre el animal. Había recuperado la consciencia algunos minutos. En parte, era mejor si estaba inconsciente, pues de aquella forma no sufría.

El sol, en su punto más alto, apenas daba algo de calor. El viento era totalmente helado y hacía que los rizos de Katherine volasen hacia atrás mientras se cubría el

pecho con la manta, intentando no quedar congelada.

Arthur se volvió al frente y acabó de subir los metros que lo separaban de la cresta de la duna. Se asomó poco a poco.

Al final, en la lejanía, casi de forma imperceptible, podía ver un numeroso grupo de camellos y caballos que avanzaban en su dirección. Sabía que aquella zona no era muy transitada, pues la mayoría de las caravanas se dirigían hacia Kasgar, no hacia Hetian, y menos aún cruzaban el desierto desde Kizil. ¿Podía ser que se tratase del ejército de Qing?

Desde aquella distancia no podía intuir si llevaban sus uniformes ni si se trataba o no de una simple caravana... pues los animales levantaban la arena del desierto a su paso formando una nube.

—¿Son ellos? —Escuchó que preguntaba Katherine desde abajo.

Arthur se giró un segundo para mirarla y luego volvió la vista al frente.

—Desde aquí no puedo asegurarlo. —Se levantó y comenzó a descender la duna con rapidez—. Igualmente no vamos a quedarnos para averiguarlo.

Fue hacia el dromedario, apartó levemente a Collin y subió. Lo cubrió con la manta y luego se tapó él con la suya.

—Vamos, no creo que quede mucho para llegar a Hetian; con suerte, antes de que anochezca estaremos allí.

Avanzaron rodeando las dunas a un ritmo constante.

—¿Y si es el ejército de Qing? —preguntó asustada—. ¿Crees que puede ser? ¿Que de verdad estarán recorriendo todo el desierto en nuestra búsqueda?

—Es posible.

—¿Tanto les importamos? ¿De verdad van a perder el tiempo en buscar a tres británicos? —preguntó sorprendida.

Arthur chasqueó la lengua y suspiró.

—Sí, lo harán —afirmó. Miró de reojo a Katherine—. Es una cuestión personal para el general Zhang.

—¿Personal? —preguntó mientras incrementaban más el ritmo.

Arthur tragó saliva y durante unos segundos permaneció mirando al horizonte mientras sujetaba a Collin junto a él para que no cayese del dromedario.

—¿Recuerdas cuando nos atacaron en la caravana? —Ella asintió—. Uno de los soldados a los que maté... era su hijo. —Ella abrió los ojos de forma desmesurada. Arthur prefirió no dar más información; tampoco era necesario que supiese que era justamente el soldado que la había cogido y que pretendía subirla al caballo para llevársela—. Esto es algo personal para él. Por eso no dejará de buscarnos.

Ella tragó saliva y asintió al comprender.

—Ellos nos atacaron primero —respondió con voz firme—. Muchos de tus hombres resultaron muertos y otros tantos heridos. —Se giró y lo miró de forma decidida—. Esos soldados también eran padres, hermanos e hijos. —Arthur asintió

mientras la miraba impresionado por sus palabras—. Ya sabía a lo que se exponían si nos atacaban. No puede culparte a ti por eso.

Arthur suspiró mientras volvía la mirada al frente.

—Pues así es...

Katherine llevó la mano hasta el bolsillo de su vestido y extrajo el elefante de jade.

—Me explicaste que mi padre murió en un ataque... —Se quedó mirando al frente—. Él también es culpable de la muerte de mi padre.

Arthur giró el rostro para contemplarla. No lloraba mientras hablaba, ni siquiera titubeaba. Lo decía con voz decidida, tanto que incluso a él lo sorprendió. Llevaban días sin comer nada, solo bebiendo un poco de agua, y en ningún momento había mostrado un ápice de debilidad. Aquella experiencia la estaba haciendo más fuerte, como si pocas cosas ya pudiesen afectarla.

—Nosotros no iniciamos esto. Fueron ellos —apuntó volviendo la mirada hacia él.

—Sí —respondió Arthur.

Se quedó mirando al frente y luego echó la vista atrás unos segundos.

—¿Crees que es seguro quedarse en Hetian? —preguntó ella.

—No hay ningún sitio seguro en este maldito imperio —respondió—. Pero Collin necesita atención médica. —Luego giró el rostro hacia ella—. Pasaremos la noche allí, aprovecharemos para comprar comida, agua y ropa. Conozco al gobernador, nos protegería si fuera necesario.

Katherine observó el cuerpo inconsciente de Collin. Sabía que era peligroso, pero, tal y como decía Arthur, no existía ningún lugar en el que estuviesen a salvo en aquel imperio.

Horas después, la ciudad de Hetian aparecía en el horizonte. Se detuvieron para que Arthur observase sobre una duna si los seguían. El sol ya se escondía en el horizonte y la noche comenzaba a ganarle terreno al día. En aquel momento no pudo percibir en el horizonte ningún grupo en su dirección. Aquello lo calmó un poco.

Bajó de la duna y montó de nuevo.

—No veo a nadie en el horizonte —explicó mientras volvían a avanzar.

Ella sonrió.

—Eso es buena señal.

—Sí. —Le devolvió a sonrisa—. Vamos.

Aún había indicios del ataque que había acontecido en aquel poblado. Podían verse las casas quemadas, las puertas rotas...

Ambos se mantuvieron en silencio mientras avanzaban por las calles, conscientes de la masacre ocurrida hacía poco más de un mes.

Arthur le indicó que girasen por una calle y fueron a parar a la principal. En medio de esta estaba la casa del gobernador y, al final, la pensión donde se habían alojado. Se quedó mirando las columnas del templo donde había mantenido sus últimas palabras con Fynes y, sin poder evitarlo, volvió la cabeza hacia Katherine, que se detenía a su lado observándolo todo.

—Iremos a ver al gobernador —le indicó mientras volvían a avanzar.

Ella no dijo nada; miraba de un lado a otro, consciente de que aquel era el lugar donde se había perpetrado el ataque en el que su padre había resultado muerto.

La casa del gobernador seguía vigilada por guardias, que los detuvieron nada más colocarse ante ellos.

—Soy Arthur... —dijo muy despacio, intentando que lo comprendiesen. Se acercó al dromedario de ella y la ayudó a bajar. Los dos guardias se fijaron en el cuerpo de Collin, inconsciente sobre el animal. Dejó a Katherine en el suelo mientras se cubría con la manta y se colocó ante los guardias. No sabía chino, a duras penas unas pocas palabras—. *Meng Zhi* —recordó el nombre del gobernador—. *Péngyǒu*.

Ambos guardias se miraron.

Arthur se giró hacia el cuerpo de Collin y lo señaló.

—*Bāngzhù*.

Uno de los guardias se acercó a Collin y lo examinó. Luego miró a Arthur.

—¿*Péngyǒu*?

Arthur afirmó.

—Británico. *Hétóng*.

Los dos soldados se miraron y uno de ellos entró acelerado en la casa del gobernador. En ese momento se dio cuenta de que el soldado que aún examinaba a Collin miraba de reojo a Katherine. Se puso a su lado y cogió su mano.

—¿Qué les has dicho?

—Que somos amigos del gobernador —le explicó sin apartar la mirada del soldado—. Tenemos negocios. Y que Collin necesita ayuda.

—¿Todo eso?

Arthur la miró con un gesto burlón.

—Más o menos. —Y chasqueó la lengua.

Los tres miraron al frente cuando el soldado llegó hasta ellos e intercambió unas palabras con su compañero. Luego los miraron y el soldado que acababa de llegar les

hizo un gesto con la mano para que lo siguiesen.

Arthur señaló directamente a Collin, no pensaba dejarlo allí. Uno de los soldados le hizo un gesto con la mano para que se calmase, cogió la correa del dromedario e introdujo al animal en el jardín. Tres soldados aparecieron para bajar a Collin.

El soldado que tenían frente a ellos volvió a indicarles con la mano que lo siguiesen. No se movió de allí, ignorándolo, hasta que vio que los tres soldados cogían a Collin, lo metían dentro y lo llevaban hacia una de las habitaciones.

Se relajó bastante cuando vio aquello; parecía que iban a ayudarlos. Sin soltar la mano de Katherine, avanzaron. Pudo intuir que los soldados de Qing habían llegado al interior de la casa del gobernador. Por suerte, él y Nandim habían conseguido huir de allí al poco de iniciarse el ataque.

Aquel pasillo ya lo había recorrido anteriormente, rumbo a la habitación principal que el gobernador usaba para sus reuniones.

El soldado abrió la puerta y les indicó que entrasen. Arthur se quedó totalmente pasmado. ¿Aquel hombre? No lo reconocía.

Se detuvo y colocó a Katherine a su lado de inmediato; luego, miró nervioso al resto de los soldados que vigilaban la sala. Centró la mirada en el hombre sentado en el trono del gobernador. Era un hombre de estatura media, con el pelo negro largo cogido en una trenza que le caía sobre el pecho.

—¿Meng Zhi? —preguntó colocando a Katherine tras su espalda.

El hombre que se acomodaba en el trono del gobernador se puso en pie y bajó los escalones de la tarima. Caminó despacio hasta ellos. No se fiaba de nadie. Aquel poblado había sido asaltado por las tropas de Qing y ahora... ni rastro del gobernador.

—Soy Hui Jie —dijo llevándose la mano al pecho—. Otro gobernador, muerto.

—¿Meng Zhi está muerto? —preguntó nervioso.

Hui asintió.

—Tropas de Qing —respondió. Luego señaló a Arthur—. ¿Usted amigo? —preguntó con dificultad.

Arthur asintió.

—Sí, nosotros amigos. Nosotros —se señaló a sí mismo—, negocio en Gran Bretaña con... —se giró hacia Katherine, que tenía los ojos clavados en un guardia—, déjame el elefante —le pidió.

Ella rebuscó en su bolsillo y se lo tendió. Arthur se lo mostró al nuevo gobernador.

—Negocio para comprar —dijo, a lo que Hui Jie asintió. Se lo dio de nuevo a Katherine, que lo guardó en su bolsillo—. Necesitamos ayuda —suplicó.

—Ayuda, sí —dijo Hui como si lo comprendiese.

Dio un paso al frente, soltándose de la mano de ella, más tranquilo cuando le confirmó que iban a atenderlos.

—Tropas de Qing... mataron a mi gente —dijo el gobernador.

Arthur cerró los ojos unos segundos, como si el dolor por el recuerdo lo consumiese y, finalmente, miró a Hui con tristeza.

—También a mi gente. —Señaló a Katherine—. Nos apresaron... —Hui lo miró sin comprender—. Nos capturaron... —Juntó las muñecas como si estuviesen atadas; en ese momento, Hui comprendió y lo miró preocupado. Sabía que era mejor decir la verdad, que supiesen que escondían a dos fugitivos; no quería mentirles. Aquella población ya había sufrido bastante y, si los ayudaban, podían convertirse en cómplices de ayudar a unos fugitivos—. Nosotros... escapamos.

—Escapar... —pronunció Hui mientras daba unos pasos hacia él, pensativo—. Es peligroso ahora. —Se puso firme ante él—. Tropas de Qing atraviesan Gran Muralla China...

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—Invadiendo imperio —explicó.

—¿Qing? —preguntó sorprendido.

—Sí. Ayer confirmaron. No una tropa... un ejército —explicó. Arthur se quedó pensativo. Era lo más lógico. Ya lo había intuido, lo había tenido claro desde un principio. Aquello no era más que una ofensiva para debilitar las filas del imperio Ming y atacar cuando estas fuesen lo suficientemente débiles como para derrotarlas. Había llegado el momento. La dinastía Qing estaba atacando al imperio y se extenderían por toda China. Lo próximo que harían sería cerrar todas las fronteras, lo que implicaba que debían darse prisa en salir del Imperio chino y cruzar al Imperio mogol o les sería imposible escapar de allí—. Hace días, ejército de Qing entrar a Pekín. Otra tropa entrar por Mongolia.

Recordó que aquel mediodía había visto que los seguía un grupo. Quizá esa era la razón de que no hubiesen vuelto a ver más a Zhang mientras estuvieron presos ni los hubiesen seguido tras escapar de su cautiverio.

—Es peligroso —continuó Hui—. Pasar noche aquí. Mañana tener que marchar.

—Mi amigo. —Señaló hacia la puerta—. Herida —Se señaló en la pierna.

El gobernador volvió a asentir.

—Sí, nosotros ayuda —dijo dando un paso a un lado para observar a Katherine, que permanecía escondida tras él. Miró a Arthur, que lo observaba fijamente, y luego sonrió de forma amable—. ¿Esposa?

—Sí —respondió directamente.

—Bien —respondió sonriente—. No problema. Noche aquí. Nosotros ayudarte. Pero más tarde... negocio. —Y acabó sonriendo. Aquel comentario llamó la atención de Arthur. Sabía que aquella conquista sería rápida, pues el ejército de Ming estaba muy debilitado, incluso muchos miembros del propio ejército que defendían a esa dinastía la habían abandonado para pasar a formar parte de las líneas del ejército Qing. Estaba cantado quién iba a ganar y quién sería el futuro emperador. Pero eso no quitaba que, como gobernador de aquella prefectura, Hui no cerrase una puerta al negocio. Sabía que el nuevo emperador Qing también querría mantener negocios con

la corona británica; al fin y al cabo, el negocio entre ambos imperios siempre había sido fructífero. El nuevo emperador lo aceptaría, el problema no era con aquella dinastía, ni con el emperador... era con las tropas de Qing, en concreto con las del general Zhang Xianzhong y sus ansias de venganza.

—Sí, más tarde... negocio —dijo finalmente Arthur.

La respuesta que dio Arthur agradó al gobernador.

—¿Tener...? —Se quedó pensativo como si no encontrase la palabra que buscaba. Se llevó la mano al estómago y la pasó sobre él.

—Sí, tenemos hambre y sed —apuntó Arthur.

Hui se giró hacia un soldado y dio unas órdenes.

—Xièxiè —dijo Arthur.

El gobernador asintió ante su agradecimiento y les hizo señas para que siguiesen a uno de los guardias que se habían puesto a su lado.

Hui Jie dio media vuelta y se marchó con paso lento del salón.

Arthur y Katherine siguieron al guardia que los conducía por unos pasillos hasta que salieron al recibidor por el que habían llegado. Desde allí, pudo ver que varios hombres y mujeres rodeaban a Collin, tendido sobre una tabla de madera.

Arthur redujo el paso y observó.

—Espere —pronunció hacia el guardia que marchaba por delante, haciendo que se detuviese. Arthur tiró de Katherine y la condujo hasta la habitación donde atendían a Collin.

Cuatro mujeres y dos hombres lo rodeaban. Le habían quitado la camisa y uno de los hombres había clavado agujas muy finas en algunas partes del cuerpo. Ya había visto aquel tipo de medicina anteriormente, en el caravasar. Otra mujer se había acercado y extendía una cataplasma de color verde en la herida de la pierna.

Collin no tenía buen aspecto. Solo esperaba que consiguiesen salvarlo.

—Comida —dijo un soldado colocándose a su lado, instándoles a que lo siguiesen.

Tras la cena, las mismas mujeres que se habían encargado de Collin habían ido a buscar a Katherine y la habían llevado a una habitación aparte, suponía que para que se aseara.

Era todo un lujo poder afeitarse. Hacía más de un mes que no lo hacía. Casi no se reconoció en el espejo. Pese a que el clima era frío, el sol había dotado a su piel de un color más tostado y, ahora, tras afeitarse, se daba cuenta de que sus rasgos se habían vuelto más finos. Sin duda, también había perdido un par de kilos.

Tras bañarse y que se llevasen sus ropas para lavarlas, le habían dado una túnica con unos finos pantalones debajo. No le gustaba nada aquella ropa, prefería su uniforme militar, aunque no podía negarse que era cómoda.

Había salido de la habitación y los guardias lo habían acompañado hasta su propio dormitorio. No se había quedado allí y se había dirigido a ver cómo se

encontraba Collin.

Seguía inconsciente. Habían vendado su pierna con una gran cataplasma. Dos guardias vigilaban la entrada, aunque no dijeron nada cuando entró y se sentó al lado de su amigo.

Cogió su mano y detectó que su cuerpo no estaba tan caliente como hacía unas horas. La medicina china era impresionante. Seguía estando pálido, pero lo habían aseado y lo habían cambiado de ropa.

—Saldremos de esta —susurró.

Una mujer llegó y, sin decir nada, comenzó a cambiarle el vendaje. No tardó más de diez minutos en tener de nuevo la pierna vendada. Por lo poco que había podido ver, la herida seguía teniendo mal aspecto, solo que ahora estaba limpia y quizá un poco menos roja por los bordes.

La muchacha se marchó en el más absoluto silencio, sin decirle ninguna palabra a Arthur. Se quedó observando a su amigo.

—Todo irá bien, te lo prometo —susurró levantándose.

Suspiró y abandonó el recinto para dirigirse a la habitación que le habían destinado. No estaba muy lejos, así que iría pasándose durante la noche para comprobar el estado de salud de su amigo.

Con suerte, en menos de una semana podrían cruzar la frontera con el Imperio mogol. Allí estarían a salvo.

Abrió la puerta y se quedó pasmado bajo el marco. Katherine permanecía sentada en el marco de una ventana, observando el cielo estrellado.

Se giró sobresaltada y se quedó observándolo, confundida al verlo allí. Llevaba una bonita túnica de gasa rosada y el cabello recogido en una cola alta, donde aún podía apreciar algunos rizos que le caían mojados por la nuca.

—¿Arthur? —pregunto sorprendida—. Te has afeitado —observó, a lo que él se pasó la mano por la mejilla como si en aquel momento comprendiese la reacción de ella—. ¿Es también tu habitación? —preguntó.

Arthur medio sonrió y cerró la puerta tras él.

—Antes, en la reunión con el gobernador, comenté que eras mi esposa —dijo encogiéndose de hombros—; supongo que te habrán puesto aquí por esta razón. Además... —dijo ya avanzando hacia el centro de la habitación—, mejor que estemos juntos.

—Bonito vestido... —bromeó ella.

Arthur se miró también y se encogió de hombros.

—Lo cierto es que es bastante cómodo... —admitió, aunque directamente cogió la túnica y se la sacó por los brazos; se quedó únicamente con los pantalones negros puestos. Lanzó la túnica a un lateral de la habitación. Allí se estaba bien, una pequeña chimenea daba calor a la estancia y las tres lámparas de aceite que colgaban del techo proporcionaban la claridad suficiente.

Katherine se quedó observándolo. Pese a que había adelgazado unos kilos, seguía estando fibrado. Jamás lo había visto así, tan ligero de ropa. Pensaba que se apartaría, pero Arthur la observaba también fijamente, con una mirada capaz de derretir toda la nieve que había caído en aquellos últimos días. El gris de sus ojos se volvió más oscuro mientras clavaba la mirada en los ojos azules de ella, que lo observaba casi sin pestañear, esperando una reacción por parte de él.

Dio unos pasos hacia ella sin pensarlo más y la cogió de la cintura. Bajó los labios hasta los suyos. A diferencia de cuando la había besado en el desierto, ahora sus labios estaban templados. Tenía la piel suave y el cabello sedoso.

Puso las manos en la cintura de ella y la acercó mientras Katherine rodeaba sus hombros. Había estado esperando este momento desde que la había besado en la cabaña de Zhang. Sus labios le habían prometido infinidad de placeres, de ternura...

Noto que su piel se ponía de gallina al notar el pecho desnudo de Arthur, su piel contra su torso, notando su contacto a través de la fina seda con la que se cubría.

Arthur subió una mano por su espalda hasta llegar a su nuca. Le acarició el cabello y luego aumentó más la presión contra sus labios, tornando el beso más posesivo, obligándola a que entreabriese los labios. Mordió levemente su labio inferior y los abandonó para dirigirse a su cuello.

Katherine era la mujer más hermosa que había conocido, la mujer que le había devuelto la esperanza y de la que estaba profunda y totalmente enamorado. No habría tenido importancia el lugar donde la mantuviesen retenida; la habría buscado y la habría puesto a salvo igual. Aquella era su misión en la vida, proporcionarle la seguridad, el confort y el cariño que tanto necesitaba.

Acarició su cuello con los labios mientras descendía hasta su clavícula.

Katherine suspiró cuando notó aquello y, sin ser consciente de lo que hacía, rodeó los hombros de él y comenzó a acariciar su cuello. La sensación era exquisita, cerró los ojos y se dejó llevar a un mundo donde no había crueldad, donde no había muerte ni sufrimiento, un mundo donde solo estaban ellos dos y las caricias que se profesaban.

Arthur la apoyó contra la pared mientras bajaba las manos hacia sus caderas. Katherine no se resistía; al contrario, colaboraba en cada uno de sus movimientos.

Bajó las manos y comenzó a subirle la parte baja de la túnica. Katherine era suave; pese a que su piel había estado expuesta a la arena del desierto durante días, seguía siendo suave al tacto.

Volvió a sus labios y los besó con pasión. Ambos sabían que aquello no acabaría allí.

Katherine paseó las manos por su pecho, notando que sus músculos se contraían ante su contacto y la piel se le ponía de gallina. Ambos deseaban aquello, sin importar en ese momento las consecuencias de sus actos.

Se apartó levemente de su rostro para observarla. Ella tenía los ojos entrecerrados por el placer, los labios entreabiertos por los ardientes besos que le daba. La falta de

contacto le hizo abrir los ojos y observarlo mientras acariciaba su nuca.

Era el hombre más magnífico que había conocido y, si algo tenía claro, ya no solo por sus acciones, sino también por sus besos, es que la quería.

Arthur le sonrió levemente y, cuando recibió una sonrisa por parte de ella, no lo soportó más. Si por algo se caracterizaba Katherine era por tener la sonrisa más tierna y sensual que jamás hubiese conocido.

Descendió de nuevo hasta sus labios y esta vez se agachó, la cogió por el trasero y la elevó, haciendo que ella rodease su cintura con las piernas. Katherine se sobresaltó por aquel gesto, pues no lo esperaba, pero reaccionó rápidamente, se sujetó a sus hombros y rodeó con fuerza su cintura.

Arthur la sujetó, dio media vuelta y se dirigió a la cama. En el desierto había tenido una pequeña oportunidad, pero la había rechazado; aquella situación en la que se encontraban en aquel momento no era justa para ellos. Ambos se merecían algo más y ahí, ahora, lo tenían.

La recostó sobre el fino colchón con suavidad y se puso sobre ella; le acarició con la mano todo el cuerpo, desde el rostro hasta las rodillas. Katherine no pudo evitar el suspiro. Aquella era la sensación más placentera que jamás había sentido. Arthur volvió a su cuello mientras la abrazaba, sin cargarla con su peso. Su suavidad, la forma en que la tocaba... era pura ternura, una ternura que no creía capaz de conocer en el mundo en el que vivían en aquel momento.

Volvió hasta sus labios y los besó con calma, saboreando el momento, introduciendo la mano por debajo de la falda de ella, notando su piel erizada ante su contacto.

Katherine no dijo nada cuando él acabó de subir su túnica.

Se incorporó con un movimiento rápido y se deshizo de todas sus prendas de ropa; luego, la ayudó a ella a desnudarse y arrojó la ropa al suelo. Notar piel contra piel, el calor que desprendían sus cuerpos y que arropaba al otro, les hizo ser conscientes de la necesidad mutua que tenían el uno de la otra y viceversa, una necesidad que habían tenido desde siempre.

Besó sus labios y comenzó a introducirse en ella de forma delicada, suave. Sabía que ella no había estado con otro hombre. Cuando se introdujo del todo en ella, Katherine apenas se quejó, únicamente se tensó, y Arthur esperó a que se relajase. Aprovechó para besar su cuello en dirección a los labios y, cuando los alcanzó, notó que ella se sujetaba a él fuerza, como si necesitase fundirse con su cuerpo. Se quedó observándola mientras acariciaba su mejilla y ella apartaba un mechón de cabello castaño que le había caído sobre la frente.

Ahora era suya, para siempre, y no permitiría que nadie se la arrebatase. No importaba si tenía que morir para ponerla a salvo. Lo haría. Ahora, ella era lo más importante que tenía y la protegería incluso con su propia vida.

Comenzó a moverse sobre ella mientras los gemidos de Katherine inundaban la habitación ante el descubrimiento de un nuevo placer, de algo que jamás había

experimentado hasta el momento.

Arthur le permitió que se acomodase a su cuerpo, que fuese consciente de él. Comenzó lento, sin dejar de observarla, hasta que poco a poco incrementó el ritmo sin apartar los ojos de los suyos.

Se agachó y besó sus labios. Sabía que aún no habían escapado de aquel lugar, que aún tendrían que luchar mucho para poder huir con vida, pero sabía que lo harían juntos y que su historia no había hecho más que comenzar.

Arthur despertó cuando estaba amaneciendo. Escuchó unos pasos rápidos por el pasillo; sin duda, la vida en China comenzaba bien temprano. Se giró y observó a Katherine. Tenía los ojos cerrados, respiraba con tranquilidad, sus facciones estaban relajadas...

Apartó con una caricia un rizo rubio que le caía sobre la frente y no pudo evitar que una sonrisa inundase su rostro. Hacía tiempo que no dormía tan bien. No habían sido muchas horas, pero sí las suficientes para que su cuerpo recobrase parte de la energía perdida los días anteriores.

Besó la frente de ella justo cuando Katherine abrió los ojos. La mirada de ternura que recibió le hizo volver a sonreír.

—Buenos días —susurró él—. ¿Has dormido bien?

Katherine se pasó la mano por los ojos como si la tenue luz que entraba a través de la ventana le molestase.

—Muy bien —dijo acomodándose en el brazo de Arthur que había usado como almohada—. Hacía tiempo que no dormía tan tranquila.

Aquello hizo que volviese a sonreír y mirase sus labios unos segundos.

—Sí, yo también.

Se reclinó sobre ella y la besó mientras su mano viajaba por su cintura desnuda, pero unos golpes acelerados en la puerta hicieron que se detuviera.

—¿Sí?

—*Xiānshēng* —escuchó la voz de una mujer—. *Wèntí*.

Katherine lo miró sin comprender.

—¿Qué dice?

—*Xiānshēng*. *Wèntí* —repitió con voz acelerada.

Arthur miró extrañado la puerta y se incorporó al momento.

—Quizá quiere arreglar la habitación —dijo Katherine sentándose sobre la cama, cubriéndose con la manta.

Arthur se sentó y se puso rápidamente los pantalones. Se levantó y se dirigió a la puerta.

—Lo dudo —respondió mientras abría.

Una mujer de mediana edad se removía nerviosa bajo el marco de la puerta.

—Hola —respondió sonriente Arthur.

—*Wèntí*, *wèntí* —volvió a repetir, acelerada, en un susurro.

Aquello puso en alerta a Arthur.

—¿*Wèntí*? —preguntó Arthur enarcando una ceja.

La mujer volvió a mirar hacia el final del pasillo, nerviosa. Se acercó más a Arthur para susurrarle.

—Qing —dijo—. Aquí.

Aquello hizo que Arthur diese un paso atrás, asustado.

—¿Qing? —preguntó de inmediato.

Ella afirmó compulsivamente.

—Hui Jie —dijo el nombre de su gobernador—, con Qing. Tú... —Y le hizo un gesto para indicarle que debían irse rápido.

Arthur se giró hacia Katherine, que permanecía sentada sobre la cama, cubierta con la manta.

—Vístete. Ahora —ordenó—. Las tropas de Qing están aquí —pronunció antes de salir por la puerta y dejar a una Katherine con los ojos muy abiertos.

La mujer le cortó el paso para indicarle que no tomase ese camino.

—Qing —repitió nerviosa.

—Mi amigo. Collin... —susurró él—. Pierna. Herida.

Ella negó. Arthur la rodeó y se dirigió hacia la esquina. Se apoyó contra la pared y se asomó mientras la mujer se ponía a su lado. Vio que el camino estaba libre por el pasillo hasta el recibidor.

—No, no, no... —volvió a repetir ella.

—Shhhhh —la reprendió Arthur.

No podía irse de allí sin su amigo. No pensaba hacerlo.

Si había entendido bien, aquella mujer le estaba diciendo que las tropas de Qing se encontraban allí. Indudablemente, el gobernador de Hetian había ordenado a aquella mujer que los pusiese sobre aviso.

Nada más llegar al recibidor, tuvo que agacharse. Tras la puerta abierta que comunicaba con el jardín podía ver que, al inicio de este, había varios hombres que hablaban con el gobernador. Los reconoció de inmediato. Vestían igual que los soldados de Qing.

Como le había explicado Hui Jie, el ejército de Qing había atravesado la Muralla China y se había internado en Pekín. Por otro lado, también venían por la parte de Mongolia, pero aún era muy pronto para que ese enorme ejército hubiese llegado hasta allí; necesitaría varios días o incluso semanas. Por lo tanto, aquellos hombres los buscaban a ellos y seguramente pertenecían al destacamento del general Zhang.

Sabía que el general Zhang no se detendría nunca, que la venganza lo consumía.

En un determinado momento, cruzó agachado el recibidor y corrió hasta la sala donde Collin estaba tumbado. Al menos, allí no había ventanas. Una mujer estaba al otro lado de la sala preparando las vendas y una nueva cataplasma que ponerle a Collin en la pierna. Se giró asustada ante su intrusión. Gritó levemente, pero Arthur se puso firme y le indicó, poniéndose el dedo en los labios, que permaneciese en silencio.

—Shhhh... por favor... por favor... —suplicó.

La mujer tragó saliva y, sin mediar palabra, salió disparada de la sala.

Arthur se acercó a su amigo de inmediato, aunque se sorprendió cuando vio que tenía los ojos entreabiertos.

—¿Collin?

Le costaba mantenerlos, pero centró la mirada en él.

—¿Ar... Arthur?

—Sí, sí... —respondió acelerado con una sonrisa—. Estás despierto.

—La... la pierna... —sollozó mientras se llevaba una mano hacia ella.

—No, no... —lo retuvo—. No la toques. —Luego miró hacia la puerta—. Escucha, tengo que sacarte de aquí —dijo incorporándolo para cogerlo por los hombros. Collin gritó y al momento Arthur le cubrió la boca con la mano—. Shhhhh...

—No... no puedo moverme... —sollozó.

—Escucha, escucha... —pronunció nervioso mirando hacia la puerta, esperando que aquel grito no los hubiese alertado—. Tienes que hacer un esfuerzo —susurró acercándose a él, poniéndose el brazo de Collin sobre los hombros—. Los hombres de Qing están aquí...

Collin lo miró asustado.

—¿Qing?

—Sí, por eso mismo tenemos que marcharnos —dijo sentándolo en la cama. Collin bajó la pierna con cuidado, aunque tuvo que apretar los dientes para no gritar—. Vamos... —dijo mientras cargaba su peso para poner a Collin de pie, aunque al momento cayó sobre la cama mientras negaba e intentaba controlar la respiración por el dolor.

—No... no puedo, coronel —susurró mientras unas gotas de sudor causadas por el dolor le caían por la frente.

—Inténtalo, vamos —lo animó sin soltarlo. Intentó ponerlo en pie, pero Collin no pudo aguantar el equilibrio.

Arthur resopló y esta vez se colocó ante él y se agachó para cargarlo en su hombro, pero Collin se lo impidió.

—Coronel, coronel... —dijo intentando mantener el conocimiento, pues el dolor hacía que todo volviese a verse nebuloso—. No... no puedo...

—No hace falta que tú hagas nada —pronunció mientras volvía a cogerlo del brazo para echárselo sobre el hombro.

—No... —dijo con más contundencia. Lo cogió por los hombros y lo situó frente a él—. No voy a poder y... lo único que haría sería retrasaros.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó enfurecido.

Collin tragó saliva y apretó los dientes.

—Me quedo.

Arthur lo miró desafiante.

—Ni hablar —sentenció Arthur—. No pienso dejarte atrás.

—Conseguiré que os maten... —dijo mientras intentaba reclinarsse hacia atrás sin perder el sentido.

Arthur lo cogió por las mejillas y las palmeó para que Collin no cayese inconsciente. Cuando logró centrar la mirada en Arthur, medio sonrió.

—Lleve a la señorita Chapman a un lugar seguro...

—No, no, no... —protestó Arthur.

—¿No lo ve, coronel? No llegaría muy lejos. No puedo caminar. —Arthur apretó los labios; por mucho que le pesase, sabía que Collin tenía razón, pero se negaba a abandonarlo allí. Sabía que si las tropas lo encontraban acabarían con su vida—. Los retrasaría y nos... —tragó saliva y apretó los dientes—, nos matarían a todos. —Luego lo miró fijamente a los ojos—. Yo ya estoy muerto de todas formas.

—No pienso dejarte aquí —pronunció con convicción.

—Sí que lo hará. Piense en la señorita Chapman... —Luego le dedicó una sonrisa—. Ella no se merece esto. Sáquela de aquí. Yo... si me descubren, intentaré retenerlos, y si no, cuando mejore, yo mismo cruzaré la frontera, pero... ahora tienen que irse. —En ese momento perdió la consciencia unos segundos, aunque la recuperó de inmediato.

—Collin... —susurró Arthur mirándolo fijamente.

—Gracias por sacarme de aquella celda —pronunció intentando que los ojos no se le cerrasen—. Ahora yo permitiré que usted y ella salgan de esta.

—Cuando la ponga a salvo volveré a por ti —pronunció—. Un coronel jamás abandona a sus hombres.

—Y usted menos aún —pronunció con una sonrisa.

Arthur lo estrechó entre los brazos.

—Sobrevive —le susurró.

Collin asintió mientras se tumbaba sobre la cama de nuevo. En ese momento escuchó que unos pasos se acercaban a la puerta principal. Ambos se miraron fijamente y finalmente Collin asintió dándole a entender que se marchase.

Arthur resopló y miró hacia la puerta. Cerró los ojos un segundo y miró de nuevo a Collin.

—Volveré a por ti —susurró.

Arthur soltó su mano, salió disparado hacia el recibidor y dobló la esquina del pasillo.

Collin se quedó allí solo, tumbado en la cama improvisada. Por mucho que su coronel intentase sacarlo de allí, sabía que no podría; de hecho, ni siquiera sabía si sobreviviría. Su pierna cada vez estaba más negra. Ya había visto lo que les ocurría en el frente a los soldados que recibían una herida y cuyo miembro se ponía de ese color. Deberían amputarle la pierna tarde o temprano, si conseguía sobrevivir el tiempo suficiente. Notó que una gota de sudor frío le resbalaba por la mejilla. Se la secó con la mano temblorosa y se quedó observando la puerta. Sabía que en breve entrarían los soldados de Qing por ella.

Miró al lado, donde en una pequeña mesa habían preparado las nuevas vendas y la cataplasma. Se fijó en el pequeño cuchillo y en las tijeras. Se incorporó y gritó para intentar alcanzar los instrumentos, pero le era imposible.

Sabía que no tendría salvación, pero, al menos, debía garantizar que Arthur y Katherine pudiesen salir de allí.

Se tiró al suelo y volvió a gritar cuando cayó sobre su pierna herida. Se le cortó la respiración y estuvo a punto de desfallecer, pero se obligó a moverse. Se arrastró por el suelo mientras la herida volvía a sangrarle y un dolor tan intenso, similar al que sentiría si le clavasen un cuchillo en la pierna, lo amenazaba con devolverlo a la oscuridad.

Llegó hasta la mesa y cogió las tijeras. Pudo apoyarse en la cama justo cuando escuchó más y más próximas las voces en aquel idioma que había comenzado a odiar.

Varios soldados se plantaron en medio del recibidor, mirando de un lado a otro. Collin permanecía sentado en el suelo, detrás de la cama, por lo que no se le podía ver, pero sí el rastro de sangre que había dejado en el suelo al arrastrarse.

Aguantó la respiración mientras escuchaba que unos pasos se aproximaban. Tuvo que elevar la mirada cuando uno de los soldados se colocó frente a él. Lo reconoció al momento, Zhang.

Se puso de rodillas frente a él y miró al resto de los soldados que permanecían bajo el marco de la puerta. Volvió la mirada a Collin. Su rostro estaba blanquecino y sudoroso. Zhang lo miró y observó su pierna. Aunque no podía ver la herida, sabía que era grave, pues la venda con que la cubría estaba totalmente ensangrentada.

—¿Dónde está el coronel Arthur Wyatt? —preguntó con un inglés muy marcado por el acento chino. Collin apretó los labios mientras su cuerpo temblaba. Zhang no estaba dispuesto a que le tomasen más el pelo. Llevó la mano hasta la herida de la pierna de Collin y apretó, lo que hizo que gritase de dolor—. Dime —continuó sin verse afectado por los gritos del oficial—, ¿están aquí? —Lo cogió por el cabello y lo obligó a mirarlo—. Dímelo y seré rápido...

Collin intentó aislar el dolor que sentía y controlar su cuerpo.

—No... no están.

—¿Y dónde están?

Sollozó cuando incrementó la presión en la herida.

—No... no lo sé. Desperté aquí y... —tragó saliva—, no los he vuelto a ver.

Zhang lo observó fijamente.

—Más vale que no me mientas o... —dejó la frase sin acabar, sin soltar su cabello. Elevó la mirada hacia los guardias que esperaban bajo el marco de la puerta y señaló al pasillo—. Buscadlos —rugió en chino.

Collin centró la mirada en aquellos ojos encolerizados.

—Jamás los encontrarás... —susurró con desprecio—, maldito hijo de... —En ese momento, elevó la mano con las tijeras aferradas, dispuesto a clavárselas en el pecho, pero Zhang era rápido y, sin duda, disponía de mucha más fuerza que él.

Sujetó la mano de Collin y cogió la daga de su cinturón. La colocó en su cuello y apretó mientras lo deslizaba por su garganta creando una cascada de sangre.

Collin intentó respirar, pero comenzó a ahogarse en su propia sangre. Zhang lo sujetó por el cabello otra vez y lo obligó a mirarlo.

—Mírame... —ordenó con agresividad—. Esto es lo que les pasará también a tus amigos. No podrás salvarlos —pronunció antes de que el cuerpo de Collin cayese hacia atrás.

Zhang lo empujó dejando que el cuerpo sin vida de Collin se golpease contra la mesa y quedara medio incorporado.

Se levantó despacio mientras limpiaba su daga en la manga de su túnica. La guardó en su cinturón y salió de la sala.

—¡Buscadlos! —gritó desgarrándose la garganta. Se dirigió a una ventana y asomó parte del cuerpo por ella, observando. Comenzaba a amanecer, pero iba a ser un día más gélido que los anteriores, pues el viento que soplaba era helado—. ¡Tu amigo Collin está muerto! —gritó a pleno pulmón—. ¡Sé que estás aquí! Preséntate ante mí y garantizaré una muerte rápida para los dos..., pero ¡hazme perder más el tiempo y te aseguro que me encargaré de que tu muerte y la de ella sean lentas y dolorosas!

—General —pronunció uno de sus hombres tras él.

Zhang se giró con gesto furioso. El soldado tragó saliva antes de hablar.

—Tenemos al gobernador de la prefectura.

Zhang asintió y extrajo la daga de nuevo de su cinturón.

—¿Dónde está?

Arthur entró a toda prisa en la habitación. Katherine estaba vestida tal y como le había pedido. Se puso la túnica encima y corrió hacia la alforja que tenía sobre la mesa. En su interior solo había una botella de agua, dos espadas y dos mantas. No necesitaban más.

—¿Qué ocurre? —preguntó Katherine asustada.

Arthur cargó la alforja en su hombro y corrió hacia la ventana, abriéndola. Daba al patio trasero de la casa del gobernador.

—Están aquí —pronunció—. Vamos, hay que irse...

Ella corrió hacia él.

—¿Y Collin? —preguntó.

Arthur la miró fijamente y tragó saliva, luego negó con la cabeza dándole a entender que no podía huir con ellos.

—Vamos —dijo cogiéndola por la cintura; la sentó en el marco de la ventana—. Dame la mano —pronunció con urgencia. La sujetó con fuerza y Katherine se dejó caer.

Tal cual cayó, Arthur le pasó la alforja, que cogió al vuelo. Se puso de rodillas sobre el marco y saltó sin pensarlo dos veces.

Miró a ambos lados, los soldados aún no habían rodeado la casa del gobernador.

—Corre, corre —dijo cuando llegaban hasta el establo.

Desató uno de los dromedarios y la ayudó a subirse justo cuando escuchó la voz de Zhang. La reconoció al momento.

—¡Tu amigo Collin está muerto! —gritó a pleno pulmón—. ¡Sé que estás aquí! Preséntate ante mí y garantizaré una muerte rápida para los dos..., pero ¡hazme perder más el tiempo y te aseguro que me encargaré de que tu muerte y la de ella sean lentas y dolorosas!

Katherine gimió al escuchar aquello.

—Shhhh... Tranquila —dijo mientras le daba las riendas del dromedario.

Fue hacia el siguiente y lo desató. Corrió con los dos cogidos hacia la puerta y la abrió justo cuando unos gritos lo alertaron.

Se giró en ese mismo instante para ver que dos soldados se asomaban por la esquina.

—¡Arthur! —gritó ella.

Arthur empujó al dromedario de Katherine para que saliese de la casa y le dio una palmada en el trasero lo más fuerte que pudo, lo que hizo que corriese a toda prisa por la calle.

Dio un salto y subió al suyo a la par que los soldados llegaban a la puerta.

—¡Vamos! —gritó dándole unos fuertes golpes con los estribos. Salió disparado a pocos metros de que los soldados lo alcanzasen. Comenzaron a correr tras ellos, aunque los animales eran mucho más rápidos y, en cuestión de segundos, les tomaron la delantera. Se colocó al lado del de Katherine y se giró para observar.

Lo que vio lo dejó totalmente absorto.

Cinco soldados se habían colocado en medio de la calle y apuntaban hacia ellos con flechas, tensando sus arcos.

Arthur se incorporó en su dromedario y cogió las riendas de Katherine.

—¡Por aquí! —gritó haciendo que los dos dromedarios girasen por una de las calles a la izquierda, prácticamente derrapando.

Justo escuchó que las flechas pasaban por encima de su cabeza cuando tomaron la esquina.

—Vamos, vamos... —gritó dando golpes con los pies al animal. Se giró levemente hacia Katherine—. ¿Estás bien?

Ella no dijo nada, solo asintió.

Cuando volvió la vista al frente estuvo a punto de frenar a su dromedario, pues, al final de la calle, tres soldados más se dirigían hacia ellos. Se pusieron de rodillas y extrajeron sus arcos.

—No, no, no... —gimió Arthur mientras tiraba del dromedario de Katherine haciéndole tomar una calle a la derecha. Los soldados ni siquiera tuvieron tiempo de disparar sus flechas.

Necesitaban salir de Hetian lo antes posible.

Atravesaron toda una calle. Cada pocos metros se encontraban con un cruce en el que podían ver que algunos soldados aparecían corriendo o cabalgando, pero al final de aquella calle estaba su escapatoria, pues podía ver las altas dunas del desierto. Si lograban llegar allí, sería más fácil despistarlos.

Se giró para observar un segundo a Katherine, su rostro reflejaba terror.

Notó que el corazón se le aceleraba mientras cruzaban calles y veía que algunos caballos y dromedarios de Qing corrían por las calles paralelas intentando rodearlos.

No frenó cuando salió de aquella calle rumbo hacia las dunas. El viento casi los echó atrás y atrajo hacia ellos millones de partículas de arena.

Cerró los ojos unos segundos y se giró hacia atrás justo cuando comenzaban a subir la primera duna para internarse en el desierto. Los soldados de Qing salían en aquel momento de las calles paralelas y se dirigían hacia ellos blandiendo sus espadas hacia el cielo.

Habían conseguido sacarles bastante distancia, pero no la suficiente como para estar seguros. Los dromedarios subieron a trompicones la duna hasta llegar a lo más alto.

El vasto desierto se extendía ante ellos. Sabía el rumbo que debía tomar. No iría en dirección al caravasar del cruce, sino en perpendicular, directo hacia la frontera. Solo llevaban una botella de agua, pero no podía exponerse a coger un camino transitado; era más apropiado internarse en el desierto, allí podrían esconderse mejor.

Volvió a girarse para comprobar que los soldados de Qing ya comenzaban a ascender la duna, firmes en su persecución, y que, a lo lejos, saliendo del poblado, muchos soldados más los perseguían, aunque algo llamó su atención. Los tres soldados que lo seguían más de cerca fijaron la mirada en el horizonte y se detuvieron.

—¡Arthur! —gritó Katherine señalando hacia delante.

Arthur giró el cuello para mirar en la dirección que ella señalaba, sin descender el ritmo de su galope. Se le congeló el corazón.

Al final, en el horizonte, avanzando a gran velocidad, una enorme pared de arena iba hacia ellos rozando prácticamente las nubes del cielo.

—¿Qué es eso? —gritó Katherine.

Arthur tragó saliva y se giró para contestarle.

—¡Una tormenta de arena! —Miró más atrás, donde los soldados de Qing permanecían detenidos, atemorizados, debatiéndose entre perseguirlos o volver al poblado.

Sabía lo que entrañaba aquello. Una tormenta de arena era capaz de sepultar poblados enteros, de asfixiarlos... era una locura cabalgar en aquella dirección. Volvió a mirar hacia atrás. Más locura sería retroceder. Si daba la vuelta, encontraría una muerte segura.

—¡Arthur! —gritó Katherine atemorizada cuando el viento se hizo más intenso.

El muro de arena era tal alto y largo que era imposible rodearlo a tiempo. No había escapatoria y, aunque volviesen al poblado, dudaba que con el avance de aquella tormenta pudiesen llegar.

Miró de nuevo hacia atrás. Los soldados de Qing retrocedían sin apartar la mirada de aquella columna de arena.

En ese momento, la corriente de aire se hizo más intensa y amenazó con tirarlos.

Arthur giró su dromedario y cogió las riendas del de Katherine.

—¡Sujétate! —gritó, pues el sonido del viento comenzaba a ser ensordecedor.

Miró a ambos lados y vio que a pocos metros, atravesando unas dunas, estaba el camino de piedra que unía el cruce. Sabía que la tormenta también lo sepultaría, pero allí, al menos, no estarían entre todas aquellas altas dunas.

—¡Sujétate fuerte! —gritó mientras comenzaba a tirar del dromedario de ella hacia el camino.

Cuando llegaron bajó y ayudó a Katherine. Las túnicas volaban de un lado a otro, los dromedarios comenzaron a ponerse nerviosos. Arthur los cogió y los obligó a sentarse en la piedra. Cogió la alforja y sacó las dos espadas.

—¿Qué vas a hacer? —gritó ella colocándose la mano frente al rostro.

—¡La tormenta es muy fuerte! —Cogió la primera espada y la clavó en la piedra. Colocó el pie en el mango y empujó hacia abajo. Hizo lo mismo con la otra y la hundió en el suelo. Cogió la alforja, la colocó en el suelo y sacó la manta—. ¡No creo que dure muchos minutos! —gritó cuando el viento casi los echó hacia atrás. Katherine perdió el equilibrio y a punto estuvo de caer, pues el viento la arrastraba—. ¡La mano! —gritó. La cogió y la arrastró hacia él—. ¡Al suelo! ¡Vamos, al suelo! —dijo mientras se agachaba con ella. La tiró y se puso sobre ella para sujetarla. Dobló la manta, la colocó sobre el rostro de ella y la anudó. Se acercó a su oído mientras ella se colocaba la manta de forma correcta en la cara—. ¡Intenta respirar con calma! —gritó mientras se anudaba la manta también a la cabeza—. Respira solo cuando sea necesario y en pequeñas bocanadas.

Katherine se abrazó a él mientras Arthur se sujetaba a los mangos de las espadas clavadas en el suelo. No era mucho, pero ofrecería algo más de resistencia.

La tormenta no tardó en cubrirlos. Gruñó cuando aquel muro de arena chocó contra ellos con fuerza, notó cómo le agrietaba las manos por la velocidad del viento al hacer chocar la arena contra su piel. Al menos, se habían resguardado la cara.

Agachó la cabeza y la puso en el hombro de ella, haciendo presión hacia abajo para proteger a Katherine. Jamás había luchado contra una tormenta de arena como aquella. Notaba los músculos en tensión al intentar mantenerse sujeto a las espadas para no salir volando.

Comenzó a costarle respirar, notaba que el ambiente era mucho más denso, que le costaba mover las piernas al comenzar a cubrirse de arena. Intentó moverlas con esfuerzo sacudiéndose la arena acumulada sobre ellas; de lo contrario, acabarían sepultados.

En ese momento, la tormenta alcanzó su mayor intensidad. Los mangos de las espadas comenzaron a vibrar, así como la piedra sobre la que estaban tendidos, como si se tratase de un verdadero terremoto.

Apretó los dientes mientras luchaba por permanecer sujeto a las espadas. Si aquello duraba mucho más, sería incapaz de aguantar. Notó que Katherine se le resbalaba por debajo y apretó más su cuerpo contra el de ella para retenerla.

La fuerza de aquella tormenta era tan descomunal que los mangos se le comenzaban a resbalar de las manos. Si no acababa pronto, saldrían disparados los dos.

Estaba al límite de sus fuerzas cuando notó que la tormenta comenzaba a remitir. Sollozó por el esfuerzo que había hecho y dejó caer todo su peso sobre ella, exhausto, aunque enseguida se movió cuando escuchó un quejido.

—Perdona, perdona... —dijo rápidamente. Aún había mucho viento, pero no podía perder ni un segundo. En parte, habían tenido suerte con aquella tormenta de arena, que les daría un margen de tiempo para huir. Se quitó la manta de la cabeza y pudo ver que varios metros por detrás los dos dromedarios permanecían tumbados. Aquellos animales estaban mucho mejor adaptados y habituados a las tormentas de arena que los humanos. Cogió a Katherine de la mano, la puso en pie y la ayudó a quitarse también la manta. Ella se sacudió el cabello y la ropa de inmediato, formando una nube de polvo a su alrededor. Tiró de ella hacia el dromedario y la subió. Fue hasta las dos espadas y las extrajo con no poco esfuerzo. Notaba, exhausto, todos los músculos del cuerpo en tensión por el esfuerzo que había hecho durante aquellos últimos minutos.

—La tormenta nos ha dado algo de ventaja. Hay que seguir adelante —dijo mientras se sacudía el cabello y guardaba las espadas en la alforja que había puesto bajo el cuerpo de Katherine.

En ese momento, la tormenta cesó del todo y pudo observar sin problemas todo a su alrededor. Ambos se giraron para ver aquella enorme columna de arena dirigirse a la ciudad.

Arthur se subió al dromedario y ambos iniciaron una marcha rápida. Necesitaban alejarse de allí lo antes posible y poner rumbo a la frontera. Les esperaba un camino duro, con solo una botella de agua y nada de alimento, pero lo conseguirían. Costase lo que costase, lo lograrían.

Se tambaleó sobre el dromedario, sin fuerzas para sujetar las correas, y se giró hacia atrás. Katherine tenía los ojos cerrados, moviéndose con el vaivén del animal, sin fuerza alguna para sujetarse.

Seis días cruzando el desierto, sin comida, casi sin agua y sin poder dormir las horas de sueño necesarias. Apenas dormían tres o cuatro horas cuando ya no podían más, ante todo, por los animales, pero incluso estos parecían desgastados.

Sabía que al ritmo que llevaban al día siguiente como muy tarde llegarían a la frontera. Miró al horizonte, donde el sol comenzaba a tomar rumbo a las dunas para dejar paso a la noche.

Se puso la manta correctamente sobre los hombros, pues el viento que les llegaba era helado, e hizo que el animal disminuyese más el ritmo, lo que permitió que Katherine lo alcanzase. En ese momento fue consciente de dónde se encontraba. A lo lejos, pese a la poca luz que había, podía intuir la cordillera que separaba el Imperio mogol del chino y, justo a su falda, estaba la frontera.

Aún tardarían horas en llegar, pero lo conseguirían.

—Katherine —susurró con ilusión volviéndose hacia ella. Aunque tuvo que inclinarse hacia delante cuando ella dejó caer su peso hacia el lado—. ¡Katherine! —gritó al verla poner los ojos en blanco.

Se bajó del dromedario mientras la sujetaba, la cogió con delicadeza y la colocó sobre la arena.

Pasó la mano por su mejilla, acariciándola, y luego la palmeó para que reaccionase.

—Kath... Kath... —dijo nervioso, pues no reaccionaba. Se puso en pie y fue hasta la alforja. La abrió y extrajo la botella de agua. La habían racionado todo lo que habían podido; ahora solo quedaban un par de sorbos. Se arrodilló y la cogió entre los brazos. Abrió la botella y la volcó contra sus labios para humedecerlos. La reacción de ella fue instantánea. Abrió los ojos mientras daba un trago—. Toma, bebé más...

—No, hay... hay que...

—Ya estamos llegando —dijo más animado. Señaló con el rostro hacia delante—. ¿Ves esas montañas? ¿Las reconoces? —Ella negó—. Son las montañas donde está la frontera. —Luego sonrió de forma tierna—. Aún están lejos, pero mañana seguro que llegamos...

—¿Mañana? —preguntó en un susurro.

—Beberemos litros de agua cada uno... —dijo divertido—. Comeremos arroz, pollo...

—Queso —susurró ella.

—Un queso entero para ti —continuó mientras la sujetaba entre los brazos. Se quedó observándola. Su rostro estaba pálido, apagado. Le pasó una mano por la frente para apartar un rizo de su cabello—. Te sacaré de aquí. Te llevaré de vuelta a Londres...

—Londres —susurró ella. Aquella ciudad ahora le parecía lejana y vacía. Arthur se dio cuenta de sus sentimientos; seguramente, la imagen de su padre había vuelto a su mente—. Katherine... —dijo llamando su atención, acarició su mejilla y le medio sonrió—, tengo una casa en Oxford. Podrías venirte conmigo.

—¿A Oxford?

—Conmigo —repitió y luego sonrió de forma tierna.

Se quedaron mirándose un segundo hasta que Arthur chasqueó la lengua, pues Katherine se había quedado totalmente muda.

—¿Estás mejor? —cambió de tema. Ella asintió—. ¿Puedes ponerte en pie?

—Sí... creo que sí, ha sido solo un mareo.

Arthur la ayudó a mantenerse en pie y la sujetó por la cintura.

—Ya queda poco —la animó—. Mañana cruzaremos la frontera y volveremos a casa. —Se quedó observando sus labios y descendió hasta ellos. Los besó con suavidad y notó lo secos que estaban—. Juntos —sonrió mientras le pellizcaba la nariz de forma cariñosa.

Ella sonrió ante aquel gesto.

—Sí, juntos —pronunció mirándolo con cariño.

—Seguiremos un par de horas y luego nos detendremos para que los animales descansen. Deben de quedar una o dos horas de luz como mucho antes de que... —pronunció mirando de un lado a otro, aunque al momento se quedó totalmente callado. Cogió la mano de Katherine con fuerza—. No, no, no... —susurró.

—¿Qué pasa? —preguntó mirando en la misma dirección que él.

Los dos se quedaron mirando al horizonte. No muy lejos, un grupo cabalgaba hacia ellos a gran velocidad.

—No puede ser... —sollozó ella—. ¿Cómo nos han encontrado? —gritó.

Arthur la cogió del brazo y la ayudó a subir al dromedario. Tenían que huir de allí, atravesar la frontera aquella misma noche o los atraparían. ¿Cómo era posible que los siguiesen tan de cerca? Apenas se habían detenido, ni siquiera para comer o dormir.

—Es obvio. Saben que nos dirigimos a la frontera —respondió.

Le tendió la correa y golpeó el trasero de su dromedario para que saliese al galope. Arthur se subió de un salto y golpeó los estribos con los pies para que acelerase.

—¡Corre! ¡No dejes de correr! —gritó.

Se giró y vio que estaban muy cerca, demasiado; debían de haber ido por la parte baja de las dunas y no los habían visto, y, ahora, se les habían echado encima.

Katherine se giró también y miró hacia atrás. Estaban demasiado cerca como para poder escapar sin problemas. Eran al menos veinte hombres los que corrían hacia ellos.

—¡Katherine! —gritó Arthur mientras extraía las dos espadas de la alforja—. No dejes de correr pase lo que pase.

Ella lo miró asustada.

—¿Qué vas a hacer?

—Tú no dejes de correr, ¿de acuerdo? —gritó mientras echaba la vista atrás—. La frontera está ahí delante, solo tienes que llegar a las montañas.

Ella sollozó.

—Arthur, por favor... no hagas nada.

Arthur volvió a mirar hacia atrás, no tenía intención de pelear con ellos, correrían todo lo máximo posible, pero era obvio que les recortaban distancia. Seguramente habían alimentado sus camellos como era debido, mientras que los dromedarios de Katherine y Arthur no habían comido nada en los últimos días, al igual que ellos, y se encontraban al límite de sus fuerzas.

Pudo ver que comenzaban a adelantarlos por los lados...

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó hacia su dromedario, pues si no aceleraban les cortarían el paso sin escapatoria posible.

Uno de los soldados se acercó a él mientras extraía la espada. Arthur colocó la espada a ese lado para defenderse si fuese necesario y miró a Katherine, que cabalgaba unos metros por delante de él.

Intentó ganar más velocidad, pero el animal estaba exhausto. Chocó la espada contra la del soldado mientras este gritaba con agresividad.

—¡Hái! ¡Hái!

Sabía lo que significaba aquella palabra. Que parasen, que se estuviesen quietos. Ni loco iba a hacerles caso. Estrelló con más fuerza su espada contra la del soldado como respuesta a sus gritos y observó de reojo que Katherine los miraba asustada. Gritó desesperada cuando el sonido del metal contra el metal volvió a retumbar. Aquel soldado estaba decidido a detenerlos.

Katherine miró a su lado izquierdo; otro soldado se acercaba, aunque no llevaba ninguna espada.

—¡Nooooo! —gritó mientras aporreaba al animal para que cogiese más velocidad, pero fue imposible. El soldado cogió directamente las riendas, se las arrebató de las manos—. ¡No! ¡No! —gritó golpeando el brazo del soldado.

En ese momento el soldado perdió la paciencia y golpeó con fuerza el rostro de Katherine. No pudo sujetarse a las riendas dado que se las había quitado. El golpe contra la arena del desierto fue fuerte; se quedó sin respiración durante varios segundos.

—¡Katherine! —gritó Arthur deteniendo su dromedario y bajando de este rápidamente. Corrió hacia ella, que permanecía tumbada sobre la arena, sin siquiera

atreverse a moverse, luchando por respirar.

Se arrodilló a su lado e iba a cogerla cuando el soldado que la había derribado se colocó frente a ellos. Arthur no lo dudó, se puso en pie sujetando una espada en cada mano y arremetió contra este con todas sus fuerzas. El soldado estrelló su espada contra la de él y se agachó para evitar la otra.

El soldado elevó la pierna y le golpeó el estómago, lo que tiró a Arthur al suelo, al lado de ella. Tragó saliva. Iba a levantarse cuando todo el pelotón llegó y los rodeó. Cerró los ojos unos segundos intentando mantener la calma y los abrió girándose hacia ella.

—Katherine —susurró. Ella no dijo nada, simplemente vio que apretaba los labios.

Arthur se sentó en el suelo mientras lo rodeaban. Sabía que los matarían, que acabarían con ellos, pero él lucharía hasta el final.

Apretó los dientes, cogió la espada que tenía más cerca y se puso en pie, adoptando una postura de defensa.

—No os acerquéis —los amenazó Arthur.

Diez soldados se encontraban ante él cortándole el paso mientras el resto permanecían sobre sus camellos por detrás, evitando que pudiesen salir corriendo.

—¿Estás bien? —preguntó girando levemente la cabeza hacia ella, sin bajar su espada.

—Sí —respondió levantándose despacio, aunque no dejaba de quejarse. Se colocó tras su espalda, temblorosa.

Uno de los soldados dio un paso al frente.

—Da un paso más y eres hombre muerto —rugió—. ¿Lo entiendes? ¡No te acerques!

El soldado sonrió y miró de reojo a sus compañeros.

—Entiendo —respondió sin retroceder—. Baja el arma.

—No —contestó directamente.

El soldado ladeó el cuello.

—No vas a conseguir nada. ¿Adónde crees que vas a ir? —preguntó señalando al resto de los soldados que permanecían tras ellos.

Arthur miró un segundo atrás para controlar a los otros soldados. El portavoz esperó unos segundos hasta que dio un paso atrás y pronunció una orden a sus compañeros.

Todos se echaron sobre él y lo desarmaron.

—¡Nooooo! —gritó Katherine mientras la cogían por los brazos.

Arthur se giró mientras lo sujetaban por los brazos.

—¡No la toquéis! —gritó desesperado, intentando deshacerse de esos brazos—. ¡Dejadla! —suplicó desgarrándose la garganta. Se giró y dejó de resistirse. Miró al soldado y tragó saliva—. Deja que se marche... ella no tiene nada que ver con todo esto. —El soldado la miró durante unos segundos—. Por favor... —volvió a pedir.

El soldado volvió a decir algo en su idioma que Arthur no comprendió, pero al momento los pusieron de rodillas.

—Nooooo... no... Por favor... —gritó al ver lo que hacían.

Katherine gritó y no pudo menos que mirarla.

—Escucha, escucha... —pronunció arrodillado—, ella es la hija del embajador británico. Vino a hacer negocios con vuestro imperio. Es embajadora. ¡Soltadla! —El jefe dio unos pasos hacia delante y la contempló—. El embajador murió en el ataque que hicisteis en Hetian... —continuó Arthur. En ese momento, se llevó una mirada enfurecida por parte del soldado—. Nosotros solo venimos a hacer negocios.

—¿Con el emperador Ming? —preguntó el soldado.

—No, no... con el emperador que haya —reaccionó rápidamente—. Con el emperador Qing. —Tragó saliva y miró de nuevo hacia Katherine—. Vuestro imperio, vuestra economía... están hundidos. Necesitáis acuerdos con el Imperio británico para volver a resurgir. ¿Crees que a tu emperador le gustará que acabéis con la vida de la embajadora británica? —gritó—. ¡Si lo hacéis, se cerrará el mercado con vosotros!

El soldado dio un paso hacia él y se arrodilló enfrente.

—Esto no es por un negocio...

—Sé que no es por un negocio —reconoció Arthur—, por eso mismo te digo esto. Suéltala a ella, ella no tiene nada que ver con esto, y si acabáis con su vida no se abrirán nuevas rutas para comerciar...

—Ella —dijo señalándolo— no importa...

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

El soldado se encogió de hombros.

—Tú, ella... cualquier soldado, cualquier persona puede morir aquí...

—No, no... —reaccionó al comprender lo que insinuaba—. Mis hombres estaban en el caravasar que atacasteis, saben que os la llevasteis junto a unos oficiales británicos, saben que yo fui a buscarla. Si la matáis... adiós negocio. Todos saben que fuisteis vosotros, los soldados de Qing.

—Arthur... —sollozó ella por detrás.

—Quédate conmigo..., pero deja que ella se marche... déjala ir... —suplicó.

El soldado se puso firme y dio una orden hacia uno de los soldados que se encontraban por detrás, subidos en los camellos. No supo lo que había dicho, pero el soldado salió al galope y se internó de nuevo en el desierto.

—Mi general Zhang —explicó el soldado— llegará en pocas horas. Él decidirá... Mientras tanto, tú y... ella —señaló a Katherine— esperaréis.

En ese momento los soldados comenzaron a tirar de ellos y a arrastrarlos por el suelo.

—¡No! ¡Quédate conmigo! ¡Ella no tiene nada que ver con esto! ¡Yo maté al hijo del general Zhang, no ella!

En ese momento el soldado elevó la mano e hizo que dejaran de arrastrarlos. Fue hacia él, se colocó enfrente y le golpeó el rostro, lo que provocó que cayese hacia atrás.

—¡Nooo! ¡Basta! —gritó Katherine.

El soldado cogió a Arthur por el cabello y lo puso de rodillas.

—Si fuese mi decisión, te mataría aquí mismo... —dijo—, pero ese honor le corresponde a mi general.

Arthur lo miró fijamente a los ojos.

—¿Y quién restablecerá el honor de ella? También matasteis a su padre.

El soldado no dijo nada más, le soltó el cabello y se puso firme mientras los soldados volvían a cogerlos por los brazos y los arrastraban sobre la arena.

Arthur apoyó la cabeza contra el palo de madera al que los habían atado. Habían montado el campamento muy rápido y los habían metido en una pequeña tienda. Hacía ya muchas horas que estaban allí. De hecho, creía que en pocas horas comenzaría a amanecer. Giró la cabeza hacia atrás al escuchar el suspiro de Katherine.

—Eh... —susurró—, tranquila.

Ella gimió de nuevo.

—Estábamos tan cerca.

—Esto no acaba aquí —dijo mirando de un lado a otro. Si al menos pudiese cortar las cuerdas con las que los mantenían atados, podrían intentar escapar, pero allí no había nada que pudiese servirles. Sabía que en cualquier momento el general Zhang aparecería y los matarían. Por otro lado, habían recibido una única visita y había durado solo unos segundos. De eso hacía, como mínimo, tres horas.

—Arthur... no... no vamos a... —sollozó ella.

—Ni se te ocurra pensar eso. Le prometí a tu padre que te sacaría de aquí y siempre cumplo mis promesas —pronunció volviendo a investigar la tienda. Se fijó en la pequeña abertura que había entre las dos telas que hacían de puerta. A través de la pequeña rendija podía intuirse una hoguera.

Antes de que acabasen de montar su cabaña, se había fijado en cómo estaba organizado el campamento. Tres hogueras a lo largo; en un lateral permanecían los animales, donde tras la llegada de unas carretas les habían dado alimento. También se había fijado en cómo los soldados, sin pudor alguno, hacían sus necesidades al lado de una de las dunas, sin importarles estar delante de una mujer. El resto de las tiendas estaban montadas desde hacía horas. Poco después, el campamento había quedado en silencio.

—Lo has intentado... —pronunció ella con ternura—. Nadie puede discutirte eso. —Tragó saliva e intentó girarse para mirarlo, aunque no pudo—. Mi padre estaría orgulloso de ti...

—Tu padre... —dijo pensativo.

—Sí.

Luego se removió nervioso.

—¿Tienes el reloj de bolsillo que te di?

Ella enarcó una ceja.

—Sí, ¿por?

—¿En la alforja o en un bolsillo? —preguntó acelerado.

—En el bolsillo, siempre lo llevo conmigo.

Arthur se removió e hizo fuerza en las cuerdas.

—¿En qué bolsillo?

—En el izquierdo... —respondió ella confundida—, ¿por qué? ¿Qué ocurre?

—Lo necesito —susurró moviendo los dedos para tratar de alcanzar el bolsillo de ella, aunque no llegaba—. Podemos usar el cristal para cortar las cuerdas, pero deberíamos romperlo y... —Katherine comenzó a removerse al comprender lo que quería decir—. ¿Qué haces? —preguntó acelerado al notar que ella intentaba levantarse.

—Intento sacarlo de mi bolsillo —gimió mientras se movía como si sufriese espasmos.

Arthur giró la cabeza, pero al estar a su espalda a duras penas podía verla. Pudo ver que apoyaba los pies en el suelo y elevaba las caderas para que el reloj se deslizase de su bolsillo.

—Cuidado... a ver si vas a mandarlo muy lejos —le advirtió.

Katherine hizo fuerza hacia arriba mientras gemía, pues notaba todos los músculos de su espalda tirantes y un dolor agudo que le recorría toda la columna.

—¿Lo tienes? —preguntó Arthur.

En ese momento el reloj salió de su bolsillo, rebotó en su barriga y cayó sobre la arena.

—¿Ya? ¿Ha caído?

—Sí... pero... —dijo ella mirando en una dirección—. No lo veo... —comenzaron a palpar la arena con la poca movilidad que tenían en las manos al estar atadas—. Lo tengo... lo noto...

—¿Dónde?

—Lo rozo con el dedo de la mano derecha...

—¿Derecha? —preguntó él moviendo la otra—. Intenta empujarlo hacia mí.

Katherine gimió al forzar la cuerda y rasgarse la muñeca, pero consiguió empujar el reloj lo suficiente como para aproximararlo hasta la mano de Arthur.

—Lo tengo, lo tengo... —dijo cogiéndolo con una mano. Ella resopló y se acomodó de nuevo. Arthur lo cogió entre las dos manos y lo palpó. Estaba cerrado, pero con el cristal que cubría las agujas, si conseguía romperlo, podría intentar cortar las cuerdas. Lo abrió y lo colocó contra el suelo, asegurándose primero de que podría coger cualquier cristal que rompiese allí—. Katherine, tengo que romper el...

—Hazlo —sentenció ella.

Arthur suspiró y golpeó el cristal contra la dura tierra. Con el primer golpe no consiguió nada, pero sí con el segundo.

Soltó el reloj en la tierra y rebuscó entre los cristales. La mayoría eran pequeños, pero uno, por lo que le transmitía el tacto, era lo suficientemente grande como para cogerlo e intentar cortar la cuerda.

—Tengo uno —susurró.

—Hazlo —sollozó ella mientras miraba la entrada de la cabaña.

Arthur comenzó a rozar con fuerza la cuerda. Iba a llevarle un buen rato cortarla, pero debía tener paciencia.

—¿Puedes?

—Sí, estoy en ello —dijo con los dientes apretados.

Otra cosa que debía tener en cuenta era cómo salir de allí. Aquel campamento estaba totalmente iluminado. Podían optar por salir por la parte trasera de la tienda, pero sabía que los verían igualmente. Necesitaban un plan si finalmente conseguía cortar la cuerda.

—¿Cómo va? —preguntó con ansiedad.

—Bien —respondió directamente.

Lo que estaba claro es que aún había mucha distancia hasta llegar a las montañas. Con un camello o un dromedario descansado, quizá en tres horas lograsen alcanzar la frontera... pero ¿cómo conseguir uno sin que los vieran? ¿Sin que los descubrieran?

De repente, notó que las cuerdas se aflojaban. Rozó con el cristal un par de veces más y luego hizo fuerza con las muñecas. La cuerda se quebró y notó las manos liberadas. Las colocó ante él y las miró, tenía la muñeca rasgada y cortes por el roce del cristal.

—Estoy libre —susurró dándose la vuelta. Automáticamente, comenzó a desatarla.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó mientras notaba que comenzaban a aflojarse sus cuerdas.

—Intentaremos salir por la parte de atrás y nos dirigiremos... —Se quedó callado cuando escuchó unas voces cercanas—. Mierda —susurró cuando las voces se acercaron demasiado. Cogió el trozo de cristal en la mano y se sentó sobre el reloj roto, para ocultarlo. Guardó la cuerda tras de sí y adoptó la misma postura que antes, como si estuviese atado.

Nada más sentarse y poner los brazos hacia atrás, uno de los soldados entró.

—Arthur... —gimió ella nerviosa.

—Tranquila, tranquila... —intentó calmarla mientras el soldado miraba de un lado a otro. Luego centró la mirada en ellos dos.

El soldado se acercó sonriente. Arthur elevó la mirada y comprobó que aquel soldado lo observaba con un claro sentimiento de superioridad. Resultaba fácil adivinar lo que pretendían hacer en cuanto llegase el general Zhang.

No lo pensó más. Era entonces o nunca. Sabía que era un riesgo, pero no veía otra salida mejor que esa. Debía intentarlo sí o sí.

Encogió la pierna y la echó hacia delante con fuerza. Notó que la rodilla del chino crujía al partirse y este comenzó a caer al suelo mientras gritaba. Arthur se echó encima y lo primero que hizo fue taponarle la boca. Luego, con la mano libre, cogió el cristal con fuerza y se lo clavó en el cuello, seccionándole una parte.

El soldado se sujetó a su brazo mientras comenzaba a desangrarse, mientras lo miraba con ojos muy abiertos.

Echó la vista al frente cuando escuchó que una voz sonaba tras la tela.

—¿Gao?

Suponía que debía de ser el nombre del soldado al que acababa de matar. Quitó la espada del cinturón del fallecido y fue directamente hacia la tela cuando vio que la corrían.

Se colocó al lado y en el instante en que el soldado entró se puso tras su espalda y le rebanó el cuello.

En ese momento sí que escuchó el gemido de Katherine al ver lo que hacía.

El uniforme del soldado comenzó a teñirse de sangre mientras lo tiraba al suelo. No esperó, corrió hacia ella y cortó las cuerdas que la unían al palo.

Arthur no se entretuvo. Arrastró los dos cuerpos, los colocó a su lado y comenzó a desvestir a uno.

—Quítale la ropa y pónstela. Vamos —urgió a Katherine mientras comenzaba a quitarles las botas.

Katherine se movió con rapidez. Era cierto que las experiencias de aquel último mes la habían curtido, porque comenzó a quitarle la ropa al soldado con apremiante desesperación, sin protestar ni sollozar.

Arthur anudó las manos de los dos soldados al palo central y se colocó el turbante en la cabeza. Se giró para observar a Katherine. La ropa le iba enorme, pero pasarían más inadvertidos.

Sabía que los descubrirían más pronto que tarde, pero para entonces esperaba contar con unas horas de ventaja antes de que se diesen cuenta, y así poder llegar a la frontera. Aunque primero tenían que salir de aquel campamento y aquello no sería pan comido.

Katherine vio que Arthur se colocaba a su lado. Si a ella le iban excesivamente grandes las ropas, a él le iban bastante justas.

—Camina detrás de mí. No mires a nadie a los ojos, cabeza agachada, pasando inadvertidos. —Se giró para observarla—. Cuidado con el cabello —señaló un rizo rubio que salía de debajo del turbante.

—Ay —susurró mientras lo introducía dentro.

—Directos a por un camello o un dromedario.

Se miraron durante unos segundos hasta que Arthur dio un paso al frente. Se giró y observó a los dos soldados muertos. Les habían puesto sus ropas. Desde allí, con la poca luz que había en el interior de la tienda, no se darían cuenta fácilmente.

—Vamos allá. Tranquila —pronunció.

Echó a un lado la tela, salió al exterior y giró directamente a la izquierda. Katherine salió detrás. Ambos caminaban con la cabeza agachada.

Arthur miró con disimulo a ambos lados. Se notaba que la mayoría de los soldados estaban descansando, pues no había mucho movimiento.

Sobre las dunas y por las partes bajas, algún soldado vigilaba la zona. Si conseguían unos animales, a nadie le extrañaría ver a unos soldados a camello por la zona. Se giró levemente para fijarse en Katherine. Iba detrás de él, caminando cabizbaja.

Arthur miró al frente. Varios metros por delante, tras una cabaña, pudo ver un par de dromedarios. Aquello era mucho mejor que tener que ir hasta el establo donde estaban todos.

Torció a la izquierda cuando vio que unos soldados iban en su dirección.

Se internó entre dos casetas y esperó a que Katherine apareciese por la esquina. En cuanto torció, le señaló con la cabeza para que se acercase.

Katherine se puso bien el turbante y Arthur la puso firme mirando a la duna.

—Haz como si estuvieses meando...

Ella lo miró de reojo.

—¿Qué?

—Como un hombre... vamos —dijo mirando hacia atrás.

En el momento en que vio aparecer a los dos soldados caminando se giró y miró al frente.

Pudo escuchar los pasos de ellos pasar por detrás sin prestarles mucha atención. Arthur miró de reojo a Katherine, que tenía una mirada totalmente aterrorizada hacia las dunas.

En cuanto los soldados pasaron de largo, Arthur se giró para comprobar que no hubiese nadie más. Dio unos pasos acelerados hacia los dos dromedarios y los desató.

—Ven —susurró.

Katherine corrió hacia él. Arthur la cogió por la cintura y la subió a lo alto; de inmediato, le dio las riendas.

—Directa a las dunas —dijo dando un cachete en el trasero del animal—. Dirígete a la zona oscura.

En cuanto el animal avanzó hacia la primera duna, corrió hacia el otro animal y se subió. Si lograban llegar a la zona oscura sin ser descubiertos, quizá tuviesen una oportunidad.

Arthur dio un golpecito con el pie en el lomo del dromedario y este comenzó a avanzar. Se fijó en que, en la lejanía, algunos soldados paseaban vigilando la zona. Lo mejor sería internarse en el desierto lo antes posible.

Aceleró un poco y se puso al lado de ella.

—En cuanto crucemos la primera duna, aceleramos —susurró. Ella asintió—. Lo conseguiremos —sentenció él.

Se separó levemente de ella para no llamar demasiado la atención, pues dos soldados juntos no era lo más normal. Miró a los lados. Luego centró la mirada en la duna que tenía por delante.

Se giró y miró a Katherine, llevaba un paso lento tras él.

El corazón se le aceleró y no pudo evitar suspirar cuando rodearon la primera duna y perdieron de vista el campamento. ¿En serio lo habían logrado?

Esperó a que Katherine apareciese tras la duna y fue hacia ella.

—Mira a ver qué guardan en la alforja —susurró sin dejar de avanzar. Aunque ya se mantenían ocultos del campamento, sabía que por esa zona habría guardias y cabía la posibilidad de que los viesen.

—Dentro hay una espada y un arma —dijo ella.

Arthur lo miró también. Tenían las armas que les habían quitado a los guardias y las que había dentro de la alforja. Extrajo la pistola mientras bordeaban otra duna, mirando de un lado a otro para asegurarse de que nadie los vigilaba.

Buscó más en la alforja y encontró la pólvora.

—Es fácil de usar. Recargas la pólvora y el balín por delante. Lo introduces con el palo fino y luego solo tienes que apuntar y apretar el gatillo. —Katherine miró su arma, la bolsita con la pólvora y los balines—. Vamos a ir todo lo rápido que podamos, no sabemos cuándo pueden...

Se quedó callado cuando escuchó, en la lejanía, unos gritos. Estaba claro lo que estaba ocurriendo.

—Nos han descubierto —sollozó ella.

Arthur golpeó con fuerza el lomo del animal y comenzó a galopar al lado de ella.

—¡Vamos! Aún podemos despistarlos. Tras la duna es todo llano; si conseguimos sacarles distancia, no podrán capturarnos.

Nandim corrió entre todos los hombres que había en la frontera. Desde los ataques en el caravasar y la vuelta de todos sus hombres al Imperio mogol habían permanecido en la frontera. Ni los oficiales británicos ni él iban a abandonar a Arthur. Había estado muy débil, pero tras los cuidados en China había mejorado poco a poco. Tras llegar a la frontera había enviado a varios hombres a Nueva Delhi para informar al emperador de lo sucedido. Por lo que habían podido saber, el ejército bajo las órdenes de la dinastía Qing había cruzado la frontera y había invadido Pekín y parte del territorio. Sabían que no tardarían en llegar a la frontera. Debían estar preparados para cerrar filas si intentaban una invasión a su territorio. No se fiaban, así que la guardia se había incrementado hasta límites insospechados en la frontera. Por otro lado, sabía que su amigo Arthur lucharía con uñas y dientes para llegar hasta allí. Lo conocía lo suficiente como para saber que era un hombre que no se rendía con facilidad.

Nandim rodeó a otro de sus hombres y elevó el tono.

—Patrick, ¡se acercan! —gritó.

Patrick, sentado sobre uno de los bancos de madera que habían improvisado, se puso en pie. Ellos no debían estar allí, podrían haber viajado hasta Mumbai y haber cogido el barco rumbo a Londres, tal y como les había ordenado su coronel, pero ni él ni ninguno de sus hombres eran capaces de abandonar aquella zona sabiendo que su coronel y amigo podía estar en grave peligro. Debían esperar un tiempo prudencial.

Habían pensado en internarse de nuevo en el Imperio chino, una vez que sus hombres habían mejorado su estado de salud, e ir en busca de su coronel, pero las noticias de una invasión los habían disuadido de intentarlo. La corona británica no respaldaría aquella decisión, por mucho que fuese para ir a buscar a uno de los suyos. No quería enfrentamientos de ningún tipo, más cuando pudiesen repercutir en los negocios entre ambos imperios.

Patrick corrió hacia él tan rápido como le dieron las piernas e, igualmente, tuvo que apoyarse en varios compañeros para no caer, pues desde el ataque al caravasar era incapaz de poner recta la pierna derecha, lo que le causaba un cojeo constante.

Se colocó al frente de la hilera que habían montado los soldados mogoles en la línea fronteriza como defensa y aguzó la vista.

Al menos treinta caballos corrían en su dirección. Se puso al lado de Nandim.

—¿Es el ejército de Qing? —preguntó hacia Patrick. Se giró hacia uno de sus hombres—. El catalejo —le pidió.

Se llevó el catalejo hasta el ojo y miró a través de él mientras notaba la presencia de Nandim a su lado.

—Sí, es el ejército de Qing —pronunció.

—¿Qué hacen? —preguntó Nandim alarmado. Luego miró a sus hombres y les confirmó de quiénes se trataba. La respuesta del ejército fue instantánea. Todos dieron unos pasos al frente, extrajeron sus escudos, los sujetaron con una mano por delante de su cuerpo y con la otra asieron su espada.

—Vienen directos hacia aquí.

—¿Pretenden invadirnos? —preguntó Nandim con la voz cargada de ira.

Patrick miró de un lado al otro con el catalejo hasta que algo llamó su atención. Identificó claramente a dos jinetes que corrían varios metros por delante del ejército. Vestían con sus uniformes, pero el cabello extremadamente rubio y largo de uno de esos jinetes captó su atención. ¿Largo y rubio?

Supo de quién se trataba. Miró al jinete que iba al lado; aunque sus rostros no podían intuirse con total precisión, sabía quiénes eran.

—Arthur —susurró. Nandim lo miró extrañado—. Arthur y Katherine vienen hacia aquí —pronunció impresionado—. Lo han conseguido. —Aunque entró en tensión al fijar la mirada en todo el ejército que los perseguía—. Los atraparán. ¡Tenemos que ayudarlos o los matarán! Intentan llegar a la frontera.

Nandim miró preocupado aquella nube de polvo que se veía al final, en la que sabía que se encontraba su amigo, luchando por llegar hasta allí.

Miró preocupado a los lados, con ansiedad.

—Mi emperador ha sido claro. No podemos intervenir en la rebelión a menos que intenten cruzar nuestras fronteras —gruñó desesperado.

Patrick rugió y fue hasta sus hombres, que se acercaban para enterarse de lo que ocurría. Todos parecían comprender la situación y estar dispuestos a salir en ayuda de su coronel y de Katherine.

—Puede que vosotros no podáis...

—No porque no lo desee —le cortó Nandim—. No lo dudes.

—No lo dudo —respondió Patrick al ver el sufrimiento que comportaba aquello para su amigo—. Sé que si te involucras meterás a tu imperio en una guerra con la nueva dinastía. —Patrick cogió la espada que llevaba en su cinturón y miró a sus hombres.

Cuando habían llegado a la frontera les había explicado las órdenes de Arthur: él mismo debía encargarse de llevarlos hasta Mumbai y de que cogiesen un barco rumbo a Gran Bretaña, así como su firme decisión personal de esperar durante un tiempo en la frontera. No le había sorprendido descubrir que la mayoría de los hombres, excepto los que estaban gravemente heridos, decidiesen quedarse allí para asegurarse de que si su coronel llegaba, pudiese cruzar la frontera sin problemas. Ahora, más de un mes después de que lo hubiese visto partir en busca de Katherine,

lo veía aparecer en el horizonte, luchando por su supervivencia y por la de ella. No pensaba abandonarlo e, igual que él, el resto de sus hombres tampoco.

—Vosotros no podéis hacer nada... pero nosotros sí —respondió Patrick mientras ordenaba a sus hombres que cogiesen sus armas y se adelantasen a la línea del Imperio mogol situándose al otro lado de la frontera.

Arthur golpeó con fuerza al animal obligándolo a incrementar más su velocidad. Aquellas últimas dos horas y media habían sido de locos.

La primera media hora habían corrido entre las dunas, sin detenerse, pidiendo la máxima velocidad al animal. Poco después, el vasto y llano terreno hasta la falda de la montaña parecía no tener fin. No habían pasado muchos minutos antes de que los soldados de Qing apareciesen tras las dunas.

—¡Corre! —había gritado hacia Katherine, situada a su lado.

Sabía que Zhang no estaba allí y que la única razón por la que habían podido escapar era porque no se enfrentaban a la facción que los había hecho presos la primera vez. Seguramente, si hubiese sido la facción de Zhang a estas horas estarían ya muertos. Uno de los soldados había salido en su búsqueda para informarle de que los mantenían presos, aunque ahora la facción del ejército que los había encontrado intentaba por todos los medios que no escapasen. Sabía que si cruzaban la frontera estarían a salvo.

Miró a Katherine. Sus rizos rubios volaban hacia atrás por la velocidad.

Se fijó en el horizonte, por donde hacía poco menos de una hora había comenzado a amanecer.

De nuevo giró su dromedario hacia un lado cuando vio que uno de los soldados que iba en primera fila tensaba su arco con la flecha.

—Maldito sea... —susurró. Miró a Katherine—. ¡Flecha! —gritó.

Tanto él como ella se distanciaron mientras miraban hacia atrás, intentando adivinar la trayectoria de aquella flecha, para esquivarla.

Poco le faltó a Arthur cuando este se reclinó sobre el animal y la flecha cruzó unos centímetros por encima de su cabeza.

Cogió el arma que guardaba en su cinturón y apuntó hacia atrás. No esperó y apretó el gatillo de inmediato. El estruendo se perdió en el horizonte, mientras uno de los soldados caía del caballo y muchos de sus compañeros trotaban por encima de él, sin apenas desviar el rumbo.

Se giró y cogió de la alforja la pólvora. Se fijó en que Katherine hacía lo mismo que él, girándose hacia atrás y apuntando con el arma. Tampoco ella dudó en apretar el gatillo. Ya había recargado varias veces el arma. Estaba claro que no pensaba dejarse atrapar y que la rubia iba a luchar hasta el final.

Aunque tras el estallido de su arma ningún hombre cayó al suelo, al menos, conseguía que todos se removiesen nerviosos cuando ella apuntaba hacia ellos, e incluso lograba que algunos redujesen su marcha durante unos segundos.

Automáticamente se puso a recargar, con torpeza, mientras controlaba la velocidad de su dromedario. Arthur hacía lo mismo, aunque con bastante más rapidez que ella.

Miró hacia atrás. Estaban lejos. Si seguían a esa velocidad, posiblemente atravesarían la frontera. Echó la vista al frente y entonces, en ese momento, se dio cuenta de que parte del ejército mogol se encontraba frente a ellos protegiéndola. Seguramente habrían recibido noticias sobre la invasión a manos de la dinastía Qing.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que quizá, con aquellos uniformes, no los reconocerían. No llevaba el uniforme británico y ella tampoco, aunque sus cabellos volaban hacia atrás. Sabía que el ejército del Imperio mogol ayudaría a los británicos, el problema era cómo iban a reconocerlos con esas ropas y a aquella distancia.

Arthur alzó los brazos y los agitó hacia la frontera.

—¡Ehhh! ¡Nandim! —gritó a pleno pulmón pidiendo ayuda.

Katherine lo miró extrañada, aunque comprendió lo que hacía y lo imitó.

—¡Nandim! —gritó ella agitando los brazos.

Pese a que aún se encontraban bastante lejos, Arthur reconoció a un grupo de soldados que se colocaba por delante del ejército mogol. No podía asegurarlo, pero ¿el uniforme de aquellos hombres tenía la chaqueta roja? Por lo que podía intuir desde allí, le pareció que aquellos hombres vestían el uniforme de la Compañía Británica de las Indias Orientales. ¿Cómo era eso posible? Le pareció un espejismo.

Se giró y disparó de nuevo haciendo que otro hombre cayese y fuese pisoteado por todos sus compañeros.

—¡Flecha! —gritó Katherine.

Arthur se apartó justo antes de que una de aquellas flechas se le clavase en el cuello. Katherine se desplazó, alejándose de Arthur, y evitó también el alcance de otra.

Echó la vista al frente y volvió a agitar un brazo hacia la frontera, cada vez más cercana.

—¡Nandim! ¡Nandim! —gritó desesperada. Cada vez faltaba menos. Se quedó mirando hacia unos soldados que se habían situado por delante de los mogoles. Miró directamente a Arthur, sorprendida y emocionada—. ¿Son...?

Ni siquiera pudo acabar la frase. Arthur supo a lo que se refería.

—Sí, son nuestros amigos —pronunció con orgullo.

En ese momento, el dromedario de Katherine bramó, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Katherine salió disparada y rodó por el suelo.

—¡Katherine! —gritó Arthur haciendo que su animal derrapase para detenerse e iniciar una marcha apresurada hacia ella—. ¡Katherine! —gritó mientras se acercaba, pues ella permanecía tumbada en el suelo. En ese momento se dio cuenta de que una flecha había atravesado la pata del dromedario de ella. Llegó hasta donde se encontraba y le tendió una mano—. ¡Vamos! ¡La mano! —gritó mientras ella se ponía en pie.

Apenas podía levantarse, pero se puso de rodillas y Arthur la cogió del brazo con las dos manos y tiró de ella.

No había acabado de sujetarla cuando ya corrían de nuevo hacia la frontera.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —preguntó mientras la cogía de la cintura y la apoyaba contra él.

—El pie... —sollozó ella—, creo que lo tengo roto —gritó.

Arthur echó la mirada hacia atrás mientras con el brazo intentaba apuntar y volvió a disparar. A continuación le pasó el arma a ella.

—¡Recárgala!

Katherine hizo lo que le pedía. La frontera cada vez estaba más cerca y ahora sí que estaba seguro de que aquellos eran sus compañeros. Si tenían suerte, en un minuto estarían tras la línea fronteriza, a salvo.

Supo que aquello iba a ser mucho más difícil de lo que esperaba cuando su dromedario perdió el equilibrio e hizo que los dos cayesen rodando al suelo. Arthur se incorporó de inmediato y cogió la pistola.

—No, no, no... —suplicó mientras se ponía en pie y corría hacia Katherine, que intentaba levantarse.

La cogió del brazo, se la echó por encima de los hombros y miró a su dromedario.

—¡Malditos sean! —gritó al ver que también una flecha había atravesado una de sus patas.

Cargó casi todo el peso de ella sobre su hombro mientras con la otra mano cogía una espada y comenzaba a correr hacia la línea de frontera.

—¡Ayuda! —gritó esta vez en inglés.

Echó la vista atrás para observar que los chinos ya se aproximaban. Rugió mientras corría con más energía arrastrando a Katherine, que no podía apoyar el pie en el suelo, cuando notó que una flecha se le clavaba en la pierna.

Gritó de dolor mientras caía a tierra.

—¡Noooo! —gritó Katherine sin soltarse de su brazo.

Arthur apretó los dientes y observó la flecha. Se había clavado un poco por debajo de la rodilla, por la parte posterior de la pierna. Cogió el astil de la flecha con la mano y lo arrancó, lo tiró sobre la arena y puso una mano en el estómago de Katherine para empujarla hacia la frontera.

—¡Corre! ¡Vamos! —gritó desesperado.

—¡No pienso dejarte! —dijo agachándose a su lado para colocar el brazo encima de su hombro y ayudarlo a ponerse en pie.

—¡Márchate! —volvió a insistirle mientras intentaba alejarla de allí.

—¡No! —sentenció Katherine mientras lo cogía del brazo y lo arrastraba.

No dieron más de diez pasos cuando el grito de Katherine le hizo estallar los tímpanos. Notó el peso muerto de su cuerpo en el brazo. Cayó a tierra y comprobó que una flecha había atravesado el hombro de ella.

Arthur gritó desesperado cuando lo vio. Su respiración se volvió agitada y apretó los dientes por la impotencia.

—¡Katherine! —gritó mientras extraía la flecha de su hombro. Ella se encontraba de espaldas a él. La cogió por la cintura y miró hacia la frontera. Solo unos pocos metros lo separaban de ella, aunque ahora mismo, en esas condiciones, aquellos metros parecían kilómetros.

Intentó levantarla cuando otra flecha se clavó en la espalda de Arthur e hizo que cayesen hacia delante.

Rugió de dolor y apretó los dientes mientras se llevaba la mano a la espalda y se arrancaba la flecha. No pensaba morir a escasos metros de la salvación.

Cogió a Katherine por la cintura y la acercó a su pecho mientras las lágrimas resbalaban por su rostro ante tal esfuerzo. No podía permitirlo, no podía dejar que los capturasen de nuevo. Necesitaba ponerla a salvo. Comenzó a arrastrarse mientras era consciente de que los soldados de Qing estaban cada vez más cerca. Él ni siquiera podía levantarse y Katherine permanecía inconsciente. No miró atrás, aunque podía escuchar los cascos de los caballos acercándose, el silbido de las flechas cruzando por encima de ellos para evitar que cruzasen la frontera.

La apoyó sobre su hombro y, haciendo un esfuerzo supremo, se puso en pie, cargando todo su peso y el de ella sobre la pierna buena. Dio unos cuantos pasos hacia la frontera, consciente de cada uno de ellos. Giró la cabeza mientras guardaba el equilibrio intentando poner un pie por delante del otro, mirándola a ella, buscando las fuerzas que necesitaba para superar aquellos escasos metros. Katherine tenía la cabeza hacia abajo, su cabello caía como una cascada y de su hombro brotaba un reguero de sangre.

No iba a dejarla morir allí; la salvaría, aunque aquello le costase la vida. Ella era la única razón por la que había permanecido allí, en aquel lugar tan peligroso y apartado de todo; la única persona que le había devuelto las ganas de vivir, que le había hecho sonreír de nuevo. No lo permitiría. Tenía una promesa que cumplir y, aunque fuese lo último que hiciese, lo lograría. No le importaba morir si con ello la ponía a salvo.

Notó que otra flecha se clavaba en su espalda y solo pudo elevar la mirada y gritar hacia el cielo mientras sus rodillas no aguantaban el peso por el dolor y caía al suelo, llevándose a Katherine con él.

Gimió mientras su respiración se aceleraba, mientras gritaba al notar que la flecha se abría paso entre sus costillas.

Se llevó la mano hasta la espalda y arrancó también esta saeta.

Pasó una mano ensangrentada por la mejilla de ella, apartó el cabello de su rostro y durante unos segundos lloró. Había estado tan cerca, tanto... Se perdería una vida entera junto a ella, poder ver su sonrisa, sus chispeantes ojos azules...

La arrastró por el suelo y echó la vista atrás cuando una sombra llamó su atención. En ese momento, lo reconoció. Aquel era el soldado que los había apresado.

Bajó de su camello mientras extraía la espada de su cinturón y se puso ante él.

Arthur apretó a Katherine más fuerte contra él. Al menos estaba inconsciente y no sentiría nada. Allí acababa todo. La abrazó más fuerte contra él, consciente de lo que ocurriría en los próximos segundos.

—Lo siento —susurró hacia ella.

Lo miró directamente a los ojos mientras elevaba su espada para dar el golpe de gracia cuando el sonido de varios disparos desde atrás hizo que Arthur brincase sobre la tierra y sujetara a Katherine con más fuerza entre los brazos.

Vio que el soldado caía hacia atrás, al igual que muchos de los hombres de Qing. No tuvo tiempo de comprender lo que ocurría. Simplemente, cubrió con su cuerpo el de Katherine y en ese momento lo vio... sus oficiales, sus hombres, se arrodillaban a su lado y disparaban hacia los soldados de Qing que pretendían acercarse.

Se quedó en *shock* durante segundos, sin saber cómo reaccionar, cómo responder ante aquello. Sus hombres, sus oficiales, estaban allí defendiéndolo... Lo habían esperado y habían atravesado la línea fronteriza en su búsqueda.

En ese momento notó que varios oficiales cogían a Katherine de entre sus brazos y a él por las axilas, para arrastrarlo.

—¡Katherine! —gritó extendiendo el brazo hacia ella mientras la arrastraban hacia la frontera.

—Tranquilo, tranquilo... —respondió uno de los oficiales que lo arrastraban. ¿Aquella voz?—. Os pondremos a salvo.

Arthur miró hacia arriba mientras notaba que la vista se le comenzaba a nublar.

—¿Patrick?

Patrick bajó el rostro y esbozó una sonrisa.

—Hola, coronel. Al final decidí desobedecerlo y esperarlo aquí... —apuntó, lo que hizo que Arthur sonriese.

Notó que los ojos se le empañaban. Les debía la vida.

—Gracias —balbució.

En cuanto llegaron hasta la línea que aún mantenían los soldados mogoles, estos se apartaron para dejarles paso y, tras situarse tras la línea fronteriza, formaron de nuevo la línea defensiva creando un muro que los soldados chinos serían incapaces de atravesar.

Arthur pudo ver que todos los soldados mogoles formaban una línea defensiva para prohibirles el paso a todos los chinos.

En cuanto lo tendieron en el suelo, Arthur buscó con la mirada a Katherine. Estaban vivos, aunque en muy mal estado. Katherine permanecía a su lado, con los ojos en blanco, aún inconsciente.

—Katherine —susurró intentando alcanzarla con la mano.

Cuatro oficiales se pusieron sobre él. Reconoció de nuevo a Patrick.

—Tiene tres heridas de flecha... —informó—. ¡Nandim! —gritó a su amigo para que se acercase.

—A ella... —suplicó Arthur, que no podía prácticamente moverse—, ella primero.

Nandim se colocó ante él y lo miró directamente a los ojos, luego estudió sus heridas.

—Hola, amigo... —respondió mientras le quitaban la camisa.

—Atiende... atiende a Katherine... —susurró mientras se le ponía la vista en blanco.

En ese momento notó que le golpeaban levemente en el rostro.

—¿Arthur? —escuchó la voz asustada de Patrick.

—Aconitum —susurró Nandim. Luego miró a Patrick asustado—. Es un veneno que usan en las puntas de flecha... ¡Dame tu cuchillo! —gritó extendiendo la mano hacia él—. El veneno es mortal. Si no se actúa en los primeros minutos, uno muere. —Giró la cabeza y señaló hacia sus compañeros que atendían a Katherine—. Aconitum —les indicó para que hiciesen las curas pertinentes.

Notó que el cuchillo se le clavaba en la carne. No apartó la mirada de Katherine, que permanecía inconsciente a su lado. Sintió que apretaban sus heridas y la sangre brotaba por ellas antes de que todo se tornase oscuro y perdiese la consciencia.

Abrió los ojos lentamente, consciente del vaivén de la carreta al avanzar sobre un camino de tierra. En ese momento, los párpados le pesaban demasiado. Vio una fina lona blanca por encima de él. Pudo enfocar la vista poco a poco y se pasó la mano por los ojos. Lo último que recordaba era a Katherine inconsciente a su lado y a Nandim gritando que las flechas llevaban un veneno muy potente, aconitum. Poco después un cuchillo se le clavaba en la carne. Ahí había perdido la consciencia.

Miró hacia delante. Hacía buen día, podía ver a través de la tela que cubría la entrada a la carreta que varios caballos lo seguían. ¿Habían conseguido cruzar? ¿Katherine estaba bien?

Se incorporó en la carreta justo cuando detectó la presencia de alguien. Giró la cabeza y contempló a Katherine dormida a su lado. Tenía la respiración lenta, los ojos cerrados... Se reclinó sobre ella, maravillado al verla. ¿Estaba bien?

Paseó una mano con delicadeza sobre su mejilla mientras una sonrisa le inundaba el rostro y notaba que el corazón se le aceleraba. Los dos estaban bien, estaban vivos; lo habían conseguido.

—¿Arthur? —preguntó Katherine entreabriendo los ojos.

Él se reclinó más sobre ella con una sonrisa.

—Hola —pronunció sonriente.

Clavo sus ojos en los suyos. Katherine lo miraba maravillada, como si no esperase verlo despierto. Reaccionó incorporándose con rapidez y echándose encima de él. Arthur cayó sobre la manta sin poder soportar el peso de ella ni el suyo propio, por la debilidad. Estaba claro que Katherine llevaba consciente mucho más tiempo que él.

Paseó una mano por su mejilla y lo acarició.

—Estás despierto —susurró ella sonriente.

Él rozó su cabello y asintió. Estaba realmente preciosa. Su cabello rubio y brillante se deslizaba entre sus dedos.

—¿Cuánto llevo dormido? —preguntó dejando caer su mano sobre la manta.

Katherine se tumbó a su lado. En ese momento se dio cuenta de que ella tenía el hombro vendado.

—Diecisiete días —indicó ella.

Él parpadeó varias veces.

—¿Diecisiete? —preguntó sorprendido. Intentó apoyarse en un brazo para mirar al exterior—. ¿Dónde estamos?

—Ayer dejamos atrás Nueva Delhi —explicó.

—¿Vamos en dirección a Mumbai? —Ella asintió y acarició su cabello. Arthur le tomó la mano y luego se fijó en su hombro—. ¿Cómo tienes el hombro?

Ella lo miró con indiferencia y se encogió de hombros.

—Bien, casi ni me duele —explicó sonriente. Se apoyó en el pecho de él—. Las flechas que nos dispararon tenían aconitum. Es un veneno muy fuerte que llega a provocar la muerte. Nandim me explicó que el ejército chino lo usa en sus flechas de combate algunas veces —susurró—. Por suerte, me quitaste la flecha rápido y las tuyas también. —Miró hacia fuera para comprobar que varios hombres cabalgaban por detrás—. Nandim y sus hombres nos han curado, usaron unas hierbas, creo —pronunció con una sonrisa—. Yo estuve solo dos días inconsciente. Llevo quince esperando a que despiertes. Me parecía imposible ya —explicó mientras se acercaba para besarle la mejilla, aunque Arthur la retuvo a su lado y buscó sus labios. Cuando se separó de ella, una sonrisa se le dibujó en el rostro.

Se pasó la mano por la mejilla y acarició su barba de pocos días.

—¿Y me has afeitado?

—Te ha afeitado Patrick —rio—. Yo no tengo tan buen pulso —respondió. Se apoyó sobre la manta y esta vez cogió su mano—. Han dicho que a este ritmo en un par de semanas llegaremos a Mumbai. Podremos coger un barco rumbo a Londres. —Suspiró y se sentó sobre la carreta. Tomó su mano entre las suyas y la acarició—. Lo hemos conseguido...

—Juntos —continuó Arthur.

Ella negó con el rostro mientras lo acariciaba.

—Gracias a ti. —Se tumbó a su lado y lo abrazó—. Si no hubiese sido por ti, no sé qué...

Arthur la atrajo hacia él y la abrazó.

—Ahora ya está. Estamos a salvo... —besó su frente.

Se quedaron unos segundos en silencio, saboreando aquellos momentos de calma y paz.

Por la mente de los dos pasaron los compañeros a los que habían perdido. Fynes, Anthony, Collin... y muchos más oficiales durante los ataques.

—Será mejor que avise a Nandim y a Patrick de que has despertado —dijo Katherine.

Arthur cogió su mano y la retuvo a su lado.

—¿Tú estás bien?

—Sí, estoy bien. Estaba preocupada por ti, pero ahora ya estoy tranquila —acabó feliz.

Arthur no soltó su mano; no quería perder el contacto con ella. La acarició mientras una mirada cariñosa le inundaba los ojos. Estaba total y perdidamente enamorado de ella.

—Vendrás conmigo a Oxford, ¿verdad?

—Sí —dijo ella besando su frente—. Aunque también debería ir a Londres. Mi padre...

—La empresa de tu padre —reaccionó Arthur. Apretó más su mano y la obligó a mirarlo—. Nos encargaremos de ella si quieres.

—Hay algo que debería explicarte... —susurró acomodándose, como si avisar a Nandim y a Patrick no fuese lo más importante en ese momento.

—Dime.

Si quería iniciar una nueva vida junto a Arthur e impedir que la empresa de su padre se hundiese, debía explicarle toda la verdad: decirle lo que había hecho su padre, explicarle lo que ella había descubierto, reconocer que lo había amenazado con decírselo a la reina si no la llevaba con él y explicarle lo de los documentos fraudulentos que su padre había presentado ante la corona para conseguir aquel nombramiento...

—Verás, lo que voy a explicarte... —dejó la frase sin acabar y apartó la mirada de él—. Mi padre era buen hombre, él...

—Sé que era buen hombre.

Ella asintió.

—Hay cosas que no sabes. Cosas que ni yo misma sabía hasta unos meses antes de iniciar el viaje...

—Te casarás conmigo, ¿verdad?

Ella tragó saliva y sonrió al momento, nerviosa por la pregunta que le había hecho, pues no esperaba aquello en ese momento.

—Preferiría explicarte antes lo que ocurrió.

—Nada me hará cambiar de idea —reaccionó él.

—Entonces, déjame que te lo explique para que yo me quede tranquila —susurró. Colocó la mano de él entre las suyas mientras Arthur la miraba con cariño—. Uno de los días en que mi padre sufrió un ataque... —comenzó a decir—, llegó nuestro abogado a casa con unos documentos. —Notó que las manos le temblaban y la boca se le secaba—. Ese día descubrí que mi padre falsificaba documentos —admitió y, en ese momento, intentó apartar las manos de la de Arthur, como si se sintiese avergonzada, aunque él no se lo permitió—. Llegué a chantajear a mi padre con la amenaza de enviar una carta a Su Majestad para explicárselo todo.

—¿Una carta?

—La quemé —susurró avergonzada—. Justo cuando partisteis a Hetiam.

Arthur la miró fijamente y le acarició la mano intentando que se calmase. Sabía que aquello que iba a explicarle era importante, pero no imaginaba que se tratase de algo así. Apretó los labios y miró a Katherine con determinación.

—Está bien, cuéntamelo todo —pronunció directamente.

Veinte días les había costado llegar a la costa de Mumbai desde que había despertado. La primera semana había sido difícil, se sentía sin fuerzas. Poco a poco se había recuperado y ahora ya galopaba sin problemas sobre el caballo.

El ejército mogol se había encargado personalmente de llevarlos hasta la costa de Mumbai. No se habían hecho paradas, pues tenían conocimiento de la grave crisis que estaba azotando al imperio vecino, el chino, y del miedo que se había apoderado de la población.

Una coalición de fuerzas rebeldes conducidas por Li Zincheng saqueaba Pekín. La dinastía Ming finalizó oficialmente cuando el emperador Chongzhen de China, último emperador de la dinastía Ming, se suicidó colgándose en un árbol en el parque Jingshan en la Ciudad Prohibida. Después de que el ejército de Qing tomase Pekín en abril de 1644, Li Zincheng había conducido un ejército de seiscientos mil hombres para hacer frente a Wu Sangui, el comandante general de los Ming. Cien mil soldados guardaban en Shanhaiguan el paso obligado del noreste de la Gran Muralla China, localizado a cincuenta millas al noreste de Pekín, y durante años sus defensas fueron las que mantuvieron a los manchúes fuera de la capital. Wu Sangui decidió negociar con los manchúes y hacer una alianza con el príncipe Dorgon, regente del emperador Shunzhi, de seis años de edad, hijo del emperador Hung Taiji, que había muerto el año anterior. Juntos, los dos ejércitos derrotaron a las fuerzas rebeldes de Li Zicheng en la batalla del 27 de mayo de 1644.

Durante las primeras semanas habían pensado que el Imperio chino los invadiría, pero no había sido así. El Imperio chino había vivido un cambio de dinastía forzado que había acabado con la vida de muchos habitantes que se oponían a dicho cambio. Aun así, no se trataba más que de una guerra civil interna que no afectaría a los países o imperios vecinos.

Con todo, el momento histórico había sido clave, pues habían conseguido salir del país por los pelos, ya que las fronteras se habían cerrado y, aunque le habían explicado que la frontera con el Imperio mogol había estado blindada por el ejército desde el primer momento, se habían sucedido varios enfrentamientos contra las tropas de Qing, sobre todo, los primeros días tras atravesar la frontera.

El general Zhang había llegado un día después de que ambos hubiesen cruzado, y había ordenado que le entregasen al coronel. El general de la tropa mogol había sido muy claro: el coronel Wyatt había cruzado la frontera y se encontraba en el Imperio mogol junto a la señorita Chapman, como invitados del emperador mogol para abrir junto a él una ruta económica con el Imperio británico y que dicha ruta llevase hasta el Imperio chino. Ellos no tenían ninguna orden suya que obedecer, puesto que se debían a su emperador, pero, si había algún problema, sugerían que el nuevo emperador Qing fuese hasta allí o enviase un requerimiento para solicitar que la embajadora británica y el coronel de la caravana encargado de su seguridad se presentasen ante él.

Obviamente, ni el emperador Qing se había presentado en aquella zona ni había enviado requerimiento alguno para pedir la presencia de ambos. Aquello era una venganza personal que podía acarrear el empobrecimiento de un país, y para el nuevo emperador, una vez que tomó posesión del trono, lo más importante era sacar a flote

su imperio y conseguir nuevos acuerdos. Era un suicidio económico aceptar las exigencias de un general y anteponerlas al beneficio de todo un imperio.

Arthur bajó del caballo y miró directamente a Nandim y a Patrick. Nandim se había encargado de su cuidado durante todos aquellos días, y Patrick, de dirigir a sus hombres.

Habían esperado dos días para cargar toda la caravana en el barco y, ahora, a pocas horas de partir rumbo a Londres, notaba que pese a las experiencias que había vivido iba a echar en falta aquella cultura, a los amigos que había conocido mientras vivía allí.

Nandim se acercó a él y lo abrazó con fuerza. Él había sido su mayor pilar durante aquellos últimos meses. Si no hubiese sido por él, no habrían sobrevivido.

—Espero que vengas a vernos —dijo dando unos golpes en su espalda.

Nandim se separó de él y miró con una sonrisa a Katherine, que estaba despidiéndose de otros soldados del Imperio mogol que los habían acompañado hasta allí.

—Iré para tu boda —sonrió.

Se fijó en todos sus hombres y en Patrick, que ya subían al navío. Katherine se acercó a ellos y se abrazó directamente a Nandim. Les había salvado la vida a los dos. Y ahora, gracias a él, tenían una bonita vida por delante para disfrutar, juntos.

Katherine se separó de él y besó su mejilla.

—Da recuerdos a tu esposa y a tus hijos, y... —dijo Katherine— muchas gracias por todo; sin ti no lo habríamos logrado.

Nandim sonrió sonrojado por el piropo y aceptó sus palabras.

—Id con cuidado y... nos vemos dentro de poco.

—Por supuesto —sonrió Arthur.

Cogió de la mano a Katherine y subieron al bote que los llevó hasta el barco. En cubierta había un gran alboroto. Patrick estaba encargándose de todo.

Katherine se quedó mirando la playa, la misma que había pisado por primera vez hacía meses y donde había visto por primera vez a Arthur.

Aquel había sido un viaje que le había servido para conocerse a sí misma y sus propios límites y capacidades, pero en él también había perdido a una de las personas más importantes de su vida.

Extrajo de su bolsillo el elefante que su padre le había comprado en Hetian.

No pudo evitar recordar sus últimas palabras cuando se había despedido de él para partir rumbo a la ciudad e iniciar las negociaciones.

—Todo irá bien, cariño —había dicho su padre.

Hasta hacía unas semanas, habría pensado que aquello no era cierto; ahora, tras meses de lucha, de supervivencia, veía que su padre había tenido toda la razón. Siempre la había tenido.

Todo había ido bien excepto porque él no estaba, pensó mirando el elefante en su mano, pero gracias a él se había salvado. Y lo cierto es que así era. El cristal del reloj

de su padre permitió que pudiesen romper las cuerdas y liberarse.

Ahora, tras semanas de viaje rumbo a Mumbai, podía decir que todo había acabado. Muchas personas habían muerto intentando salvarlos, personas que habían quedado en el camino. Su padre, Anthony, Collin, y muchos oficiales que habían perecido en el asalto a la caravana o en los sucesos ocurridos posteriormente.

Ahora, ellos dos emprendían una nueva aventura. Iniciaban una nueva vida juntos, pero sin olvidar todos los recuerdos dolorosos, las personas que se habían quedado por el camino... Y aquello era lo más duro.

Miró el elefante y lo apretó en la mano mientras elevaba la mirada hacia aquella playa de arena blanca y agua cristalina.

Allí dejaba una parte muy importante de ella, a su padre, pero también a una Katherine a la que ya no conocía. Aquella tierra la había convertido en una mujer fuerte capaz de sobrellevar lo que fuese, ni ella misma había sido consciente de lo que podía hacer hasta que aquella tierra la había puesto a prueba.

Arthur la atrajo hacia él y la abrazó contra su pecho, mirando a los oficiales levar anclas y a otros tantos izar las velas.

Seis largos meses les esperaban hasta llegar a su hogar, meses para reflexionar y acostumbrarse a la falta de su padre, meses para planificar su nueva vida.

Se giró y observó a Arthur, pensativo, que miraba también la playa. El barco inició su vaivén en cuanto las velas se desplegaron y notaron la presencia del viento, que hizo que comenzase a deslizarse hacia el interior del mar.

Ninguno de los dos se movió de cubierta durante las siguientes horas, estuvieron viendo que la costa del Imperio mogol se hacía cada vez más pequeña, dando gracias por encontrarse vivos allí.

Arthur acarició su hombro. Allí dejaban parte de ellos, pero también se llevaban una parte nueva que jamás habían conocido. Pese al dolor, al miedo, a la agonía... el amor y las ganas de vivir habían sido la causa de que ambos se encontrasen allí en ese momento.

Ya no habría más dolor, ya no habría más sufrimiento. Ahora se disponían a tomar rumbo a una nueva vida plena de felicidad.

Epílogo

14 meses después

Katherine colgó su nuevo vestido en el armario y lo cerró. Salió a toda prisa de su habitación y bajó las escaleras mientras veía que uno de sus mayordomos abría la puerta.

Habían llegado hacía apenas cuatro meses a Londres. La boda se había celebrado un mes después en Oxford. Había acudido toda la familia de él, su prima lejana Maggy, decenas de oficiales y Nandim junto a su esposa y sus seis hijos.

Tras varios meses viviendo en Oxford junto a su marido, ahora reunía el valor suficiente para volver a Londres y hacer frente a los recuerdos y a la empresa de su padre.

En Oxford los habían asesorado grandes abogados y economistas para mejorar la situación financiera de la empresa. Arthur, junto a un buen hombre al que habían contratado, llamado James, se había propuesto sacar adelante la empresa familiar por la que tanto había luchado Fynes en vida.

Desde que habían llegado a Londres, Arthur y James se habían encerrado en el despacho de Fynes para revisar los libros de contabilidad y habían visitado los talleres. Katherine, por su parte, aunque estaba al corriente de los asuntos de la empresa, prefería mantenerse un poco al margen a fin de no agitar recuerdos dolorosos en su mente.

El mayordomo abrió la puerta. Katherine lo reconoció al momento; aquel era el abogado de su padre, el mismo hombre que le había entregado hacía más de dos años unos documentos que le habían abierto los ojos con respecto a la situación económica por la que atravesaba la empresa en aquellos momentos.

—¿Charles? —preguntó Katherine bajando los últimos escalones—. Usted es Charles Evanson, ¿verdad? El abogado de mi padre —indicó mientras el mayordomo se retiraba.

Charles se quedó observándola y asintió mientras una sonrisa le inundaba el rostro.

—Sí —dijo quitándose el sombrero—. Señorita Chapman, cuánto me alegro de verla —pronunció feliz.

—Yo también me alegro de verlo, aunque desde hace un tiempo soy la señora Wyatt —dijo mostrándole el anillo de casada.

El abogado la sorprendió con una gran sonrisa.

—Cuánto me alegro —pronunció con sinceridad.

—¿Quiere pasar? —preguntó ella al ver que se quedaba en el porche.

—No, será solo un segundo, pero se lo agradezco —dijo mientras abría su maletín—. Verá, me... me enteré de lo que le ocurrió a su padre —susurró—. Lo lamento

muchísimo. Él era una bellísima persona. Lo apreciaba mucho.

—Se lo agradezco.

—Verá... —dijo extrayendo un sobre de su maletín—, su padre me visitó unos días antes de partir al viaje y me dio esta carta. Me dijo que solo se la entregase si... —Tragó saliva—, si él no volvía.

Katherine se quedó de piedra bajo el marco de la puerta.

—¿De mi padre? —sollozó.

—Sí —dijo tendiéndole el sobre—. Las noticias vuelan y me enteré de que su padre había fallecido hace varios meses. Vine un par de veces a la casa, pero nunca hubo nadie, hasta ahora.

Ella cogió el sobre con mano temblorosa.

—Llegamos hace apenas una semana... —pronunció en un susurro, notando su respiración y los latidos de su corazón más acelerados.

—Me alegro de que esté de vuelta. ¿Se quedarán mucho tiempo?

Ella pestañeó varias veces intentando centrarse en la conversación.

—Hasta que solucionemos el tema de la empresa... —Luego lo miró fijamente—. Disculpe, mi marido y un amigo suyo están revisando los documentos y todo lo que mi padre dejó, no sé si sería mucha molestia que usted los ayudase.

—No, por supuesto que no; para mí no sería ningún problema, lo haría encantado. Pero hoy me es imposible, tengo una reunión en una hora y me temo que si no me marcho ya llegaré tarde. Eso sí, ¿estarán mañana? —Ella asintió—. Pues mañana sobre esta hora, si le parece bien, puedo acercarme.

—Le estaríamos muy agradecidos.

Charles asintió mientras cerraba su maletín.

—Nos vemos mañana, señora Wyatt.

Hizo una pequeña reverencia y bajó los escalones del porche. Empezó su camino entre todos los transeúntes.

Nada más verlo alejarse, Katherine cerró la puerta y se apoyó contra esta; notaba que el pulso se le aceleraba. Elevó la mano y miró el sobre. Una carta de su padre.

Subió las escaleras directa a su habitación. Prefirió no decirle nada a Arthur, primero quería leerla ella. De todas formas, esa carta la había escrito su padre antes de iniciar el viaje, así que ni siquiera conocía a Arthur en aquella época.

Fue al escritorio y se sentó mientras abría un cajón en busca del abrecartas. Abrió el sobre con cuidado de no romperlo, pues ahora mismo se trataba del tesoro más valioso que tenía, junto al elefante.

Extrajo un único documento, escrito por una sola cara, y notó que los ojos se le empañaban al reconocer la letra de su padre. La carta comenzaba así: «A mi querida hija, Katherine».

Notó que una lágrima comenzaba a resbalarle por la mejilla.

Si te llega esta carta es porque, lamentablemente, no estoy contigo.

En cuatro días iniciaremos un viaje, juntos, a un lugar inexplorado y lleno de peligros. Debes comprender que todo lo que he hecho lo he hecho por ti, para que el día de mañana, cuando yo ya no esté, no te falte de nada. Te he defraudado, lo sé, pero con este viaje pretendo enmendar mis errores, volver a ser la persona honrada y fuerte que siempre fui y recuperar así tu confianza. Lo que realmente tú mereces.

Se pasó la mano por la mejilla y no pudo evitar suspirar mientras se llevaba las manos a los labios para intentar controlar el temblor de estos.

—Jamás me has defraudado, papá —susurró.

Lamentablemente, me muero.

Katherine se quedó impresionada al leer aquellas palabras.

Sé que no has querido decírmelo, que te esfuerzas por parecer fuerte ante mí, pero sé lo que me ocurre, sé bien de mi enfermedad y que no me queda mucho tiempo. Esto significa que si ahora estás leyendo esta carta es porque no estoy, pero, pese a todo, tú viniste conmigo a esta aventura y pudimos compartir nuestros últimos días juntos, disfrutando el uno del otro y, por ello, voy a estarte eternamente agradecido.

No quiero que vengas a este viaje; sé que es un riesgo innecesario, aunque, si estás leyendo esta carta, es porque seguramente mereció la pena y lo que me había parecido el error más grande hasta este momento ha resultado ser lo mejor que ha podido ocurrirnos en la vida, pues pudimos pasar mucho más tiempo juntos del que habríamos tenido si no me hubieses acompañado.

Espero, hija mía, que puedas perdonar todos mis errores y que sepas que, junto a tu madre, eres lo que más he querido en mi vida. Espero que encuentres a una persona que te haga feliz y que te valore por lo que eres, que te ame con

locura y que te haga sonreír mucho más de lo que yo he conseguido en estos últimos meses, aunque espero que en este viaje hayamos podido reír mucho y que esos recuerdos perduren siempre en tu memoria. No los recuerdos de tu padre tumbado en la cama sin poder moverse, sino los de un hombre que recorrió medio mundo para salvar el patrimonio de su familia y garantizar el porvenir de su hija; un hombre que pese a saber que no le quedaba mucho tiempo, lo arriesgó todo por ti; un hombre que seguramente durante el trayecto en barco se mareó bastante.

Aquella frase hizo que Katherine sonriese.

—No, papá. Resulta que no te mareabas en barco —apuntó divertida.

Pero, ante todo, un hombre que lo habría dado todo por ti y por tu madre, con la que seguramente estaré ahora.

Siempre te querré, hija mía.

Espero que estos últimos meses juntos hayan servido para demostrarte lo importante que has sido para mí en mi vida.

Sé feliz, al final solo se trata de eso.

Fynes Chapman

Suspiró y releyó de nuevo la carta, decenas de veces a la luz de la vela, mientras las horas pasaban.

Solo cuando escuchó que la puerta principal de la casa se cerraba fue consciente del paso del tiempo. Escuchó que Arthur subía las escaleras, dobló la carta y la guardó en el sobre. No le importaba que él la leyese, pero en aquel momento decidió guardarla en el cajón; quería tenerla un par de días más para sí.

Arthur abrió la puerta del dormitorio y sonrió bajo el marco.

—No sabía dónde estabas... —indicó mientras daba unos pasos hacia ella—, ¿qué haces aquí?

Katherine se encogió de hombros y se puso en pie. Se abrazó a él intentando contener las lágrimas; había leído tantas veces la carta en aquellas últimas horas que la sabía casi de memoria.

«Espero que encuentres a una persona que te haga feliz y te valore por lo que eres, que te ame con locura y que te haga sonreír mucho más de lo que yo he conseguido en estos últimos meses».

Lo había hecho. Sin saberlo, su propio padre la había conducido hasta el hombre de su vida, el que había descrito en su propia carta, el hombre que estaría dispuesto a

sacrificar hasta su vida por ella.

Besó su mejilla y se distanció para mirarlo a los ojos.

—Estaba leyendo —dijo mirando hacia la estantería.

Aunque aquella respuesta no convenció a Arthur, asintió; sabía que encontrarse entre aquellas paredes la hacía sentirse melancólica.

—Mañana iré con James al taller, creo que tenemos la solución para solventar las deudas de tu padre y que la empresa vuelva a florecer. Con el pago que ha hecho la corona británica podemos adquirir nuevos telares y trabajar con las sedas que vimos en el imperio... Nandim me dijo la semana pasada que ya conocía de diez personas que estarían dispuestas a venir a trabajar aquí.

—Eso es una gran noticia —contestó ella abrazándolo—. Por cierto, ha venido el abogado de mi padre, Charles Evanson.

—¿Para qué?

Ella sonrió con tristeza.

—Mi padre me había escrito una carta antes de iniciar el viaje y... —tuvo que apretar los labios para que la emoción no la embargase— quería entregármela.

Arthur la contempló sin decir nada, pues parecía bastante afectada.

—Pero... la carta es...

—Es preciosa, es su despedida —acabó diciendo sin contener las lágrimas.

—Eh... eh... —reaccionó Arthur sonriente—, tu padre siempre hizo lo mejor para ti.

—Lo sé —contestó ella. Intentó reponerse y se distanció de él para mirarlo a los ojos—. No sé si te parecerá buena idea, pero le he dicho al abogado que se pase mañana por la tarde. Él llevaba todo el negocio con mi padre y podrá solucionar las dudas que tengáis, si... si os parece bien, claro; si no, puedo decirle que...

—Me parece estupendo. Será de gran ayuda —contestó Arthur colocando las manos en la cintura.

En ese momento el reloj dio siete campanadas.

—¿Las siete ya? —preguntó Katherine girándose para observar el enorme reloj.

—Sí —dijo acercándola. La besó en los labios y sonrió intentando animarla—. Así que será mejor, señora Wyatt, que coja su abrigo o llegaremos tarde al teatro.

Katherine fue hacia el armario y cogió un abrigo mientras miraba por la ventana. Pese a que el día no era especialmente frío, amenazaba lluvia.

Bajaron los escalones de la casa y salieron al exterior donde un carruaje los esperaba.

El contraste entre una cultura y otra era impresionante, no dejaba de maravillarse y valorar más lo que tenía.

Arthur se sentó a su lado y cogió su mano mientras el carruaje se internaba en las calles de Londres rumbo al teatro.

Un viaje había cruzado sus vidas y una guerra y el afán de supervivencia habían unido sus destinos. Sabía que vendrían momentos difíciles, pero juntos habían

logrado sobrevivir a una guerra civil, a un cautiverio, al hambre, a la soledad... Juntos podrían lograrlo todo.

Una vida que había comenzado a forjarse en el mismo momento en que ambos habían pisado por primera vez la arena blanca de Mumbai, cada uno con sus secretos, con su dolor interno, con sus cargas, pero que habían logrado superar gracias al otro.

Ahora, una vida llena de felicidad y amor se vislumbraba en el horizonte. Después de todo lo ocurrido, lo creía posible.

FIN

Si caminas solo, irás más rápido.
Si caminas acompañado llegarás más lejos.

Proverbio chino

Agradecimientos

No quería dejar pasar esta ocasión sin expresar mi agradecimiento a todas aquellas personas que han hecho posible la publicación de esta novela y me han apoyado en todo momento.

A Ediciones Kiwi y en concreto a mi editora, Teresa. Gracias por volver a darme una oportunidad y confiar en mí. Es un honor poder publicar con vosotros. Gracias por la implicación, las ganas y la profesionalidad que pones en tu trabajo y con los autores. A Borja, gracias por esa impresionante portada; cada vez me sorprendes más.

A mi pareja, Raúl: gracias por compartir esta ilusión conmigo y ayudarme en todo momento.

A Sandra, Nerea y Vane, muchas gracias por ser mis lectoras cero y darme vuestros consejos. Siempre me son muy útiles y me ayudáis a mejorar las novelas.

Y, en general, a todos los lectores. Muchas gracias por estar ahí y hacer posible la publicación de esta novela. Si no fuese por vuestro apoyo, esto no sería posible.

Un abrazo.

Mariah

Notas

[1] Kukin Tana: conocida en la actualidad como Thane. Surge en la Edad Media. En el siglo XVII se usaba como puerto desde el cual los barcos zarpaban llevando unas telas llamadas Tanasi, producidas en dicha ciudad. <<

[2] Gulshanabad (Ciudad de los Jardines), actualmente conocida como Nashik. Se han encontrado vestigios de población anteriores al año 150 a. C. Desde 1487 a 1818 se encontró bajo el dominio del Imperio mogol. En 1818 se sometió al dominio británico, durante el que se fundó una de las primeras bibliotecas modernas de Majarastra. <<

[3] VOC: Compañía de las Indias Orientales Unidas, llamada Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Fundada el 20 de marzo de 1602, cuando los Estados Generales de los Países Bajos le concedieron el monopolio de 21 años para realizar actividades coloniales en Asia. Fue la primera corporación multinacional en el mundo y la primera compañía que publicó sus ganancias. Además, la VOC poseía poderes cercanos a los de un gobierno, incluyendo la potestad de declarar la guerra, negociar tratados, acuñar moneda y establecer colonias. <<

[4] Mosquete: arma de fuego de infantería que se empleó desde el siglo ^{xvi} hasta el siglo ^{xix}. Su principal característica era la carga por el cañón, que podía llegar a medir hasta metros y medio. Era grande y pesado y se necesitaba una horquilla para apoyarlo si se quería apuntar de manera correcta. Surgió como evolución del arcabuz.
<<

[5] Sati: rito en territorio indio por el cual una mujer se inmola en la pira funeraria del recién fallecido marido para alcanzar la pureza. La mayoría de las veces, las mujeres se veían obligadas a lanzarse a la pira funeraria ante las presiones de su familia y allegados. Existe literatura histórica de este rito que sitúa su apogeo a partir del siglo IV, como una práctica común en las comunidades hindúes durante siglos. La práctica del sati estuvo vigente hasta su abolición, en 1829, por lord William Bentinck durante la ocupación británica de la península. No obstante, se han reportado casos de sati efectuados en la clandestinidad en la India moderna. <<

[6] Agra: ciudad situada en la India, a orillas del río Yamuna. En 1526 cayó en manos mogolas cuando el emperador, Babur, derrotó al último sultán, Lodi. Agra vivió su máximo esplendor desde mediados del siglo XVI a mediados del siglo XVII, durante los reinados de Akbar, Jahangir y Shah Jahan I, cuando se construyeron el fuerte, el Taj Mahal y grandes mausoleos. Capital del Imperio mogol desde 1556 a 1658. <<

[7] Candil: recipiente o lámpara primitiva usada para alumbrar. Se conocen candiles desde el siglo x a. C. y fueron los instrumentos habituales de iluminación hasta el siglo XVIII. En la India se empleaban como combustibles el aceite de sésamo, de cacahuete (maní) y de mostaza. Estas lámparas de aceite se fabricaron en arcilla, oro, bronce, plata, piedra, cobre y hojalata. <<

[8] Fuerte de Agra: también llamado Lal Qila o Fuerte Rojo de Agra. Es la fortaleza más importante de la India. Los grandes emperadores del Imperio mogol, Babur, Humayun, Akbar, Jahangir, Shah Jahan y Aurangzed, vivieron en él y desde ahí gobernaron sus imperios. Contuvo el tesoro estatal. Lo visitaron los embajadores extranjeros, los viajeros y dignatarios más altos que participaron en la historia de la India. <<

[9] Tashrif laie y tashrif rekie: literalmente traducido del urdu, «traiga su honor» o bien «deposite su honor». Forma elegante para expresar «pase y siéntese». <<

[10] Mash Allah: regalo de Dios. <<

[11] ¡Wah, wha!: exclamación de admiración cuyo equivalente occidental es el «¡Bravo, bravo!». La expresión sigue usándose en la actualidad. <<

[12] Fuerte de Shergarh: actualmente conocido como Purana Qila. Hoy es el escenario de una presentación diaria de sonido y luz después del atardecer, sobre la historia de las Siete Ciudades de Delhi, desde Indraprastha hasta Nueva Delhi. <<

[13] Thar: es un animal mamífero emparentado con la cabra salvaje. Habita en las montañas del Himayala, desde la India al Tíbet. <<

[14] Caravasares: uno de los primeros ejemplos de dicho edificio se puede encontrar en la ciudad oasis de Palmyra, en Siria, construido en el siglo III a. C. como un lugar de refugio para los viajeros que cruzan el desierto de Siria. <<

[15] Majestad imperial: tratamiento con el que se nombraba al emperador Chongzhen de la dinastía Ming. <<

[16] Hetian: conocida actualmente como Hotan. Es una ciudad-oasis situada en el desierto de Taklamakán y que formó parte de la zona sur de la antigua Ruta de la Seda. <<